
3 1761 08695866 7





CARTAS DE FERNÁN CABALLERO

CARTAS

DE

FERNÁN CABALLERO

COLECCIONADAS Y ANOTADAS POR EL

M. R. P. Fr. DIEGO DE VALENCINA

ex Provincial de los Capuchinos de Andalucía.

Colligite quae superaverunt fracmenta, ne pereant.
(Sti. Joan., cap. VI, v. 15.)

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11.
1919

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.



LICENCIA DE LA ORDEN

NIHIL OBSTAT

Fr. Sebastianus ab Ubrique. **Fr. Bautista de Ardales.**
(Imprimatur.)

Fr. Petrus de Castro.

Hispali, 15 augusti 1918.

ARZOBISPADO DE SEVILLA

NIHIL OBSTAT

Sevilla, 26 de agosto de 1918.

Dr. Modesto Abin. (Censor.) **Dr. Eugenio Almaraz Santos.**

PRÓLOGO

Escrito está, y nadie osará negarlo, que el que busca encuentra, y aun a veces halla lo que no buscaba. Esto cabalmente me ha pasado a mí, que proponiéndome tan sólo recoger los preciosos autógrafos del beato Diego J. de Cádiz, que andaban, y algunos andan todavía, desperdigados por acá y por allá, topé por dicha con otros muchos de diversos personajes cuyos nombres por más de un concepto pasaron o pasarán a la Historia, y andando el tiempo estoy seguro de que no carecerán de importancia. Así, también al azar se me vinieron a las manos un buen número de cartas de la clásica e inolvidable Fernán Caballero.

Convencido de la importancia que dichas cartas han de tener, tanto para la historia de la Literatura patria como para la Literatura misma, no he perdonado sacrificio por aumentar el número de ellas hasta poder presentar hoy al público la colección más completa y variada que se conoce.

No sé quién me mandó en 1906 desde París un libro (1) de A. Morel-Fatio, en que este eminente crítico hace un juicio, muy acertado por cierto, de Fernán Caballero y de sus escritos. Lo termina quejándose de que permanezcan en el olvido las cartas de la ilustre Cecilia Böhl, que él considera de mérito extraordinario, como luego veremos. Acaso no ignoraba Morel-Fatio que yo tenía en mi poder una buena colección de cartas de la autora de los *Cuadros de costumbres;* lo cierto es que en la página 370 del citado libro, que

(1) Citado en la página 17.

es precisamente donde termina lo que trae de Fernán, escribieron lo siguiente : «Fr. Diego tiene la palabra.»

Requerido de este modo, y sin poder por entonces hacer otra cosa, publiqué en la *Revista de Archivos* (Madrid, 1907) quince cartas como avance del presente trabajo. Vieron luego la luz pública (1912) algunas otras, sobre cuya publicación no he de decir palabra.

Morel-Fatio, que conoce y extracta algunas cartas de Fernán a Mr. Latour en la precitada obra, después de alabar la labor literaria de Fernán Caballero, dice: «Las cartas de Fernán nos revelan que en ella la mujer sobrepuja mucho al escritor.» (Pág. 366.) Supongo que esto es un recurso oratorio del Sr. Morel-Fatio, porque pocas páginas después rectifica su juicio, y aun antes, como para realzar más el mérito de las cartas, añade estas palabras: «Cuanto a los *Cuadros de costumbres populares andaluces,* esas pequeñas novelas, saturadas de su propia sencillez, y que obtuvieron, a nuestro entender, éxitos más felices que sus novelas, podemos decir que son los precursores del *folklore* español.» (Pág. 368.) «Ciertamente, a ella pertenece de lleno la iniciativa, y lo mismo por su activa propaganda como por su amor acendrado a las múltiples y bellas manifestaciones del alma del pueblo español, podemos decir que ella es la hija sumisa y fiel que ampara la indigencia de esta pobre madre, la literatura popular, y después de lavarla y acicalarla convenientemente, la presenta hecha un palmito en los salones del mundo literario, para que todas las gentes le tributen de consuno simpatía y vasallaje.» (Pág. 369.)

«Pero para conocer a fondo a Fernán es necesario recurrir a sus cartas íntimas y familiares, ungidas de ternura y sentimiento. Allí, en brazos de un dulce abandono, se manifiesta toda entera tal cual es, y sorprendemos sus lindas improvisaciones, desprovistas de aliños, describiendo los sucesos, las impresiones, los momentos de su larga vida.» (Págs. 369-370.)

«Y si sus cartas a Latour nos han hecho el servicio singularísimo de ponernos en contacto con esta alma privile-

giada, nos han manifestado al mismo tiempo con soberbias pinceladas a la maestra de la Epístola, a otra nueva escritora, cuya existencia apenas se puede traslucir a través de algunos extractos de sus escasas cartas.» (Pág. 370.)

«Y ahora cúmpleme manifestar que me equivoqué al decir que la mujer era superior al escritor; porque cuando se presenta un caso como el de Fernán, en que el escritor se confunde con la mujer, adquiere aquél nuevos realces sobre la mujer autora, resultando espontáneo, natural y esclavo sumiso del sentimiento, sin importarle gran cosa las reglas literarias.

»Las cartas de Fernán a Latour, que han sido para nosotros una revelación, vengarán algún tanto su memoria del olvido lamentable en que yace una gran parte de su labor literaria, por no haberse publicado todavía sus cartas íntimas y familiares; mas, si como fundadamente esperamos, una mano hábil y diligente las saca a luz, reivindicará por completo a la genial escritora, y al propio tiempo prestará un señalado favor a la rica literatura española.» (Pág. 370.)

Cuando apareció *La Gaviota,* digo en la nota de la página 25: «El Sr. Ochoa vió en las primicias de la entonces desconocida escritora los albores de un nuevo sol, que pronto irradiaría sus benéficos rayos sobre el campo literario español, algo malparado por aquel entonces. Por esto no dudó en saludarla con entusiasmo, augurando que «*La* »*Gaviota* era como el primer albor de un hermoso día, »como el primer florón de la gloriosa corona poética de un Walter Scott español.» La Historia dice cuán acertado estuvo en su juicio.» Morel-Fatio, a pesar de las pocas cartas que conoce de Fernán, la llama «maestra de la Epístola», y afirma que «con sus cartas la rica literatura del siglo XIX se gloriará de presentar a sus venideros a la ilustre *Sévigné* española, de que hasta ahora había carecido.» Es de creer que el augurio del crítico francés tenga tan exacto cumplimiento como el del Sr. Ochoa, y que el cetro que Fernán conquistó como escritora de *Cuadros de costumbres* lo cubra nuevamente de gloria con sus hermosas cartas.

Aunque Cecilia Böhl nos pinta con mano maestra, como nadie lo había hecho hasta entonces, el carácter, el tipo, el sentir del pueblo con su manera propia y peculiar, con su charla, su folklore, sus cantos, sus costumbres, sus virtudes religiosas y cívicas, y hasta sus yerros y vicios, hay que convenir en que lo presenta todo al través de la sensibilidad de su alma tierna y apasionada, de su profundo sentimiento artístico, de su genio peregrino; pero aquello no es ella. Vemos las cosas iluminadas con la intensa luz de su alma; nada más. En sus cartas, sobre todo en las íntimas y familiares, nos muestra Fernán su propia psicología, su retrato verdadero, *a ella, a ella misma* tal cual era, sin aliños de ninguna clase, sin ambages ni rodeos.

En esas cartas, además, nos hace preciosas confesiones, desconocidas muchas de ellas hasta ahora, y vemos a la hija tierna y respetuosa, a la mujer, muy mujer si se quiere, a la esposa sacrificada, a la cariñosa amiga, a la cristiana ferviente, a la patriota entusiasta, a la escritora católica, a la amante y apasionada de los suyos, a su alma de artista, grande, generosa y compasiva hasta con los animales: a un ser, en fin, dotado de facultades extraordinarias. Y esto no es hablar por hablar. Véanse, en confirmación de lo dicho, algunas pruebas tomadas del texto.

Empecemos por deshacer un error. Claramente manifiesta cuán amante y respetuosa hija fué con sus padres (págs. 4 y 5), y el concepto elevado que de ellos tenía como literatos (págs. 17 y 31). Dice, sin titubear siquiera, que no era carlista (pág. 222). Afirma que su madre fué la que descubrió que Cecilia Böhl firmaba sus escritos con el seudónimo de Fernán Caballero (pág. 45). Cuenta que ha sufrido todo linaje de crueles miserias, especialmente viviendo en Chiclana y Sanlúcar (págs. 60, 64, 184 y 237); que escribió *La Gaviota* y *Lágrimas* con el alma saturada de amargas hieles. «Por eso—dice ella—se hallan, como gritos del corazón, algunas páginas tan melancólicas en *Lágrimas*.» Sobre estas obras, escribiendo al conde de Cazal, hace un juicio crítico que será preciso tener presente para poder apreciarlas en

su justo valor. De Fernán son estas paladras: «Entre nos, usted conocerá que hay pocos que estén a la altura suficiente, no digo yo para juzgarla (a *Clemencia),* sino para comprenderla; porque no sólo se necesita conocimiento *general* de la literatura amena, sino que se necesita pertenecer y comprender al mundo que en ella pinto.

»Así es que D. Martín alcanza universal simpatía porque es un tipo conocido de todos. No así otros de los tipos que hacen papel en la novela.

»El objeto que tiene moral y actualidad en esa pintura de costumbres, es el de poner en casa la sencilla y buena ilustración cristiana, llena de fe y de *corazón,* con la seca, fría y escéptica cultura del gran mundo, personificada en sir George. Para personificar la primera en Clemencia era preciso que pasara las vicisitudes que pasó y se formara al lado de un hombre como el abad, para tener armas suficientes para luchar con sir George.

»No podía amar a Pablo, porque su hora de amar no era llegada y porque era muy niña aún para apreciar a un hombre que su tío ponía de continuo en ridículo. Lo conoce y aprecia luego por *comparación.* Esto da margen a la grande *idea moral* del libro; la mujer perfecta, la mujer ideal debe no sólo dejarse guiar o subordinar sus *acciones* a la razón, sino también sus sentimientos. La primera es una moral vulgar; la segunda es una moral de alta esfera.

»Hay otro tercer punto en el libro, que pasa desapercibido, y que es, no obstante, un profundo estudio fisiológico, y es la comparación de los tres amores: del inglés, del francés y del español.» (Págs. 36-37.)

No menos interesantes que los párrafos anteriores son estos otros que copio de las páginas 191 y 192:

«Mis novelas, señor, como novelas valen bien poca cosa. No tengo imaginación *creadora.* Así, carecen de intriga, de interés, y su lectura no despierta la curiosidad, ni fija la atención. Son pinturas de caracteres, de los vicios ridículos de la época y de las hermosas cualidades que desaparecen. Pequeños bajeles de papel con remos de plumas dema-

siado atrevidos para bogar contra el horrible torrente que toma su origen en la incredulidad, hinchada por el orgullo, que lleva al abismo.

»Lo que yo creo haber escrito mejor son los *Cuadros populares,* pequeños dibujos de daguerrotipo que pocas personas contemplan a la luz que les es ventajosa, y que permanecerán aun cuando el *río* haya arrebatado el bello original. Todo es allí verdadero: el asunto y los detalles. He aquí su mérito. Y estoy orgullosa de ello, como el pintor de la hermosura del modelo que ha escogido.»

Además dice que escribió en *La Moda* por necesidad, esto es, porque lo necesitaba para comer (pág. 237). Que se vió obligada a vender hasta las más preciadas alhajas, caros recuerdos de familia (pág. 61). Manifiesta su tierna conmiseración con los pobres (pág. 239), y hasta con los animales (págs. 115 y 119). Hablando de su estilo, que tanto combatieron sus émulos, tiene frases muy felices: «¡Dejad, por Dios, a Fernán con sus faltas, con sus impropiedades!» (página 145, nota). «Mi estilo es *sui generis*» (pág. 241). «Mi estilo se está haciendo una librea para que a la legua conozcan que es mío; ya me entiende usted, querido ruiseñor de las Batuecas. Los finales de mis novelas se están dando friegas de opodeldoch» (pág. 30).

A propósito de su estilo, diremos, para terminar este punto, que D. Eugenio Ochoa escribió en *El Heraldo* una carta firmándose «El Lector de las Batuecas», que no hizo pizca de gracia a Fernán. Ni corta ni perezosa, contestó denodadamente con otra, que no sé si llegó a publicarse, pues al saber que su amigo Ochoa era el autor de la carta, rectificó, diciéndole: «Suplico a usted que diga a Mora que no la imprima (su carta), pues siendo a usted, es un atrevimiento, una ingratitud defenderme, aunque sea porque aproveche esta ocasión para explayarme sobre el estilo, y que, como usted pensará, iba dirigida mi defensa, no a mis amigos, sino al señor sin diente y a su grave junta de padres graves literarios, así como al Sr. Escosura. Que diga este último, que es un exaltado, que no le gustan mis ideas religiosas y realistas, y deje en paz mi pobre estilo.» (Pág. 26.)

Entre las bellas cualidades que adornaban a Fernán Caballero, era una la de no fiarse de sí misma. Por eso daba sus escritos a literatos como Fernández-Espino, De Gabriel, Mora, Ochoa, D. Fermín de la Puente y alguno que otro más. Así quedaba también a cubierto de la acerba crítica que «la junta de padres graves literarios» hacía de sus producciones, no sé si por envidia o caridad. Pero ocurrió más de una vez que a algunos de esos señores se les dió el pie y se tomaron la mano, como suele decirse. Acerca de este asunto digo en la página 144: «A este señor (D. Fermín de la Puente Apecechea) se le iba la mano más de la cuenta y borraba, añadía y quitaba de los originales a su antojo, desfigurándolos por completo en algunas ocasiones, y desesperando siempre a la buena D.ª Cecilia Böhl tamaña arbitrariedad. No obstante la educación esmerada de la insigne escritora, su natural apacible y dulce y su inmenso talento práctico, se quejó amargamente de las interpolaciones que hacían en sus escritos unos señores que, siendo todo lo respetables, eruditos y literatos que se quiera, ninguno de ellos estaba capacitado para enmendar la plana a Fernán Caballero. ¿Cómo sabremos a punto fijo lo que escribió la autora de *La Gaviota?*» Al final de la nota digo: «Guardo cual oro en paño algunos originales de Fernán, tales como *Los pobres perros abandonados; Obrar bien, que Dios es Dios; La Campana del Rosario* y otros más. En lo poco que he compulsado he visto que realmente no se ha impreso como los escribió su autora.»

Sabido es que D. José Joaquín de Mora, cantor de las dotes extraordinarias del beato Diego de Cádiz, cuya predicación le llenó de pasmo y admiración, como a Quintana, tradujo *La Gaviota* del idioma francés, en que fué compuesta, al castellano, y a pesar de su reconocida maestría y aticismo, no llenó la traducción a Fernán. Le dió, sí, las más expresivas gracias; pero también le dió muy buenos palmetazos. Y cierto que los mereció, como puede verse en las páginas 22, 23 y 24. En esta última dice, para terminar sus justas observaciones: «Todas estas son pequeñeces si se quiere, pero

toques de efecto que los siente y analiza el que concibió la idea, el que hizo las pinceladas dando a cada una su intención.»

De la traducción de *La familia de Albareda,* que escribió en alemán, tampoco quedó muy satisfecha que digamos. En la página 181 leemos: «Me envió Mr. Latour *Le Correspondant,* donde viene *La familia de Albareda;* pero ¡cómo viene, santo Dios! Por decano pone *vieil* (1); por casas consistoriales, *maison de chanoines,* y todo así.» Al fin, se verifica aquello de que *traductio, corruptio.* Vemos claro que el error es propio del hombre, y que si Fernán cometía incorrecciones al escribir, también las cometían los que, dándosela de maestros, se permitían enmendar la plana a nuestra autora, y, mal por mal, caso de haberlo, siempre sería preferible el que se dedujera de los escritos de Fernán.

Para evitar estos inconvenientes, y convencido plenamente de la suma importancia que hay en conocer los escritos de Fernán tal como salieron de su pluma, haré lo bueno, ya que no pueda hacer lo mejor. Lo mejor en este caso sería presentar las cartas reproducidas por medio de la fototipia, para que los lectores las pudieran apreciar, a muy poca costa, en todo su justo valor. Por desdicha, es dificililla en España, hoy por hoy, la realización de mis anhelos. Hay quien da remate y cima a empresas de este género, y aun mayores si se quiere. Ahí está la reproducción esmeradísima en facsímile que han hecho de *El Ingenioso Hidalgo* en los Estados Unidos. ¡Dios sabe cuándo podremos nosotros alcanzar tamaña ventura! Pero ya que esto no es posible, haré lo bueno, esto es, presentaré las cartas tal como las escribió Fernán, con sus asperezas y resabios, a excepción de lo siguiente:

1.º Con el fin de evitar notas y repeticiones molestas, diré, *de una vez para siempre,* que muchas palabras carecen

---

(1) Esta palabra, como digo en la nota 3.ª del texto, tiene un borrón encima, que no permite leerla bien. Con ayuda de una lente se ve que se compone de cinco letras, y que convienen al adjetivo *vieil.*

en los originales de la acentuación moderna y aun de la antigua, porque no tienen ninguna, ora porque D.ª Cecilia Böhl escribiese muy de prisa, ora porque se preocupase poco o nada de ello, o tal vez fiada en la ilustración de las personas a quienes escribía. Sea por la razón que fuere, yo haré más franca y fácil la lectura puntuando y acentuando a la moderna. Por la misma razón corregiré la ortografía, si bien alguna que otra vez llamaré la atención ligeramente, para que no se crea que es error de los cajistas lo que no es.

2.º No me meteré en disquisiciones gramaticales sobre el valor y propiedad de las letras y palabras que a veces usa. Quédese este punto, como otros muchos, para los lexicógrafos y académicos de la Lengua, ya que abundan y los hay de muy reconocida competencia. Ni crítico ni comentador seré, sino anotador lo más conciso que pueda, porque así creo que lo requiere la índole del presente trabajo.

3.º Aclararé con sobrias noticias algunos puntos, y daré otras, breves también, de las personas principales que nombra, para que el lector pueda entender sin gran trabajo el genuino sentido de las cartas. Oportunamente hago constar en las notas que algunas de las insertas son borradores, y como tales tienen párrafos y palabras tachadas (algunas de ajena mano) que hacen dificilísima su lectura. Únase a esto que Fernán escribía muy bien, pero algunas veces hacía las letras muy mal, como ella misma lo dice a cada paso. Ahí están las páginas 16, 22 y 64, entre otras. La *a,* por ejemplo, en muchas ocasiones la hacía exactamente lo mismo que la *u,* y otras veces igual que la *e.* De aquí también que por la deficiencia de las letras haya párrafos sumamente confusos. Dicho sea esto en descargo de Fernán.

Las cartas empiezan el año 1834, cuando aún la ilustre escritora puede decirse que no era conocida, y terminan con la última escrita en el lecho de muerte, poco antes de expirar: va inserta al final, fotograbada. Las he puesto por orden cronológico, para que mejor se puedan apreciar las transformaciones verificadas en la autora. Desde luego se echa de ver la diferencia que hay entre sus primeras cartas (re-

sentidas del influjo del idioma francés) y las últimas, en que campean más la chispa y amenidad literaria.

Un fenómeno, al parecer sencillo, pero que no lo es, se nota en las cartas de Fernán: que generalmente las empieza y acaba siempre de un modo distinto. Lo cual prueba la exuberancia de su léxico y lo raro y peregrino de su ingenio.

Dejo de publicar cincuenta y una cartas dirigidas a D. Miguel Velarde, aunque desde 1908 las tengo copiadas y anotadas con el auxilio de dicho señor. Asimismo quedan para mejor ocasión algunas otras de carácter íntimo y privado. Si la razón histórica o crítica exige su publicación, la delicadeza lo prohibe. Hay que tener en cuenta que son cartas familiares e íntimas.

Por la misma razón me he visto obligado a suprimir alguno que otro párrafo, para que pueda pasar el resto de la carta en que está escrito.

Muchas de las noticias que doy las he tomado de archivos particulares; no pocas las debo a D.ª Elisa Escalante; otras, a dos sobrinos de la ilustre escritora; la mayor parte, a doña Matilde Pastrana, condesa de Monteagudo; algunas, a don Tomás, conde de Osborne, a su hermano D. Roberto y al Excmo. Sr. D. Miguel Velarde. A todos hago presente desde estas páginas mi gratitud y humilde reconocimiento, a que se han hecho acreedores por el valioso concurso que me han prestado en esta agridulce tarea.

En fin, no he perdonado medio para que los lectores de estas deliciosas cartas las comprendan a simple vista y puedan apreciar al propio tiempo el valor y fuerza de las expresiones, y hasta el espíritu y las miras, siempre nobles y altas, que tuvo su autora al escribirlas. Tales han sido mis propósitos; mas no por eso logro convencerme de haberlo conseguido.

Fr. Diego de Valencina.

1834? (1)

Mi querida mamá:

¡Vaya contigo, de decir que es bonito el cuento de las Ánimas! ¡Por Dios!, ¿no ves cuán en ridículo están puestas física y moralmente?

Esa clase de cosas divinas pierden su prestigio si se les quita por un lado el bien ideal, y por otro el sentido virtuoso y noble. Ellas vinieron a engañar al rey y proteger la holgazanería. Por Dios te suplico lo excluyas de mi colección, que tiende principalmente a desvanecer el ridículo, ligereza de principios y tosquedad que quieren darle a esta clase de cosas, como vemos a cada paso, milagros en caricatura, creencias del pueblo católico, *travestir* y ponerla en una luz, en que se vea la poesía y la invención sacadas de los sentimientos religiosos que han dominado al pueblo, y así estos cuentecitos deben reunir las tres cosas. No sé si me explico; creeré que

(1) Escribió esta carta viviendo su segundo marido, el marqués de Arco-Hermoso, de quien en ella hace mención. Falleció dicho ilustre prócer en 18 de mayo de 1835. Por tanto, debió escribirla hacia el 1834, toda vez que su esposo estaba ya enfermo.

no; mas me consuela aquello de «al buen entendedor», etc.

Tienes razón en lo del cuento de la hormiga; pero yo no sé cómo se llama en francés ese bichillo que se parece a la polilla y aquí se llama ratón pérez. Eso se le puede mudar, y añadir lo último.

Te pido de dárselos todos a papá, para que no se pierdan; él tiene un cajón de la mesa donde mete todos mis papeluchos (1).

Por acá no hay novedad, sino estar Arco (2) en cama resfriado, y Pepe también con calentura. Anoche en casa de Castilleja le dió a Esperanza la convulsión y tuvimos que llevárnosla; de suerte que lo que son males no faltan. Quiere decir que, por unas cosas y por otras, hasta hoy no se ha podido decir una misa cantada a esta Vir-

---

(1) Juntamente con el cuento de las Ánimas, de que habla al principio de esta carta, mandó a su madre cinco más, todos ellos escritos en francés, a continuación de la carta. Su madre los tradujo al castellano en forma muy correcta y hasta elegante. Tengo a la vista los dos originales, el francés y el español, éste corregido por Fernán. Con mucho gusto los insertaría aquí, mas veo que no caben en unas sucintas notas. Veré si al final de estas cartas, o bien separadamente, los puedo publicar. Por adelantado diré que el cuento de las Ánimas lo titula *La Oración*, y en la traducción de su madre puso Fernán al principio de su puño y letra: «Inserto en *La Gaviota.*» En efecto, la edición de la novela (Madrid, 1913, imprenta de Antonio Romero) lo trae en la página 73, aunque un poco variado.

Otro de los cuentos, cuyo título es «El Ermitaño», tiene sobre el epígrafe estas palabras originales de Fernán: «Inserto en la novela *Lágrimas.*» Allí puede verse en la página 73 de la citada edición, aunque no sigue servilmente la traducción de su madre. De todos modos, se ve que D.ª Francisca Larrea colaboraba con su hija, y que ésta, contra lo que algunos han dicho, sabía apreciar bien las relevantes prendas de su madre.

(2) Don Francisco Ruiz del Arco, marqués de Arco-Hermoso, que contrajo matrimonio con D.ª Cecilia Böhl el 26 de marzo de 1822.

gen del Rosario de San Vicente que ofrecí por tu salud. Hoy se ha dicho, y no tengo que decirte si pensaría en ti.

A Ángela, que ya están mandadas a hacer las fajas, con todos los encargos imaginables. Teresa me escribe que los sombreros se estilan en Hamburgo muy chicos, el pelo tras de las orejas y la trenza traída sobre la frente. Me alegraré de ver los figurines. Adiós, mamá mía; mil cosas y quiere a tu Cecilia, que va a concluir por un ejemplo para divertirte (1).

Dios quiera devuelvan las Quintanas la pasagiata. Bastante tiempo la han tenido.

1837 (2)

Mi querida mamá:

Recibí tu carta con la inclusa de Juan, cuya lectura me hizo derramar un millón de lágrimas. Es preciso confesar que esa criatura es de lo poco que se halla. Yo me alegro se haya perdido o quemado la carta en que se decía me había casado, pues así es evidente no le he vuelto a hablar de negocios ni herencias, en cuyo caso, con la mejor voluntad del mundo, hubiera yo podido errar, porque, como dice Osborne muy bien, las mujeres no entendemos de negocios, lo que no es un crimen, puesto que no nacimos para eso. Ese piqui-

---

(1) Falta la firma.

(2) Esta interesante carta la escribió Fernán Caballero después de muerto su padre (9 de noviembre de 1836) y antes que su madre falleciera, que fué tres años después. Le doy cabida en el año 37.

rrín (1) que (2) demuestra, y con razones prueba, que ha mucho tiempo no sabe de mí.

Considero cuán sensible te debe ser tener que entender en los negocios de la testamentaría. Es una cosa atroz; pero considera que todos pasan por ella.

Si tu intento es saber mi opinión sobre cuanto me dices, yo te la diré con el corazón en la mano, como deben hablarse en todas ocasiones las gentes, pero más padres e hijos. Mis abuelos te dejaron, mientras vivieses, el usufructo de todo su caudal. De (3) lo que mi padre ha dejado, dicen los abogados, debe, ante todo, sacarse tu dote (que no cubre). Por consiguiente, cuanto hay es tuyo. Ítem más: tienes derecho a reclamar de nosotros el interés de la parte que nos dió papá en vida. Esto dicen los abogados; esto dice Osborne; esto confirman las leyes. Aquí querrían los abogados armar pleito, haciendo reclamasen los hijos y nietos, diciendo que siendo herederos forzosos, y no así la mujer, no había derecho a despojarlos del *todo,* puesto que *nada* nos quedaba por dichas disposiciones; pero esto es lo que no tendrá lugar habiendo entre la familia tal unión, y por consiguiente composición. Tú no reclamarás de nosotros lo que nuestro padre nos dió, tanto más cuando Juan y yo nada otra cosa en el mundo tenemos, y nosotros, sin que se toque al testamento de mi padre, te cedemos en *cambio,* si quieres, o por obligación, la parte que nos pudiese tocar de lo que papá dejó en el Puerto. Esto lo deben hacer *los cuatro,* y no creo ninguno se niegue

(1) *Piquirrín.* Esta palabra no la trae el Diccionario de la Academia. En Andalucía se usa con alguna frecuencia, y viene a significar lo mismo que *picqrillo;* pero dicha en tono festivo y cariñoso, que es precisamente como la usa la célebre novelista.

(2) El pronombre *que* parece que está de más.

(3) *De.* Esta preposición falta en el original.

a ello, y hacerlo constar por un documento, según el que te incluyo, para poner a Osborne, como albacea, siempre a cubierto. Ahora, si tú, como tan buena madre, acordándote de lo que nuestro padre y nuestros abuelos, dueños al fin del caudal, quisieron a ese hijo único, basto (1) varonil, único que no tenga marido para ayudarle (2); si tienes presente sus virtudes y sus bellísimos sentimientos, su situación con seis hijos, situación que me angustia el alma; si piensas que Aurora es rica, Ángela y yo tenemos marido y estamos sin hijos; si en vista de eso, quedándote con su parte, la quieres bajar todavía un poco del por ciento, no dejes de hacerlo porque te parezca una injusta preferencia. Estoy bien cierta que mis hermanas se unirán a mí para suplicártelo, seguras que papá desde el cielo te colmará de bendiciones por hacer tan hermoso uso de los poderes y medios que te dejó.

Tocante a Osborne, ya ves qué cargo tan sumamente desagradable y enredado le ha quedado, qué trabajos, quebraderos de cabeza y engorros, que él no se tomaría para sí, lo abruman. Todo nuestro agradecimiento a que esté a la cabeza de esto es poco. ¿Qué haríamos sin él? Solamente pararse en esa idea hace ver lo que vale tenerlo al frente, pues dice que sin él pronto cuanto hay se haría sal y agua; más, si se metían los abogados. No le hagas caso a alguna palabrilla *grob,* como *necias* consideraciones, que no puede picar y es como cuando se le dice a uno : *¡Es usted más tonto!...* Bien

---

(1) *Basto varonil.* Seguramente quiso decir *vástago* varonil, mas el original está como queda impreso.

(2) Alude a su hermano Juan Böhl y Larrea. Es natural que dicho señor no tuviera marido que le ayudara. Se entiende lo que Fernán quiere decir, pero la dicción es un poco confusa.

sabes quiere el bien de todos, con una total abnegación de sus propios intereses cual se verán pocos casos en la vida, pues él hizo desde el principio voluntario rehusamiento (1) a lo que ahora debemos hacer por derecho.

Tu carta y la de Juan me han revuelto mucho; he llorado mucho estos días, sobre todo ayer, figurándome hacía años que mi padre era un ente de los más felices cuando le nació su *gros pâte.* ¡Vida, vida amarga! ¡Y nos la acibararíamos más aún por tener más o menos dinero! ¡Bendito sea Dios!

Todo el mundo ha ido a paseo. El día está divino. Yo me he quedado aquí para escribirte.

Después de infinitos dolores, mis ojos siguen muy bien. ¡Bendito el día en que fuí a ver a ese médico! Figúrate que de puro tiempo de tenerlos malos, sin curarse, había criado el blanco una carnecita o pellejito, que se hubiese vuelto una úlcera. Me echó una cosa que lo corroyó. Figúrate qué dolores; y ahora los tengo tan blancos como hay seis u ocho meses que no los he tenido.

Adiós, mamá mía; el papel se acaba; espero haberme explicado claramente, y sobre todo haberte agradado, que es el mayor deseo de tu

CECILIA (2).

---

(1) *Rehusamiento.* Así dice el original.

(2) Una vez más prueba la buena Cecilia Böhl con esta carta lo respetuosa que fué siempre con su madre, y que supo darle en todas las ocasiones que se le presentaron el lugar que como a madre le correspondía.

1837

Sevilla, 18 de marzo (1).

Mi querido y apreciable amigo (2):

Si has pensado que pago la fineza que has tenido en escribirme, en los tres plazos del mal pagador: tarde,

---

(1) Escrita el año de 1837, como el menos avisado echará de ver en el siguiente esbocillo biográfico.

(2) El caro amigo a quien Fernán Caballero dirigió esta carta llamábase D. Juan Guerrero de Escalante Ruiz-Dávalos. Nació en Ronda, de cuya Real Maestranza fué caballero, acreditando con esto su alta alcurnia.

No ya muy mozo, casó D. Juan, en Málaga, con la notable y distinguidísima dama D.ª María Espíritu Santo Moreno. Fijó su residencia en Ronda, donde formó un batallón de milicianos, siendo él el primero en alistarse, y recibiendo, en premio de sus trabajos, cierta condecoración que llevaba aneja el título de ilustrísimo.

Poco después se trasladó a Sevilla, abriéndose paso entre los políticos sevillanos que seguían las ideas de Riego, de las que fué don Juan decidido partidario, como lo dejó escrito en sus *Apuntes de mi vida pública*. No mucho después de domiciliarse en la hermosa ciudad del Betis, lo eligieron concejal y luego alcalde-presidente del Excmo. Ayuntamiento. Por aquella época andaba, por desdicha, muy revuelto el campo político en España, y en Sevilla tan endiablado como pudiera estarlo en cualquier otro punto de la Península. Esto no obstante, el Sr. Guerrero desempeñó su delicada misión con tanto tino, y con tal calor defendió sus ideales, que sus correligionarios lo eligieron diputado a Cortes por Sevilla casi por aclamación.

En las Cortes de 1837 hallábase luchando a medida de sus fuerzas, cuando Fernán Caballero, al regresar de un largo viaje, le escribió la cariñosa carta que da margen a esta nota biográfica.

Intimó con D. Nicomedes Pastor Díaz, felicitándole calurosamente por un discurso que pronunció en el Parlamento. Sostuvo larga

mal y... detente ahí, pues si bien son ciertos los dos primeros, no lo sería el que le sigue. No quiero disculpar mi tardanza con la pintura de los tristes asuntos que han tenido mi tiempo preso como en una negra red. Ha tiempo que parece que la suerte sigue conmigo el dictamen de la mancha de la mora, que con otra verde se quita; pero no quiero quejarme. Sondear sus heridas es renovar el dolor y abusar de la dulce amistad, cuyo deseo es enjugar lágrimas, y no hacerlas verter. Pero de esta regla que me propongo quiero hacer una excepción con una de las malas partidas que me tiene la suerte guardadas en cantidad; ésta es haberme hallado sin ti a mi vuelta, tu casa vacía y tu familia con la pena de tu ausencia. Confiésote que no soy tan buena patriota para alegrarme esté el salón de Cortes rico de un digno representante de la provincia a costa de mi gabinete, y que el bien que en ésa puede hacer uno de los pocos hombres que no tienen más móvil en sus acciones y palabras que

---

correspondencia epistolar con algunos personajes políticos de su época, como lo acredita el fajo de cartas originales que hoy día guarda su hija D.ª Elisa, y que yo he hojeado.

Muerta su esposa en julio de 1856, volvió D. Juan con su hija Elisa a los patrios lares, y, aunque triste y apesadumbrado por su reciente desgracia, aun tuvo energías para oponerse en Ronda a las turbas amotinadas, que logró reducir con tacto digno de toda loa, evitando sangrientas colisiones y días de luto a la pintoresca patria del célebre Espinel.

El día 24 de enero de 1874 falleció en Ronda. Dejó escrita una curiosa relación titulada *Apuntes de mi vida pública*. No deja de haber en ella datos interesantes, pues con paciencia de benedictino escribió algunos períodos día por día, insertó documentos oficiales y hasta sus gestiones en las Cortes con minuciosos detalles. Los indicados *Apuntes* forman dos tomos en 4.°, uno con notas sin foliar y otro de 206 páginas, que, juntamente con otros documentos, algunos de los siglos XV y XVI, guarda en su archivo particular de Ronda su excelente hija D.ª Elisa Escalante.

su conciencia, no equivale para mí en nada al mal que me hace la ausencia de un amigo como tú. No hay en todo sino la conformidad (esta necesidad y no virtud), y yo la tomo como los niños las medicinas : atándoles las manos y tapándoles las narices.

No quiero hablarte de mi viaje; me parece he estado en un brillante y móvil panorama. No sé si habré estado con la boca abierta como semilugareña; lo que sí sé es que de todas aquellas cosas admirables, ninguna habló a mi corazón, y que, cual el *chevalier Bouflers,* me dije :

Fort satisfait d'ajouter
A l'honneur de vous avoir vu
Le plaisir de vous quitter.

Como recuerdos que no borra el tiempo, quedan en mi memoria el campo de Waterloo, con su gigantesco monumento, sólido, noble y señor, como la nación que lo erigió. Saint-Paul, que es la iglesia más pobre y el más rico y soberbio panteón del mundo. Westminster Abbey, con su tesoro de cadáveres reales y de siglos. La Ópera de París, bulliciosa, brillante, mágica, con su gas, sus flores, sus *pirouettes,* tipo del genio de su país; ¿pero cómo referirte en pocas palabras las cosas que he visto, las impresiones que he recibido? (la más dulce fué al volver a las costas de España). ¡Cuán ajeno estaba mi corazón, que latía de placer, que iba a recibir la herida, la más cruel que podía ya hacerle la suerte, y que vendrían mis cortos goces a expirar junto a un sepulcro, como el último rayo del sol se pierde en la noche!

No te hablo de Sevilla. La correspondencia con tu familia te tendrá al corriente de todo. Sólo te diré que tu Juan Jacobo no hace sino *croître et embellir,* tan

parecido a ti, que no podrá guardar el incógnito con quien te conozca a ti. ¿Qué dieras tú por verlo como yo lo veré esta noche? Es un placer del que sentiría privarme. No obstante, ojalá pudiera mandártelo en esta carta a la par de las expresiones de mi más sincera amistad, expresiones que no hallo según las busco.

Tu mejor (1) e invariable amiga, q. t. m. b.,

CECILIA.

1842

Mi más apreciable amigo (2):

Me alegro que el pedirle a usted un favor me proporcione la ocasión de escribirle, porque ciertamente es duro, es frío el que la ausencia corte tan de raíz unas relaciones tan amistosas como antiguas y llenas de simpatías. El favor, ya habrá usted adivinado viendo la inclusa, es para depositarla en sus manos hasta la llegada a ésa de mi desertor, porque no me atrevo a enviarla a Bollullos, temiendo haiga (3) salido; ni a la casa donde para, no sea que no haiga llegado. Así, pues, condeno a usted a tres males: uno pequeño, que

---

(1) Fernán Caballero usó con frecuencia la equis *(x)* por jota, cosa harto común antiguamente. Aquí escribió *mexor*. Acerca del uso de la *x* es digno de verse el concienzudo trabajo que D. Francisco Rodríguez Marín trae en la edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, págs. 362 y 363, Sevilla, 1905.

(2) Dirigida a D. Alejandro Linares.

(3) Repetidas veces usa Fernán *haiga* por *haya*. Aquí lo vemos en dos renglones seguidos. Por ésta y otras palabras se ve que le gustaba usar el lenguaje del vulgo andaluz.

son los cuartos de porte; otro ya mayor, la incomodidad de enviársela a su regreso, y otro más grave, la majadería de leer mi carta. Así abuso de la amistad, sin reparo ni vergüenza.

Mucho, mucho he sentido la desgracia tan imprevista que les ha sucedido, y mucho he acompañado a Justa y Luz en su pena.

Espero que alguno de ustedes en esta ocasión vendrán a hacerse cargo o tomar posesión de esta hermosa bodega, hoy día de sus hijos. Excusado es decirle a usted, mi querido amigo, que aquí tiene usted una mala posada, pero (1) personas que se hallarán felices de tenerlo aquí unos días, y ¡ojalá Justa acompañase a usted, caso que viniese! Ahora los viajes son fáciles y agradables. ¡Ojalá, ojalá se determinasen ustedes!

Pero vamos a tratar un poco de la vida intelectual. ¿Qué lee usted? Por mí, cada día hallo más goces en la lectura, que es la panacea de todos los males morales. He leído en éstos *La vie d'un âme,* de Mr. de Genoude, así como la historia de varias conversiones al catolicismo de hombres eminentes, ambas de sumo interés. *Ledia,* de G. Sand (¡qué contraste!), la obra más descocadamente mala que he leído, llena de contradicciones, de bello lenguaje y bellos trozos, pero cuyo fondo es de un cinismo asqueroso. Si el talento superior de esa mujer sirve para escribir semejante libro, digo, gracias a Dios, que me ha hecho negrito.

Si ve usted a Margarita Morla no le diga usted que yo he dicho todo eso. No que las opiniones que tocan a la fe, a la moral y al pudor no las deba una mujer expresar a gritos; pero le he dicho ya mi opinión, y llevará a mal quiera desacreditar una de sus obras fa-

---

(1) Copio como está en el original.

voritas. Si quiere usted divertirse lea *Los misterios de París.*

Ya que tantas cosas buenas he dejado en Sevilla, quisiera haberme también dejado la memoria para que no me acordara tanto de ellas. Dígale usted mil y mil cariños a Justa. ¡Cuánto desearía conocer a sus niños!

Páselo usted bien, mi querido amigo; consérveme usted su amistad, pues tan sincera y profunda es la de su inolvidable amiga

CECILIA.

Jerez, 1.° de junio (1).

Se acabaron los imposibles. ¡Manuel Cavaleri se casó! El dios Himeneo se ha coronado de laureles.

1843

Jerez, 2 de septiembre de 1843.

Mi apreciado y queridísimo amigo (2):

He recibido con sumo placer su muy grata. Confieso a usted que la pérdida de la carta, que se ha perdido,

---

(1) Ésta fué escrita el año 1842, pues en dicho año murió la madre de Justa y de Luz, de cuya desgracia se conduele Fernán Caballero. Esta y otras noticias, insertas en las cartas del señor conde de Cazal, las debo a D.ª María Linares, viuda de Albarracín, dueña de dichas cartas, que tuvo la atención de dejármelas copiar, favor que le agradezco vivamente.

(2) Dirigida al distinguido caballero D. Miguel González Carvajal y Velasco, conde de Cazal. Estuvo casado con D.ª Justa de la Puente Apecechea. Ocupó en Sevilla sucesivamente los importantes cargos de alcalde, presidente de la Diputación y de la Academia de Bellas

fué para mí el origen de un gran sentimiento, porque como yo soy de aquellas pocas personas que están bien con las gentes y con el mundo, y aborrezco aquella misantropía agria, tan común en nuestros días, que no cesa de hablar de desengaños, ilusiones perdidas y otras frases ya harto banales, me dolía mucho tener en este caso que renunciar a mi dulce convicción, que es de que en el mundo hay amor, hay amistad, hay generosidad, hay fe, hay caridad, hay más bueno y noble que lo que se cree, porque lo malo arma escándalo, pero lo bueno pasa tranquilo y modesto y nadie lo atiende. Esta es mi teoría, y la procuro prácticamente, porque, bendito sea Dios, de poquísimas personas tengo que quejarme en este mundo. ¡Figúrese usted, pues, cuánto me dolería añadir a este corto catálogo el nombre de usted! Ya veo con íntimo placer que sólo tengo que añadir el del correo, que no es la primera jugarreta que me hace.

Los sentimientos que usted me expresa tan bien, y

Artes. Siendo Hermano mayor de la Santa Caridad, murió el 24 de mayo de 1882, cuando contaba setenta y cuatro años. Fué uno de esos seres privilegiados que supo unir en dulce consorcio la virtud, la ciencia y la honradez, dando por resultado un hombre perfectamente equilibrado y un caballero a carta cabal. Su caridad con los pobres no conocía límite. La actual superiora de aquel benéfico establecimiento, que presenció su precioso tránsito, me contó que antes de expirar se abrazó con un crucifijo, y derramando amorosas lágrimas y haciéndolas derramar a cuantos presenciaron aquel edificante cuadro, exclamaba: «¡Dios mío, perdóname y ten misericordia de mí, siquiera por el gran amor que he tenido a mis señores los pobres! ¡Tú sabes cuánto los quiero!»

Como recuerdo a su buena memoria lo enterraron en el atrio de la iglesia de la Santa Caridad.

Por sus excepcionales prendas y gran prestigio mereció la confianza de la ilustre escritora y que Sevilla le dedicara una calle.

en los que me parece ver su acostumbrada sinceridad echándome de menos en ésa, han sido para mí una satisfacción de corazón. Es bien cierto que en nuestra época, triste por tantos estilos, en una sociedad dividida, mezclada, desquiciada, no está como *à son aise,* sino en un pequeño círculo de amigos que simpatizan y gozan a *cœur ouvert* del placer de la conversación, de ese cambio de ideas tan grato, despidiéndose más amigos cada día y llevando su ánimo tranquilo. Las ilusiones son de todas edades; sólo cambian de objeto. El interés de la vida se reconcentra en quien tiene familia, y el hogar se dora con los mismos reflejos que antes se doraba el cuadro del gran mundo. La felicidad es una cosa que nosotros mismos formamos mucho más que los eventos.

Sé por Pancha, que tengo el gusto de tener aquí, los más mínimos detalles de su confortable y preciosa casa. Veo de (1) aquí sus niños, su cuarto, sus libros, a Justa; los acompaño muchas veces en pensamiento abrazando a los niños y deseando a ustedes tantas felicidades como se merecen. ¡Si hubiesen ustedes de venir por estos mundos de viñas y botas, qué placer sería para mí! Mas aunque usted me da esta esperanza, no confío aún en ella, para no llevarme un chasco doloroso.

Aquí estamos en el fuerte de las funciones, aunque los ánimos, sobre todo desde el correo de ayer, no estén para fiestas. El fuerte de éstas son repiques (¡pobres campanas!), y de noche muchos faroles en los balcones. Para el día 10 se prepara un baile, al que prometo mi ausencia.

¡Quién pudiera charlar un poco de literatura con usted! Leo *Les Presses* y el *Journal des Débats,* que

---

(1) *De* por *desde.*

me tienen al corriente de todo. Margarita quiere que lea *La Démocratie Pacifique,* pero no la quiero, ni pacífica ni guerrera./

Espero pronto ver a Antonio, que me hablará mucho de todos ustedes.

Dígale usted tantas cosas cariñosas a Justa. Reciba usted expresiones de Pancha. ¡Qué hermosos y monos son sus niños! Aguardamos pronto a Luisa y su familia.

Páselo usted bien, mi querido amigo, y crea usted no tiene usted amiga más sincera que

CECILIA.

Cuidado, que Pancha no ocupa todos los cuartos de mi casa, y que usted tiene el suyo.

1848

Muy señor mío (1):

Además de la antigua amistad que ha existido entre usted y mi familia, a cuyo recuerdo me acojo, aunque sea yo la que menos he disfrutado de esta ventaja, creo que entre las personas que viven en cierta altura o círculo moral hay una especie de hermandad o fracmasonería, que hace que los individuos que en ella giran

---

(1) El original no tiene más que estas tres letras: M. S. M.

Esta carta, que es un borrador sin firma ni fecha, debió escribirse el año de 1848. Lo deduzco así, entre otras razones, porque toda ella está escrita al dorso de una esquela mortuoria del insigne literato D. Alberto Lista, muerto en Sevilla el 5 de octubre de 1848.

Fué dirigida a D. José Joaquín de Mora. Como consecuencia, le mandó Fernán Caballero su novela *La Gaviota,* siendo impresa al año siguiente.

pueden y deben recurrir y abrirse unos a otros con confianza y franqueza. Si usted no es de este mi parecer, rompa esta carta. Si lo es, encomiéndese a Job y prosiga descifrando mi confusa letra.

Entremos en materia.

El que como usted acabó por dar la última mano a su ilustración en países extranjeros (lo que debemos confesar sin dejar de ser por eso españoles de todo corazón), habrá juzgado que a nuestra literatura moderna, que ciertamente tiene bellas obras de que gloriarse, le falta un género que en otros países tanto aprecian y a tanta perfección han llevado. Esto es, la novela de costumbres. No enumeraré las ventajas de esta clase de composición, porque no trato de fastidiarle con una disertación, sino de venir lo más breve posible al asunto que me hace tomar la pluma.

Algún buen gusto que usted me concederá, en favor de las fuentes en que lo he adquirido, mis padres, algún espíritu de observación, muchas ocasiones de estudiar en la españolísima Sevilla las costumbres de la sociedad, mucha paciencia para recoger en el pueblo de campo dichos, usos, cuentos, creencias, chistes, refranes, etc., me han hecho hace años recopilar un brillante mosaico, que creo debe tener interés para todo el que quiera conocer este pueblo poético y esta sociedad tan poco conocida.

El fruto de estos mis trabajos lo tengo puesto en orden, como el director de un museo pone sus cuadros buscándoles la luz y la altura en que deben aparecer, en cuatro novelas, que me atrevo a recomendar a usted, como aquél su museo, puesto que esos bellos cuadros no son suyos. Pero como una recomendación propia no tiene ningún valor y sí mucho ridículo, me remito a usted cuando haya leído alguna para que la juzgue.

Sé que el tiempo les dará valor, porque cuanto he pintado desaparecerá como el humo dentro de poco, pues usted sabe cuál desaparecen las nacionalidades, y más en un país que tan poco aprecia la suya.

Demasiada modestia o demasiado orgullo han hecho que a nadie las he dado a leer desde que murieron mis padres, cuya entusiasta aprobación era, como usted puede pensar, todo mi estímulo, todo mi anhelo, todo mi bien y toda mi recompensa (1); mas faltando éstos,

---

(1) Es muy de notar la manera clara y terminante con que Fernán Caballero ensalza la personalidad literaria de sus padres. Del mismo modo vemos que lo hace en otras cartas. Se ha creído equivocadamente que Fernán no era respetuosa con su madre, y que le daban en rostro sus aficiones literarias. Aunque ya he dicho algo sobre este punto en la nota 1 (pág. 2) a la carta de 1834, primera de esta colección, he de remachar el clavo nuevamente, asegurando que tales afirmaciones son inexactas. Al contrario, la insigne novelista amó con ternura a su madre, si bien es verdad que no tuvo con ella los extremos que con su padre. Para obrar con esa desigualdad, hay que convenir en que le asistieron razones más o menos poderosas. Allá van algunas:

1.ª Su casamiento precipitado, como letra *a pocos días vista,* con «el buen mozo y grandemente calavera» D. Antonio Planells y Bordaxí, que, como es sabido, no la hizo ni medianamente feliz, se llevó a cabo a ciencia y paciencia de su madre. En aquel enlace la primogénita de los Sres. Böhl fué «dulce y resignada víctima», dice Fernando de Gabriel en la pequeña biografía de Fernán Caballero impresa al principio de la novela *Estar de más,* pág. XVI. Aquella resignación que tan cara costó a la pobre Cecilia, le causó profunda herida. Jamás se quejó de ella. Las heridas se cierran, sí, pero las cicatrices quedan (*).

2.ª A Fernán desagradaban en alto grado las famosas tertulias habidas en la suntuosa morada que sus padres tenían en Cádiz, donde tantos y tan heterogéneos elementos se juntaban. No era aquello lo que había visto en la tranquila casa de su abuela materna.

(*) Véase Morel-Fatio, *Studes sur l'Espagne.* Troisième série, p. 321, Paris, 1904.

e instigada por mis hermanos y marido, me he decidido a probar el darles publicidad.

Nueva en esta arriesgada empresa, nada puedo ha-

3.ª La familiaridad con que trataban a su madre, llamándola todo el mundo *Frasquita,* hería profundamente su dignidad y amor propio. Tenía otro concepto muy distinto de la sociedad. Que su padre la nombrase así en el seno de la familia, bien está; pero que otros se arrogasen tamaña libertad, era cosa que hacía perder el tino a la discreta Cecilia Böhl.

4.ª Aunque callada y resignada, vió siempre con malos ojos que sus padres *criaran y educaran cual si fuera un hijo propio* a la niña Javiera, que, andando el tiempo, había de causarle no poco tormento (*). Quizás esta última razón fué la que más contrarió a Cecilia. Y es muy verosímil que la desavenencia entre D. Juan Nicolás Böhl y su esposa partiera de aquí y no de la diferencia de religión, lo cual no deja de ser una razón pueril. ¿Por qué habían de criar con mimos y regalos a una niña advenediza, teniendo varios hijos propios? (**). Pero ni esto ni nada pudo turbar su clara inteligencia de hija apasionada y tierna. Digan lo que digan, las relaciones que tuvo con su madre no pudieron ser en todo tiempo más cordiales y respetuosas. Su liberalidad llegó a tal punto, que le cedió voluntariamente cuanto heredó de su padre. Y eso que entonces andaba muy mal de intereses. En una palabra: Fernán respetó y amó a su madre siempre, aunque no amara a todas sus cosas. Esta creo que es la verdad.

Respecto a la literatura, conviene desvanecer un grave error que hay sobre nuestra admirable Cecilia y su progenitora. Fernán conservó (y aquí lo tengo presente) un interesante cuaderno de 88 hojas, escrito de puño y letra de su madre. Ésta lo titula así: «Extractos de algunas cartas escritas desde España a Alemania.» En las páginas 40 y 41, entre otras, hay unas correcciones de Fernán, lo que prueba cuán en estima tenía aquel autógrafo, que juzgo de gran valor histórico para conocer a la fogosa y culta Frasquita Larrea.

Escribiendo esto llega a mis manos, como llovido del cielo, otro autógrafo de D.ª Frasquita, que no tiene desperdicio. Debió escribirlo Fernán en francés o alemán y traducirlo su madre. El epígrafe es éste: «La buena vieja y la niña. Leyenda española dedicada a mi

(*) Carta a Ros de Olano, de 27 de febrero de 1861.

(**) Puede verse la nota 1 a la carta de 4 de noviembre de 1856.

cer sin el dictamen y consejo de persona competente y sin el auxilio de un amigo que en ello se interesase. Así, pues, me dirijo a usted para una y otra cosa. In-

---

hermana A» (Aurora). La letra es de la esposa de Böhl de Faber; mas ésta no tenía hermana alguna que se llamara Aurora, y no podía, por tanto, dedicárselo; en cambio, Fernán sí la tenía.

Ahora voy a dar un paso más adelante. ¿Aprovechó Fernán Caballero algunos originales de su madre y los hizo suyos? Tal como hoy están impresos, seguramente no; pero es fácil que se inspirara en algunos de ellos.

Quiero hacer aquí toda clase de salvedades en honor de Fernán, toda vez que la ilustre autora de *La Gaviota* dijo y probó, hablando de su inspiración para escribir, que le abundaban las materias como las espigas en Castilla. No merma, pues, en nada su prestigio, y en cambio ganan madre e hija. Conservo cual oro en paño el original de *La Campana del Rosario*, y ved al pie de la letra lo que escribió Fernán: «*La Campana del Rosario. Fragmento del Diario de una señora, tomado de una novela inédita, dedicada a su querido amigo D. Fermín de la Puente y Apecechea por el autor.*» En la primera página vuelve a decir: «*La Campana del Rosario. Fragmento del Diario de una señora, tomado de una novela inédita de Fernán Caballero.*» Debo hacer constar que la palabra *tomado*, las dos veces la pone Fernán entre renglones con una llamada. El *Diario* de que está tomado el fragmento, ¿de quién es? No siendo de Fernán Caballero, ¿de quién puede ser? En el círculo de su amistad, no conozco a ninguna señora que escribiera con el temple y soltura que tiene *La Campana del Rosario*, más que a su madre, que firmó sus brillantes escritos con el seudónimo de Corina. Los autógrafos que tengo de D.ª Frasquita Larrea revelan un conocimiento profundo del mundo y de las cosas, y dan una idea clara de lo que era capaz de escribir. Conviene hacer constar que la señora de Böhl, alguna que otra vez usó tal epígrafe, esto es, *Diario*. La ilustre escritora D.ª Blanca de los Ríos tiene un *Diario* (incompleto) del viaje de D.ª Francisca desde Inglaterra a Alemania y del de vuelta hasta embarcarse en Portsmouth. Véase su luminoso trabajo en la *Revista Crítica Hispano-Americana*, tomo II, núm. 1, pág. 14. Se necesita más luz sobre Fernán y su madre, y como quiero dar *suum cuique*, he aportado estos datos, aun a trueque de haber hecho esta nota demasiado larga, con el fin de que resplandezca cuanto sea posible la verdad histórica.

útil es decirle que el espíritu que reina en cuanto he escrito es religioso, realista y práctico, pues no podría yo *envisager* de otro modo las cosas.

Mis críticas son ligeras y sin hiel, porque no la hay en mi corazón, y la detesto en literatura. Cuanto digo y pienso es la verdad pura, pues sin ella los cuadros de costumbres serían caricaturas o fantasías. ¿Es, pues, el caso de saber si usted tendrá paciencia para leer una de mis novelas? Esto, aunque parece sencillo, no lo es.

Sé que un manuscristo debe horripilar a un literato, a un juez competente, a un hombre superior y nutrido de (1) de obras. Así, es preciso una de dos: o una complacencia por el autor que raye en heroísmo, o un gran interés por el asunto que ha querido pintar el autor. No sé si podré contar con uno o con otro, y desearía me respondiese usted con una franqueza entera, que yo agradecería más que no una complacencia forzada.

Si mi buena estrella hiciese que usted me contestase favorablemente, remitiré a usted una de mis novelas, ilustrada de bellos tipos dibujados (2) por mi marido, que le dan un gran mérito. Está llena de *actualidad,* por valerme de una de las frases de moda, y creo pinta la sociedad del día con exactitud.

Usted debería entonces decirme si cree que podría interesar al público (3).

---

(1) Hay una palabra que no se entiende.

(2) He visto algunos de aquellos dibujos, que ignoro si llegaron a utilizarse, aunque creo que no. A mi juicio, su factura despierta poco interés.

(3) No he podido encontrar la terminación de esta carta, a pesar de haberla buscado con empeño y ahinco. Lo lamento con toda el alma, porque es una de las páginas más interesantes de la vida literaria de Fernán Caballero.

1849

Tomo mi *ilustre pluma* para dar a usted, mi apreciado amigo (1), las más expresivas gracias por los *Heraldos* que se ha servido mandarme, que he agradecido mucho, así como por la traducción de mi novela. ¡Amigo, *La Gaviota* ha salido con tan brillantes y alisadas plumas, que ha merecido se le aplique (aunque al revés) el refrán de que «un mal bebedor puede tener una buena capa»!

Antonio (2), que está en Sevilla por un par de días, me escribe entusiasmado (pues tiene una pasión por el buen lenguaje); dice es como una buena composición poética que se pusiese en música de Rossini. Creo que para ninguna nación tiene el buen lenguaje un encanto tan grande como para los españoles.

Ahora debería concluir, y si tiene usted que hacer tire usted mi carta, pues le he dicho a usted todo. Pero si tiene usted curiosidad de saber el efecto que ha hecho en mí el verme en pública palestra, como observación fisiológica, le diré a usted que, lejos de ser agradable, ha sido una imponderable angustia. Sentí en mí un sentimiento análogo al que deberían sentir esas mujeres que en los *cuadros vivos* se ponen descubiertas ante el público. Sentí como una especie de profanación de mis pensamientos íntimos, que no quisiera partir

---

(1) Fernán Caballero escribió, como es sabido, *La Gaviota* en francés, y la tradujo al castellano en 1848 el Sr. D. José Joaquín de Mora. El año siguiente, 1849, se publicó en el *Heraldo de Madrid*. No hay duda, pues, que esta carta fué escrita al Sr. Mora en 1849.

(2) Su marido, D. Antonio Arrom de Ayala.

sino con mis amigos. ¡Una tontería, es verdad! Pero el sentir no es siempre discreto. Y no era por temor de la crítica; bien sé que una novelilla pasa desapercibida por el aire como una mariposa, sin que se digne apuntarle el cazador.

Pero es el temor de llamar la atención, que es mi *bête noire,* el miedo de ser conocida; pues, mi amigo, con decir que Fernán Caballero era un *seudónimo,* era decir la mitad del secreto (1). Y no lo hace eso en Madrid, donde tengo media docena de conocidos; es por Sevilla, Jerez, Cádiz, en que todo el mundo me conoce.

He sentido también pusiese usted el prefacio, evidentemente escrito para lectores extranjeros, y que aquí carecía completamente de acceso y de interés. Usted me dirá debí advertirle. No lo hice porque no había visto en folletines prefacios. ¡Ese prefacio que dice son copias de personas conocidas y que aun viven!

Algunas pequeñas equivocaciones hay, sin duda, debidas a mi mala letra. Por ejemplo, no es el duque que trae su capote comprado en *Regent strul* a los niños. No es golpe ése, ni de español, que son poco sensibles, y no se ocupan mucho de niños, ni de gran señor, que hubiese llamado a un criado. Es el alemán el que trae al mismo su almohada y capote o levitón de *Berg-op-Zoom,* es decir, de bayetón, su *único abrigo.* Eso pinta al hombre y motiva el que duque se interesa en él y le da su capa (2). Dar a un tiempo la capa y su sobretodo de alpaca, es demasiado dar, y esa prodi-

---

(1) La otra mitad la descubrió su madre, D.ª Francisca Larrea, como puede verse en la carta de Fernán a los editores de *El Artista,* inserta en esta colección (1852?, pág. 44).

(2) Copio al pie de la letra.

galidad de capas dadas, echa un poco de ridículo sobre el duque.

En el segundo folletín acude hermano Gabriel con pesado y lento paso, porque es viejo y grave, y no porque pesa algunas arrobas, lo cual indicaría era gordo, y un lego exclaustrado de 1838 no es un tipo *gordo*.

¡En este género de personajes hay en el Norte *des nuances* muy difíciles de coger para los españoles, por cultos e ilustrados que sean! Es como para los extranjeros el chiste andaluz. Hay tipos que por su sencillez, su candor y aun por su físico hacen *sonreír* y no *reír*. Fray Gabriel es para mí el bello y sublime ideal de aquel pobre de espíritu que está tan cerca de Dios que desde esta vida lo llaman bienaventurado. Lo he trazado con *amore,* así como esa horrible *Gaviota* y el ordinario *Pepe Vera* los he trazado de mala gana y con coraje y porque era preciso.

Yo hubiese puesto en lugar de *curador de perros: me decían los graciosos del regimiento cura perros*. Ptein no se desnudó ni se metió en la cama; estaba y quedó sin sentido, y lo metieron. Así queda motivado el que cuando vuelve en sí, no sabe dónde se halla.

Estar en su sentido y no hablar ni decir nada a aquella buena gente que lo acoge, es un contrasentido.

La tía María no saca sábanas de un *armario,* lo que sería una impropiedad en este país. Los pobres no tienen armarios, sino *arcas;* pero no dice sino que le puso sábanas.

Al fin del capítulo dice que la *vieja* le da un bofetón a Momo; no es así: no es la vieja, la buena abuela, la que le da el bofetón; no es ella capaz de pegar, y menos por una ofensa personal; es la madre del muchacho, Dolores, que le castiga por faltarle a su abuela,

y que le fuerza a respetar como dos *veces su madre.* Esto es un cuadro de costumbres que pinta el cómo las gentes del campo honran a la ancianidad y que queda así destruído, y la angelical María aparece como una vieja que se *abalanza y pega.*

Otra advertencia quisiera hacer, si no fuera demasiada impertinencia. Las gentes del campo jamás dicen ni madre *mía,* ni hijo *mío,* sino madre, hijo, *tout court.*

Todas estas cosas son pequeñeces si se quiere, pero toques de afecto que los siente y analiza el que concibió la idea, el que hizo las pinceladas dando a cada uno su intención. Y no vaya usted a creer soy descontentadiza. ¡No! ¡Jesús! Ya sabe usted lo que arriba le he dicho como lo pienso. Estas son cosas que ya que a usted mismo no le han llamado la atención al traducirla, no se la llamarán a nadie, sino a aquella que pesó, escogió, aplicó cien veces cada palabra, cada rasgo, cada incidente para pintar sus cuadros. Mi mismo marido está tan lleno de lo bello del lenguaje, que no ha caído en ello; pero mis hermanas, sí.

En fin, en parte me ha sido acibarado el placer y la honra (no tome usted esa palabra en su sentido etiquetero, sino real) de ser traducida por usted y salir en el mejor papel de España, por haber sido, si no nombrada, indicada en el mismo. *Le coq ne chante pas, mais il buttit des ailes.*

¿Recibió usted mi proverbio? No era de Salomón, sino de Momus, o, por mejor decir, el volante que le devolví (1).

---

(1) No tiene firma.

1850 ?

¡Difícil me sería pintar a usted (1) mi sorpresa al recibir hoy su favorecida del 7 de éste y ver que era usted mi lector de las Batuecas! Dos poderosas razones me habían hecho atribuir a Cañete esa carta. La una es que Mora me escribió hace tiempo que estaba escribiendo algo sobre Fernán, lo que francamente creía yo una especie de deuda de delicadeza con los del *Heraldo*. La otra es que me parecía casi imposible una cosa absolutamente factible el que usted escribiese en el *Heraldo* estando ligado a *La España*. No obstante, le decía a Antonio: «Si esto me parece de Ochoa...»; y Antonio respondía: «No, no; fuera aparte de las razo-

---

(1) Escrita al Sr. D. Eugenio Ochoa, director de *La España*, buen crítico y correcto escritor. Fué el primero que emitió un razonado juicio sobre *La Gaviota*, primera novela publicada por Fernán Caballero. El Sr. Ochoa vió en las primicias de la entonces desconocida escritora los albores de un nuevo sol, que pronto irradiaría sus benéficos rayos sobre el campo literario español, algo malparado por aquel entonces.

Por esto no dudó en saludarla con entusiasmo augurando que *La Gaviota* era *como el primer albor de un hermoso día, como el primer florón de la gloriosa corona poética de un Walter Scott español*. La Historia dice cuán acertado estuvo en su juicio, y eso que aún no se conoce bien el valor de los escritos de Fernán, porque aun quedan muchos que publicar, aunque estimo que serán pocos relativamente los que se desconozcan cuando acabemos de publicar esta colección de cartas que traemos entre manos.

Ya comprenderá el lector cuán justificada era la pena que Fernán manifiesta en la carta al Sr. Ochoa. Por cierto que es un borrador, y como tal tiene algunas cosas escritas y tachadas y vueltas a escribir por su autora.

nes que tú misma nombras, Ochoa, como crítico, escribe siempre en estilo.»

«Hombre—reponía yo—, si hay hasta sus mismas expresiones sobre el estilo. Cañete se las habrá oído alguna vez y se las habrá plagiado. Y sobre todo, ¿por qué no había de haber escrito con su nombre y en su papel por delicadeza, Antonio? ¿Para que salga mi elogio en dos papeles y con dos nombres como el devoceé Caleb (1) en W. Lamerus?» «Simpleza (expresión de marido). Su nombre repetido es de mil veces más poder y autorización que el de un desconocido.» Me convenció. ¡Oh!, en mala hora, pues tuve el atrevimiento de contestar creyendo que era otro. ¡Cuánto me pesa! Suplico a usted que diga a Mora no lo imprima; pues siendo a usted es un atrevimiento, una ingratitud defenderme, aunque sea porque aproveche esa ocasión para explayarme sobre el estilo, y que, como usted pensará, iba dirigida mi defensa, no a mis amigos, sino al señor sin diente y a su grave junta de padres graves literarios, así como al Sr. Escosura. Que diga este último, que es un exaltado, que no le gustan mis ideas religiosas y realistas, y deje en paz mi pobre estilo.

Lo gracioso es que si he salido tan jirocha (2) y guapetona a defender mi estilo, ha sido envalentonada con la opinión de usted; de suerte, que usted me dió armas contra sí mismo. ¡Zote de mí! ¡Ridícula de mí! ¡Ingrata de mí! ¡Ponerme en posición de defensa contra mi Me-

---

(1) El original dice claramente *devoceé Caleb*. Seguramente quiso decir Moschek Wcalebk.

(2) *Jirocha*. Esta palabra no la trae el Diccionario de la Academia que tengo presente, ni ningún otro de cuantos he consultado. No obstante, es muy común en la provincia de Sevilla, especialmente entre la gente de campo. Viene a significar lo mismo que denodada, decidida, resuelta.

cenas! Vamos, no me lo perdonaré nunca, y no será usted tan riguroso conmigo como yo misma lo soy.

Pasemos a otra cosa, pues mil tengo que decir a usted y novecientas y pico se me quedarán en el tintero, no en el corazón. No crea usted, mi amigo (el lector de las Batuecas lo es), que yo ponga mucho precio a que me lean; ¿por qué se lo había de poner? Sabía, cuando eché al mundo el *trop plein de mon cœur,* que hallaría alguno que otro apreciador en lo más elevado del mundo intelectual y en lo más humilde. ¡Ambos he hallado más de lo que pensé! A usted, Mora, Quintana, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa en la primera categoría, y el señor de Banoplona, que escribe al *Heraldo,* quiere varios ejemplares de mis escritos que esparcen buenas ideas religiosas, morales y políticas, en la segunda.

La voz de usted y la suya se han levantado en mi favor; ¿puedo apetecer más? ¿No logré, como digo en la carta de mi lector de las Batuecas, unir los dos extremos que se juntan en el punto culminante, que es la eterna verdad?

Celebro haya gustado a usted la novelita (pondremos diminutiva al diminutivo primitivo). Lo gracioso fué que antier recibí el primer número y en el mismo correo una carta de Mora, diciéndome : «He leído la preciosa novelita de usted que *La España,* etc.», con su correspondiente quejita. Le he contestado negando a pie juntilla, y suplicándole sepa por usted y me escriba quién es ese León que me imita o parodia. ¡Conocerme por el primer número! Si hubiere sido por el final, por el que, al entender de mi lector de las Batuecas, flaquean, ¡anda con Dios!

Ayer, que debí recibir, a la par de la carta de usted, los otros dos números de *La España,* he tenido el atroz

désappointement que no han venido. Espero en Dios que vendrán hoy; si no viniesen, me tomaría la libertad de escribírselo a usted, por si tuviese la bondad de enviármelos.

Tengo unos días de marasmo moral. No me faltan ideas; me sobran como en Castilla las espigas; pero moler la harina y hacer dos bizcochos, no va. Falta el soplo al molino para moler el primero; la lumbre para encender el horno y poner a punto los segundos. Eso pasará como el frío que a veces hiela las corrientes. Pero ahora tenemos una dificultad que usted en santa concordia allanará. El *Heraldo,* entre otros *puffs* o *canards,* anunció que pronto daría otra composición de este Fernán, que el día menos pensado van a llevar al Tribunal de Salomón, reclamándolos ambos. Le he escrito a Mora, al *Heraldo* y *La España,* que por no dejar feos a los buenos mozos del *Heraldo,* estaba escribiendo una novelita que haría verdad aquello de *cortas dimensiones* de marras. Ambas, la de *La España* y la del *Heraldo,* marchan al mismo paso, bien enseñadas como soldados de Narváez. ¿Cuál envío primero y cuál después, puesto que no pueden salir a la par como una yunta de bueyes? *That et the question?* La una, que se llama *El Exvoto* (1), es santa, sencilla, infantil, en mi género predilecto. La otra, que creo se llamará *Alta Gracia* (advocación de una Virgen de Canarias que me gusta en extremo), es por el estilo de esta última, una falta (un adulterio) y sus atroces consecuencias dramáticas, enérgicas y con un (a mi parecer) buen final, un buen *bien parado,* ¿cuál para cuál?

---

(1) *El Exvoto* corre impresa entre sus obras; *Alta Gracia,* no. Por lo menos no la hemos visto en parte alguna, ni D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca hace mención de ella en la lista minuciosa que publicó en 1878 de todo lo escrito por Fernán Caballero.

Otra *cuestión.* Sea usted juez, aunque parte, en estas *cuestiones,* más fáciles de dilucidar que las de Hamlet. No quiero disgustar a Mora. Siento tocar el punto de adulterio, en el que tan severo estuvo mi eminente crítico de *La Gaviota.* La buena literatura española es algo puritana; pero el asunto, que es real, como todos los míos, es tan nuevo, tan interesante, tan inesperado, que es preciso pasar por ese inconveniente.

No me crea usted tan modesta que tome las alabanzas que haga de lo que escribo por lisonjas. Pero tampoco me crea usted tan débil de espíritu de que me engrían. No. Si *Lágrimas* tiene más donaire y gracia que las demás; si en *Callar en vida* pisé más firme la senda literaria, es sólo debido al artículo que usted escribió sobre *La Gaviota.* Sin él, Fernán hubiese caído para siempre como un globo sin gas.

Ahora una palabra sobre Díaz *pour la sûreté de ma conscience.* Díaz (1) es el hombre que más conserva en el más sano de los corazones el culto a todo lo bueno y todo lo bello; es una vestal de sus ilusiones, el que más ansía por la perfección en todos sentidos, y que tiene la desgracia de tener esa clase de debilidades, que el mundo no perdona porque son de especie inofensiva. Díaz es un hombre que el mundo no aprecia en lo que vale, pero que tiene la gran suerte de no conocerlo. Es el tipo del amigo y la personificación del *dévouement.* Con extremo lo quiero por sentimiento espontáneo y por gratitud, lo aprecio por justicia, pues voy al fondo de las cosas.

Le oigo a usted decir: Basta, Fernán, que no está escribiendo una novela para que yo le diga mientras más

---

(1) Bien lisonjero es, por cierto, el elogio que de D. Nicomedes Pastor Díaz hace nuestra insigne escritora en esta epístola.

mejor, pues que el folletín necesita el pan nuestro de cada día.

Prescott no se detendría en el puerto, pues aquí ni los ingleses ni los españoles lo han visto.

¡Con qué íntimo placer he visto que Balmes ha *parlé* en Francia! ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

¿Quién había de pensar que era usted tan severo con los novelistas franceses? ¡Vaya si fuese D. Pedro de la Hoz! ¡Con Balzac, que vierte perlas como las nubes, y saca brillantes de las entrañas de la tierra; con Dumas, ese pitillante castillo de fuego; con Vigni, con Léon, Jorlan, Jules, Sanedau y Sainte-Beuve y Janin! No lo pensara. Mi amigo, eso huele a las Batuecas reales o a bilis crítico-moderna; eso no pega al primer y más alto y delicadamente culto de nuestros literatos. Mi estilo se está haciendo una librea para que a la legua conozcan que es mío; ya me entiende usted, querido ruiseñor de las Batuecas. Los finales de mis novelas se están dando friegas de opodeldoch en los pies. ¡Qué carta! Es más atroz que un *Times* (1).

1851?

Bien conozco al leer los juicios de usted (2) sobre mis escritos, la reprobación desdeñosa, liberal, que filtra a través de su excelente amistad, de su bondadosa parcialidad, de su sincera simpatía hacia mí (3). Pero, ami-

---

(1) Quedó sin firmar.

(2) Interesante trozo de carta que no he podido averiguar a quién va dirigida; tal vez a Escosura. Está escrita toda ella al dorso de otra original de D. José María Albareda, firmada el 4 de febrerode 1851.

(3) El párrafo que antecede lo escribió primeramente de este modo: «Bien conozco la hiel desdeñosa, liberal, que filtra al través

go mío, los anatemas que hombres del talento de usted echasen sobre mis opiniones podrían arredrarme, si arredrarse pudiera el que sigue la senda trazada por la religión en pos de un Río, de un Lamennais, Bonald, Haller, un Balmes, de mis padres y tantos otros. Sé que la gran parte literaria de *La España* es liberal, y que desprestigio mis obras separándome de sus ideas, pues aquí estamos lejos de la justa y generosa imparcialidad literaria de otros países; pero ¿qué me importa? ¿Qué dicha me había de proporcionar un lauro, a mí, que adoro el silencio y la soledad? ¿No me ha dicho usted mismo y aplicándomelo a mí, que es más *le bien ne fait pas de bruit, le bruit ne fait pas de bien?* Cuando escribo dicta mi corazón. Si cuando he concluído sonríe mi conciencia, he llenado mi objeto y logrado mi fin. Pero no sería así si consideración a personas o recelos de amor propio sofocasen la voz del que dicta, y robarían a lo que escribo el sello de sinceridad, que le debe honrar a todo autor por respeto al público.

1851 ?

Muy señor mío (2):

He recibido la carta de usted del ... En los países extranjeros se imprimen, no para el pueblo que no

---

de su buenísima amistad, de su bondadosa parcialidad, de su sincera simpatía hacia mí sobre mis escritos.» Después lo corrigió en la forma que va impreso.

(2) Faltan la fecha y la firma en el original. A punto fijo no sé si esta carta fué escrita al Sr. Paláu o al distinguido literato D. Antonio Trueba. Me inclino a creer que fuera a este último, antes del año 1852.

sabe leer, ni tiene dinero para comprar libros, las poesías populares, sino para las gentes más cultas y para los más distinguidos literatos. Mas usted tiene mil razones en no querer imprimir dichas poesías, pues mejor que yo sabe lo que tiene salida o no.

En cuanto a la respuesta que me da al inadvertido brote de mi corazón en que le recomendaba a las monjas, me ha sorprendido de manera que conservaré esa carta entre otras cartas notables que colecciono y forman parte de mis memorias, que algún día se publicarán, y que tendrán interés, pues en ellas no hablaré de mi insignificante persona, sino de cosas notables en varios sentidos, que servirán a calificar épocas y costumbres (1).

1851? (2)

Muy señor mío:

Usted extrañará esta carta. Al leer, la extrañeza pasará a hilaridad, y esto me será muy grato. Mas para dar su genuino origen al ridículo en que me voy a poner, le diré que dicta mi carta, no la presunción que choca, sino el miedo que compadece.

---

(1) Indudablemente que hubiera sido de grandísimo interés la publicación de dichas cartas, pues dadas las relaciones que tuvo la ilustre escritora, y teniendo en cuenta además las revueltas políticas de la época en que vivió, es innegable que aportarían para la Historia datos de suma importancia. ¿Dónde estarán esas cartas? Yo hasta el presente no he podido encontrar entre sus papeles más que dos, copiadas de su madre, D.ª Frasquita Larrea: una es de D. Antonio María Alcalá Galiano a D. Juan Cavaleri, y la otra de este señor contestando. Van al final de este tomo. Merecen la pena de leerse.

(2) Este borrador lo dejó sin firma y sin fecha, como otros varios de esta colección de cartas. Lo supongo escrito antes de 1852.

He visto por una casualidad en el número del 10 de M. de *Las Novedades* un párrafo en que se dice que un ex polaco agente ha hecho una infinidad de viajes que se suponen son en favor de una conspiración por dicho señor. Pero no está aquí lo que me llama la atención, sino que vi, reví y reteví el humilde nombre de Chiclana entre los de varias capitales que visita el ex polaco. ¿Usted sabe lo que es Chiclana? No, ni el que escribió la noticia. Es dicha villa un pueblo única y solamente de campo, con lindas casas que tienen en ella los gaditanos; por consiguiente, no penetra mucho la política en ella, pero muy mucho los malhadados partidos personales, por quién ha de ser alcalde y quién ha de ser alguacil. Ni más ni menos. Hay, sí, unos cuantos jóvenes bien plantados de ideas liberales honestas y pacíficas, que aun cuando no lo fuesen, no tendrían contra quien enconarse ni trocar los vivas en mueras. No hay empleados, no hay ricos, sino alguno de fuera extraño a la política; no hay retirados ni en activo servicio, y no hay más escritor que su servidor.

Ahora, como suélense ver mal las cosas de lejos, como yo soy amigo de desterrados, como no se me conoce, deseo hacer en manos de usted mi profesión de fe y ponerme bajo su égida como noble enemigo. Soy monárquico religioso desde que nací, como lo son en países cultos los que quieren serlo. Desde este alto punto de vista en que todos los honrados y nobles pudiéramos unirnos, si bajo aquellas égidas buscásemos la verdadera libertad, que es la que debe haber para lo bueno, lo honrado, lo justo, lo franco y generoso, desde este punto de vista, superior a partidos, he considerado lo inofensivo de quien mira la política desde un punto de vista tan alto y general, aun cuando de todos los partidos que se agitan hubiese uno que me simpatizase, que

no lo hay. Soy demasiado insignificante, estoy demasiado fuera de su influencia moral y material, soy demasiado delicado, abstraído y sobre todo cobarde, para querer ni poder servir de nada a partidos políticos, de los que, repito francamente, no me simpatiza ninguno, aunque entre *todos* tengo amigos que aprecio infinito, y que por ver unidos, y con eso la felicidad de España, daría mi vida.

Cuanto he dicho lo juro como cristiano, y ahora sé que usted me cree y que tendré un defensor si llegase la infame malevolencia hasta querer meterse conmigo. En cuanto a escribir, era mi regla esta que un poeta me hizo el simpático favor de poner en verso:

Cuando el trovador...

Pero si choca lo que escribo (no a los pícaros que toman los malos extremos de las ideas para medrar en esa senda), si choca, no a ésos, sino a los de las ideas del día, desde luego tiro mi pluma, y llévesela el viento como la de los pájaros por esos aires.

Es tanto más mi susto, cuanto sé que haciéndome gran favor a mis alcances, se han empeñado muchos en la gran falsedad de que yo escribía en *El Amigo del Pueblo* y en *El Padre Cobos.* Si desde una respetable antigüedad que llevo de escritor no he sacado más premio que una hermosa palma bendita que me dió un virtuoso y docto eclesiástico, saco ahora el que se me escarnie o calumnie, le digo a usted que es la carrera literaria una viña, y no del Señor. Considere usted que han llegado mi inquietud y temores al punto (1).

---

(1) Aquí termina este interesante borrador, curiosa página para la historia de Fernán Caballero. He buscado con afán y empeño lo que le falta, pero no lo he logrado hasta el presente.

1852

Muy señor mío y amigo (1):

Escribo a usted para remitirle la adjunta traducción, que me parece vale su peso en oro, y que suplico a usted lea, seguro no le pesará haberlo hecho. Si usted la imprime, le pido por Dios que no suene mi nombre.

Sé que ha más de un mes le fué entregada a usted mi *Clemencia*, y que rogué a usted tuviese la bondad de anunciarla y que se vendía en casa de González, calle del Burro (2) (¡qué nombre!), así como en las librerías de provincia.

Como supongo que entre asuntos de más importancia se le habrá pasado este que tiene muy poca para un periódico tan grave como el que representa la genuina y noble España monárquica y religiosa, me tomo la libertad de recordárselo, porque, como amigo de refranes, tengo presente aquel de «quien no llora no mama».

---

(1) A D. Eugenio Ochoa.

(2) Acerca de esta calle, que por antítesis se llama hoy de *Alfonso el Sabio*, hallamos la siguiente indirecta del P. Cobos: «Desde tiempo inmemorial venía llamándose del *Burro*, ignoramos si con la idea de tener un continuo recuerdo de tantos como existen.» (*Explicación del Plano de Sevilla*, por Manuel Álvarez-Benavides, pág. 188. Sevilla, 1868.)

Por lo visto, la raza asnal tiene fortuna. La burra del profeta Balaam le habló y le reconvino porque la maltrataba. El burro de la fábula de Iriarte tocó la flauta, y no debió de hacerlo del todo mal, puesto que a él le agradó. Sevilla rotula una de sus calles con ese nombre, no sabemos si para recordar el manso jumento de Sancho Panza, que inmortalizó Cervantes. Pedir más es gollería. ¿Quién no tiene ya derecho a que le dediquen una calle?

No canso a usted más, lo que es la mayor prueba de consideración y respeto que puede darle este su amigo y s. s. q. s. m. b.,

FERNÁN CABALLERO.

Puerto, 28 de agosto de 1852.

1852

Puerto, 2 de octubre de 1852.

Mi querido amigo (1):

No puede usted pensar con el sentimiento que me he venido sin haber oído de su boca su juicio final sobre *Clemencia,* y sin haberme podido explayar con usted sobre mi objeto al escribirla. No crea usted que sea por cumplido el que le diga que me interesa sobremanera su juicio crítico. Entre nos, usted conocerá que hay pocos que estén a la altura suficiente, no digo yo para juzgarla, sino para comprenderla; porque no sólo se necesita conocimiento *general* de la literatura amena, sino que se necesita pertenecer y comprender al mundo que en ella pinto.

Así es que D. Martín alcanza universal simpatía, porque es un tipo conocido de todos. No así otros de los tipos que hacen papel en la novela.

El objeto que tiene, moral y de actualidad, en esa pintura de costumbres, es el de poner en casa la sencilla y buena ilustración cristiana, llena de fe y de *corazón,* con la seca, fría y escéptica cultura del gran mundo, personificada en sir George. Para personificar la primera en Clemencia era preciso pasara las vicisitudes

(1) Dirigida al señor conde de Cazal.

que pasó y se formara al lado de un hombre como el abad, para tener armas suficientes para luchar con sir George.

No podía amar a Pablo, porque su hora de amar no era llegada y porque era muy niña aún para apreciar a un hombre que su tío ponía de continuo en ridículo. Lo conoce y aprecia luego por *comparación*. Esto da margen a la grande *idea moral* del libro; la mujer perfecta, la mujer ideal debe no sólo dejarse guiar o subordinar sus *acciones* a la razón, sino también sus sentimientos. La primera es una moral vulgar; la segunda es una moral de alta esfera.

Hay otro tercer punto en el libro, que pasa desapercibido, y que es, no obstante, un profundo estudio fisiológico, y es la comparación de los tres amores: del inglés, del francés y del español. Todo esto son *fénesses* que escapan al vulgo, pero que usted como nadie es capaz de comprender, y por eso, ya que, por desgracia, no pude explayarme con usted de palabra, lo hago por escrito, a riesgo de parecer pesada; pero es tanto mi interés en que usted me comprenda en un todo, que paso por ese temor.

En casa de Geofrin he mandado cuatro ejemplares de *Clemencia* que aún le restaban al librero de aquí de doce que le enviaron, lo que aviso a usted por el deseo, tan lisonjero para mí, que me demostró de poseer esa producción. Estimaré a usted se la recomiende a algún amigo que le guste ese género de literatura, aunque en esto sólo se interesa mi amor propio, que sufriría si cuatro tristes ejemplares no hallasen salida en Sevilla, el pueblo que debe estar más interesado en ella, pues en Sevilla pasa la acción (1).

(1) Por lo que dice en ésta y en otras epístolas la suave escritora,

Ahora tocaré otro punto, y es el sigilo que le suplico que guarde, así como mi querida, delicada y amable Justa, sobre el ser yo el autor de ésta y otras composiciones. Sin entrar en un sinnúmero de *graves* razones que me obligan a ocultarme, y que serían largas de referir, creo que ustedes ambos tienen bastante tacto y buen gusto para simpatizar conmigo, en no querer ser ante la insufrible mediania el oso ni la bestia curiosa. Así, pues, confío en que ambos me darán la prueba de interés y de amistad de negar el que sea yo la persona que se oculta bajo el seudónimo de Fernán.

Páselo usted bien, mi querido amigo; reciba usted mil afectos de Antonio, déselos muy encarecidos a Justa, y créame su más sincera amiga.

CECILIA.

1852

Mi querido amigo (1):

No puedo decir a usted con la satisfacción y con el interés que he leído la carta de usted. Si bien pone usted con mucha delicadeza la regularidad de formas, la verdad, la falta de algo apasionado y de romancesco y extraordinario, como causa que le impediría a *Clemencia* ser popular, yo la considero como un defecto capital en una novela. Tiene usted mil razones, y mi

---

se ve que tuvo que sufrir el calvario que todos los genios y buenos escritores sufren en nuestra patria, salvo pequeña excepción, si es que puede hacerse. Prueba además el poquísimo gusto literario que había en aquella época.

(1) Dirigida al señor conde de Cazal.

excesiva timidez para inventar, mi puritanismo de verdad, son trabas que me impedirán siempre salir de un círculo circunscrito y elevarme a la esfera del genio. Verdad es que, entre todas, *Clemencia* y *Lágrimas* son en las que más sobresale esa falta absoluta de acción. Mucho he dicho en mis prefacios para disculparme de una falta que tengo bastante tacto para conocer, y por eso he repetido en ellos muchas veces que no pretendo escribir *novelas,* sino cuadros de costumbres, retratos, acompañados de reflexiones y descripciones, y que bajo ese punto se me juzgue. No obstante, mis escritos se presentan como novelas porque no hallo otro nombre que darles, y por lo tanto no los reivindica mi disculpa.

Hay un *instinto* en mí (porque no le puedo dar el nombre de sentimiento razonado, ni menos fundado) que me lleva a estremecerme en pensar que se dijese: *Esto no es verosímil,* como del más amargo anatema. *Al poetizar la verdad,* que es todo mi afán y mi alta moral, temo que no aparezca en todo su esplendor esta verdad que amo. Al querer, como es mi intención, desterrar de la vida perfecta todo lo romancesco, buscando el ideal en lo sencillo, como para mí existe, robo a mis novelas o *privo* a mis novelas de toda esa brillante parte del colorido de lo romancesco y extraordinario. Visto al hada de vestal; pero si la hago menos brillante, ¿no cree usted que la hago más buena? Todo lo novelesco tiende a exaltar a la criatura; yo busco a ablandarla, excluyendo o poniendo en mala luz todas esas pasiones, ya enérgicas, ya exaltadas, que son venenos que vierte el corazón en la buena y llana vida que la mujer debe seguir. Pongo, pues, lo romancesco en lo no romancesco, *tour de force* moral que efectivamente quita resortes y colorido a mi creación.

Quisiera que viese usted un artículo de su querido Gustavo Planche, el que, cual si quisiera mediar en la cuestión, trae ayer la *Revista de los Dos Mundos:* «Autrefois — dice — le roman se proposait naïvement l'analise des passions et des caractères; il saisissait dans le mouvement de la vie ordinaire une action très simple, souvent même d'apparence insignificante et comptait sur l'étude du cœur pour intéresser les esprits délicats. A quelle cause font-ils rapporter la puissance de ces récits? Est-ce à la nouveauté des incidens, à l'éclat inattendu des images, à la grandeur terrible des fassions? Mon Dieu, non, il semble qu'on ne puisse imaginer rien de plus vulgaire; *Charles et Marie,* etc., ressemblent tellement à la vie de chaque jour que chacun de nous pourrit se croire capable de les écrire.

»Si je rappelle ce nom, c'est parce qu'il sert à baptiser un genre de narration vif, spontané, puisé dans les entrailles mêmes de la nature humaine.»

Perdone usted, mi querido amigo, si al darle gracias por su tan lisonjero juicio de mi novelita le expongo, dándole toda razón, las causas que me hacen incurrir, medio sin querer, medio queriendo, en un defecto real, que me privará de interesar en general a las gentes. ¿Sacrifico mi conciencia al deseo de tener popularidad? Usted mismo me dice que no debo cambiar, y no forzar mi ingenio fuera de los límites de su inclinación; consejo sabio y simpático que prueba más aprecio, amistad y buen gusto que los que tuvo hacia Ícaro su padre.

Tres largos juicios críticos han salido sobre *Clemencia:* uno en *La España* (pero no de Ochoa), otro en *La Paz* de Sevilla (de Fernández) y otro en un periódico de Málaga. Todos muy buenos en sí, pero demasiado lisonjeros para mí, aunque ni de vista conozco a los autores. Pero ninguno ha comprendido a *Clemencia*

como usted. Así es que le repito que me ha interesado y lisonjeado profundamente su carta.

En los cuadros de costumbres populares hallará usted algún más movimiento, porque *le sujet* lo requiere así. Si tiene usted la bondad, cuando los haya leído, de escribirme su parecer sobre ellos *(pero criticando* lo que lo merezca, que es la más verdadera prueba de interés), será para mí la más grata recompensa de mi trabajo.

Antonio me encarga tantas cosas cariñosas para usted como yo se las encargo para Justa, y crea usted conservo su carta como una joya, y su amistad como un tesoro.

CECILIA.

Puerto, 15 de octubre de 1852.

Los niños de Pancha, que me rodean, son la causa de lo ridículamente escrita que va esta carta, que debería copiar (1).

1852?

Puerto de Santa María, 11 de junio (2).

Mi muy querido amigo (3):

Recibí su grata con gusto y con disgusto. Lo primero, por saberlo bueno y recordando amigos ausentes; lo

---

(1) En efecto, el original tiene varias correcciones, algunas palabras entre líneas y otras tachadas por la mano de Fernán.

(2) Como Fernán Caballero vivió en el Puerto de Santa María los años 1852 y 53, no hay duda que la presente carta fué escrita en una de esas fechas.

(3) Conde de Cazal.

segundo, por decirme usted está desesperado; pero me consuela la idea de que el origen de esa clase de desesperación es como el tiempo de abril : pronto disipa un rayo de sol, tormentas que pasan sin más efectos que dejar el campo más lozano y florido. ¡No fué mala la que había cuando fuí al vapor! Muy mal hubiese llevado que ningún amigo mío se hubiese mojado por ir a verme. Basta con secarlos. No quiero que por mí se mojen. Además, un último adiós es en su ausencia tan triste, que no deja de serlo aunque sea cortísima la ausencia.

Si Daguerre vino, eso es otra cosa. Daguerre es la personificación de la actividad, agilidad, bondad; esto lo sostengo, aunque lleven a mal dichas tres bellas cualidades no ser personificadas por un tipo griego.

Dice usted bien que ahorcarse no es elegante: es muy vulgar, más que vulgar, chabacano. Acuérdese usted de los gladiadores de Roma, que observaban tomar una bella postura para morir. Usted sabe soy mujer de buen consejo; así, consúlteme usted sobre el modo de suicidarse. El mejor me parece ahogarse. Eso está *fashionable* desde Leandro acá. Cuando usted, pues, lo determine, véngase usted acá y lo hará confortablemente con los exquisitos vinos de mi cuñado, cual aquel ministro inglés a quien la reina Isabel dejó elegir el modo de morir.

Habiendo recibido el correo pasado cartas de Sevilla, me causó una amarga sorpresa, tanto la recaída de mi querida Pilar, originada por otra de su marido, como la iniquidad que han hecho con el pobre Guillermo, que si no tiene brillantes hojas de servicio, no tiene en ellas tampoco más tacha que haber estado malo. ¡Pobre Luisa, qué desgraciada es! ¿Qué se hará ahora ese niño?

¿Por qué me dice usted que dependerá de cómo van sus cosas el que lo vea por acá o no? ¿No ve usted que

me pone entre la espada y la pared y quizás en el caso de meter una cizañilla para que se empeoren? Espero que (1) todo se podrá conciliar. Ya sabe usted es la conciliación en todo para mí un bálsamo en la vida, un dulcificante de la sangre, una cosa con varios orígenes como el Nilo; la bondad, la pureza, el desdén, la prudencia, el talento, de cualesquiera de estas fuentes que nazca, sus efectos son el bello ideal de los cansados, la paz.

El Sr. D. Antonio se divierte, pero como él sabe divertirse: sin medida, decoro, finura y sacando fruto de todo.

Su carta de usted sale en el vapor de mañana. Hizo usted bien en mandármela, pues no hubiese llegado sin un sobre más historiado que una carta geográfica.

Leo algunas cosas modernas de Balzac. ¿Sabe usted que a mi gusto se va echando a perder? Parece que escribe sobre zancos. Esto es decir que realza, anatomisa *(sic)* y rebasa de tal manera las cosas, mas no diré triviales, pero vulgares, que aburre.

Los amigos de Londres, que han estado finísimos con Antonio, le han dicho que vendrán este invierno un enjambre de ingleses a Sevilla, familias enteras; en fin, España va a reemplazar la Italia. Esto es bueno para Germán, pero a nosotros se nos preparan buenos tabardillos.

Déle usted un recado muy particular, fino y amistoso al duque. Expresiones a los demás amigos, en particular Tenorio y (2). Dígale usted a Alejandro recibí su carta, y usted créame su más sincera y mejor amiga.

CECILIA.

---

(1) *Que* no está en el original.

(2) Hay una palabra borrada con tinta, de ajena mano, que no permite entenderla.

1852 ?

Señores editores de *El Artista* (1).

Muy señores míos : Sólo mi consternación pudo igualar a mi sorpresa al ver en la entrega 1-2 de su interesante periódico la narración de un hecho visto (y no novela) que había escrito yo en otro idioma por perfeccionarme en la lengua y sin otra pretensión. Pero ambas llegaron a su último grado al volver a leer los renglones con que encabezan ustedes dicha relación, en los que hacen saber que les ha sido remitida por la persona que la escribió.

Aunque es bien cierto que en el corto número de personas que me tratan ninguna reconocerá en la colaboradora de *El Artista* a una mujer de una vida en sumo retirada y en extremo casera, mucho más cuando las iniciales que le acompañan no son con las que yo firmo; aunque es cierto, digo, que la insignificancia del remitido y la de mi persona son mi mejor *incógnito,* me debo a mí misma y a mi propia tranquilidad de deshacer un error que no quiero que exista (2).

Yo no he mandado a ustedes la citada relación, no por modestia, que ésta implica mérito, sino porque tengo el suficiente discernimiento para saber que lo que estampo por vía de pasatiempo y estudio no merece ni un lugar en su distinguido periódico, ni aun llamar la atención de nadie; pero sobre todo porque tengo por íntimo conven-

---

(1) Borrador sin fecha ni firma.

(2) Aunque la construcción de los últimos renglones del anterior párrafo es algo deficiente, se comprende bien el pensamiento de Fernán.

cimiento que el círculo que forma la esfera de una mujer, mientras más estrecho, más adecuado a su felicidad y a la de las personas que la rodean, y así jamás trataré de ensancharlo, debiendo a este sistema la felicidad de que he gozado en mi vida.

Como la mano que ha descorrido el velo que cubría el misterio de mis horas de retiro y soledad ha sido la de una madre querida, y su móvil la parcialidad materna, el respeto y el agradecimiento sellan mis labios a mi justa queja (1); pero deseo se sepa que no sólo no he pensado jamás en escribir para el público, sino que es mi sistema, tanto en teoría como en práctica, que más adorna la débil mano de una señora la aguja que no la pluma, y es injusto se quejen ustedes que *es poco frecuente en España que las personas del bello sexo se dediquen a cultivar la amena literatura.*

La severidad e intolerancia del *sexo fuerte* es la que ha creado la opinión general de ser incompatibles las calidades domésticas y las inclinaciones literarias. Sentado este principio, no hay mujer sensata que quiera sacrificar lo sólido a lo brillante, una virtud a un adorno.

Ustedes estarán persuadidos que cuanto llevo dicho es

---

(1) Queda demostrado con esta carta que D.ª Francisca Larrea de Böhl fué quien manifestó que la que escribía con tanto aplauso y tan enorme revolución hizo en la república de las letras con la aparición de *La Gaviota,* era ni más ni menos que su hija Cecilia. Un nombre que pasaría por sus propios méritos a la Historia y había de quedar esculpido en el templo de la fama, ¿por qué no tenía que conocerse? Si Fernán, por modestia, quiso que su nombre no sonara para nada, su madre, que sentía un legítimo orgullo con los lauros de su excelente hija, no supo ni quiso callarlo. Hay que reconocer que hasta cierto punto estaba justificado. Había motivos para estar con su primogénita más ancha que larga. Después de todo, *la gloria de los hijos es la mejor corona de los padres.* Además, ¡los tiempos habían cambiado!

una ensarta de lugares comunes; mucho más que ustedes lo estoy yo, pero hay lugares comunes que ganan en ser repetidos por ciertas personas, así como hay cierta clase de personas que ganan al decirlos, como al hacerlos regla de comportamiento.

Agradezco infinito el nombre de amable que me dan ustedes por *gracia,* el que devuelvo a ustedes por justicia.

1853

Mi querido amigo (1):

Pongo a usted estas dos letras para decirle que tanto mis *Cuadros de costumbres* como *Lágrimas,* que por fin, por fin se acabaron de imprimir, se hallan en casa de Geofrin, y hacerle la impertinente súplica que los lea, porque deseo con ansia tener la opinión de usted sobre ellos.

En general, los artículos de crítica, tanto los que celebran como los que vituperan obras de literatura amena, no se pueden leer, porque para este género de crítica se necesita no *saber* ni ciencia, sino una clase de cultura práctica y literaria, un delicado buen gusto que no es común, y en lugar de seguir al autor lo ponen en el lecho de Procustes de su propio sentir.

No sé si recibe usted *La Ilustración,* y si vería en el número del 1.° de enero una crítica que hizo Barrantes de *Clemencia,* en la que criticándola de haberse separado de sir George y unido al noble Pablo, la llama por eso filósofa materialista. Cuando se discurre así, ¿qué

(1) Don Miguel Carvajal.

opinión se ha de formar del gusto, alcance y sentimientos del que tales cosas y sofismas escribe? Si usted viese una carta que me escribe Espíritu Santo Moreno sobre *Clemencia,* vería usted el contraste. No puede una ser juzgada sino por sus pares. Que es triste cosa ver juzgada una miniatura por las reglas de un cuadro al olio (1).

Otra prueba de interés y de amistad quisiera merecer de usted, y es que hablase y recomendase estas obritas a sus conocidos y amigos, no sólo por la satisfacción que me resultaría de que fuesen conocidas, sino porque su venta estimularía a los libreros a imprimir las demás. Dícese que en las ocasiones se conocen los amigos, y no he huído de proporcionar esta prueba, porque estoy persuadida que lo es mío como yo lo soy de usted.

Mil cariños a Justa, que espero leerá mis obritas porque me lisonjeo, que tenemos no sólo simpatías, pero también afinidades.

¿Me perdonará usted mis impertinencias? Así lo espero, como igualmente que me considere siempre su mejor amiga.

CECILIA.

Puerto, 13 de abril de 1853 (2).

1853 (3)

He recibido el libro de los *Cantares* como llovido del cielo, que nunca se aplicó mejor esta expresión usual. Sin saber, pues, a quién dar las gracias por tan

(1) *Olio* dice claramente el original. Hoy diríamos *un cuadro al óleo.*
(2) Al dorso dice: Sr. D. Miguel Carvajal.
(3) Borrador de la carta inserta después de ésta.

apetecido como estimado don, se las doy al autor y serán dobles, las unas por el libro, las otras por el placer que me ha proporcionado su lectura. ¿Pero acaso puede dudarlo el autor? Sí; yo digo al leer sus *Cantares:* De cierto agradarán mis *Cuadros de costumbres populares* al autor de los *Cantares*. Así éste, al leer mis *Cuadros,* se diría: De cierto encantan mis *Cantares* a Fernán. Cuando tan potente está la simpatía, cuando tal identidad hay en los gustos, tal conformidad en el sentir, todas las palabras de asentimiento y aprobación están de más.

Sólo de un modo puedo demostrar al autor todo mi encanto y mi aplauso, y es ofreciéndole para la colección de coplas populares que piensa imprimir, las muchas que recogidas tengo con igual objeto; es decir, las escogidas, divididas en amorosas, jocosas, sentenciosas y religiosas. Además, canciones, relaciones, una gran cantidad de agudísimos acertijos, y, por último, cantidad de juegos y versesitos infantiles. Si en eso le complazco, tendré el mayor placer en remitírselo todo, pues veré además de este modo realizado mi deseo de que todas estas cosas se impriman y no se pierdan, siéndolo de esta manera, por suerte suya, bajo muchos mejores auspicios que no los míos.

Si el autor desea saber mi insignificante opinión sobre su obra, se la diré, y para hablar más exactamente diré mi sentir, porque éste se dice sin pretensiones y sin fatuidad, no siendo bastante entendido para poder ostentar las primeras, y siéndolo demasiado para tener la segunda.

El prefacio es notabilísimo; es una muestra de gran progreso literario y un paso atrevido en la senda del verdadero buen gusto, soltando esas andaderas fatales de los aristarcos de corta vista y escaso sentimiento.

El gran carácter de naturalidad de todas las composiciones, las hacen tan románticas como simpáticas. «Carlos el de Lavapiés», «Los Peregrinos», etc., son unas baladas españolas que deberían causar en España la impresión que causaron en Alemania las primeras de Bürger.

«Contra tristeza, cantares», que es mi preferida entre todas, sólo la dicta un corazón de poeta, y ésa no la copia el Arte. Es preciso sufrir y ser gran poeta para *saber* que consuela el cante, esto es, el trasponerse en el mundo que nos crea la mente y nos consuela, pues ¿cómo el llanto ha de endulzar las penas, si es tan amargo?

«La difícil facilidad», que tan bien ha definido el poeta, la ha mostrado aún mejor. La naturalidad, que es otra difícil facilidad, son para mí el embeleso mayor del pintor, siempre que su elegancia instructiva y delicadeza adquirida aparten lejos, lejos, lo que no sea digno de pintarse o en su sentido o en su expresión. Así, es un dolor que deslustre la pureza y frescura de la colección la de «A Mariquita»; y ¿es disculpa el despecho de oír calificar de simples dos preciosas composiciones por quien no las sabe apreciar? No. ¿Qué diría el autor de los *Cantares* si Fernán, al leer impreso y corriendo por España, que por despecho hubiese escrito un cuadro de costumbres impío? ¿No ve que es dar razón al que nos combate y hacer dudar de la sinceridad de nuestros gustos o convicciones?

La pureza es la más alta, la más aristocrática, si puedo expresarme así, de las virtudes; pues es la que más separa al hombre de la bestia, y la que más lo asemeja a los ángeles. Es una obligación, un precepto, una sólida base del orden social en la vida. En la literatura, cuya misión es realzar y purificar nuestra alma, es un

deber que nos impone en el espíritu o sentido la moral, en la forma la estética.

Como sólo una cosa he hallado que no me simpatiza, sobre ella me he extendido. ¡Se ríe tan de corazón, con una risa tan bella con las cosas puras! ¿A qué apetecer la risa del sátiro? No es decir que la inspire esa composición, pero es la sola, entre todas, que tiende a ese género.

No puedo menos de hacer particular mención del romance «El Cautivo», donde resplandece justamente esa constancia, esa pureza que tanto realzan al hombre. «La Perejilera», que es como una de esas suaves melodías de Rossini que resuenan en nuestro oído mucho tiempo después de oírlas. «El tiempo» y «El desengaño» tienen mucha novedad y gracia en la forma ciertamente. El cante a la Guardia civil... ¡Ah!, si yo fuese reina, yo hubiera premiado al poeta de alma y corazón que lo compuso. Aquel que halla aliento para todo lo bueno, para la religiosidad, la nacionalidad y ese heroísmo humilde que, como el del clérigo, todos miran por alto, y al que todos acuden.

Me gusta con extremo esa innovación de entremeter las coplas populares entre las composiciones cultísimas. Y ¿por qué harían mal algunas flores silvestres en un ramillete de flores cultivadas? ¿Acaso no son todas las flores hermanas? (1).

1853

20 de junio de 1853.

¡Por fin! He recibido el libro de los *Cantares* como llovido del cielo, y nunca se aplicó mejor esta expresión

---

(1) Aquí acaba este borrador. A continuación pongo la carta autógrafa, corregida por la autora.

usual. Sin saber, pues, a quién dar las gracias por tan apetecido como estimado obsequio, se las doy al autor (1), y serán dobles, las unas por las memorias, las otras por el placer que me ha proporcionado la lectura de los *Cantares*. Me gusta por extremo la idea de entremeter los populares entre los cultos, pues ¿por qué harían mal algunas flores silvestres entre las cultivadas? ¿Acaso no extraen ambas su perfume de la misma tierra, y reciben sus colores del mismo sol? ¿Mas a qué decir esto? El autor de los *Cuadros populares* debía ser un entusiasta admirador de los *Cantares*, así como éste debió simpatizar con el autor de los *Cuadros*. Cuando hay tal identidad en el pensar y en el sentir, las palabras de asentimiento y aprobación están de más.

El prefacio es notabilísimo; es una muestra de gran progreso literario en la senda del verdadero buen gusto. El gran carácter de naturalidad de las composiciones las hace tan románticas como simpáticas. «La difícil facilidad», que tan bien define el poeta de los *Cantares*, la luce no sólo en sus versos, pero en esa encantadora naturalidad que también es una *difícil facilidad*.

Esta naturalidad es para mí el mayor embeleso que pueden tener las pinturas, siempre que la instintiva delicadeza y la elegancia adquirida del pintor aparte lejos, lejos, lo que no sea digno de copiarse, o bien por su sentido o bien por su lenguaje; así, es un dolor real hallar entre tanta perla un coral de subido color. ¿Y acaso es disculpa el despecho de oír calificar de simples dos preciosas composiciones por quienes no las supieron apreciar? No. ¿Qué diría el autor de los *Cantares*

---

(1) El autor de los *Cantos populares* a quien la suave escritora envió esta carta fué el insigne literato D. Antonio Trueba, que tan alto puesto supo conquistar en la república de las letras.

si Fernán, al leer impreso y corriendo por España, que tiene «esa filosofía *añeja* y *vulgar* que con anatematizar todo lo presente y hablar de Dios con respeto y *énfasis,* dice, etc.»; si Fernán, digo, por despecho se hubiese puesto a ensalzar lo presente y burlar a Dios? ¿No ve el autor de los *Cantares* que es dar razón al que nos ataca, y hacer dudar de la sinceridad de nuestras convicciones, del firme cimiento de nuestros gustos?

La pureza es la más aristocrática de las virtudes, pues es la que más separa al hombre de la bestia y más lo asemeja a los ángeles. Su observancia es una ley, un precepto, una obligación y una sólida base de orden social en la vida. En la literatura, cuya misión es realzar y purificarnos, es su observancia un deber que nos impone para nuestras obras, en su esencia la moral cristiana, y en la forma la estética. Si yo fuese un joven poeta, nunca perdería de vista esta consideración: Mi madre, o mi querida, o mi hermana leerán mis escritos, y algún día los leerán mis hijos.

El autor de los *Cantares* me dirá que predico a un convertido; lo sé; pero como es «A Mariquita» la sola de sus composiciones que ha interrumpido mi encanto al leer las demás, por eso me he detenido en las reflexiones que me inspiró. ¡Se ríe tan de corazón y con una risa tan franca y tan bella con las cosas que son graciosas sin dejar de ser puras!

«Los Peregrinos» y «Carlos el de Lavapiés» son unas baladas, según se entiende este género en Alemania, que deberían causar en España, si España fuera tan literaria como Alemania, la impresión que allí causaron las primeras baladas de Bürger. «Contra tristeza, cantares», sólo la dicta el corazón de un gran poeta. Sólo él sabe el consuelo de los cantares, esto es, trasponernos en el bello mundo que nos crea la mente, pues si

nos aferramos en el llanto, «¿cómo ha de endulzar las penas, si es tan amargo?»

Debo hacer, por merecerlo, particular mención del romance del cautivo, donde resplandece tan hermosa esa constancia, ese amor exclusivo, esa pureza que tanto realzan al hombre. «La Perejilera», después de leída, resuena y halaga como una de las suaves melodías de Rossini. «El tiempo» y «El desengaño» tienen mucha novedad, mucha gracia y mucho ingenio en la forma, de una idea que no es nueva...; pero si no cierro el libro iré haciendo el elogio de todas ellas. ¿Pero cómo no hablar de la dedicada a la Guardia civil? ¡Que no fuese yo la reina para haber premiado al poeta de alma y corazón que canta todo lo bueno: la nacionalidad, la religiosidad y el mayor de los heroísmos, el heroísmo humilde y el heroísmo que conserva y no destruye! Si yo fuese reina, ese cantar, impreso con una linda lámina, se repartiría a todos los guardias civiles, y les serviría de poderoso estímulo; porque ¿qué virtud no se vigoriza con el aprecio que de ella se hace?

Otra cosa siento, y es ver tantas muchachas seducidas. Aquí en Andalucía es cosa que se ve poco en las ciudades; en el campo no se ve. ¿No serían más bellas sus lágrimas abandonadas y puras?

Sólo de un modo puedo demostrar al autor de los *Cantares* todo mi contento, toda mi aprobación y todas mis simpatías por el nuevo género de poesía que con tan brillante éxito ha inaugurado, y es ofreciéndole la colección de coplas que yo había reunido con el mismo fin que lo ha hecho él, esto es, el de imprimirlas, lo que dentro de doscientos años podrá ser una colección tan interesante para la literatura como lo son hoy día los romanceros. Es decir, que le enviaré las escogidas, que tengo divididas en sentenciosas, religiosas, amorosas y

jocosas. Además, tengo canciones, relaciones, una porción de versos infantiles sin pies ni cabeza, pero con mucha gracia; incorrectos, pero atractivos, y una gran cantidad de agudísimos acertijos. Si en ello complazco a mi simpático cantor y bondadoso y fino favorecedor, le suplico me lo mande a decir, dirigiendo su carta al Sr. D. Antonio Arrom y Ayala, Puerto de Santa María, y como en breve pasará a Madrid ese caballero, le llevará íntegra mi colección (1).

Entre las coplas se hallarán varias introducidas en mis composiciones, entre ellas ésta, que con alguna va riante debe ser nuestra divisa:

La Virgen de Zaragoza
No será nunca francesa;
Pero sí la capitana
De su tropa aragonesa (2).

¡Y decir que se escriben anónimos y se amenaza a quien refiere la guerra de la Independencia con tan poca acrimonia, mientras ellos no cesan de insultarnos!

---

(1) Seguramente no se las mandó, porque el año 1859 imprimió en Sevilla un tomo de *Cuentos y poesías populares*. Además, tengo en mi poder un cuaderno de *Cuentecillos y chascarrillos, coplas y adivinanzas* originales de Fernán, o mejor dicho, copiados por ella. Algunas cosas están impresas en el indicado volumen, otras no. Entre los cuentecillos y chascarrillos se encuentran algunos con su mijita de sal y pimienta, aunque pasables; todo lo cual lo he dado gustosísimo a mi muy querido amigo el insigne cervantófilo D. Francisco Rodríguez Marín para que los publique, seguro de que saldrán mejorados de sus manos en tercio y quinto.

(2) Esa misma copla se canta también, especialmente en Aragón y Navarra, de este otro modo:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa;
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

Esto indigna y hace desmayar las esperanzas por el porvenir de un país en que a ese punto se desconoce la nacionalidad y la dignidad, que tanto aprecian otros países.

Todas las expresiones son frías y cortas para expresar al autor de los *Cantares* la simpatía y gratitud de este su amigo y s. s. q. s. m. b.,

FERNÁN CABALLERO.

1853

BORRADOR (1)

¡Ojalá tuviese buen humor para poder dar a usted la enhorabuena por la subida al Poder del conde, porque las cosas agradables deben tratarse con boca de risa, y una enhorabuena debe vestirse de color de rosa y coronarse de flores; pero en mi jardín no hay más que suspiros, y en mi paleta más colores que un verde esperanza, que se va trocando en un verde desengaño, que es casi negro. ¡Ay, amigo mío!; usted me decía que era el Consulado fácil de conseguir, pues era cosa nueva, útil y sin competidores; pero ello es que a pesar de las buenas relaciones, finísima acogida y de la exposición firmada por los primeros comerciantes de Cádiz, Puerto y Jerez, nada logra mi pobre Antonio; y como hay tan buenos corazones en el mundo, no puede usted pensar la rechifla con la que me preguntan: «¿Pero y Arrom?

---

(1) Esta carta está escrita al dorso de otra firmada por D.ª Manuela Escalante de Huete, y tiene un timbre del correo de 1853. Por eso la pongo en este año.

¿Por qué no viene? ¿No ha logrado nada? Ya lo habíamos dicho. En Madrid, en no llevando talegas por delante, nada se logra, ni lo más mínimo.» En fin, amigo mío, sólo Dios sabe la temporada que estoy pasando. Muchas crueles he pasado en mi vida, pero ninguna como ésta. Antonio está haciendo falta aquí; pues a no levantar la mano de un todo, no puede desatender a ciertos negocios que tiene aquí, y está allí sin hallar ya pretexto para demorar su estada. Fernán es una salamandra; pues viviendo en un fuego de desasosiego e inquietud no se quema y hace cenizas su imaginación, como lo está su corazón. Perdone usted este desahogo, mi querido amigo; dispénseme que en mi angustia acuda a usted, que tan poderosamente podrá influir en que se determine ese asunto y se decida la suerte de Antonio, pues graves intereses están en suspenso, y su ausencia, a tener que volver aquí *(sic)*, nos causa los mayores perjuicios.

No hablo a usted de literatura porque todo ha llegado a serme indiferente. Ha tiempo tengo una novela concluída, y por inercia y falta de interés no la he mandado copiar. ¡Ya ve usted!

Mi carta se resentirá de este estado de mi alma; pero no así mi sincera amistad, porque así como el *seno de la tierra no encierra* (1) nada comparable al oro y el seno de la mar nada comparable a la perla, el del hombre nada encierra comparable a la amistad. Todo lo demás pasa, se deslustra o se desvanece; sólo la amistad, como aquélla, queda en el fondo y persevera.

(En un pequeño papel se lee):

Si usted pertenece al sexo fuerte, en serlo es una

---

(1) Las palabras subrayadas están borradas en el original con una línea.

doble ventaja, puesto que éste goza de dos grandes privilegios: la de acatar la adorable libertad con palabras y disfrutarla en hechos, y la de agradar al sexo bello (1).

1853 ?

BORRADOR (2)

Muy señora y amiga mía :

Si tomo la pluma para volver a importunarla, es porque en ello me va una de las mayores felicidades de que puedo gozar en mi triste vida. Usted puede proporcionármelo. La cosa es sencillísima; pero a pesar de eso, ya sé cuánto cuesta en Madrid, donde tantas ambiciones rugen, que se haga oír la suave voz del mérito modesto. ¿Pero quién no sabe que será atendida cuando se hagan sus nobles y generosas intérpretes personas que, como el conde y condesa de Velle, las que por su posición, su prestigio, su categoría y su posición son tan justamente atendidas? (3). Usted sabe que logró mi querida Pancha un ascenso, pero como todo lo suyo, fué una suerte con desgracia, pues en punto a pueblo era ir de Herodes a Pilatos: Mérida. El niño dormido en brazos de un muer-

---

(1) No está firmada.

(2) Escrito probablemente el 53 ó 54, cuando ya había publicado algunas de sus composiciones, a la condesa de Velle.

(3) La construcción gramatical del párrafo que dejamos transcrito es algo confusa. La otra en que llamamos la atención no es más clara. No parece sino que escribió esta carta por puro compromiso, forzosamente y sin chispa de gana. Sea de ello lo que fuere, firme en mi propósito de no ser ni crítico ni comentador de estas cartas, la copio fielmente y cada cual la juzgue a su gusto.

to gigante, como dice Fígaro. No se presentaba otro Juzgado vacante, y más vale pan duro que ninguno; esto es una de las seis verdades del barquero. Había vacado poco tiempo el Juzgado de Jerez *(sic);* pero éste era de término y con 4.000 reales más que el de Mérida, y callamos; pero ahora se afirma por aquí que el juez de Sanlúcar es ascendido a Jerez; queda, pues, vacante el Juzgado de Sanlúcar, igual en categoría y sueldo al de Mérida. Ahora bien: este Juzgado hacía la felicidad de esa familia. Pueblo sano, culto, cerca de Sevilla, en que se encuentra colegio, migas (1), maestros para sus niños. ¡Allí que pasan tantas temporadas los infantes, cuán dignos son Pancha y Carlos, que es tan bien parecido y tan simpático como su mujer, de representar en aquella pequeña corte una autoridad del pueblo! Pancha necesita los baños de mar y podría tomarlos sin salir de su casa; estaban cerca de mí (aquí entra la parte *mía* de egoísmo), podría tener a mi lado alguno de los niños y pasar temporadas en aquel saludable pueblo. En fin, señora, era la felicidad de esa interesante y elegante familia, destinada a pasar los mejores años de su vida en un desierto entre vecinos.

El corazón a veces se crea imágenes e ilusiones encantadoras, así como lo hace la fantasía. Si un ente benéfico se interesase en este cambio, en que no hay ascenso ni más ventaja que ser mejor el pueblo; si este ente benéfico me enviase este nuevo nombramiento; si cuando de aquí a algún tiempo viniesen Carlos y su

---

(1) En Andalucía, especialmente en las provincias de Sevilla y Córdoba, la palabra *miga,* además de la acepción que le da el Diccionario de la Academia, significa lo mismo que *escuela de niñas.* En este sentido la usa aquí Fernán Caballero. Es muy frecuente decir: La niña va fué o irá a la *miga.*

mujer aquí a recoger sus niños; si entonces la divina niña blanca, rubia, fina y aristocrática, como sus padres, le dijese a Carlos: Toma, papá Carlos, aquí tengo un regalo, y le diese un pliego; si Carlos abriese ese pliego y viese el nombramiento que lo traslada a Sanlúcar, ¡señora..., señora, qué escena! ¿Será posible que Dios me conceda un placer que sólo los ángeles pueden gozar otro mayor? ¿Será posible que esa traslación, indiferente al señor ministro, y que no le costará sino un *sí, sí* preñado de venturas, llegue a mis manos para pasar a la de los interesados? Vos podéis hacerlo, señora. Vos, señora, podéis acreditaros en esta ocasión de la persona más benéfica y generosa, y probar a Fernán que si no ha hallado recompensas ni simpatías en el público, ha hallado una simpática amiga que ha hecho por él más de lo que merecen sus obritas, y llenádole de más admiración y gratitud que las que pudiese probar su pluma (1).

1853?

La vida es un cáliz de amargura tal (2), que exclama uno como el divino Salvador: ¡Señor, si puede ser, que

---

(1) Falta la firma.

(2) Según se desprende de la carta de 20 de junio de 1853, debió escribir la presente (que es un borrador) poco antes de esa fecha. No sé a punto fijo si la dirigió a la condesa de Monteagudo, su buena e íntima amiga, o a la condesa de Velle. Excuso llamar la atención sobre los conceptos que emite, porque son bien claros. Sí diré que la ilustre dama debió verse con el agua al cuello, como suele decirse, cuando ella, tan pudorosa y sufrida, manifiesta sin ambages ni rodeos las penas que devoraban su corazón, más que lacerado, hecho trizas por el infortunio y los amargos desengaños de la vida. Su familia llegó a percatarse de la triste situación económica de Fernán

pase este cáliz de mí!; pero el Señor no quiere y es preciso vivir, porque así lo ordena. ¡Ya hay años, señora, que es este mi caso, y el Señor quiere que viva! Ahora para vivir son precisos los medios, y Dios que me los dió muchos y seguros, me los quitó unos después de otros con circunstancias tan imprevistas, amargas e irremediables, que parece que la suerte se goza en probar su loco e incontrastable poder. Sé, señora, que está usted, gracias a su noble y hermoso corazón y al interés generoso que me ha demostrado, enterada de todo esto. No obstante, mi pobre marido, tipo del caballero y hombre honrado, como lo es de la desgracia, quiso con valor heroico trabajar y gastar sus grandes facultades intelectuales en reconstruirse un porvenir que, aunque modesto, nos pusiese en una obscura y sosegada independencia. Ha perdido en esta terrible tarea sus años, su tra-

---

y trataron repetidas veces de convencerla para que aceptase una cantidad con que pudiera vivir decentemente. Cuantos intentos hicieron fueron vanos. Esto causaba gran contrariedad a sus allegados, pero no por eso se doblegó aquella voluntad férrea de Fernán. Véase la carta de 19 de enero de 1862 a su excelente sobrino D. Tomás Osborne, que confirma lo dicho. Ya por esa época del 62, Fernán gozaba de una renta que le daba para comer; bien que como era tan parca y vestía tan modestamente, tenía con ella hasta para hacer sus limosnas. Fuera como fuera, ello es que se mostró irreductible en tomar un céntimo de nadie, aun cuando se vió, como Cervantes, o peor que el gran novelista, en grandísima necesidad y aprieto. Por eso dijo apenadísima a su amiga D.ª Elisa Escalante, en 12 de julio de 1859, *que creía que todas las penas de este mundo eran para ella.*

Los duques de Montpensier, decididos bienhechores de la sufrida Cecilia Böhl, los señores de Pastrana, condes de Monteagudo, las familias de Ñudi, de Escalante y no pocos admiradores de Fernán, cuando querían aliviar su triste situación tenían que valerse de mil trazas ocultas, porque de otro modo no había medio de contrarrestar la firme voluntad de D.ª Cecilia, que en esto mostró ser tudesca de veras.

bajo y su salud. Bregando con la infame clase mercantil, sin buena fe, sin compasión, sin consideraciones de ninguna clase, que materialmente se gozan en el mal ajeno, y para los que un *no* es dulce como a las buenas almas es el *sí*, si pueden servir a sus semejantes, ha bebido el cáliz de la amargura y yo las heces (1). ¡Qué de desengaños, condesa, qué de puñaladas al corazón y de bofetadas al amor propio ha recibido ese pobre mártir! Sólo yo lo sé, porque Dios me tiene reservado este incomparable martirio: el de ver sufrir tan angustiosa y amargamente a la persona que se quiere.

Podría citar cosas que arrancarían a su hermoso corazón gritos de indignación y lástima; pero la desgracia tiene su pudor y no quiere abusar de la bondad ajena que la escucha. Baste decir a usted que un hombre que mi padre casi crió y tuvo en su casa como hijo, un hombre que todo, todo se lo debe a mi padre por circunstancias particulares de familia, con boca de risa y poniéndole sobre las nubes, ha sido su peor cuchillo. En fin, no quiero manchar el papel que ha de llegar a las cultas y generosas manos de usted, con cosas de tan vil e infame especie; pero ocho años llevo que Dios me contará por diez y seis de Purgatorio.

Después de sacrificar cuantas alhajas tenía para mi casa y para mi persona, alhajas de gran precio y queridas porque eran una herencia de la amada abuela que me crió, me puse, con objeto de aliviar sus cuidados, a escribir esas novelitas que bendigo, pues si bien ninguna utilidad me produjeron, me alcanzaron una dicha inestimable: la simpatía y el aprecio de una mujer como usted. Cosas hay alegres y joviales en ellas, y cuando las escribía recordaba aquella linda *nouvelle* francesa

(1) Fernán Caballero escribió *eses* en vez de *heces*.

en la que un joven pierde de enfermedad y miseria a la que ama. ¡Ahí está el cuerpo en su boardilla y no tiene con qué enterrarlo! No hay amigos para él, ni libreros que le quieran socorrer, y al fin halla un periodista que le ofrece una pequeña remuneración, si por la mañana le trae un artículo burlesco que necesita; el joven vuelve loco de desesperación a su boardilla, y ante el cadáver de la que ama compone el pedido artículo; alguna vez se levanta, se arroja sobre él y solloza, y la noche avanza, y vuelve a escribir para ganar con que enterrarla. En parecidas disposiciones se compuso *La Gaviota* y casi todo lo que he escrito. Por eso se hallan como gritos del corazón algunas páginas tan melancólicas en *Lágrimas*.

Todos los medios están apurados, dejando cada cual una ancha herida y un desengaño. Va a Madrid a muerte o a vida. Si tampoco halla allí donde poder utilizar sus muchos conocimientos, con las garantías de su clase, de su educación y de la quijotesca honradez de que ha dado tan ostensibles pruebas, no sé qué será de él, y el pensarlo me estremece, pues gastadas están sus fuerzas morales y físicas en la gigantesca lucha del valor y de la mala suerte del hombre noble, honrado y desprendido con hombres egoístas, bajos y ruines. Por mí, si estoy destinada a arrastrar mi vida con estas terribles cadenas de la miseria y de las humillaciones, entraré de aya de niñas en alguna casa, si la encuentro, pues aunque tengo dos hermanas ricas, jamás consentiré en recibir favor pecuniario de nadie, ni aun de ellas; eso no. He abierto a usted mi corazón ulcerado y enconado, hasta lo más profundo, cosa que no he hecho con nadie, no por vergüenza, pues no soy tan mezquina que la tenga de ser pobre, sino, como antes decía, por el pudor de la desgracia. He animado a esta querida, excelente, noble

y desgraciada criatura; le he dicho que en las capitales es donde puede hallar modo de subsistir con decoro, y personas de su esfera que le aprecien y le tiendan una mano amiga. No hallará en el ilustrado Madrid quien le mire mal, porque es caballero, artista, literato y tiene una educación científica, ni le moteje el que lleve siempre por delante la sinceridad y la buena fe. Bien sé que en el momento de ahogarnos no tenemos la benéfica mano de D. J. B. M., que Dios colme de bienes, pero su gran influencia, así como la de usted y del señor conde, pueden influir en las manos que tienen el poder material. ¿Será posible que logre ser atendido tanto grosero inepto, tantos que no lo necesitan, y que cuando la suerte pone a un hombre tan superior como mi marido en situación de decir a su país: Dispón de mí y de todos mis medios y facultades, tan trabajosamente adquiridas, y dame pan, ampárame, no le escuche?

¡Ay, señora y amiga mía!, el *pedir* es una cosa tan dura, tan terrible, tan humillante para las personas de un carácter un poco elevado, que bien puede usted creer que sólo en el último extremo es cuando nos hemos determinado a clamar por amparo, como un náufrago en la mar. Harto sé el inevitable desprestigio que cae sobre todo el que pide y necesita, el que las almas nobles disimulan con su bondad en el fondo, con su delicadeza en la forma. Me someto a él resignada porque la necesidad carece de ley, y sobre todo porque la lástima profunda y tierna que me inspira mi pobre marido ha llegado a tener la fuerza de una pasión. Esto es un buen sentimiento en mí, que usted comprenderá, porque usted comprende todo lo bueno y generoso. Consuélelo usted, condesa, que un consuelo es a un desgraciado lo que son los auxilios a un moribundo. Aconséjele usted con su gran talento y conocimiento de la corte. No tengo yo

quien me consuele, pues el objeto de su viaje a Madrid queda oculto aun a mi familia, por si nada logra no añadir este nuevo desaire de la suerte a los demás, no añadir esta nueva humillación a las otras y prestar que reír a las buenas almas que gozan con el mal ajeno, movidas a ello por mal disimuladas envidias antiguas y aun modernas, porque la superioridad material la destruye la pobreza, pero la moral no lo logra.

Señora, esta carta no es secreta; enséñesela usted, si cree que pinta bien mi situación, al señor conde, al Sr. D. J. B. M., a todo el que tenga bastante buen corazón para leerla e influencia o medios de evitar que seamos presa de la miseria (1).

1853

Muy señor mío y amigo (2):

Es cierto que en su día recibí la favorecida de usted, a la que no contesté, lo uno, por ser ella respuesta a la mía y no querer molestarle con otra carta; lo segundo, porque al ver que merced a mi letra poco clara, o a mi dicción poco explícita, no había conseguido hacerme comprender (3).

Nunca fué mi intento dedicar una de mis pobres producciones a SS. AA. Lo uno, porque no soy bastante atrevida para dedicar a personas que su clase y sus vir-

(1) Falta la firma.

(2) Al Sr. Latour. Es un borrador escrito en lo restante de una carta de D. José Lama, fechada en el Puerto de Santa María el 24 de noviembre de 1853. Es de suponer que en esa fecha lo escribió.

(3) Este párrafo va copiado con las asperezas del original. Parece que está incompleto.

tudes colocan tan alto, cosas tan insignificantes como las que escribo. Lo otro, porque siendo tan generosos y tan dadivosos SS. AA., que extienden sus regios dones con tanta generosidad como si sólo aguardasen el más mínimo pretexto para expenderlos, habría temido que mi humilde homenaje hubiese podido ser atribuído por el público a otras causas, que no a mi profundo respeto y sincera adhesión a SS. AA.

Lo que suplicaba a usted en mi carta era que interesase a las reales personas, tan propicias en favorecer a las Artes y Literatura, sobre todo si es moralizadora, a honrar con su subscripción la publicación de todos mis escritos que se había empezado; mas como soy tan completamente desgraciada, el librero que la había emprendido quebró, se marchó a París, dejándome chasqueada, así como a las personas que se habían subscrito.

No habiendo hallado mi marido, ni en Madrid ni aquí, librero que quisiese proseguir la impresión, no se puede hacer, por consiguiente, aquella súplica para mí tan de vital interés. Ya no ha lugar, por no haber de proseguirse esa publicación.

La otra súplica que por medio de usted me atreví a dirigir a SS. AA. era la siguiente: Deseando escribir una Mitología para que las jóvenes y niños pudiesen aprenderla, sin que chocase a su inocencia, deseo dar a esta obra decoro e importancia, anunciándola como encargada por SS. AA. al autor, para la educación de las augustas princesas sus hijas. Pero como ya he dicho a usted que no he hallado librero que imprima nada mío (en prueba de esto tengo en mi gaveta una pequeña novela en manuscrito que por dicha razón no ve la luz pública), no puedo ya escribir dicha obra de educación.

Además, todos estos contratiempos, unidos a la ida de mi marido a Australia, que me deja sola y *brisé* por

tantas penas, me han abatido de un modo que sólo ansío por descanso, y sólo pido a Dios me lo conceda. Ahora quédame que dar a usted las más profundas y expresivas gracias por la suma bondad con la que se ha interesado por mí como amigo y como autor. Si las circunstancias, la falta de simpatías del público me fuerzan a dejar de ser lo primero, nada podrá nunca hacer que deje de ser lo segundo (1).

1853 ?

Muy señor mío (2):

Escribo a usted para darle las más expresivas gracias por la inserción de mi protestita, y mucho más por el lisonjero y bondadoso anuncio que la precede. Teniendo la honra de estar en comunicacióu con usted, me determino a ofrecerle una novela para los folletines de la *E.*, novela popular (que pienso es mi especialidad), intitulada *Lucas García.*

Me había propuesto no escribir más para folletines, pues usted conocerá que es bastante desconsolador no hallar después quien quiera reimprimir nada en tomos, y no poder yo facilitarles a las personas que, sin conocerme aún del extranjero, me piden ejemplares de mis escritos. Así, pues, ofrezco a usted esta novela, siempre que a usted le acomode reimprimirla luego en forma de libro con algunas otras, como son *La Noche*

---

(1) Falta la firma.

(2) En el original está escrito así: M. S. M. No lleva firma ni fecha. Debió escribirla en 1852 ó 53, en cuya época vivió en el Puerto de Santa María. También es borrador.

Buena, que publicó el *Heraldo; Con mal o con bien, a los tuyos te ten,* hasta seis, que con *Lucas García* formarían un tomo de *nouvelles,* como llaman los franceses a este género y cuadros de costumbres, el que podría usted en su tiempo, si lo graduaba digno, repartir a los subscritores de su biblioteca, y antes venderse suelto. Si a usted le acomodase mi proposición, podrá usted servirse hacérmelo saber, dirigiendo su respuesta a D. Antonio Arrom Ayala, Puerto de Santa María, para que yo le remita desde luego a *Lucas García,* que me lisonjeo agradará a usted, no por su mérito, sino por su *espíritu,* que es rehabilitar y hacer conocer nuestra tan calumniada nacionalidad, y satirizar las modernas *sosies* del extranjero.

Si mis buenos y antiguos amigos se quejasen de mi defección, como indefectiblemente sucederá, mi disculpa es natural y sencilla, puesto que lo hago con condición de que será reimpresa en libro mi novela, y podré enviarla al extranjero; no dudando de su complacencia, que me otorgará una docena de ejemplares.

Tengo mis razones, que no cansaré a usted en detallar, para desear que *Lucas García* saliese en seguida de *Natalia,* y también las tengo para asegurar a usted que el señor fiscal, prevenido en mi favor, dará desde luego el pase a las novelas escritas por mí.

Día de San Pedro.

1854?

Muy señor mío (1):

Si no firmé la carta que en buena hora le escribí, fué

---

(1) Esta carta tampoco está firmada. Tiene algunas palabras ta-

porque todos tenemos, aun los más legos, nuestra poca de diplomacia privada, y quise, en caso que fuese mi carta desatendida, que recibiese Fernán, que está hecho a ello, por parte del público y de los libreros, el desaire, y que Cecilia, o marquesa que fué de Arco-Her-

---

chadas, lo que me hace sospechar que es un borrador. Fué escrita al turbulento político y galano escritor D. Patricio de la Escosura y Morrogh hacia el año 1854, esto es, después de haberse pasado del campo político de Narváez, con quien fué ministro de la Gobernación, a las filas progresistas. De él dice Menéndez y Pelayo en el tomo III, pág. 644, de *Los heterodoxos:* «Por entonces era ministro D. Patricio de la Escosura, uno de los tipos más singulares que han cruzado por nuestra arena política y literaria, hombre de más transformaciones que las de Ovidio y más revueltas que las del laberinto de Creta.»

Escosura, con cínico desenfado, hizo alarde de sus ideas avanzadas, y es célebre el discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes de 1854 sobre la malhadada e injusta desamortización eclesiástica, que al fin y al cabo llevaron a término. En los motines que se produjeron en Madrid en julio de 1856 con la subida al Poder del general O'Donnell, tomó parte muy activa, por ser enemigo político de dicho general. Más tarde siguió la política radical de Ruiz Zorrilla.

Escosura, siendo aún de pocos meses, fué trasladado a Lisboa con su familia. Ya en España, donde estudió Literatura bajo la dirección D. Alberto Lista, tuvo que emigrar a Francia en 1824 por haber tomado parte en varias conspiraciones, especialmente en la llamada de los *Numantinos*. Fué representante de España en Berlín. O'Donnell lo nombró comisario regio en Filipinas con el *bonito* sueldo de 200.000 pesetas, además de lo asignado para material. No sé a punto fijo si aceptó o no; pero sí sé que con motivo del indicado nombramiento, que debió saber a mieles al batallador político, hizo las paces con su gran enemigo O'Donnell. Por lo visto, es verdad aquello de que «dádivas quebrantan peñas».

Con estos ligeros apuntes biográficos se comprenderá mejor el genuino sentido de la carta que da margen a esta nota, máxime teniendo en cuenta las profundas convicciones de catolicismo de que siempre hizo gala Cecilia Böhl, y su natural dulce y compasivo.

moso, quedase ilesa, como lo ha estado toda su vida, por no perder nunca de vista su inocente diplomacia de no exponerse a ello.

La condesa de Monteagudo es mi íntima amiga. Muchas noticias tenía de usted, pero no era fácil que se extendiesen hasta saber a qué punto llegaba su finura, su complacencia, y sobre todo su admirable estilo epistolar, en el que se unen el talento, la finura y la gracia, que cada una de por sí (¡cosa rara!) se les suele quedar en el tintero cuando escriben cartas a nuestros literatos de primer orden. Caiga, pues, el calañés y la capa en que mal me embozo, y aparezca Cecilia a dar a usted tantas y tan sentidas gracias que en ellas reconozca la expresiva y caliente gratitud femenina.

Tienen para mí el sonido y composición de los nombres algo significativo e intrínseco a la persona, y estoy ancha con mi nombre, al que se une la idea de la música de la casta esposa y de la corona de rosas blancas tejidas por ángeles.

Al de Patricio se identifica el bello y fresco paisaje de la verde Erín, que convirtió a la fe de Cristo.

Háceme recordar también que San Patricio tenía dos cráneos, según es fama; que a un viajero enseñaron su cráneo en una abadía, y poco después en otra le mostraron uno distinto con las mismas pretensiones. Hecha al sacristán por el viajero la observación que le habían mostrado ya esa reliquia en otro lugar, contestó el sacristán con la mayor buena fe que el que había visto era el cráneo del santo cuando era niño, pero que aquel que le enseñaba era el cráneo del mismo cuando grande. Desde entonces el precioso nombre de Patricio despierta en mí la idea de que los que lo llevan tienen dos cráneos e ideas para llenarlos ambos.

Muy lejos estaba yo de pensar lisonjearlo con el tra-

tamiento. Esta idea no salió de ninguno de los dos cráneos; pasó como la sombra de un mosquito portugués por la carta. Yo, religiosa con ternura, tengo presentes las palabras del Evangelio y doy al César lo que es del César. Nada me podía dispensar de ello, ni mi sexo, que ocultaba, ni la fraternidad de Apolo, en la que hay jerarquías *como en todo,* y no hablaba a igual, sino a maestro, y no menosprecie usted su dictado, que es eso pecar contra el orden social. Son éstos (1) parte del prestigio de que gozan los hombres, y los altos puestos públicos. ¡Por Dios, no desprestigiar! ¡No desprestigiar! En eso no hay modestia, hay orgullo. Autorizada, pues, a ello, dejo el V. E. del caballero encumbrado y uso con el mejor placer el usted de la amistad, y aun desearía usar el tú de la fraternidad de Apolo, si supiese hacer versos, pero no sé. No por eso me creo sin alguna poesía en el alma, pues como dice Andrés Chenier, *l'Art ne fait que des vers, le cœur seul est poète.* Además, yo no podía hacer una acción atrevida y del todo fuera de mi carácter y costumbres, sino con timidez y recelo. Aún no concibo cómo la hice, y sólo me lo explico con lo que dice Pascal : *Le cœur a ses raisons que le raison ignore;* pues no sólo he adquirido una poderosa influencia para lograr enviar un grato recuerdo práctico y positivo al que ausente creerá inerte el cariño y la voluntad, sino que he recibido una de esas cartas que forman la corona de Fernán, que si bien es escasa de hojas, las que tiene son de oro. Tanto temía que no se sirviese usted ocuparse de este asunto, perdido entre los graves que le ocupan, como un suspiro entre los sonidos de una orquesta, que escribí con el perseverante celo de una hormiga al Sr. D. E. Ullo-

---

(1) Se sobrentiende *tratamientos.*

qui, de quien acababa de saber que conocía y celebraba a Fernán, para que se interesase en el asunto y se lo recordase a usted.

¿Por qué me dice usted que es progresista? ¿Acaso yo lo ignoraba? No; bastante lo he llorado. No se enfade usted. Nosotros los, los... hijos humildes del Papa y fieles vasallos del Trono y del Altar, tenemos un Edén que alumbra la fe, perfuma la caridad, ilimita la esperanza en que queríamos ver a todos unidos; pero cuando nos deserta un noble corazón y una alta inteligencia, lloramos. A este sentimiento de real filantropía llaman los acerbos propaganda; pero ésta nace de un corazón caliente y de amor al redil y a las ovejas, pero la propaganda inglesa nace del odio a nosotros. Usted no oculta sus opiniones por vanagloria; yo no las oculto por conciencia; ni una ni otro queremos rechazarnos, pero ni una ni otro queremos engañarnos. Así obran las personas francas y leales. Yo no creo a usted un revolucionario tosco y feroz (¡hola!, ¿conque confiesa usted que los hay?). Si tal creyese, no le hubiese escrito; pero deploro que esos Marats pongan a usted y a otros hombres de valer en su sucia frente como penacho.

Aunque me mandase usted su fe de bautismo legalizada y que fuese su fecha, no de este siglo, sino de mediados del pasado, dejaría usted de ser joven a mis ojos (1). Hay naturalezas que en sí tienen un manantial de la fuente de Juvencio, en las que no son inconstantes las estaciones, dándoles el verano sus frutos, sin que deje de prodigarles la primavera sus flores. No pienso decirle en esto un cumplido. Amo la juventud

---

(1) El Sr. Escosura nació en Madrid el 5 de noviembre de 1807. Presumo, por tanto, que cuando Fernán le escribió esta carta no había cumplido sesenta años.

como amo todas las edades, pero no le hallo más ventaja que la hermosura física.

La juventud engulle, corre, se agita; la edad madura descansa y rumina. El ruminar es recordar, y el recuerdo, cual la suave luz de la luna, platea y da magia a cuanto ilumina. Lo presente rara vez satisface, y puede que aún esa magnífica y poética Lisboa pierda para usted en la actualidad parte de sus encantos, trabado su sentir y su pensar en las redes de menudilla malla en que nos envuelve siempre la actualidad.

Mucho me lisonjea lo que favorece a Fernán pidiéndole lo que ha escrito, y me apresuraré en enviarle lo que tengo en tomos, aunque la mayor parte está atrozmente impreso en folletines que es imposible leer. Si usted honra leyéndolo a *Un verano en Bornos,* recuerde usted que en la polémica del liberal y del monárquico hubiese deseado que una pluma como la de usted hubiese escrito las cartas del primero. Pañarreal expresa mi sentir, y es probable no haya expresado tan *nettement* el sentir ajeno por boca de Félix de Rea.

¡Qué preciosa carta es la de usted! Déjeme usted repetirlo: sólo Ochoa escribe con esa *aisance,* esa elegante naturalidad de alta esfera, colmo del Arte, que prueba estar *tout à son aise* con la pluma en la mano, como lo estaba el Cid con su espada. La palmoteé; pero no me diga usted por eso, para corresponder a mi anterior aserto, que conservo en la edad madura resabios infantiles. En el hombre la edad madura es la estrella.

Y en cuanto aquello de tenerle yo a usted perplejo, me dió la idea de pretender a la Diputación, por ver si en el Congreso alcanzaba igual triunfo, que me diera más fama que mis novelas y mis cuadros de costumbres.

1845?

BORRADOR.

Al tomar la pluma para escribir a usted, soy como el que sale para un punto determinado y se halla con que están obstruídas todas las sendas que llevan a él. El punto donde deseara ir es al consuelo, y las sendas que me llevarían se ven obstruídas por el dolor de usted, que, como todos, es sordo, es egoísta, es arbitrario, y ante el cual está la desolación, sin dar entrada ni conceder cabida a otra cosa. ¿Es esto racional? ¿Es esto propio de un hombre en el que se une ya la fuerza de la edad media a la energía de la juventud? Y no crea usted se una para más sentir, no; el sentir es una debilidad, y por eso son las mujeres su prototipo y su víctima (1). Se une para hacerse dueño de él, con aquella alta fuerza que de mancomún dan e imponen al hombre su carácter, la filosofía y la religión, para que no se extravíe.

¡Grandallana, Grandallana! (2), ¿qué es eso? Al primer

---

(1) Sigue una palabra ininteligible.

(2) Aunque no todo lo que yo quería, he podido averiguar que el Sr. Grandallana perteneció a una distinguida familia de Jerez. Había criado con grandes mimos y delicadeza a una sobrina llamada Petra Padilla y Grandallana, en quien había concebido las más halagüeñas esperanzas. Huyendo del perejil, le dió en la frente, como suele decirse; pues horrorizado de los estragos que hacía el cólera, se fué al campo. Allí, en circunstancias dificilísimas, falleció su sobrina, dejándole sumido en un mar de amarguras, según se colige de la carta de Fernán.

Dicha joven era la prometida del juez de Morón, D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros. En brazos de este señor murió,

revés de esa vida tan bella se perturba aquella razón, que siempre fué tan prematuramente madura, hasta dejar escapar ese grito loco : ¡Temo volverme incrédulo! ¿Conque para que exista para usted Dios y su providencia debería haber eximido a usted de los dolores de este suelo, que envía con preferencia a sus escogidos?

Cuando perdí a Arco, perdí una persona tan querida como podía serlo la que usted ha perdido, y con él mi bienestar, mi existencia, y mi vida se perturbó material y moralmente del modo más atroz y completo; pero la rebelión no entró en mi destrozado corazón; al contrario, arrojéme a aquel seno de Dios en el que, acabada la peregrinación, nos reuniremos todos.

Soy experta en dolores, mi querido amigo, y le digo que aunque al pronto parece que la muerte, por la lógica consecuencia de que no teniendo remedio no debe tener consuelo, no es así. La muerte tiene consuelo sin excepción, porque ese consuelo es voluntad de Dios que lo tenga, y es obra suya por mano del tiempo, al que dió esa misión.

La madre de los Fulgosios, esos honrados y valientes varones, vió morir a cuatro en la flor de su edad y apogeo de su gloria : uno en la guerra; otro fusilado por los carlinos, sus naturales enemigos; otro asesinado por Espartero, y poco después, el último murió repentinamente cuando mandaba una provincia. ¿Murió esa Nio-

---

con muerte espantosa, pocas horas después que su prometida, el fiscal, íntimo amigo suyo; y al considerar el Sr. Herrero lo poco que ofrece el mundo, dijo aquellas memorables palabras de San Francisco de Borja al ver el cadáver de la emperatriz : *No serviré jamás a señor que se me pueda morir.* Pocos días después trocaba la toga por la sotana de filipense, y andando el tiempo fué dignísimo obispo de Córdoba, arzobispo de Valencia y cardenal de la santa romana Iglesia.

be cristiana de dolor? No. ¿Perdió la razón? No. Les sobrevivió el tiempo que Dios había dispuesto, y murió tranquilamente en su lecho, para ir a reunirse a ellos entonces, y no antes.

Las abultadas y ponderadas noticias que aquí corrieron fueron que el marqués de V., su mujer, su hija, su yerno, así como su hermosa hermana Petra, habían sido igualmente víctimas del mal. Ahora bien, si eso hubiese sucedido, ¿no sería usted mil veces más infeliz? ¡Ay, Grandallana!, en el dolor cabe siempre el *más,* y podría citar a usted miles que lo son más que usted. No; su porvenir de usted no es uno de pesar y dolores; es un porvenir que tendrá, como tantos otros, un gran pesar en lo pasado, al que así como los objetos en el orden material, la distancia irá aminorando, al menos que no dijese usted al corazón, ese reloj de nuestra vida: *Párate;* y no puede usted hacer lo que sólo hace Dios, esto es, pararlo, y es con la muerte.

Lo que conviene a usted en estos primeros momentos, en que sangra tan a borbollones la herida, es no quedarse con su dolor frente a frente, solo con él y su séquito : los recuerdos. No se queme usted inútilmente y sin provecho de nadie en la hoguera del dolor, como las viudas paganas del Malabar.

El mundo vulgar en que usted vive, ni comprendería ese tierno y vehemente dolor, ni menos el estoicismo en que usted le envolvería para no darlo al público rutinero, que todo lo espía en los hombres superiores. ¡Ay!, los hombres han hecho que las lágrimas no sean bellas sino en las mujeres, y el vulgo, que no sean sublimes las de ustedes sino a los ojos de pocos escogidos.

Madrid no está apetecible; pero vaya usted a París, arránquese usted de una postración que le es tan nociva a su físico como a su moral. No se entregue usted

al dolor como vencido. Vénzalo usted, y sin aniquilarlo, sujételo usted en sus justos límites. Que no se diga que, tibio en su felicidad y triunfo, el amor de usted necesita de esta sacudida para desenrollarse en toda su magnitud.

Grandallana, la razón, el valor, la voluntad, la dignidad, pueden mucho en los hombres de la alzada de usted para contrarrestar la tiranía del dolor. ¡Quiere usted que le diga, como a mi pobre y débil hermana Aurora, que se goza en las lágrimas! Sé que ha hecho del sufrimiento su atmósfera, como la dama de noche de las tinieblas, y que cual ella huye al hermoso y brillante sol de Dios. No, Grandallana, no. No es usted hombre para sepultarse en una pena, como un cuerpo sin vida en una mortaja. Yo no quiero que me vuelva usted a escribir cartas como la que he recibido, y me hizo no sólo verter muchas lágrimas, sino que afligió mi ánimo, angustió y sobresaltó la tierna amistad que le profeso.

Yo quisiera que usted se fuese de aquí; usted, que es poco experto en penas, no sabe, como yo, a qué punto la variación de objetos, la ocupación del tiempo, la bulla y el ruido que nos marea en los viajes, contribuyen a dejar forzosamente esa inmovilidad y estanza en el dolor, que una persona racional, lejos de procurar como consuelo, debe evitar como un suicidio.

Vamos, vamos, querido amigo: todos los hombres grandes han sufrido con valor; todos los cristianos con resignación. No permita Dios que nunca llegue a saber por experiencia que hay penas cada día reproducidas, dolores angustiosos, golpes irritantes y crueles, mil veces peores que las penas del corazón; que existen circunstancias en las que ve uno una persona querida en la que de tal manera destroza la lástima que inspira, que preferiría mil veces verla dormir tranquila y sin su-

frimientos en su féretro. ¡Ay, amigo querido, repito á usted que en el dolor cabe siempre el más!

Ángela y Juana Sera me encargan muy encarecidamente que le diga la sincera y dolorosa parte que toman en su pesar, que comprenden en toda su extensión, y yo no tengo que incluirme a mí. Ha tiempo que sabe usted que nadie se interesa en cuanto le concierne como su mejor amiga (1).

1855

BORRADOR DE LA CARTA QUE SIGUE A ÉSTA

¿Conque el Consulado con el gozo en el pozo? ¿Conque el cónsul de Australia tiene que ser, como el lorito real, para España y no para Portugal? *¡Como que se* alejó usted *de las orillas del Tajo,* bella Lisboa, y necesariamente allí quedó el *Tajo!* (2).

¡Cómo ha de ser! Esos son malignos rayos de mi estrella, que no es el brillante lucero del alba.

No obstante, no sé qué ruiseñor canta en mi alma y me dice que usted me quiere ser útil, así como *me ha probado que* ha querido y conseguido serme agradable. Le voy, pues, a presentar a usted la ocasión, señalándole una compensación que substituya aquellas esperanzas que murieron sin posteridad. Digo esto, pues espero que *pues* si tanto se tacha a las mujeres que las dan y no las cumplen, ¿por qué razón han de salir mejor librados los señores de la creación *y diputados a Cortes?* No es razón.

---

(1) Falta la rúbrica.

(2) Las palabras subrayadas están tachadas en el original.

Pocas palabras. Extractemos en interés de mi causa, en consideración a usted.

El cónsul de Australia me escribe que no le es posible mantenerse *allí* en aquel país, tan bárbaramente caro, con el mezquinísimo sueldo que disfruta; que así se lo dice al Gobierno, y que si no se lo aumentan, le será preciso resignar su puesto y volverse. ¿Qué le parece a usted este revés, después de haberse gastado de su bolsillo 24 (1) en el viaje, y qué sé yo cuánto más en gasto de instalación y uniforme? Esto es para ahorcarse, si no fuese el suicidio de tan mal tono y de un romancesco tan ... (sigue una palabra ilegible).

No conozco ni al astro Zabala ni a sus satélites.

Si usted tampoco tiene amistad con el Sr. M., hizo mi carta un viaje a China, por el estilo de mi amado protegido a Australia. El apreciabilísimo Asensi, que lo conoce y aprecia, creo que hará cuanto pueda por él; pero Asensi no puede dar asenso, que si no, creo lo haría cónsul general, en lugar de cónsul *tout court,* lo que es lo más vulgar y antifasihonable *(sic)* posible.

(Sigue un párrafo escrito entre los renglones de una carta donde Fernán escribió, borró y volvió a escribir de nuevo, dejándolo tan confuso, que es completamente imposible poderlo entender. Después se lee):

¡Oh Congreso! ¡Oh pozo Airón, en que se hunden las *bellas* esperanzas que florecieron entre los perfumados azahares de Lusitania!

En Alemania hay una flor muy pequeña, color de cielo, que llaman miosotés. (Siguen unas palabras ilegibles. Después dice): *no me olvides.* ¿Predicará la pobre flor en desierto? Con ellas formo aquí el nombre de *Cecilia.*

(1) Quiere decir 24.000 reales.

1855

Muy señor mío y amigo (1):

¿Conque el Consulado con el gozo en el pozo? ¿Conque el cónsul de Australia tiene que ser, como el lorito real, para España y no para Portugal? Se vino usted de la hermosa Lisboa, y necesariamente allí quedó el *Tajo.*

¡Cómo ha de ser! Esos son malignos rayos de mi estrella, que no es de las mejores.

A pesar de la obscura sombra que cubren la voluntad y buenos deseos de usted, un ruiseñor astrólogo canta en mi alma que es sólo un eclipse, y que usted sigue siempre deseando serme útil, como deseó y logró cumplidamente serme agradable. Voy, pues, confiada en el ruiseñor astrólogo, a señalar otra ocasión en que pueda hacer fructíferas las esperanzas que en Lisboa murieron en flor.

Pocas palabras, en interés de mi causa y en consideración a usted.

El cónsul de Australia me escribe que no le es posible mantenerse en aquel país, tan excesivamente caro, con el mezquinísimo sueldo que disfruta; que así se lo dice al Gobierno, y me dice que si no se lo aumenta, le será preciso resignar su puesto y volverse. ¿Qué le parece a usted este revés, después de haberse gastado *de su bolsillo* 26.000 reales en el viaje, y qué sé yo cuánto más en instalación y uniforme, en honra de la

(1) Dirigida, según creo, al Sr. Alcalá Galiano, que fué embajador en Portugal.

ingrata patria? Este es lance de ahorcarse, si no hubiese Judas desprestigiado al suicidio.

No conozco al planeta Zabala, ni a sus satélites. Si usted tampoco tiene cierta amistad o cierta influencia con él, hizo mi carta un viaje a China, por el estilo del de mi protegido a Australia.

El apreciable, digno y fino Asensi conoce a este cónsul y lo aprecia; pero *Asensi* no puede dar *asenso,* que a poder, creo que lo haría cónsul general, en lugar de cónsul *tout court,* que es lo más vulgar y antifashionable posible.

Tres medios he puesto a la vista de usted para que pueda, si quiere, ya con uno, ya con otro, llenar de placer y gratitud a este su amigo Fernán, el que, entre paréntesis, envió a usted, según el amable deseo que me manifestó, las producciones suyas que se han impreso en tomos, que no sabe si habrá recibido.

En Alemania hay una flor pequeña, y color de cielo, que se llama *no me olvides*. Con ellas dibujo aquí el nombre de *Cecilia.*

¿Predicará mi pobre flor en el desierto?

El cónsul de Australia se llama D. Antonio Arrom de Ayala.

Sanlúcar de Barrameda, 2 de diciembre de 1855.

1855

Perdona (1) que no estemos contigo en condenar tan generalmente las novelas francesas. En punto a novelas

---

(1) Borrador escrito, seguramente, a su esposo D. Antonio Arrom sobre el año 1855. También le falta la firma.

son los maestros, y aunque se han escrito novelas de mérito en España y muy excelentes, hermosísimas, históricas, nos quedamos muy atrás. ¿Qué hay entre nosotros que se pueda comparar a la asombrosa riqueza de creación de Dumas, a su inimitable *esprit*, ese *esprit* francés que es un conjunto que hace dividamos en tres partes, que son: entendimiento, gracia y chispa? ¿Quién, cual Dumas, reunió esa trinidad? ¿Quién ha hecho cosa que se pueda comparar a esa comedia humana de Balzac, tan profundamente pensada y sentida, ese admirable análisis del corazón humano en que vierte tal profusión de perlas, que la atención pierde la cuenta y pasa muchas por alto? Balzac es un gran genio a quien la posteridad hará justicia, porque sus tesoros no serán perecederos.

Lo malo en estos y otros eminentes hombres es que tienen ideas, pero no convicciones; tienen opiniones y no principios, y así no se les puede aprobar ni condenar en punto a moral, porque son tan variadas sus máximas, que en una hoja pagana se les halla religiosos, espirituales, escépticos, y en la siguiente, escépticos, materialistas y espíritus fuertes. Eso desprestigia sus obras para con las gentes sinceras y de buena fe. Pero en lo demás, ¡qué arte en el plan, qué buen gusto en la ejecución, qué tacto en las bromas, qué entendimiento en las reflexiones, qué habilidad para producir efectos, qué donaire y fluidez en la redacción, en los diálogos; qué modo de unir la cabeza y el corazón o dar talento al sentimiento y sentimiento al corazón! Con menos cinismo en sus amores, con más moral en sus asuntos y más fijeza en sus principios buenos, serían admirables en sus novelas, que nos parece es el género de literatura en que sobresalen.

Es preciso tener presente que hablamos de las bue-

nas novelas de Dumas, y no de las que escribe porque le pagan los diarios a un franco la línea, ni tampoco de las de otros, que se imprimen con su consentimiento, y con su cuenta y razón, en su nombre (1).

Nos parece que eso es prostituirse y tener en tan poco su buen nombre como una mujer de mala vida. Esto hace se lean con desconfianza sus obras, temiendo hallar bajo la piel del león otra cosa. ¡Cuánto alcanza el poeta y el autor con tener buena conducta, principios fijos y buenas ideas! Se le lee hasta con respeto aun por los que tienen otras opiniones.

1856

Sanlúcar, 5 de febrero de 1856.

¡Parece mentira, queridísima amiga (2), que tanto tiempo hayamos estado incomunicadas! ¿A qué atri-

---

(1) Es de creer que la bonísima Fernán ignoraba que las obras de Balzac y las de Dumas están prohibidas. Dumas sirve hábilmente el tósigo mortal en copa dorada. Balzac es aún peor que Dumas: sus producciones son tanto más peligrosas cuanto la composición es más seductiva, por su bella forma.

Las obras de Balzac fueron prohibidas por decretos de la Sagrada Congregación del Índice el 16 de septiembre de 1841. Otro decreto, fechado el 20 de junio de 1864, las vuelve a prohibir, añadiendo estas palabras: *Et omnia scripta ejusdem auctoris.*

Las de Dumas, padre e hijo, las prohibió la misma Sagrada Congregación por decretos de 22 de junio de 1863 y 21 de junio de 1880. De modo que nadie puede leerlas sin especial permiso de la Santa Sede.

(2) La amiga queridísima a quien dirige esta confidencial carta Fernán Caballero fué D.ª María del Espíritu Santo Moreno Fabro, mujer de extraordinario talento y raras prendas, de corazón grande y nobilísimo y de tan preclara inteligencia, que sin esfuerzo alguno

buirlo? A una cosa muy fea, a la pereza; pero al fin menos fea que el olvido, que es el feo más subido que se conoce, más feo aún que la época, que es cuanto se puede ponderar. Desde que no nos hemos visto en nuestras cartas, he estado un año en Chiclana, año triste y acerbo que formará época en mi vida. Al cabo de ésta, me sacudí, lié bagaje, y en buen hora me vine a Sanlúcar, donde me va muy bien, estoy muy contenta, y desde que llegué empecé a revivir, como es de esperar que lo haga la naturaleza después de la cruel temporada que llevamos. Me preguntarás que ya que decidí, por graves razones, salir del Puerto de Santa María, por qué no me decidí por mi querida Sevilla, en que tengo tantas personas queridas, y tantas simpatías me arrastran. Yo te lo diré con esa franqueza de corazón que siempre ha existido entre nosotras. Mi caudal ha disminuído en términos que sólo me queda una corta renta en casas en el Puerto. Debí, pues, buscar un punto que, sin alejarme de mis relaciones, sin ser un

---

de su parte hacíase dueña de la voluntad de quien la trataba. Así me lo aseguran cuantos la conocieron. El aprecio y alta estima en que la tenía Fernán Caballero ya se deja ver en esta carta, y hemos de apreciarlo mejor en otras insertas en esta colección.

Conservo unas cuantas cartas de S. A. R. la Infanta María Luisa Fernanda dirigidas a D.ª Espíritu Santo, que prueban a las mil maravillas el cariño que la tenía y la confianza ilimitada que en ella había puesto.

Tengo a la vista reunidos abundantes materiales y datos curiosos con que fácilmente podría hacer una larga biografía de D.ª Espíritu Santo; pero desisto de hacerla porque he tenido la fortuna de encontrar un hermoso artículo necrológico, muy rico en detalles, escrito por Fernán Caballero a raíz de la muerte de D.ª Espíritu Santo, publicado el jueves 7 de agosto de 1856 en *El Diario Español,* y voy a reproducirlo tal como lo escribió la culta y elegante escritora, puesto que viene aquí como anillo al dedo. Dice así: «Hay personas cuya muerte levanta un clamor unánime de pesar, y cuya falta deja

lugarón solo y grosero como Chiclana, fuese barato, y todas estas circunstancias reunía Sanlúcar, con los atractivos de su linda posición, su salubridad y el tener aquí varias personas amigas, en particular Florencia, que es para mí, desde que éramos jóvenes, una herma-

---

un vacío eterno, así en los corazones como en la sociedad, puesto que nadie puede ocupar el lugar que tenían. A estas personas pertenece la Sra. D.ª Espíritu Santo Moreno de Escalante, de la que hizo su presa el azote que invadió este verano a Sevilla, como para dejar más cruelmente impresa su huella en aquel pueblo.

»Hija del famoso general de la Armada D. Juan Joaquín Moreno, se crió en el seno de la Marina de fines del siglo pasado, modelo de *caballeros* nobles y bizarros, y de *señoras* dignas y cultas.

»Casada con su tío, el señor brigadier Fabro, se vió mezclada en los grandes eventos y a todos los grandes personajes que figuraron en las distintas y azarosas épocas que unas a otras se sucedieron; y unió así, a su extraordinario talento natural, a su heredado señorío y fina educación, el más elegante uso del mundo y la más amable cultura. Su conversación, anotada por un taquígrafo, hubiese formado las más interesantes Memorias contemporáneas, amenizadas por la naturalidad, los chistes y las cultas gracias andaluzas que le eran propias, sin ser jamás zahirientes, siendo la benevolencia la base de su carácter, la bondad el instinto de su tierno y blando corazón, y la afabilidad, la esencia de su naturaleza, por lo cual habrá pocas personas que hayan sido queridas como ella, no sólo por sus hijos y por su marido, que la adoraban, sino por cuantos la conocían.

»El rasgo que más sobresalía en esta señora de tan extraordinario mérito, era la actividad; pero la actividad útil, bien dirigida y siempre sostenida. Ya que su modestia no lo impide, no pueden ni deben pasarse en silencio las muestras que de esta bien dirigida virtud dió en el año 1851, cuando Sevilla se halló en la desolada época del cólera, y cuando S. A. R. la Infanta D.ª Luisa Fernanda le escribió desde Sanlúcar poniendo a su cargo la dirección de la Junta domiciliaria de señoras fundada por S. A., desempeñando admirablemente por cuatro meses este cargo, remitiendo a S. A. todos los sábados un minucioso estado de los enfermos, muertos y curados de todas las treinta parroquias de que se componen Sevilla y Triana, con las cuentas hechas hasta por maravedís, poniéndose los más de los días a escribir a la una del día, concluyendo a la una o las dos de la ma-

na. Ya estás enterada, en pocas palabras, de mi vida y milagro.

Réstame decirte que la otra media naranja (1) se fué, llegó y permanece en Sidney (2), sin mayores ventajas que vivir sosegado, muy estimado y obsequiado, lo que

---

drugada. A su regreso a Sevilla, S. A. le dió privada y públicamente las gracias en una junta general de la Sociedad, a que asistieron treinta párrocos, y en la que se leyó una Memoria de lo más esencial que había ocurrido, única producción suya que, por desgracia, no está en letra de molde, regalándole S. A. la Infanta, en testimonio de su gratitud por tan magnos servicios en su benéfica y piadosa institución, una hermosa pulsera de esmalte y brillantes.

»Casada en segundas nupcias con el Sr. D. Juan Guerrero de Escalante Ruiz Dávalos, caballero de Ronda, tan distinguido como lleno de mérito, aumentóse su familia, de la que fué el ídolo.

»Habiendo sido atacada con violencia por el cólera su hija mayor, quiso entrar en su cuarto, y sus otras hijas se lo impidieron. «Esto »es — exclamó — que mi hija se muere, y yo no tengo fuerzas para »resistir este golpe.» Y así fué, porque en seguida cayó en su lecho de muerte, y sólo pocas horas sobrevivió a su hija.

»Asistida en su enfermedad, amortajada, velada y hasta conducida al cementerio sola y exclusivamente por sus hijos, éstos, al seguir los impulsos de su corazón, han cumplido como buenos con el gran precepto de Dios de honrar padre y madre, por lo cual han hallado tan sinceras simpatías como merecidos elogios.

»Faltó, pues, a los pobres una incansable bienhechora; faltó a la sociedad sevillana una de esas señoras modelo, de trato fino, distinguido y ameno; faltó a los hombres de talento quien alternase con ellos en su esfera; a las buenas amas de casa, a las madres, a las jóvenes y ancianas, quien alternase con ellas en las suyas; faltó a muchos amigos la más simpática, la más querida, la más inolvidable de las amigas, y a su familia, según la expresión de su afligido compañero, el *santo espíritu* que unía, guiaba y hacía feliz a aquella dilatada familia. Sírvales de consuelo en su aflicción el que la muerte de la que lloran es de aquellas tan profunda y unánimemente sentidas, por las que, según la religiosa, sentida y poética expresión popular, doblan las campanas solas.—FERNÁN CABALLERO.»

(1) Alude a su esposo D. Antonio Arrom y Ayala.

(2) *Sidney*, ciudad de Australia.

par le temps qui court no es despreciable ventaja. Lo más desagradable en todo esto es lo de tarde en tarde que se reciben cartas, y lo que tardan, pues no echan menos de cuatro meses en venir, pero, en fin, sigan viniendo buenas noticias, aunque tarden. Entretanto escribo. Esto llena mi vida y ocupa gratamente mi actividad moral, que en cuanto a la física, ni la tengo ni la quiero tener, ni consiento en que turbe mis deliciosas *tête à tête* con mi querido padre *Quieto.* Entre otras cosas escribo para la *Revista Sevillana* y para el periódico *La Moda* que se publica en Cádiz. Aunque el título es frívolo, no lo es la índole del periódico, sino que es ameno, festivo y religioso. El librero que lo imprime me mandó una resma de prospectos para que los repartiese entre mis amigos, lo que no he podido rehusar, porque Dios no me ha concedido la facultad de poder pronunciar la palabra *no.* Así, ahí te remito uno para que se lo enseñes a tus amigas. Las estampas que trae son muy bonitas, y el artículo de modas, que suelo yo traducir, es de un excelente periódico francés. El domingo pasado traía escrita por mí la descripción de un naufragio acaecido frente a Chipiona, concluyendo con un elogio de los infantes, como se merecen por su comportamiento durante esta calamidad (1). Pero como es regular que en Sevilla no haya abonados a *La Moda,* nadie lo habrá leído en ésa.

Adiós, queridísima Espíritu; mil y mil cariños a tu marido, a tus hijas, sin olvidar a Carlos y su familia, y tú cree que nadie te aprecia, te quiere y te *saborea* como tu mejor amiga,

CECILIA.

---

(1) Se refiere a los donativos espléndidos y hermosísimos rasgos de caridad con que socorrieron a los pobres durante la epidemia del cólera.

1856

¡Cuánto te he agradecido tu carta, Elisa mía! (1). ¡Con cuánto dolor, con cuánto interés y con cuánto con-

---

(1) Vive aún por fortuna D.ª Elisa Guerrero de Escalante y Moreno, la amiga de Fernán Caballero. Mil anécdotas me ha contado de la insigne autora de *La Gaviota,* cuya amenísima conversación relata su ilustre amiga con un lujo de detalles que enamora y encanta.

Con amabilidad exquisita, que pregona muy alto su noble estirpe y esmerada educación (que no siempre se encuentra cuando se trata de ojear archivos particulares), me franqueó su bien ordenado archivo, repleto de antiguos pergaminos. Hay en él un buen número de ejecutorias, rubricadas algunas por los Reyes Católicos, que no carecen de interés. Estoy por decir que muchas de las noticias que hay en aquellos viejos infolios son desconocidas. Con sobrada razón se lamenta mi buen amigo, el laureado poeta y eximio literato don Francisco Rodríguez Marín, de que no se registren concienzudamente «los archivos particulares y públicos, abastadísimos almacenes de recónditas noticias, que va destruyendo a más andar, no tanto el inevitable rigor del tiempo, como la criminal incuria de los hombres». *(El Loaysa del Celoso Extremeño.* Estudio histórico-literario. Sevilla, 1901.)

Doña Elisa ha enriquecido su archivo con valiosos autógrafos de diferentes personajes, todos muy salientes por uno o por otro estilo. Conservaba varias cartas de la emperatriz Eugenia, su amiga y confidente, y para acreditarlo basta leerlas. Voluntariamente me las dió, y yo le estoy por ello muy reconocido. De esta amistad sincera dió gallardas pruebas la infortunada condesa de Tebas cuando fué a Ronda la última vez. A más de las indicadas cartas, tenía otras, que me donó, de S. A. R. la Serenísima Infanta María Luisa Fernanda, escritas a D.ª Espíritu Santo Moreno, las cuales cartas, dicho sea de paso, revelan las bellas cualidades de la duquesa de Montpensier y sus caritativos sentimientos para con los pobres.

El día 14 de julio de 1817 nació en Ronda D.ª Elisa Guerrero de Escalante y Moreno, siendo sus padres D. Juan y D.ª Espíritu Santo, que ligeramente he biografiado en las notas de la anterior carta. Todavía niña pasó a Sevilla, en cuya buena sociedad ocupó lugar

suelo la he leído y releído! Digo consuelo, porque veo confirmado lo que jamás dudé, esto es, esas pruebas de profundo amor y alta veneración que habéis prodigado a aquella que tan acreedora fué a ellas. Estas son pruebas *ostensibles* (pues para galardón del finado y para ejemplo así se deben dar) del más santo respetable sentimiento que, después del amor de Dios, puede abrigar el corazón del hombre. Largos años vive, ha dicho el Señor, aquel que honra a su padre y a su madre (1).

---

muy preferente, como es fácil colegir, dadas sus buenas prendas y las valiosas relaciones de sus progenitores.

Solía decirle Fernán Caballero: «Elisita mía, cuánto te deseo un casamiento feliz.» Los deseos de la eminente escritora fueron cumplidos. El 18 de abril de 1858 contrajo matrimonio con D. Gaspar Valdivia, de quien he de ocuparme más adelante, viviendo en santa paz y armonía los veinticinco años que tuvo la fortuna de tenerlo a su lado. No hubo fruto de bendición.

A ningún hombre alabes hasta que muera, dice el Espíritu Santo. Esta razón poderosa, más que otra alguna, me hace enmudecer en la ocasión presente, dejando en el tintero mucho de lo que pudiera decir en loa de la egregia dama cuyos rasgos biográficos escribo; pero a fe que lo dirá sin rebozo ni temor ninguno Fernán Caballero, como el menos avisado puede ver en estas cartas. Yo aquí hago punto y termino. Mas séame lícito manifestar mi inmensa gratitud a D.ª Elisa Escalante por el generoso desprendimiento y noble franqueza con que puso a mi disposición cuantos documentos posee y guarda en el rico archivo de su casa particular de Ronda, que en santa paz goce luengos años.

(1) Para mejor venir en conocimiento de este hermoso párrafo de la suavísima escritora, conviene saber que dos días antes que falleciera D.ª Espíritu Santo, murió en la misma casa, víctima del cólera, su hija Isabel, habida en el primer matrimonio con su tío el general Fabro y Ricardos. Doña Elisa, a quien Fernán Caballero prodiga tantos elogios en esta y en otras cartas, no consintió separarse un momento del lado de su madre desde que cayó en cama, atajando, según que podía, los progresos de la terrible enfermedad que minaba aquella existencia querida, que, al fin, sucumbió en las primeras horas de la noche del 2 de julio, siendo inútiles los auxilios

¡Qué bien describes y cuán profundamente siento contigo el contraste de aquellas dos luces: la de la aurora que sonríe en el horizonte y la de los blandones que oraban sobre una finada vida! ¡Cuán desgarrador ese despertar de la Naturaleza al lado de un ser amado que ya no ha de despertar en este mundo! Te he seguido, Elisa mía, paso por paso, sentimiento por sentimiento, y te he compadecido, admirado y envidiado.

No me ha llenado el impreso (1) que me has enviado;

---

de la ciencia que le prestaron los reputados médicos D. José María Roby y D. Manuel Pizarro.

Doña Elisa, a pesar de las especiales circunstancias que concurrieron en la muerte de su madre, dió gallardas muestras de ser una hija cristiana y cariñosa, pues hizo con el cadáver oficios que contados hijos suelen hacer. Ella sola, acompañada de una criada anciana, lo amortajó, lo colocó en el ataúd, lo veló toda la noche sin otra compañía que la de los blandones que ardían junto al féretro, no perdiéndolo de vista hasta que lo entregó en el umbral de la puerta de la calle a sus dos hermanos, D. Carlos y D. Jacobo, que lo condujeron al cementerio, cumpliendo así la expresa voluntad de la finada.

Corrigiendo estas pruebas me dan la noticia del fallecimiento de D.ª Elisa (q. e. p. d.) Las palabras citadas por Fernán Caballero se han cumplido al pie de la letra, pues la finada vivió cien años.

(1) A raíz de la muerte de D.ª Espíritu Santo se publicaron varios artículos necrológicos escritos por plumas más o menos bien cortadas. Don Juan Escalante dice en la última hoja (sin foliar) de los *Apuntes de mi vida pública*, de que ya hice mérito anteriormente, alabando las dotes peregrinas de su llorada esposa: «Hablen por mí los demás; remítome a los artículos necrológicos insertos en los diarios de Madrid y Cádiz, y especialmente en *El Porvenir* y *Centinela*, de Sevilla, de los días 9 de julio, 14 y 25 de agosto...» Seguramente Fernán Caballero se refiere a algunos de dichos artículos, de los cuales sólo he podido encontrar, a pesar de buscarlos con decisión y ahinco, el inserto en *El Porvenir*, de Sevilla, el 9 de julio de 1856. Es pesado en la narración y de estilo poco levantado, si bien los minuciosos detalles y datos que da de la finada lo hacen interesante. No sé, por tanto, a cuál de ellos se referiría la célebre escritora, pues la única que podría saberlo es D.ª Elisa, y no pudo decírmelo.

tu madre merecía otra cosa, y no puede la medianía, ni quien no la haya tratado a fondo, saber lo que valía.

Los infantes están muy afectados con su muerte; así se lo han dicho ayer a María Florencia y a Matilde, que tuvieron una recepción. También preguntaron si el niño de Carlos, que ha faltado, y que ellos creían ser el mayor, cuando se les dijo que era el tercero, según sabían por mi Matilde y su madre, que si era *Quevedo* (1).

Mi amada Espíritu tenía uno de esos hermosos caracteres, tan raros hoy en día, que no tienen hiel, como las palomas. Pensaba bien del prójimo, se apegaba a sus amigas, iba con cordialidad al encuentro de todos, y estas bellísimas dotes la han hecho tan general y universalmente querida, que no ha habido víctima del infausto cólera más sentida, ni muerte que haya causado más dolor y consternación; todas parecen haber perdido una amiga querida.

Gracias, gracias, hija mía, por tu carta. Conozco que tenías un triste consuelo en escribirla; ¡conoce tú que yo lo tenía al leerla! Me dices que ¡parecía sonreír después de muerta! Eso es porque en toda su vida hizo otra cosa, o quizás sonreía al ver vuestro dolor, y graduar por él lo que la habíais querido.

Adiós, Elisa mía; conservaré tu carta, que es admirable, y la volveré a leer, aunque cada lectura me arranque nuevas lágrimas. Las lágrimas son un consuelo cuando no nos queda otro consuelo terrestre.

---

(1) Los infantes duques de Montpensier, que, como es sabido, pasaban en Sevilla largas temporadas, haciendo de la ciudad del Betis una pequeña corte, tuvieron una recepción de niños con trajes de época. Uno de ellos, *vestido a lo Quevedo*, les llamó poderosamente la atención, no tanto por la propiedad de la vestimenta como por la gallardía, desenvoltura y donaire del pequeñuelo. Por eso preguntaron si el jovencito víctima del cólera era *Quevedo*.

¡Cuánto os compadezco! Nadie como yo, por dos razones: la una, porque nadie como yo conoce el tamaño de vuestra pérdida; segunda, porque nadie como yo os quiere.

Espero que recibirían ustedes mi carta.

CECILIA.

14 de julio de 1856 (1).

1856

Mi querida Matilde (2):

¡Qué amable, qué buen y qué santo recuerdo me has enviado! Mil y mil gracias por él, que tiene el doble

---

(1) Indudablemente esta carta la escribió en Sanlúcar de Barrameda. Doña Elisa guardaba las cartas dentro de los sobres en que le fueron enviadas. El sobre de la que da margen a esta nota lo tengo delante. Es muy estrecho, de suma elegancia en aquella época. La dirección, de puño y letra de Fernán, está escrita así: «Señora doña Elisa Escalante. — Calle de San Marcos. — SEVILLA.» Tiene un sello de Correos de Isabel II, inutilizado con unas cuantas líneas negras. En medio del sobre hay un sello redondo de tinta azul prusia con un letrero en derredor que dice: SANLÚCAR DE BAR. CÁDIZ. En el centro: 14 JULIO, 56. Doña Elisa escribió en él: «De Fernán Caballero. Año 56.»

(2) La por muchos títulos ilustre dama D.ª Matilde Pastrana y Romero, condesa de Monteagudo, con una generosidad que nunca agradeceré bastante, me dió galantemente esta y las otras cartas que a ella, su padre y hermana Mercedes van dirigidas, para que en esta colección, en uso de mi perfecto derecho, las publicase e hiciera de ellas lo que quisiera. «Yo—me dijo más de una vez— lo que deseo es tener un ejemplar impreso para poderlas leer en letra de molde, porque mis ojos no alcanzan ya a ver bien la letra de mi querida Fernán, que es muy pequeña.» No uno, sino cien le daré yo de muy

mérito de recordarme a los muertos y a los vivos. Es excelente, y como puedes pensar, estoy haciendo esa devoción, y quizás se hubiese hecho en la Merced; pero justamente en vísperas de empezar este mes estuvo malo el P. Carrera.

¡Bendito Dios, que cuando por unos se ve persegui-

---

buena gana por la merced que me hizo, y me complazco en manifestarle mi profunda gratitud, tanto por el rico tesoro que puso en mis manos, como por la atención y delicadeza con que recibió mis visitas por espacio de dos meses que fuí a importunarla día por día, para que me ayudase a aclarar varios conceptos de las dichas cartas.

No sólo de mí merecerá bien la ilustre señora, sino de todos los amantes de las buenas letras y sana cultura, pues guardó, cual preciada reliquia, estos autógrafos que, juntamente con las otras cartas, forman, tal vez, la más preciada parte de la labor literaria de la angelical Fernán. Lástima grande que no hubiera tenido muchos imitadores la egregia dama, que así hubiesen quedado a la posteridad más joyas literarias que admirar de la suave escritora.

A pesar de sus ochenta y seis años, la condesa de Monteagudo conserva firme su cabeza, y su inteligencia tan clara como en sus mejores tiempos. Mis consultas fueron muchas, ya sobre hechos, ya sobre nombres propios, ya también sobre el sentido de algunas frases. A todo me contestaba con pasmosa seguridad. «De todo me acuerdo —decía satisfecha la noble anciana— como si lo estuviera viendo.» No me extraña que conociendo su leal y fiel amiga Fernán las relevantes prendas que adornaban a D.ª Matilde, intimara tanto con ella y le prodigara tantos elogios en sus cartas, como lo verá el que las leyere.

Mil anécdotas a cual más interesantes me ha contado la condesa de Monteagudo de la que fué marquesa de Arco-Hermoso. Sobre el genuino sentido de las cartas me dió infinidad de noticias, que iré poniendo al pie de ellas, si bien algunas las dejaré en el tintero, porque me pidió la buena señora que no las estampara, y así lo cumpliré.

Por cierto que se me lamentó amargamente de algunas inexactitudes que el autor de *Pequeñeces* estaba publicando sobre Fernán Caballero, en medio de un montón de verdades dichas con maestría y castizo lenguaje, como él sabe hacerlo. «Estoy con esto— me dijo — muy disgustada y siento no poder remediarlo.»

Tiene tres retratos de su íntima amiga, uno sacado del que hizo

da, por otros se ve tan acatada y propagada nuestra santa fe!

Te repito otras mil veces las gracias, teniendo este obsequio, además de su mérito intrínseco, el del *apropos,* o sea *al caso,* con el que tú acompañas siempre cuanto haces (1).

Madrazo, el cual me aseguró que distaba algo del original, pues la boca de Fernán Caballero era más perfecta que la pintada por el indicado artista. Otro en traje de baile, cuando aún estaba en toda su lozanía. Me contó D.ª Matilde que aunque no estaba exagerado ni mucho menos, rehusaba el enseñarlo, porque como era muy recatada se ruborizaba de que la vieran de aquella manera. «Yo—dijo la condesa — porfié por verlo y se lo pedí con tanta insistencia, que al fin un día se presentó con él y me dijo: «Mira, niña mía, toma el retrato que »me pides, que para ti no tengo secretos; pero por Dios que no lo »enseñes a nadie, que me da mucha vergüenza que me vean así.»

Esto no obstante, conozco tres copias: una la posee la condesa de Venadito, y la publicó *Blanco y Negro,* núm. 1.277; otra la tiene doña Adela Pareja, y la tercera la tengo yo: me la dió D.ª Matilde.

El tercer retrato se lo hicieron a Fernán siendo ya de mucha edad, estando sentada en el patio de su casa (calle Juan de Burgos, hoy Fernán Caballero), enseñando la doctrina a una niña, que es precisamente el que va al principio de estas cartas. Me refirió la condesa que cuando se lo enseñó se reía a carcajadas, y le decía con mucho donaire: «¡Ay Jesús, qué fea me han sacado. Parezco una vieja compuesta!» «Fernán—añadió con solemnidad la condesa—gustaba presentarse tal cual era, y ella sabía bien que Dios la había dotado de excelentes rasgos fisonómicos.»

Desde que escribí lo que antecede hasta el presente ha pasado bastante tiempo. Atenciones que a nada conducen expresarlas aquí me han impedido poner mano en la pluma. En este intervalo ha pasado a mejor vida la íntima amiga de Fernán Caballero, la condesa de Monteagudo. No parece sino que Dios quiso conservar clara y despejada aquella privilegiada inteligencia hasta darme las interesantes noticias de Cecilia Böhl. Dios las tenga reunidas en su santo seno como aquí las tuvo.

(1) El regalo de que hace mérito Fernán Caballero fué un Devocionario de ánimas.

No me escribas; sé que no te gusta tener que hacer con las plumas de hierro. Te concedo, pues, de plena voluntad indulgencia plenaria para no contestarme sino verbalmente.

Por aquí no hay novedad. Si existe todavía el periódico *El Sur* te podías abonar a él, porque aquí carecemos de ese amigo de las nubes.

Ayer vinieron esas coquetas a lucir su airosa persona, y esta mañana han burlado todas las esperanzas y se han largado sin acordarse de las obras de misericordia.

De noche vamos a San Francisco, en que el padre Garzón hace unas platiquitas sin cumplimiento y a la pata la llana, que valen algo más que los discursos inolvidables del ídolo del progreso.

Yo estoy de simpatías con Rosarito (1). Tengo un uñero que me tiene aburrida, pues es el primero en mi vida. Ya sabrás cómo tu fámulo número 2 ha entrado de fámulo número 1 en casa de Nuevos, y cátalo ya en carrera.

Le doy el pésame a Rosarito.

Di a Fernando (no pondré de Gabriel por no poner el indispensable apéndice, que es un poco largo) (2), que

---

(1) Hija primogénita de D.ª Matilde.

(2) Se refiere a D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, cuyos méritos literarios son harto conocidos. Solía darle D.ª Cecilia algunos originales suyos para que los corrigiera antes de publicarlos, cosa en ella muy corriente.

Ocupó varios cargos, entre otros el de gobernador de Cádiz. Casó con la jerezana D.ª Elisa Morla, hija de los condes de Villacreces.

Escribió un esbozo biográfico de Fernán Caballero, que corre impreso en la obrilla de la ilustre escritora *Estar de más* (Sevilla, año 1878), y no deja de tener datos interesantes, si bien la excelente escritora merece una biografía detallada y extensa, que aún no se ha

recibí la Revista y que le doy gracias por el modo como viene mi artículo, pues jamás se ha impreso cosa mía tan perfectamente. Mil cariños a la condesa y a las niñas, y tú sabes que es tu mejor amiga

CECILIA.

4 de noviembre de 1856.

1856

Mi queridísima Matilde:

No puedo decirte la sorpresa que me ha causado, la sorpresa que me has proporcionado con la magnífica pluma que me has enviado (1). Tú y no Eugenia (2) era la que había nacido para un trono imperial, pues es imposible llevar más allá que tú el señorío y la generosidad, siempre unidos a la delicadeza y al buen gusto. Quisiera estar menos avergonzada para expresarte más a mis anchas mi gratitud y mi sin par alegría, pues sa-

---

escrito. Verdad es que faltaban datos. Muchos doy con estas cartas, y es de esperar que alguien aproveche los materiales para rendir ese homenaje a la mejor novelista española.

(1) La pluma era de plata dorada con preciosos adornos toda ella, terminando con dos magníficos diamantes, piedras muy estimadas entonces. Le hizo este espléndido regalo para el día de Santa Cecilia. Ignoro dónde se encuentra: probablemente la vendería, como vendió todas sus alhajas para atender a sus más perentorias necesidades. (Véase la carta de 1853?, pág. 61.)

(2) Alude a D.ª Eugenia de Guzmán, condesa de Tebas, hija de los condes del Montijo, perteneciente por su linaje paterno a una de las casas más ilustres de España. Casó el 30 de enero de 1853 con el emperador de Francia Luis Napoleón, siendo, por tanto, emperatriz de Francia.

bes que para mí es la pluma un instrumento tan necesario y de tan constante uso, que forma parte de mi existencia. Doyte las gracias a miles, por más que sienta que te hayas metido en eso, lo que te repito que me avergüenzo, pero no puedo menos de pintarte con vivos colores mi gran satisfacción por tan rico y *utilísimo* obsequio, porque sé el que sentirá tu fina y delicada amistad por habérmela causado.

Mucho placer he tenido en saber tan buenas nuevas de ti por tu padre, así como de tus niñas y demás familia. Siento que no estés a río lleno con tu casa; pero si te sale otra que más te acomode, te será fácil subarrendarla, por el sitio. Con la de la Plaza Nueva tuve una verdadera pesadumbre, pues aquélla sí que era pintiparada. Ya se le acabará a los niños su asueto, y ya me figuro estarás a la mira de una buena escuela y de una buena amiga.

Bien acertaste en irte, por lo que ésta se ha plagado de viruelas. M. Francisca Grandallana, que se vino huyendo de Jerez, tiene aquí una niña con viruelas, y aunque son benignas, ya ves que es chasco. No lo es poco lo de la quema de la casa de Paca..., y cátalas a ambas en la calle; eso es más apuro que el que tú has pasado. ¡Qué no tardará en reedificarse esa casa! Supongo que Cecilia y García se irán por el pronto en casa de Perico, pues la casa de su suegra parece un hospital robado.

Tu carta es muy graciosa y me ha hecho reír mucho; sólo que tu tinta es albina y deja tan blancas algunas palabras como la tez de Joaquín, y como por graciosa la voy a guardar, le voy a pasar tinta más negra sobre las letras más descoloridas. Los sobres son muy buenos y muy baratos. Las zapatillas son cabalmente las que yo te pedía y me están muy buenas, debiendo esta nue-

va fineza a tu buenísimo y amabilísimo padre, que no puedes pensar a qué punto le hemos estado echando de menos estos días, y como llovía sobre mojado, esto es, sobre tu ida, parecía Sanlúcar vacío.

Ahora recibo carta de Aurora y me manda la de Cecilia. Dice que han perdido mucho, pues apenas pudieron sacar nada; en fin, más bien pueden ellos soportar esa pérdida que nosotras. El susto y trastorno es lo peor.

Nada me ha vuelto a escribir Matilde sobre la casa del Alcázar; aunque se desarriende, me temo que Prado sólo se la dé a quien le dé gana.

Adiós, mi querida, mi buena Matilde. Mil cariños a tus niños, con los que viene bobo su abuelo. Mil cosas a la condesa y a tus primas, y tú sabes el tierno y apasionado cariño que te profesa tu sincera amiga

CECILIA.

21 de noviembre de 1856.

Del 54 al 56.

Sevilla, 3 de agosto.

Mi queridísima Matilde:

Me apresuro en decirte que he tenido carta de Cañete, y te copio lo que me dice para en un tanto desenojarte, y que te persuadas como tengo razón cuando disculpo, no su conducta, sino su corazón:

«Créame usted, amiga mía, que cuando se me escribe y no contesto a los encargos que se me hacen, es porque no hallo forma de complacer; y para encontrarla

y no descorazonar, dilato el dar malas nuevas; así me perdonará el largo y en la apariencia desatento silencio que he guardado para con usted y con nuestra excelente amiga la joven condesa de Monteagudo. ¡Si viera usted cuánto he hecho para dar colocación a su recomendado, sin haberla podido conseguir todavía!» Al fin de la carta añade: «¿Cómo están María Florencia y su excelente familia? Déles usted mis finas memorias. Dígame usted unas palabras acerca de ellas y las demás amigas y se lo agradeceré en el alma.»

Te veo agridulce, mi querida Matilde; con la boca sonríes, pero de palabra dices: Obras son amores y no buenas razones ¡Por Dios, hija mía!, ¿quién puede aguardar ni menos exigir *obras* en los hombres metidos en el torbellino de la política y de la corte? Contentémonos con las palabras y con un poquito de esperanza. Hoy le contesto y vuelvo al tema y a hablarle al alma sobre Saelices. ¡Lo malo es que presumo que está mal con Barzanallana! Tengo motivos fundados para creerlo, y que no fué, por cierto, ese señor el que le dió la Dirección de la *Gaceta*, y así se explica su falta de influencia en esta y otras ocasiones en el Ministerio de Hacienda. Figúrate que, sin saber por dónde ni cómo, han dejado cesante al marido de mi suegra, y que persuadida de lo inútil que sería empeñar a Cañete en este asunto, hoy le escribo y ni siquiera se lo nombro.

Dile a tu padre que recibí ayer su favorecida, en que, cual Herodes de las uvas, las condena a muerte por los levantes, como si a pesar de los eternos levantes de esta comarca no hubiese siempre habido excelente manzanilla en Sanlúcar, y que en barbas de sus tristes presentimientos le pronostico una buena cosecha y unos precios análogos. Que hoy mismo escribo a Ochoa copiándole a la letra cuanto me dice, y añadiendo lo que

me parece de mi cosecha y de ese rezago de la brillante época apogeo del progreso.

Quisiera que me mandases el largo que quieres que tengan tus medias y el largo del pie. Ya estoy enterada en que han de ser anchas de empeine, y para eso se les hace largo el talón.

En el hermoso día de ayer y las gracias del jubileo tan privilegiado, recibió Burín los Santos Sacramentos, lo que dirás a Concha, caso que no lo sepa, pues la pobre estaba muy apurada con la omisión que por mal entendido cariño y cuidado había en eso. Manuel ha estado hecho un misionero y con tan hermosas y bien razonadas reflexiones, que persuadió a Concha, a la que, aunque la hizo llorar mucho, ha dado una prueba de interés y de amistad, que es natural que nunca olvide y se agradezca, cada día que pase, más y más.

Estoy disgustada con no haber tenido en dos meses cartas de Antonio, pues aunque estoy hecha a los golpes y recibir después dos o tres cartas a la vez, en esta ocasión ansío más por carta suya para saber si había recibido el aumento de sueldo oficialmente, pues en su última sólo lo sabía por mí.

Aurora, gracias a Dios, sigue sin novedad; me escribe que ha leído en los periódicos la preciosa *soirée* dada en Madrid por Díaz; pero en *La España* no la he leído.

Creo que Valentina se ha ido ya a Puerto Real. Me mandó a decir días pasados si quería algo para allá, que se iba; no la he visto desde que fuí allá cuando estuvo malo Justo. No es extraño, con el calor y la distancia. El primero es atroz; pero te aseguro que en esta casa me incomoda muy poco. La sala donde estoy siempre es fresquísima, y por el jardincito, por lo mismo que es tan pequeño, entra a todas horas una hermosa corriente de aire fresco.

¿Cómo le va a Dolores y su niño? ¡Qué derretido estará su *Pepe* con el infantito!

Nada de nuevo ocurre. Casi nunca estoy sola de noche y, como siempre, el tiempo me viene muy escaso. Fermín me escribe desde Valencia tan entusiasmado con *La Campana del Rosario,* pequeña composición que le he dedicado; pero la publicación de la edición no adelanta.

Dales un abrazo a tu querida madre y hermana. A tu padre, que le escribiré tan luego como Ochoa me conteste, y tú, mi amada Matilde, sabes que nadie te quiere como lo hace tu

CECILIA.

Cuando me escribas, o bien tu madre, hazme el favor de enviarme una oración muy cortita que decía Dolores cuando daba la hora. También puede que Juana Ñudi o Mercedes sepan alguna. De lo de Dios, mientras más, mejor. La de Dolores era preciosa; la apunté y no la encuentro. Si sabes u oyes una copla bonita, me la apuntas también, y Juana Ñudi que no me olvide.

Ayer no pudo ir esta carta. Añado hoy estas palabras para decirles que Pancha me manda un oficio de Prado, en que me dice que si no se van las garrapatas (D. Antonio Benito López) las mandará mudar judicialmente. Así estoy tranquila, porque espero que como lo promete lo hará. Esta noche ha llovido; no parece sino que los labradores están disponiendo la estación. Vendo varios muebles que ya han venido a ver. Si encuentro quien me dé lo que costó por mi espejo, lo venderé para comprar otro mayor, pues para aquel salón es chico.

1856

Mi queridísimo señor y amigo (1):

Dice uno de nuestros queridos refranes, que «mientras más amigos más claridad». Mi costumbre es dar el arrendamiento de las casas que vivo adelantado; espero que usted no extrañará que no suprima esta costumbre

---

(1) El señor a quien Fernán Caballero dirigió esta y otras varias cartas de esta colección se llamó D. José Pastrana Seik, rico caballero de Sanlúcar, su patria. Casó con la egregia dama D.ª María Florencia Romero, hija de los nobles y opulentos condes de Monteagudo. De su unión matrimonial tuvo el Sr. Pastrana varios hijos, entre otros, las dos íntimas amigas de Fernán, Mercedes y Matilde.

Mercedes mereció la alta distinción de que la dulce escritora le mandase poco antes de expirar un regalo juntamente con una esquela escrita en la cama. Es su último autógrafo y lo pondré al final fototipiado.

De D.ª Matilde me ocupo al principio de sus cartas.

Casi todo el tiempo que Fernán Caballero vivió en Sanlúcar ocupó una casa del Sr. Pastrana, muy cerca de la casa solariega de dicho señor. Los finos modales, la dulzura y franca cordialidad de la culta escritora cautivaron a la familia de Pastrana, que no sabía pasar sin ella. Fernán supo corresponder pagando amor con amor. De tal modo intimaron, que vivieron y se trataron como cariñosos hermanos, me dijo D.ª Matilde profundamente conmovida. Y por lo que después he sabido, puedo asegurar que con nadie tuvo ni tanta confianza ni mayor franqueza. El que lea estas cartas se convencerá fácilmente de ello. Quizás ni a su propia familia escribiera con tanta sencillez y naturalidad. Por lo mismo dudo que en parte alguna revele como en estas cartas lo que ella era, su propia psicología sin aliños, ambages ni rodeos. Verdad es que en los escritos de la genial escritora campea una *sencillez sublime* que enamora y subyuga. Un escrito suyo es difícil dejarlo de la mano hasta haberlo terminado; pero en estas cartas íntimas echa el resto.

por vivir una casa de usted; así es que le remito el arrendamiento de mayo, que tiene usted más que gastado en las mejoras que con tanta complacencia ha hecho para que yo viva la casa. Usted es demasiado fino y delicado para no conocer que una negativa sería no sólo causarme un gran pesar y quitarme mi tranquilidad de ánimo, sino ponerme en el caso de seguir buscando casa, como me lo prescribiría mi delicadeza.

Iglesias me dijo había remitido a usted la cuenta de los gastos ocasionados por el *poder*. Remito a usted al buen tuntún una cantidad, quizás inferior a su costo. Si el fin no justificase los medios, teníamos que reñir, y ¡qué sería de mí si yo riñese con uno de los individuos de la familia sin par, buena y generosa, que recogió en su seno a esta pobre abandonada expósita!

CECILIA (1).

1856?

Mi querido amigo (2):

Me veo en la necesidad de hacer a usted una pequeña confidencia, que no quisiera que saliese de usted. Y sé, porque conozco su carácter, que mi súplica no será en vano. Escribo en *La Moda,* lo que me vale 10 duros mensuales.

Como ganancia de mis manos, la destino, sin escrú-

---

(1) Fernán Caballero, según me dijo su amiga D.ª Matilde de Pastrana, vivió en Sanlúcar desde 1856 hasta febrero de 1857. Por tanto, esta carta, escrita a su señor padre, no hay duda que fué en el 56.

(2) Trozo de una carta que dejó sin firmar Fernán Caballero.

pulo de conciencia *honrada,* a una obra benéfica. Con ese motivo, el Sr. de Carlos me mandaba al fin del mes una letra sobre Ronda, adonde van destinados (1); mas este mes ha tenido la incomplacencia de mandármelos, diciendo que el sombrerero Pulis no puede dar letra (lo que dudo mucho). Figúrese usted, pues, mi apuro; una pobre mujer sola, metida aquí, ¿cómo busco letra para Ronda? Yo lloré, me apuré, viendo cómo no se cansa la suerte de mandarme sinsabores, y de robarme, por todos los medios posibles, la paz de mi vida y la tranquilidad de mi espíritu, que tanto necesito para escribir y ganar esos 10 duros. No me queda más medio que acudir a usted, que tantas veces ha sido mi paño de lágrimas, para preguntarle si me podría proporcionar esa letra de 200 reales, que me parece imposible que no la dé Pulis, que siempre ha estado tan propenso a ello, y si no él mismo puede que indicase persona.

1856

No debe usted (2) extrañar que no le haya escrito, mi más apreciado y querido amigo, porque es tal la Babilonia en que estoy metida, que no tengo cabeza ni tiempo para nada. Vivo en el más espantoso desorden, con toda la casa ocupada por albañiles, pintores y carpinteros, que dan muchas vueltas y no concluyen nada. Así, refugiada en una sala baja sin esteras y sin casi muebles, hago una novena a Santa Paciencia, y concluída que es, la vuelvo a empezar. No obstante, ¿cómo

---

(1) A su suegra, la madre del Sr. Arrom.
(2) Escrita al Sr. Pastrana.

sería posible que acercándose el día de usted, que tan sumamente agradable pasé el año pasado en su compañía, no me apresurase a deseárselo a usted felicísimo? Verdad es que faltan de su lado de usted dos hijos; mas como esta ausencia es para el bien de ambos, en particular de Alejandro, que en tan buena como agradable posición se halla, esto, lejos de ser un pesar, es una satisfacción que el santo bendito protector de su casa de usted le envía en su día. Lo es igualmente la buena salud que disfruta toda su familia y el buen año que se presenta; pero todas estas felicidades son pocas para las que deseo a usted, que son ideales y cuasi en este mundo no se hallan.

Dejo a usted por su santo, cuya novena estoy haciendo, avergonzada de haberle escrito una carta tan corta y tan necia; pero ella demostrará a usted mi amistad y gratitud, que es toda su misión. Mil cariños a Mercedes y a Matilde.

He recibido una epístola en verso de Mateo, y pienso contestarle en el mismo lenguaje.

Su más sincera amiga,

CECILIA.

1856 ?

Señoras :

Me creo de un todo inmerecedora de la honra que me han hecho ustedes al encargarme de la Vicepresidencia de esta Asociación benéfica, y yo probaría la sinceridad de este aserto dimitiendo el cargo, si no me lo impidiesen altas razones, siendo una de ellas el que pudiese atribuirse desistimiento tan justamente motivado a razones de egoísmo.

Debe ser mi primer cuidado someter a la aprobación de la augusta princesa que ha fundado esta institución, así como a la de ustedes, señoras, que tan generosamente la habéis secundado en su anhelo por el bien, mis ideas sobre la marcha que ha de seguirse en lo sucesivo en nuestra Asociación y empresa para que, sin que sea una carga demasiado pesada ni obligatoria para nosotras, pueda subsistir y ser duradera su benéfica influencia, lo que haré brevemente.

Cuanto constituye y sostiene esta Asociación es voluntario; nada es obligatorio. Sobre tan frágiles cimientos nada estable se puede fundar sino con la fuerza de la voluntad; pero cuando se ausente el brillante y caliente sol que dió vida y sostiene este frágil edificio que su ejemplo y el deseo de complacerlo, de que estamos todas poseídas, nos lleva a sostener a la par suya, ¿qué será de él? Esta pregunta nos la hacemos unas a otras con profundo desaliento. ¿Y cuál será el medio para evitar que semejante desaliento no concluya con esta bella obra de civilización cristiana, dando con esto un profundo pesar a sus augustos fundadores?

Creo que el medio para que subsista esta institución es el de simplificarla, y puesto que se reconoce que nuestro país en cuanto a instrucción está más atrasado que ciertos países del Norte, poner la que se procure dar a la clase más pobre al nivel del estado general de instrucción. Creo, además, que la inmensa mayoría que la Providencia destinó al trabajo manual para medrar, ser feliz y ser hombre o mujer de bien, sólo necesita saber dos cosas: el oficio o faena a que se destina y le da el sustento, y la Religión, que lo ilumina y moraliza. Ya que nuestra institución no pueda enseñar lo primero, ciñámonos a la segunda. Con enseñar la Religión y a leer a estas niñas de la clase tan bellamente denomi-

nada *la clase humilde,* creo que haremos cuanto bien se les puede hacer. La Aritmética es completamente inútil, porque la experiencia y el interés son tan buenos maestros, que el día que esas niñas sean mujeres y vayan a la plaza a comprar, podrán dar a las señoras que las enseñen lecciones en este ramo del saber. Tocante a escribir, en cuantas situaciones coloque mi pensamiento en el porvenir a estas niñas, no reconozco la utilidad de que sepan escribir, y sí sólo, en la edad de los amores, perjuicios (1).

Es preciso, además, tener presente que siendo esta enseñanza costosa y contando con pocos fondos la Asociación, pueden éstos no alcanzar el día que se disminuyan, y no pudiendo proseguir, haberse perdido el tiempo y el dinero invertido en enseñar los primeros rudimentos. El santo espíritu y el mote de nuestra institución es una de las obras de misericordia, la de enseñar al que no sabe; pero para que lo sea según el espíritu del Evangelio, es necesario que la enseñanza sirva al que la recibe, no para su lucimiento o su solaz, sino para su bienestar temporal y espiritual.

Considerando que acuden muy pocas señoras a enseñar, no sólo porque es esto una penosa y ardua tarea, sino porque les falta tiempo a las que son madres de familia, la posibilidad de trasladarse al local indicado a las solteras y la falta de voluntad a la mayor parte (lo que de manera alguna culpa, porque para semejante tarea se necesita una virtud y abnegación extraordina-

---

(1) No estamos conformes con lo que tan claramente afirma en el presente párrafo Fernán sobre la educación científica de la mujer. Claro es que en su tiempo la mujer no estudiaba lo que ahora, y por eso tiene alguna disculpa; pero es bien cierto que si sus padres hubiesen profesado esa doctrina y se la hubieran aplicado a ella, hoy nos veríamos privados de sus magníficas producciones literarias.

rias), creo que se deberían poner al frente de cada sección maestras retribuídas bajo la inspección de una de las señoras socias avecindadas en el mismo barrio, que cuidaría de pedir a la Mesa o la señora tesorera lo que la maestra necesitase, así como de cerciorarse por sí misma de cuáles eran las niñas que por su aplicación y por su buena conducta y compostura en la clase se hacían acreedoras a obtener premios.

Después de la lección de leer y de doctrina, se debería hacer una lectura piadosa, con que terminaría una enseñanza que tiene por objeto la cultura, así del corazón como del entendimiento: esa clase de cultura que crea la mujer honesta, honrada y humilde, esto es, la mujer cristiana.

Reducidos así los trabajos y los gastos, es de esperar que los escasos fondos de que dispone la Sociedad diesen para costear los premios, tal cual la inagotable beneficencia de sus fundadores los ha repartido este año, porque esos premios no son sólo una caridad, no son sólo un estímulo para la aplicación y juicio, sino que son también un aliciente para que acudan nuevas discípulas.

Este es mi pensamiento, que de un todo someto a la augusta princesa, cuya envidiable misión en este mundo es hacer el bien moral con sus palabras y ejemplos, y el material con su inagotable caridad, y al juicio de ustedes, señoras, que con tantas incomodidades y afanes trabajáis, sin esperar ni aspirar a otro premio que a una sonrisa de la infanta de España, nuestra augusta presidenta, en la tierra, y a una bendición de Dios en el cielo (1).

---

(1) No está firmada.

1856? (1)

Usted no extrañará que le diga que estoy vertiendo amargas lágrimas; pero sí extrañará que añada que son hijas de un remordimiento; un remordimiento el más amargo y desgarrador, porque la culpa que lo causa es (o parece) hija de mal corazón; mas no puedo tranquilizarme hasta que reciba de usted un perdón, que imploro, más afligida aún que sonrojada.

Ha pocos días que, arrastrada por mi tedio a las disolventes máximas y costumbres francesas, animada por el celo de inculcarle las contrarias a la juventud, me dejé llevar a hablar con un rigor que deploro sobre un asunto que creía tan extraño a usted como lo es toda culpa propia o personal. Desde entonces he sabido cosas que han partido mi corazón como un cuchillo. ¡Dios mío! ¿Qué puedo decir a usted en mi disculpa? ¿Mi ignorancia? No basta. ¡Y sí sólo mi celo para combatir un mal del que es usted la más cumplida y más desgraciada víctima! ¡Esto es atroz, y la complicación que se verifica en usted es cosa nunca vista! ¿Qué derecho tuvo ese padre para desheredar de un todo a su vástago? ¡Qué responsabilidad pesa sobre su ceniza! ¡Paz a los muertos!

¡Ay, mi querido amigo! ¿Sería usted lo que es si desde chico no hubiese sido la desgracia su maestra? ¿Y no será esto uno de los altos designios de la Providencia, que por este medio quiso vigorizar las degeneradas castas? La desgracia es una Musa, dice el sim-

---

(1) Borrador escrito, tal vez, a Mr. Latour en la fecha arriba puesta.

pático Nadier. Si, a falta de un título heredado, se ha labrado usted ciento a sí mismo, al respeto, consideración y admiración de los hombres, dé usted por bien empleada la pérdida de aquél. Disfrútelo en buen hora un extraño, y débase usted a sí mismo el alto lugar que ocupa en la sociedad, el preferente que ocupa entre los sabios y el disputado y glorioso que ocupa entre sus amigos. Más pudiera decir..., pero así como se anudan a veces las palabras en la garganta, así a veces se detienen en la pluma. Usted me ha comprendido; si usted me conoce en el poco tiempo que me ha tratado, como yo conozco a usted, usted sabe lo que yo siento, sin que sea necesario se evapore el sentir encadenado a la expresión.

¡Qué vacío ha dejado usted en Sanlúcar! ¡Hasta la niña chica de Matilde recuerda a usted! Pero dichosa ella, que es distraída de este recuerdo por un juguete. No así nosotras, puesto que las horas de prima noche que usted hacía trotar se desquitan de su celeridad marchando. (Hállase aquí cortada la hoja del original, leyéndose al dorso lo siguiente): la espada del Cid de la crítica, pero... (he dicho a usted que a cierta altura la franqueza está desnuda como la verdad), pero demasiado *parcial* o influído por sus sim y antipatías. Magnífico defecto de corazones calientes, es eso, tener: *les défauts de ses qualités*..., y un Minos debe ser impasible; hablo contra mis intereses, pero en los de usted (1).

---

(1) Falta la conclusión, que corresponde precisamente a la parte de la hoja mutilada.

1857

11 de enero de 1857.

Mi queridísima Matilde:

Me temo que mi carta no alcance hoy al correo, porque ha estado ahí Cayetano, que está tan bueno, así como toda su familia. Sentiré que no llegue a tiempo al correo, porque habiéndome dicho tu padre anoche que se iba a Villafranca con su excelencia, te he mandado 26 duros, que habrás extrañado recibir sin tener noticias de tal envío. Aquí, pues, te voy a poner la distribución que te suplico hagas de ellos. Quisiera que me hicieras el favor, cuando vuelvas en casa del tapicero, de darle una onza a cuenta de los muebles, con las advertencias que te pongo en un papel aparte. Te ruego igualmente mandes a Pancha 4 duros con la adjunta esquela, y que des los 6 restantes a Mercedes, que ya sabe lo que es.

Van *Modas* de Madrid y de Cádiz para que tenga tu madre que leer y vosotros que mirar. Me he encontrado todo esto sin novedad; tu padre tan bueno y afanado por un sinnúmero de cosas y de quehaceres que se le han aglomerado durante su ausencia en ésa y en el coto, las que unidas hacen una que no es floja. Así no es posible que se ausente tan pronto, y si acaso, por sólo un día. Así es, que conocí había agradecido mucho que se hubiese venido conmigo Mercedes. En el vapor me presentó y recomendó Manuel Castro a Asme, abogado de mucho talento, lo que me proporcionó un viaje sumamente agradable y quizás hacer una buena obra, porque puede que me coloque al hijo de mi antiguo

criado Simón (1). Cuando llegué a Bonanza me fuí en casa de la conocida de Dolores, y cuando todo el mundo se hubo ido, me metí en un coche que se volvía vacío, que me trajo hasta vuestra casa por 10 reales. Esos son los interesantes lances de mi feliz viaje. Aquí me hallé con cartas, un mundo de papeles y dos gatos más de los tres que había, que se han entrado y no hay quien los eche. Uno es de casa de tus padres (una bonita gata gris atigrada).

Dile a tu madre que no la escribo porque sé lo que aborrece escribir; pero que tenga ésta por suya. Que no sea el patrón araña con la carta del rey, sino que escriba a Narváez, pues ahora es preciso que todo se arregle y quede bien asentado. Aquí he sabido por fin, por Cayetano, cuál es el sueldo de Alejandro, que es bonito, pues 40 duros en Francia son lo mismo que 80 aquí, y no sólo podrá vivir el vice, sino pasarlo muy bien y a su gusto y disfrutar. Quien está de enhorabuena es Mercedes, que ya no tendrá que andar con las carnes asadas, las tirillas bien o mal almidonadas y otras impertinencias. Dile también a tu madre que no olvide, ¡por Dios!, mandarme el soneto de pies forzados, que quiero mandar a Cabanilles y a Aurora.

Mercedes: la campanita de Santo Domingo está tocando a los ejercicios. ¿Sabes lo que me dice?: ¿Y Merced?, ¿y Merced?, ¿y Merced?

El tiempo (¡qué prudente!) se está preparando a llover, lo que vendrá bien, ahora que concluyó tu padre su cacería, y Díaz que habrá llegado hoy, y yo, nuestro viaje. En fin, el año pasado fué el tiempo como de progresistas; este año es como de moderados. No de-

---

(1) Seguramente el protagonista de su hermoso cuadro de costumbres titulado *Simón Verde*.

jéis de inquirir noticias sobre las garrapatas de mi casa, y si por fin la dejan, y si Prado se ablanda para empapelar los estrados; todo lo cual, como pueden ustedes inferir, es para mí de tan inmenso interés, y puede que por Fernando puedan ustedes averiguar algo, sobre todo sobre las disposiciones de D. Alonso, el restaurador. En el vapor vinieron cuatro jóvenes oficiales rusos, no muy bonitos, pero sí finos y comedidos. Todos me han preguntado tanto por ustedes, y me duele la boca de decir: «Tan buenas, tan gordas, tan de buen color y tan contentas»; sucediendo que las caras de los que oyen mis respuestas se van poniendo muy descontentas, temiendo que no vuelvan ustedes tan pronto como desean. Aún no han vuelto Alberti y sus preciosos y callados niños a su casa.

Si oyes de almoneda o hablar de una mesita de comedor de caoba, no dejes de informarte, y si es sin alas y bonita y barata, no dejes de comprármela. Quiero todas las ventajas en la venta, menos el que sea *fiada:* el dinero por delante, como quien tiene su marido en Australia, país del oro, Perú inglés. Te suplico, mi querida Matilde, que expliques tú misma muy bien mi idea al tapicero cuando le lleves el dinero y la papeleta, que le leerás con explicaciones a lo vivo, con los muebles delante. Quiero la forma cabalmente al revés de la que le dan, que no sea inclinado, sino recto, el espaldar. Esa forma se la dan rellenando muchísimo la parte baja, con lo que angostan el asiento. Tampoco me gusta que alcen éste de atrás; al contrario, debe hundir y alzar hacia delante; y perdona, hija mía, esta molestia que te doy, porque fuimos juntas y que está cerca de tu casa. ¡Qué largos se me van a hacer estos veinte días! En fin, los aprovecharé bien para escribir o concluir un cuadrito y empaquetarlo todo.

Adiós, hija mía; un abrazo a tu madre y otro a Mercedes. Mil besos a tus niños y cariños a tu tía y primas, y tú recibe todo el de tu mejor amiga,

CECILIA.

1857

Mi más querido y más complaciente amigo (1):

No sé cómo dar a usted gracias por sus bondades y por las molestias que con tanto celo y bondad se ha tomado. Para esto es preciso tener unidos su carácter activo y su buena amistad, que lo es igualmente. Me levanto temprano por tal de escribir a usted para darle las debidas gracias y decirle mi satisfacción en que esté ya todo listo y tengan ustedes, por fin, su casa libre y yo mis cosas en camino, gracias a Dios, con muy buen tiempo. Igualmente para decirle que la carta de usted de ayer apenas la recibí cuando fué andando, inclusa en una mía, la notita que incluía dirigida a Ochoa, que con tanto celo ha tomado este asunto. Hoy le enviaré los dos periódicos. Sólo su mucha finura puede darme gracias por tener la suerte de ser el intermedio por el que se entiendan hombres del valor de los que componen hoy el Ayuntamiento de Sanlúcar y mi buen amigo Ochoa.

Es incomprensible la conducta del Sr. Navascués, y ciertamente da a sospechar que están pringados en ella pájaros gordos en Madrid, y así se lo diré hoy a Ochoa, pues si no, no era posible que tan descaradamente dejara de dar cumplimiento a una Real orden.

(1) Escrita a D. José Pastrana.

Me hallé que los Sres. López no habían aún desocupado la casa; por fin, ayer vino el señor a decirme que a la noche quedaría la llave en poder de Prado; me precisa, pues, ir esta mañana a ver si ha cumplido su palabra, por si llegasen los muebles tener la casa en disposición de meterlos en ella. Es hoy, además, cabo de mes y tenemos que ir a acompañar a la pobre viuda y pobres hijos, y sobre eso, una buena ronquera de irritación y el ayuno. Todo se reune.

He encontrado buenísimas a Matilde, Florencia y los niños; en particular a Rosarito: está hermosa y además bonita, y parece hija de un Alcides.

Ya fuera el vino (bendito de Dios vaya, si en cambio procura buenas letras), ya está quitado de en medio uno de los obstáculos para la deseada venida de usted y de Mercedes. ¡Ojalá y sea cuanto antes! Puede usted pensar la alegría que me daría el precio arreglado en que usted ha ajustado el flete, pues es increíble los gastos que se originan y lo que cuesta tanto. Yo espero en nuestra íntima amistad que usted habrá retribuído a todos, no sólo los mandaderos, sino pagados su jornal a Isidro y a su hijo, pues aunque les retribuí antes de venirme, fué por lo que en aquellos días hicieron, y que para que yo no me muera de fatiga y vergüenza dirá a Matilde lo que tengo que entregarle.

No sé ni cómo acabo esta carta, pues los niños se han levantado y no me dejan parar. Así, concluyo repitiendo a usted las gracias y las más sinceras y cariñosas expresiones de mi amistad.

CECILIA.

27 de febrero de 1857.

(A continuación de esta carta y en el mismo pliego hay otra que dice lo siguiente):

Mi querida Mercedes:

No puedo decirte cuánto me acuerdo de ti y de lo sola que estarás, no pudiendo ir ni aun a casa de Ñudi. Tengo que pedirte un favor, hija mía, y es que me des noticia de mis gatos. ¿Fué el blanco a la viña? ¿Se llevaron la gatita? Y el tío Pintitas, dime si está ya contento en casa de tus primas.

Vino el cubo, hija mía. ¿Y la cubeta? Voy a pedirte otro favor. Tenía dos dominguillos o brujillas (1), uno viejo y otro chico bueno; ¿quisieras preguntar a Dolores si han venido y los lió Javiera, para si no comprar los que necesite?

Cuántos deseos tengo que vengas, aunque te aseguro que no tengo tiempo para disfrutar como deseara de la sociedad íntima de mis amigos; haste cargo la jarana que traigo entre manos hasta que me vea descansada y sosegada en mi rinconcito. ¡Ay, cuándo será eso! Te abraza de corazón la amiga que más te quiere,

CECILIA.

1857

No puede usted imaginarse, mi querido, fino y complaciente amigo (2), lo que he sentido ver por su muy

---

(1) La palabra *brujilla* no la trae el Diccionario de la Academia. La otra, *dominguillo*, tiene allí una significación distinta de la que Fernán Caballero le da.

Según me ha dicho D.ª Matilde, hermana de D.ª Mercedes, a quien va dirigida esta carta, su íntima amiga le pedía con dichas palabras dos especies de candilejas, que usaba frecuentemente de noche. En Andalucía suelen denominarse con los nombres que usa Fernán Caballero, y además con los de *periquillo*, *pericón* y *capuchina*.

(2) Don José Pastrana.

grata, que recibí anoche, que no había llegado a sus manos la carta que tanto por obligación como por placer le escribí, contestando a su grata, no el día después de mi llegada, sino el día que siguió a este primero. Será, supongo, algún retardo de correo; pero esta mal pergeñada carta es la tercera que tengo el gusto de escribirle desde mi llegada, a pesar que no tengo ni tiempo, ni cabeza, ni, sobre todo, sosiego para nada. No obstante, no crea usted que haya descuidado su encargo. Hoy escribo la cuarta carta a Ochoa, remitiéndole en las anteriores los papeles, y sobre todo la nota que tuvo usted a bien incluirme. En la de hoy me vuelvo a explayar en grande, copiando las palabras de usted, sin nombrar sujeto. Creo que Navascués está demasiado metido y enterado ya en las elecciones, para que pueda ni quiera el Gobierno destituirlo en las presentes circunstancias, y que más bien aplazará la cuestión que no mudar al gobernador en estas circunstancias, y más cuando la carta de usted no precisa sus nuevos agravios, y que bien o mal ha cumplido las órdenes del Gobierno, que han sido que no cabe más satisfactorias y reparatorias para la justicia de la causa que defiende el Ayuntamiento tan justa y noblemente.

Antes que se me olvide daré a usted las señas de la casa de Ochoa, que me pide: Sr. D. Eugenio de Ochoa, calle de Cedaceros, 13.

Hoy domingo han llegado por fin los muebles con excelente tiempo. Dios quiera que siga mañana, que se desembarcarán. Lo que han tardado me tenía ya con cuidado. Me iré dentro de unos días a mi casa, aunque pasarán muchos antes que se acabe la obra de albañiles y de limpieza necesaria, pues la han dejado hecha una zahurda.

El niño tiene nada o poca cosa; es andancia; harto

peor ha estado el niño de mi sobrina Concha y otros muchos que han tenido que guardar muchos días cama, no así Joaquín (1), cuya leve indisposición no le ha impedido ver las máscaras y divertirse mucho en su cierro.

Espero que Julia seguirá bien, como lo deseo. Nada me dice usted de mi querida Mercedes. Mucho deseo que vengan ustedes por acá.

Quisiera ser más larga y decir aún mil cosas; pero no puede usted pensar lo apurada que ando con el tiempo, que no me alcanza para nada.

Concluyo, pues, repitiendo a usted las más expresivas gracias por sus bondades y por la eficacia tan llena de interés por mis cosas que ha demostrado a esta su mejor y agradecida amiga,

CECILIA.

Domingo, 1.º de marzo (2).

1857

Señor y amigo muy querido (3):

Ayer tarde salí para ir en casa de Esperanza Hidalgo a darle la enhorabuena por haber venido de Roma ya despachada favorablemente su instancia de divorcio, cuya alegría ha sido grandísima para mí, y al volver me encontré con su muy grata, por más que no lo sea el asunto de que trata, que me ha hecho poner las manos en la cabeza. Ya está escrita mi carta a Ochoa, pues

(1) *Juaquín* dice el original.

(2) El 1.º de marzo de 1857 fué domingo, y a juzgar por la relación que esta carta tiene con las antecedentes y consiguientes, en aquella fecha debió escribirse.

(3) Escrita a D. José Pastrana.

sabe usted que soy madrugadora. Quisiera copiársela a usted toda, pero me limitaré a copiar esta frase: «Desgraciadamente, nuestros sucesivos Gobiernos, únicamente ocupados de la política, han dado margen (y piadosamente pensando, diremos que por sus descuidos) a tanta injusticia y maldad, que ésta se encuentra muy envalentonada, y más cuando tiene protectores como el Sr. Ríos Rosas, cuyos parientes se denominan, sin serlo, herederos del que por motu proprio dejó sus bienes para un acto de beneficencia y de cultura, e insisten en apoderarse de ellos a pesar de una terminante Real orden de nuestra benéfica soberana, y contra la sagrada voluntad de un muerto, contra el derecho, contra la justicia, contra todo un pueblo, con el mayor cinismo, sólo por vil e indomable codicia. ¡Eso pasma! En usted, pues, confía el Ayuntamiento y todo el pueblo culto de Sanlúcar, en el que es ya popular el nombre de usted, que bendicen.»

Dios hará lo demás. Ustedes tienen el lauro de haber hecho cuanto han podido para evitar tan abominable expolio.

Ahora vamos a reñir. ¿Usted cree que no es posible? Pues sí, señor, lo es, cuando usted da margen a ello. ¿Es posible que me mandase usted los sellos? En castigo van de vuelta, con la expresa condición y penitencia que los invierta usted en cartas sucesivas que me escriba o haga escribir por cualquiera de sus damas, como usted dice a manera de sultán. Tres damas; ¡qué escándalo!; pero para volver a lo que hablábamos.

Fany Mora, que pasó por aquí al ir a Cádiz, me escribió ayer que llegaría mañana para seguir a las pocas horas en el correo su viaje a Madrid. Ella será portadora del pliego para que vaya con más seguridad, y su marido lo entregará en mano propia; así, en conciencia,

no podía quedarme con los sellos, así como los parientes del Sr. Ríos no se pueden quedar con los bienes del Instituto.

Supongo que estará usted contento con este hermoso y fértil tiempo; aquí lo están mucho los labradores, que dicen que más vale tarde que nunca.

Dígale usted a Florencia que he tenido una tragedia, pues no me puedo ver libre de ellas. Oí unos lamentos dolorosos en el callejón o *túnel* que conduce a esta casa. Eran de un infeliz gato, que no sé si acosado o caído de un tejado se halló allí. No podía andar; se recogió, se metió abajo y se le dió comida; tres días agonizó, rastreándose a los pies del criado cuando iba a verlo, como para darle gracias, al cabo de los cuales el infeliz animal murió, sin más compasión en el mundo a sus atroces sufrimientos que la mía. ¡Pobres, pobres, pobres animales!

Dígale usted a Matilde que el mismo día que se fué escribí a Cañete; eché el resto. Toda la escena que me detalló la puse, y ojalá hubiese sido con los vivos colores que ella la relató. Que pondremos este asunto, cual el otro, en manos de nuestro Dios. Esos señores tienen excelentes corazones y mejor voluntad; pero en aquella Liorna no bastan ambas cosas: es necesario tiempo, que les falta, y memoria, que no les alcanza a contener todo lo que en ella tienen que meter.

No llegué más temprano al vapor a despedirla porque mi cuñada no estaba lista. Ésta, gracias a Dios, sigue muy bien y no se ha vuelto a resentir de sus dolencias. Por aquí no hay novedad. La condesa y sus hijas, como otros muchos, alborotadísimos con la temporada de Puerto Real. Ahora está por ahí el flujo, y yo dando gracias a Dios, pues así debe ser que unos gocen tanto con lo que para otros sería una gran mortificación.

Récele usted en mi nombre un Padrenuestro a nuestro amadísimo San José. Mucho me acuerdo del de su capilla. Gracias a Dios que en todos los pueblos y en todas las iglesias se encuentra su santa efigie, para acompañarnos y consolarnos.

Permítame usted que al pie de esta carta ponga un encarguito para las señoras, y considerando que me he dejado arrastrar con exceso al gusto de entretenerme con usted, concluyo, pero no sin repetirle que es su más simpática, sincera y agradecida amiga,

CECILIA.

¿Cuál de ustedes, señoras mías, querrá hacerme el favor de pedir a Dolores una poca de simiente de unas como margaritas miniaturas, o especie de flor de María, que no he visto sino en ésa, y que ella sembró en el arriate que hice, que es una flor pequeña como un real, que tiene cada una de las hojitas de que se compone de un color distinto? Ella me dijo que era muy común en ésa, y si no me engaño, trajo la simiente o los pies del huerto de una amiga suya.

Matilde, ¿qué tal te va en tu casa? Me hago cargo que si la viese yo, no la conocería.

Abraza a ustedes de corazón quien tanto las echa de menos,

CECILIA.

Memorias al poeta Mateo (1).

Domingo, 24 de mayo de 1857.

---

(1) Este poeta no se crea que era uno de esos vates afortunados con quienes las Musas tienen gran familiaridad y llevan en volandillas a las glorias del Parnaso. Nada de eso. Se trata de un pobre gallego, criado de los Sres. Pastrana, sencillo como los pastores de Belén, que

1857

Mi más querido y apreciado amigo (1):

Aunque de prisa, porque acabo de entrar de las tiendas, no quiero dejar pasar este correo sin escribirle, no sólo para decirle el placer con que he recibido su muy grata, que esto no urgía al punto de que fuese la carta hoy, sino para no perder un momento en copiarle textualmente las palabras que hoy me ha escrito Ochoa:

«Puede usted asegurar a sus amigos de Sanlúcar que tomaré su nueva representación con el mismo interés que las anteriores, y que la herencia de Rodríguez no será, viviendo yo, presa de audaces y codiciosos R. R. (2). (Esto entre nosotros.) He visto aquí varias veces a Rafael N. (3), que ha procurado explicarme su conducta, y dándome quejas amargas de mi rigor con él. Lo siento porque es un antiguo amigo; pero antes

---

de vez en cuando hacía unos versos *cojos*, ¡que hasta allí las cosas buenas!

Fernán Caballero gustaba mucho de la sencillez del galleguito y pasaba con él largos ratos observando cuidadosamente la psicología de aquel honrado hombre del pueblo para trasladar sus usos y costumbres, adornados con las galas de su ingenio fecundo y brillante, a sus hermosos *Cuadros de costumbres*, que trazó con mano maestra, como nadie lo ha hecho hasta ahora.

De vez en cuando escribía nuestro *poeta* en verso a Fernán, y ya puede el lector figurarse lo que gozaría con tales composiciones poéticas.

Estas noticias las debo a D.ª Matilde.

(1) Al Sr. D. José Pastrana.

(2) Tacho un apellido.

(3) Omito un apellido.

de todo son los intereses que me ha confiado S. M., y el Instituto de Sanlúcar se abrirá y vivirá con sus rentas propias desde el curso próximo, si esa Junta inspectora quiere ayudarme.»

Ya ve usted, mi querido amigo, que en lo que me dice hay cosas reservadas que deseo que no vea nadie, sino usted y Esquivel en todo secreto y confianza.

He recibido hoy también la carta de Florencia, por la que le doy gracias y comunicaré a Concha, aunque puedo decírselo sin preguntárselo, que no tiene precio fijo a qué atenerse, y consultando la economía, dará lo que sea. Lo que es su ida allá, será para principio del que viene.

Aurora, gracias a Dios, sigue bien; tuvo dos terciacianillas. ¡Dios quiera que no le vuelvan! La niña de Prado sigue tirando, sin esperanza de vida.

Ayer fuimos a ver a la condesa Amalia, y yo no sabía una palabra de las calenturillas de la niña; conociendo que ustedes no se lo habían escrito, me guardé muy bien de decirle una palabra. Mucho celebro que siga aliviada.

El calor se nos ha venido de repente encima: no dejará de causar muchas irritaciones. Hemos estado tres o cuatro días sin más agua que la del río y de la Alameda, por una gran rotura en el acueducto; pero doscientos hombres trabajando sin descanso la han compuesto ya, y viene con más abundancia que antes.

Bien sospeché que las viruelas de Puerto Real eran voces alarmantes, y con mi costumbre de no darles crédito, he tenido, como siempre, razón. No falta quien diga que en el Puerto hay vómito negro; pero con ver que Aurora no está asustada, me sobra para saber que es falso.

Cabanilles me escribió que él y Pacheco han conve-

nido en casar a Fermín; le contesté que dos hombres influyentes como eran, más valía que en lugar de hacer esa tontera, pensasen en que se colocase.

Ya habrá usted visto que el Sr. Campoamor se lució. Lo más repugnante del caso es que ha sido por una venganza personal contra Nocedal. ¡Pobre, pobre España!

Concluyo, pues he cansado a usted bastante. Mil y mil cariños a sus queridas señoras, que ansío por ver, en lo que usted y yo estamos encontrados (en algo lo habíamos de estar), y es en que usted las quiere tener allá, y yo las quisiera tener aquí, incluso a su padre y marido.

Sabe usted es su mejor y más agradecida amiga

CECILIA.

Sevilla, 4 de junio de 1857.

1857

Muy señor mío y amigo (1):

Recibí el paquete que tuvo usted a bien mandarme, que, después de repasado, y escrito a Ochoa, encaminé a Madrid sin perder tiempo. Le decía que en vista de los deseos demostrados por él, de que se instalase el Instituto, las celosas corporaciones de Sanlúcar habían trabajado sobre ello, y que adjuntos eran sus trabajos preliminares. Veremos si sigue demostrando como hasta aquí su celo y su actividad.

Le añadía que una vez establecido, es de pensar que perdiesen los interesados las esperanzas de hacerse

(1) Escrita a D. José Pastrana.

dueños de lo que pertenecía a la *beneficencia*, usurpación la más espantosa de todas, y que se debía aprovechar para esta instalación el reinado del Ayuntamiento presente, al que no por fórmula, sino en verdad, se podía aplicar el epíteto de *excelentísimo*.

Estaría perfectamente conforme con los calores si pudiera estarme quieta en mi casa sin moverme; pero una fatalidad hace que no pueda tener este mi querido e inocente goce.

Ahora tenemos al niño de Cecilia Arcos muriéndose, después de estarlo la marquesa de Negrón, que recibió a la Majestad. Los y las Goyonetas se están portando allá cual suelen, esto es, admirablemente.

Me han dicho que las pasadas aguas han sido muy beneficiosas para olivos y viñas, lo que he celebrado como puede usted pensar, siendo así que tengo en todo lo que concierne a usted y a su querida familia un interés mayor que en mis propias cosas. Hablando de éstas no sé si escribí a usted que Antonio me había escrito ha pocos días, tan contento con las buenas noticias que yo le daba y había ya recibido.

Páselo usted bien, mi más apreciado y querido amigo, y persuádase usted que toda ocasión que me proporcione de ocuparme en su obsequio, la agradeceré como un favor, pues el mayor que conozco es el pagar aunque sea un maravedí a cuenta de una enorme deuda.

Mil expresiones a todos los que se acuerdan de mí, en particular al comandante y al padre Carrera, si por casualidad los viese.

Encomiéndeme usted a nuestro querido y bendito San José, y créame siempre su más sincera amiga,

CECILIA.

Sevilla, 27 de junio de 1857.

1857

30 de julio de 1857.

Querido amigo y señor (1):

No he querido contestar antes a su favorecida hasta no tener carta de Ochoa, al que escribí al momento, y copio a usted a continuación lo que me dice sobre el asunto en cuestión:

«Se abrirá, Dios mediante, para el curso próximo el Instituto de Sanlúcar; pero conste que no será sin nuevas dificultades y tropiezos, que vienen a poner a prueba mi firme resolución de cumplir lo ofrecido. Ahora se nos ha descolgado el Ministerio de Gracia y Justicia con una impertinente reclamación de los bienes de la Fundación de Rodríguez, pretendiendo que deben pasar al Seminario: como si no tuviésemos bastante con las reclamaciones de los supuestos herederos, ahora nos viene esta otra. Oiremos de nuevo al Consejo de Instrucción pública; pero ínterin resuelve, abriremos también el Instituto en cuanto se publique la nueva ley, y luego, por aquello de *beatus qui possidet*..., nos quedaremos con los bienes y el Instituto.»

Esta respuesta no es muy categórica. Nada dice de los papeles recibidos, aunque me consta que los ha recibido por Fermín de la Puente, por cuyo conducto se los remití y de cuya eficacia puedo fiarme.

Ustedes determinarán lo que se ha de hacer, y si le escribo para preguntárselo y pedirle que conteste categóricamente a este punto, aunque yo presumo que en

(1) Escrita al Sr. Pastrana.

virtud de esta nueva dificultad, habrá pensado que no es ahora razón de tratar del contenido de aquéllos; pero, repito, estoy dispuestísima a hacer todo cuanto ustedes me indiquen. Lo que sí me parece es que debieran ustedes tener todo dispuesto para que en cuanto saliese esa nueva ley de que habla el director de estudios, poder abrir el Instituto.

Tengo el mayor sentimiento en sólo poder comunicar a usted tan poco terminantes ni satisfactorias noticias con esta comunicación, en que sólo lo es el que Ochoa se mantiene en sus trece y sigue mirando el asunto con igual interés. Mucho lo tengo yo en dar a usted las gracias por la amable y fina cordialidad con la que me ofrece su benévolo hospedaje.

Gracias a Dios que las circunstancias no me han forzado a descompadrar con mi íntimo amigo el padre Quieto; para haberlo hecho, es ciertamente Sanlúcar el pueblo de todas mis predilecciones y simpatías.

La calma sigue, gracias al terrible, pero único medio de restablecerla. Por desgracia, el desprestigio, impotencia y retiro de los jefes, no es parte a contener la revolución social que la falta de religión y progreso de las ideas disolventes han causado en el pueblo, que cuando llegue a levantarse sacará de su seno sus plebeyos jefes, albéitar como Marat, zapatero como Simón.

No acabamos de entendernos en el sentido de las palabras pesimista, que es sólo ver las cosas de una manera desconsoladora, y optimista, que, por el contrario, es verlas de una manera consoladora, lo que a mi ver nada tiene que ver con que las autoridades, por su ignorancia o inercia, falten a su deber de vigilancia.

Por aquí no tenemos novedad. El calor es terrible, aunque yo poco lo siento por lo frescas de estas habitaciones: puede que sea resultado de éste el sin igual

estado sanitario de la población. En la gran parroquia del Sagrario sólo hubo siete entierros en el pasado mes; los médicos están aburridos de su farniente, y los enterradores entumidos.

Suplico a usted que diga muchas cosas, que en el poco papel que me quedan caben, a toda su querida familia, y que se acuerde siempre de mí como de su mejor y agradecida amiga,

CECILIA.

(En el sobre, muy estrecho por cierto, se lee la siguiente dirección): Sr. D. José Pastrana. (Al dorso dice): En el momento de enviar la carta al correo caigo en que Ochoa me contesta a otras cosas que le decía; así deberá haber recibido el consabido paquete.

1857 (1)

Muy señor mío:

Antes de ayer remití a usted un paquete; desde entonces estoy disgustada, y con el ansia de enviar a usted otra cosa para su periódico, que no sea exclusivamente religiosa. Con este fin estoy poniendo en limpio una novelita o episodio de la batalla de Trafalgar, que creo más propio y más divertido para su periódico, y que le remitiré si usted tiene la bondad de enviar el mencionado paquete, después de sacar y quedarse con las cosas impresas, al Sr. D. Fermín de la Puente y Apecechea, calle de Pizarro, núm. 15, cuarto segundo.

---

(1) Hay un timbre con letras góticas que dice: «Fernán Caballero.»

Espero que usted no verá en esta impertinencia mía más que el deseo de complacer a ustedes, enviándoles, si no cosa mejor, cosa más larga y más entretenida, y que se persuadirá del deseo que tiene de complacerle s. m. s. s. q. s. m. b.,

FERNÁN CABALLERO.

Alcázar de Sevilla, 16 de septiembre de 1857.

(Al dorso se lee): En fin, tanto agrada, tanto se apega uno a aquellos sitios que Carlos Magno amó, que al alejarse de ellos para no volver a verlos, exhala uno la misma exclamación que le dió nombre: ¡Ay! (1).

1857 ?

Sevilla, 6 de octubre (1).

Hay algunos días que tuve el gusto de recibir la favorecida de usted, gusto que confieso a usted, mi querido amigo, que fué muy mezclado de acíbar para mí, pues en ella me decía usted lo más cruel que existe para mi corazón, y aunque para dulcificar mi pena me decía que no era, por cierto, la intención de tan buenísimo amigo el herirme, y me tranquilizaba la convicción de no merecer el cargo, todo eso no podía borrar las palabras que veía escritas en su carta, que «¡para muertos e idos no hay amigos!».

¡Cómo he merecido oír esto de boca de una perso-

---

(1) Este párrafo, con alguna pequeña variante, está inserto al final de *Aquisgrán*. (Deudas pagadas.)

(1) Seguramente la escribió en 1857 al Sr. Pastrana.

na de la familia a quien más quiero en este mundo, a la que más amistad y favores debo, como me complazco en sentir, en publicar y en repetir, no lo alcanzo! Poco antes había escrito una larguísima carta a mi querida María Florencia, de cuya amistad nunca dudo, a pesar de que casi nunca me escribe, sin tener, como yo, tanto, tanto que escribir y tanto que cumplir con esta larguísima familia, que a pesar de levantarme a las siete nunca me alcanza el tiempo. En los días que recibí su apreciada había escrito largamente los días a mi querida Mercedes, a pesar que sólo a mis hermanas se los doy por escrito; así es que me sorprendió más la aplicación que hace usted a mí de ese repetido refrán. Verdad es que no he escrito a usted; pero ha sido porque, como puede usted hacerse cargo, Ochoa no lo ha hecho a mí. No he creído oportuno volver a escribirle; no sólo porque sé el celo con que está a la mira de las cosas de ese Instituto, sino porque sabiéndolo todo, abstraído por el plan de estudios, sabía cuán inoportuna sería mi carta, que haría, de cierto, más daño que provecho. No obstante, por Díaz le he enviado recados; le he dicho que me olvidaba, etc.; pero nada ha surtido efecto. Por lo tanto, he creído que mientras no había novedad, ni se realizaban las sospechas de usted sobre la intervención del Seminario de aquí, no había por qué volver a escribir a quien o no podía o no quería contestar, y que era más prudente guardar la fuerza de una carta para una ocasión apremiante. Usted había visto como yo en los periódicos, que no ha sido dado á nadie un cargo tan importante como el de director de estudios, por lo cual no hay el más leve motivo para sospechar que lo desempeñe otro, como usted sospecha, pues el que no me haya escrito prueba cabalmente lo ocupado que está; porque cuando lo estaba menos, me escribía más. Es

un verdadero amigo, y no por no escribirme deja de serlo.

Hubiese contestado inmediatamente a la carta de una persona como usted, que tanta amistad como consideración me merece; pero la recibí en los tristes días en que me llamaba un deber aún más apremiante, que era asistir y acompañar en sus últimos momentos a una amiga como la santa e inolvidable Mercedes Porres.

De ir y venir dos veces al día a aquella distancia, pues aun tengo aquí a mi cuñada, con este atroz calor y sequía, me dió una espantosa irritación con calenturas, de la que aun no estoy restablecida; pero a pesar de eso y de una tos y dolor de cabeza que no me deja la una la vista y la otra el pulso firme, no he querido dejar de escribir a usted y suplicarle por Dios que no abrigue ni por un momento, con respecto a mí, la idea de que «a muertos e idos no hay amigos»; pues si todas las injusticias son crueles, ningunas lo son más que aquellas que se cometen contra el corazón y sus sentimientos, debiendo usted estar persuadido son inmutables los de amistad y gratitud que hacia ustedes abriga su mejor amiga, q. s. m. b.,

CECILIA.

1857

Querida Matilde (1):

Ni chispa que te acuerdas de mí; pues para castigarte te voy a escribir. Pero no creas que voy a entonar una elegía. Nada de eso. Tu tía se durmió como un pajarito y se despertó al darse de narices con San Pedro, que

(1) Carta escrita en el verano de 1857 desde Sanlúcar de Barrameda a D.ª Matilde Pastrana, que se había trasladado a Puerto Real con sus hijos, huyendo del cólera. Así me lo aseguró la misma señora.

le abrió la puerta de par en par. ¡Esa muerte debía haber sido repicada como la de los niños! Los demás siguen buenos, menos un dedo mío, que no sé si tiene calentura, cólera o viruelas; pero que está malo, me incomoda, me da muy malos ratos y me pone de un humor pésimo.

Pensarás que te voy a escribir para algún encargo. Fuera aparte de dar mil cariños a la condesa y a las niñas, besos a tus hijos y memorias a quien preguntase por mí, no tengo otro que hacerte.

Escribe noticiones; si no los sabes, invéntalos. Yo te daré uno. Díaz viene con su hija a Sevilla a la testamentaría de su suegra; viene en casa de José Ignacio, y la niña en casa de Ana, su tía. No puedes pensar lo que me alegro de volver a ver a tan buen amigo.

He tenido una carta muy larga y satisfactoria de Antonio, que está muy bueno y cada vez más *australizado*. Ya te contaré cuando nos veamos.

Mañana pasa Cecilia a ésa, pues se acerca el regreso general de maridos. ¡Ojalá traigan algunas nubes que están haciendo falta! El año pasado era el sur, este año es el levante; es preciso sacar a Espartero en procesión, a ver si llueve.

Aquí tenemos a la flor de Pérez; la nata está en Puerto Real.

Todo ha sido un pánico, porque no ha muerto más persona conocida que la de Ramonel (1). Ya sabrás que Juan José Martínez va de capitán general del Departamento al Ferrol. Ya habréis visto a Manuela Manjón con sus tres Agüeras.

Alejandro llegó a Madrid con tres cosas : mucha felicidad, mucho polvo y mucho calor.

---

(1) Murió del cólera.

Dile a la condesa que el marqués de Pidal se duerme con mucha facilidad y frecuencia, de lo que ha resultado que se ha creado una nueva voz que está de moda en Madrid, y es *pidalear,* con lo que me acordé de ella, que de noche suele alguna vez *pidalear,* sobre todo cuando se habla de Alzazua.

Dicen que Alberti está un poco tocado; pero no lo creo, sino que esa voz es cosa de los criados.

Mis gatos están en perfecta salud y con un apetito desmesurado, lo que pongo en tu noticia.

Matilde (1) me escribió y me dijo que pronto me daría más detalles sobre la casa. Vente tú también a vivir al Alcázar, y verás cómo formamos allí una colonia aristocrática, económica, literaria, palaciega y de buen tono, con la que se quede Sevilla con la boca abierta. No hay más novedades en Sanlúcar de Barrameda, sino que antes de ayer estaban las sardinas a cuatro cuartos.

Tu madre y Mercedes salieron de aquí para ir en casa de Ñudi. Como donde va el rey va la corte, allá voy yo. Adiós, querida niña mía. Después hacemos en el oratorio de tu casa (paterna) la novena a San Rafael, para que dé buen viaje a nuestros viajeros. Te abraza de corazón tu mejor amiga,

CECILIA.

¿Fué mi encargo a los Linares, o se lo llevó Alejandro a Madrid?

---

(1) Se refiere a D.ª Matilde Trechuelo, infortunada esposa del general Chely. Para evitar el contagio del cólera, se fué con su familia a una finca del término de Pilas, y allí perdió de la terrible epidemia, en tres días, a cinco personas mayores: a su madre, a su esposo, a dos hermanas y a una hija. Después se instaló en el Alcázar, cerca de la casa de Fernán Caballero. Pongo esta nota para que no se confundan los nombres de Matilde.

1857

26 de octubre de 1857.

Muy señor y querido amigo (1):

Por fin puedo tener el gusto de contestar a usted dándole alguna noticia de nuestro asunto. Transcribo a usted lo que responde Ochoa:

«La cuestión del Instituto de Sanlúcar va a ser resuelta en el Consejo de Instrucción pública, el cual acaba de ser reorganizado con arreglo a la nueva ley. Pensé abrirle para este curso provisionalmente, y hasta las órdenes estaban puestas para ello, cuando se atravesó desgraciadamente una reclamación infundada, la que creo de la mitra de Sevilla, apoyada fuertemente por el ministro de Gracia y Justicia, y no pude prescindir de ella y mi buen propósito quedó paralizado. Instalado ya el Consejo, la paralización cesará pronto. ¡Quiera Dios que no ocurra otra!»

Esto es lo que me dice, no parándose mucho en el asunto: lo uno, porque me dice está como loco con lo que tiene que hacer; lo otro, porque hasta que no esté definitivamente instalado el Instituto, no querrá quizá sacarlo de las manos en que está, ni mucho menos tratar de la útil realización que ustedes proyectan. Pero estaré bien a la mira, para que conforme se instale se trate de las demás mejoras.

Con el más vivo sentimiento y el más tierno interés he visto en su muy grata cuán corta ha sido la cosecha de usted, cuando yo pensé era en lo general buena, y

(1) Escrita a D. José Pastrana.

esperaba que lo fuese con especialidad en su viña, no sólo por el esmero con que usted la cuida, sino por haberse libertado de la cenicilla. Si el Señor oyese mis ruegos, la regaría siempre con agua bendita y alumbraría con el sol de junio, que madura sin resecar.

No obstante, nos debemos consolar con aquello que sirve de consuelo a las mujeres que malparen: «Mujer malparida, al año parida.» Así espero que le sucederá a la viña de usted, aunque ustedes, labradores y cosecheros, en honor de la verdad, nunca están contentos.

¿No lo está usted con esta agüita, que me parece le viene al campo como aceite a las espinacas? Ahora que no está enguacharnada la tierra se puede arar y cavar, y después volverá Dios a enviar su *santo rocío;* sobre todo, si lo pide nuestro buen padre Garzón.

La crisis se prolonga; pero no se conoce, gracias a Dios, si hay o no ministros. Bravo Murillo ha perdido mis simpatías por no haber querido unirse a Pezuela, que era el solo Ministerio posible. Quiere gobernar sin contar con el Ejército, en lo que se llevará tan solemne chasco como se lo llevó Sartorius.

Si tuviese ocasión mandaría a usted un magnífico artículo que sobre la India ha traído *El Pensamiento,* de Valencia, aunque Capotillo me ha dicho que lo ha copiado *La Esperanza.* Mucho me compadecen aquellos infelices indios sublevados, con tanta o más razón que los españoles en la inmortal guerra de la Independencia, y que me temo sucumban al fin al gran poder y furiosa y perseverante venganza de los crueles y déspotas ingleses.

Por aquí no tenemos más novedad que la que ya no lo es, la muerte de la fina, entendida y santa Mercedes Porres, que deja un enorme vacío en la familia y en los corazones.

Mucho siento que las señoras no digan a usted cuándo les escribo, porque nunca sucede sin que les dé algún encargo para usted, cuando menos las más cariñosas expresiones, y tanto más cuanto que quejándose de soledad tendrán ustedes de noche todos los recursos de conversación agotados. La cuñada de Gabriel pasó por aquí para Cádiz, donde se embarca para volver a Méjico con su padre.

Páselo usted bien, mi querido amigo. Llevo una vida tan en extremo ocupada inútil y fatigosamente, que puede usted creer que si hubiese alcázar en ésa donde me diese S. M. casa, allá me trasladaría al momento, no contribuyendo poco a esta preferencia el placer de vivir al lado de tan queridos amigos.

Lo es de usted de corazón,

CECILIA.

1857 (1)

Sevilla, 27 de octubre de 1857.

Querido Escalante:

Con placer y con tristeza he leído tu preciosa carta. Con tristeza, porque los recuerdos tan vivos que conservas y que expresas tan bien de nuestra inolvidable Espíritu, han avivado los míos y me han mostrado de nuevo el inmenso vacío que ha dejado la que tan gran lugar ocupaba en el corazón, en la inteligencia, en el hogar doméstico, en el seno de la amistad y en el círculo de la amena y buena sociedad. Pero ¿qué

---

(1) Hay un membrete formado con letras góticas que dice: «Fernán Caballero.»

haremos con sondear las llagas? Irritarlas. ¿No podría decirse, mi querido Escalante, de que no hay mal que por bien no venga? ¿No es esto un consuelo que nos envía Dios, como un rayo de sol entre nubes? En efecto; si la falta de tu mujer no te hubiese alejado de los sitios en que la perdiste, y vuelto a tu lugar hereditario, al pueblo en que radica tu casa, al seno de tus allegados, no hubiese hallado tu hija la suerte propia de un Escalante, la que ahora, casada con persona de su clase, de su pueblo y aun de su familia, será sosegada y decorosamente feliz sin separarse de tu lado, y evitándote así el sobresalto en que hubieras vivido ausente de ella, que habría estado quizás unida a uno de los hombres de carrera, cuya suerte es hoy en día tan precaria. Recibe, pues, mi querido Escalante, mi más cumplida enhorabuena por un casamiento que me sonríe, por lo que me encantan las existencias tranquilas, no expuestas a eventualidades, y en las que brilla el señorío, no en las farsas y lujos del día, sino en la honradez, dignidad y delicadeza de las personas. Así es que como Dios quiere mucho a ti y a Elisa, porque ambos sois muy buenos, deshizo S. M. anteriores proyectos, que ninguno hubiese hecho feliz a Elisa, con el fin de que se realizase su casamiento como dispusiese su padre del cielo, dejándotela a tu lado para tu felicidad y tu consuelo. Recibe, pues, la enhorabuena de la más sincera de las amigas, de la que más se interesa por vosotros y mira con tranquilidad venir los años, que sólo te prometen paz y consuelo.

Por aquí no hay más novedad sino la que ya sabes del tránsito de nuestra querida y buenísima Mercedes. ¡Dios se las lleva! No podemos reñir con S. M., tanto más cuanto que nos dice: *Sed buenos, y yo os reuniré.*

Di tantas cosas a mi querida Dolores (1); ya ve ella también cómo Dios le indemniza sus penas rodeándola de sus hermanos y de una sobrina que vale un Perú. Mis recuerdos igualmente a Bartolo (2). ¡Cómo me complacería el poder pasar con ustedes, al amor de la confortable hoguera doméstica, algunas de estas noches de invierno, oyendo aullar el viento de la noche y el de las pasiones políticas al abrigo de ambos! Pero, por desgracia, si nada separa nuestros corazones, muchas leguas, montes y precipicios separan nuestras personas.

Adiós, mi buen y querido amigo; la paz y la felicidad hagan tan dulce tu vida como lo desea esta tu mejor amiga,

CECILIA.

1857

Sevilla, 20 de noviembre de 1857.

Queridísima Matilde:

Recibí tu carta, que es como todas las tuyas, y con decir eso, queda calificada de preciosa. Ante todo, no pienso que tu venida fuese por ahora. Bien sé, y respeto, aprobándola, por mucho que la siento, tu determinación de no levantar por ahora tu casa; de esto se deduce que sólo pasarás aquí este año una larga temporada, y si no fuese bajo ese concepto de temporada, yo no me habría atrevido a ofrecerte mi casa como apeadero; pero

(1) Doña Dolores Guerrero de Escalante, hermana de D. Juan Guerrero.

(2) Don Bartolomé Guerrero, hermano de los anteriores.

te aseguro que estarás muy bien en ella y con la mayor comodidad, teniendo la sala alta, que para nada me sirve, porque estoy siempre en mi cuarto empapeladito, en que estoy muy cómoda. Si no me lo prometes con toda la formalidad de una señora tutora y curadora, no tendré el placer de ir a pasar con ustedes las Pascuas. La cocina baja es hermosa, el entresuelo muy bueno para el criado, y hay habitaciones largas que tienen, si no puertas, ventanas de cristales.

He estado ocupadísima, porque tanto me han instado Fermín y los redactores de *La Educación Pintoresca,* que me he determinado a escribir en ella por una onza al mes. Así, les he escrito un pequeño curso de Mitología, cuyos primeros capítulos me han costado mucho trabajo, y los envié ayer. He tenido que escribir para *La Razón Católica,* que es otro famoso periódico religioso; para *El Pensamiento,* de Valencia, y ahora tengo que escribir para la Revista de aquí, que vuelve a salir. La suerte es que tengo incansable cabeza, y que estas cosas me entretienen mucho, tranquilizando mi conciencia, porque me parece que empleo bien mi tiempo y algún bien hago; lo que tiene es que no me queda para otra cosa.

Aurora, gracias a Dios, sigue muy bien, según me escribe. Cecilia volvió, y también Paca se viene pronto; supongo será para ir a la dehesa. Él está incapaz; parece mentira que en tan poco tiempo se haya desfigurado tanto, siendo tan joven.

El pobre Cabanilles ha tenido la pesadumbre de perder en Alcalá al marqués de Morillo, su segundo padre. Me dice que en una Revista que sale en París, escrita nada menos que por Amadie Pichot, hablan de mí refiriéndose a otra, *La Chronique,* en que Mr. De Latour hace los mayores elogios míos. Como ese brujo, todo lo

puede : me ha alcanzado para Fernando ser socio corresponsal de la Academia de la Historia, con lo que está éste loco de contento, pues conoces su entusiasmo por esas cosas.

Mr. Germont de Lavigne está en Madrid y viene aquí. ¡Jesús, qué fatiga! Dile a tu madre, que no sé si se lo escribí, que tradujo y me mandó *El Exvoto* en francés, y hasta todos los cuentecitos de los niños, que están muy bonitos. Ahora está saliendo *Lucas García* en *Le Moniteur*.

Por acá nada hay de nuevo. Ya sabrás se casa la excelente Elisa Escalante con Gaspar Valdivia; no es boda brillante, pero sí conveniente por todos estilos. Salvador llegará el martes, casado : ha tenido muy bonitos regalos; como es mi ahijado, he tenido que rascarme el bolsillo y regalarle a él una escribanía de plata y a ella un par de preciosas palmatorias de ídem, todo lo cual me ha costado 70 durazos.

Por Díaz he sabido que Ochoa dió una hermosa *soirée* a Mr. De Lavigne. Teresa seguía mejor de la vista.

Di tantas cosas a tu padre y que ¡viva Vicálvaro! ¡¡Cánovas del Castillo a Cádiz!!; pero, en fin, que lo principal es que va el tiempo a pedir de boca, por lo que le felicito. ¡Por Dios, no se te olvide darle ese recado! A tu mamá dale a leer mi carta con un apretado abrazo, y otro a mi sin igual Mercedes, mil besos a los niños, y tú sabes es la mejor y más apasionada de tus amigas,

CECILIA.

Tantas cosas a la familia Ñudi.

1857

Sevilla, 23 de noviembre de 1857.

Mi querida Elisa:

Dicen que todo se hereda, menos lo bonito. Mentira. Heredaste lo bonito de tu padre, y de tu madre otras cosas bonitas: lo *atinada*. Víspera de mi día, llegó un cuerno de abundancia que, volcado, cubrió el lugar en que se volcó de una cantidad que nunca podría yo consumir sin la ayuda de una porción de queridos sobrinitos que en mi día acudieron alrededor de aquel contenido del cuerno de la abundancia, como moscas a la miel.

Muchísimas ganas tengo, Elisa mía, de reñirte, porque lo mereces; así como a ese tu padre, que no sólo consiente, sino que otorga semejantes despilfarros; pero no quiero hacerlo, no vayas a decir que, al contrario de la ley de Dios, que nos manda pagar bien por mal, pago mal por bien. Lo que haré, sí, será darte infinitas gracias. Veo cierta coquetería en este ópimo envío, y es hacer tan cierto a los ojos de ... (1) que no tienes pero, que hasta sin los de las huertas de padre te has quedado.

Una vez hice un *rebus* o acertijo. Eran cinco peros, que con unos piececitos añadidos, un fusilito y un morrión, marchaban, uno adelante, los otros cuatro detrás de éste, lo que quería decir: *Peros de Ronda;* pero los que me has mandado son peros de Ronda en ejército.

(1) A ruegos de D.ª Elisa omito un apellido ilustre, el del marqués de S.

Mucho celebro te gustase el vestido, que es de los medios colores que se gastan en géneros claros para paseos. Los *decididos* los usan mucho hoy día, en las *opiniones* la juventud; pero los vestidos son más modestos (1).

Nada ocurre de nuevo para llenar la gacetilla de esta carta (que escribo muy de prisa, porque tengo que contestar a un par de docenas de cartas de días, escritas algunas hasta en verso), y que escribir para unas cuantas publicaciones; si mi pluma es de hierro, mi cabeza tiene que ser de bronce (2). De muy diferente metal es mi corazón, con el que te quiero con ternura.

Mil y mil cosas a tu excelente padre, a Dolores (3) y a tus tíos, sin olvidar a Concha (4) y a Amalia (5), y repitiéndote las gracias por tu hermosa fineza, y más aún por la preciosa carta que me escribiste, que conservo entre las *notables*, queda tu mejor amiga,

CECILIA.

---

(1) Imposible de todo punto sería entender este galimatías si no lo hubiera explicado D.ª Elisa. Suyas son las explicaciones de las dos palabras siguientes: *Los decididos. Los babosos, los remilgados,* quiso decir Fernán Caballero. *Los cursis* diríamos, si la palabra fuera castellana.

En las opiniones. En las reuniones, bailes, etc., donde se suele cambiar impresiones, hablar, *opinar,* chismear y desollar vivo al más pintado.

(2) Primero escribió: *Si mi pluma es de hierro, mi cabeza es de bronce;* luego lo tachó y puso como arriba se lee.

(3) Tía de D.ª Elisa.

(4) Doña Concepción Ayala y Vázquez de Mondragón, madre política de Fernán Caballero.

(5) Amalia Iglesias y Ayala, cuñada de la eminente escritora.

1857 (1)

Ni dos renglones debía escribir a la condesita andaluza, que en lugar de desear a Fernán, en verso, un lugarcito en el templo de la Fama, le desea un palmo de narices en vil prosa y perversa intención. ¿Qué te parece, cuando tanto me muelen para que dé mi vera efigie a la publicidad, que fuese con el adorno que en mi día me deseas? Además, ¿tú has reflexionado en el aumento de gastos que así me proporcionabas, siendo tan gran tomadora de tabaco? De todas maneras, tus deseos son de los más perjudiciales para mí, y por lo tanto, no vayas a pensar que te los agradezco, y en castigo tuyo me estaré un día más en Sanlúcar de lo que pensaba estarlo; así, ya lo sabes. Ahora ten paciencia, pues tu culpa es.

Espero que recibirías una larga mía, que debió cruzarse con la tuya. Nada me dices de venir este año, en el que sólo pasarás aquí un par de meses, y no vale la pena de tomar casa de venir a la mía, lo que es darme a entender que no quieres que yo vaya allá, como, si me prometieses de venir, lo haría la víspera de Nochebuena para pasar allí los tres días de Pascua y volverme en alas del vapor, pues toda ponderación es poca para decirte lo que tengo que hacer (2).

---

(1) Dirigida, tal como va impresa, a D.ª Matilde Pastrana dentro de la carta que escribió a su padre con la misma fecha, inserta después de ésta.

(2) Como este párrafo no brilla por su claridad, bueno será hacer constar que va copiado al pie de la letra. El lector puede ver que está relacionado con el primer párrafo de la carta de 20 de noviembre de 1857.

Adiós, mi querida Matilde. Abraza a tus preciosos niños y quiere a tu mejor amiga,

CECILIA.

23 de noviembre de 1857.

1857

23 de noviembre de 1857.

Mi querido amigo y de todo mi aprecio (1):

He recibido la carta en que me expresa sus bondosos y amistosos deseos en mi día, y como los sé tan sinceros, esto aumenta, a la par de su valor, la gratitud que me inspiran. No me puedo consolar de la ausencia, esa muerte temporal que tanto amarga la vida de las personas que mutuamente se aprecian y se quieren; y las circunstancias son siempre para mí tales, que tengo que sentir ya unas, ya otras, de estas tristes *separadoras*.

Tengo la esperanza de ver a Antonio este verano, cuando más temprano a fines de mayo o en junio, aunque será por poco tiempo, y así hubiese preferido que no viniese; pero parece que le precisa para sus negocios.

Bien dice usted que el mayor bien es la tranquilidad física y moral. Cada día soy más entusiasta de esas dos excelencias, y es el mayor bien que se me puede desear.

Nuestro amigo Ochoa ha vuelto a caerse en un pozo. Parece que no están muy contentos con el plan de estudios dado bajo su dirección; verdad es también que

(1) Don José Pastrana.

nadie está contento con nada; esto es ya un hábito general, y aunque viniese Salomón no había de hacer otra cosa que agradase.

Siento que tenga usted queja porque no escribo, pues aunque nacida esta queja de su bondad y amistad, puede usted estar seguro que son ustedes los amigos a los que más escribo, exceptuando Fermín Puente (1), con

---

(1) Don Fermín de la Puente y Apecechea, excelente caballero, buen literato, autor del prólogo de *Callar en vida y perdonar en muerte*, de Fernán Caballero. A este señor, que, como otros literatos, corregía algunas pruebas de Fernán, se le iba la mano más de la cuenta y borraba, añadía y quitaba de los originales a su antojo, desfigurándolos por completo en algunas ocasiones, y desesperando siempre a la buena D.ª Cecilia Böhl tamaña arbitrariedad. No obstante la educación esmerada de la insigne escritora, su natural apacible y dulce y su inmenso talento práctico, se quejó amargamente de las interpolaciones y mutilaciones que hacían en sus escritos unos señores que, siendo todo lo respetables, eruditos y literatos que se quiera, ninguno de ellos estaba capacitado para enmendar la plana a Fernán Caballero. ¿Cómo sabremos a punto fijo lo que escribió la autora de *La Gaviota*?

Y como este punto tiene hoy (y mañana seguramente más) gran importancia para la historia literaria, copiaré unos párrafos de una epístola que el 30 de agosto de 1856 mandó al Sr. Fernández Espino, publicada en la *Colección de Escritores Castellanos*. (Fernán Caballero, *Obras completas*. Epistolario XIV, págs. 63 y siguientes. Madrid, 1912.) Como se verá, no tienen desperdicio. Dicen así:

«Séame permitido, en el seno de la confianza y de la íntima amistad que nos une, verter mis condolencias y hasta mis lágrimas (no lo niego) por las *enmiendas*, pues no son *correcciones*, que ha hecho Fermín con una pluma de *plomo* (aunque sea académico). Ya en *La Gaviota* me había intercalado mil cosas, y hasta en pasajes jocosos... ¡¡textos de Escritura!! Me había trastornado *de un todo* la escena de la muerte de Pepa Vera, que êra, según mi marido, la mejor página que yo había escrito.

»Dile mis sentidas, aunque delicadas quejas; me prometió no *enmendar* más, y sólo en los pocos trozos de *Callar en vida* que copia en el prólogo me he hallado ¡¡diez o doce!! Cuando enumero

el que la edición de mis escritos con que corre, hace necesaria una correspondencia seguida y repetida.

No puede usted pensar lo que tengo que escribir, y como lo hago despacio, nunca me alcanza el tiempo, aunque me levanto a las siete. Todavía no he acabado de pagar las visitas que recibí recién llegada, y hay unas cuantas picadas.

---

todos los sonidos de la Naturaleza a la caída de la tarde, y digo que sobre todos sobresalía la sonora voz del hombre, la de los trabajadores, me corrige y me pone *en las* de los trabajadores. ¿Me querrá usted decir qué es lo que sobresalía? Yo añado: «¿Quién ha enseña»do a estos hombres? ¿Quién les ha enseñado la elevada y aguda »poesía de la letra, la encantadora melodía de sus cantos?»

»El sentir, etc.; pues quita la voz melodía y repite la de poesía. Entre estos ruidos que enumero está el que hacen las abejas alejándose *murmurando* de las flores, en las que hallan rocío mezclado a la miel; y me quita la palabra *murmurar,* tan propia, expresiva y que zumba cual ellas en el oído, para ponerme que dejaban *¡¡mal contentas* su tarea!! ¿Por qué esa corrección? ¡Dejad, por Dios, a Fernán con sus faltas, con sus impropiedades! Si me hubiese corregido en *Lágrimas* cuando se imprimió la palabra *desprestigio,* que inventé (como lo dice Ochoa en su carta de las Batuecas, llamándola la bonita palabra que he inventado); si entonces, con pulcritud académica, mal aplicada a obras del género de las mías, esencialmente originales y humorísticas, la hubiese enmendado, no tendría yo el lauro secreto de verla, no sólo adoptada por los periódicos y los discursos de las Cortes, pero hasta vulgarizada y usada por los más cristianos viejos.

»Es lo más, no diré difícil, pero imposible, el enmendar un autor en cuanto a su *idea.* Voy a dar a usted una prueba en una gran friolera y con toda la entera franqueza de dos corazones sanos y abiertos como son los nuestros. En ese mismo *Callar en vida* que salió en la Revista, puse yo (esto es, Fernán): «Cada flor que abre su seno »nos hace olvidar la que se ajó la víspera.» Usted puso: «Cada flor »que abre su *hermoso* seno.» Parece nada, y no lo es. Le quita su primitiva sencillez a la frase, la alarga, le da cierto aire pretencioso y hace jugar a la flor un papel principal, cuando el que tiene allí es sólo subalterno.

»Estas cosas no son nada, y, no obstante, están tan íntimamente

Supongo a usted contento con el tiempo, que para las viñas es hermoso. Aquí lo que quieren es que cese ya de llover. Por mí, lo que deseo más que todo es ver a ustedes, y después de este deseo entra otro, y es que me crea su más agradecida y constante amiga,

CECILIA.

Vuelvo a abrir mi carta para decir a usted que acabo de recibir su muy grata, a la que no tengo tiempo de contestar; agradezco soberanamente el párrafo del comercio.

1857 (1)

Mi más querido amigo :

No he escrito a usted antes porque no sabía si estaba usted impuesto en la desgracia que todos deploramos

---

ligadas con la idea del poeta, con la manera genuina del escritor, que son las que lo forman y las que constituyen su originalidad.»

En ninguna ocasión se pudo aplicar mejor que en ésta las palabras que Fr. Luis de León puso al principio del *Castillo interior*, de Santa Teresa : «En este libro está muchas veces borrado lo que escribió la santa madre, y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen. Y ordinariamente está mal borrado, y estaba mejor primero como se escribió.»

Guardo cual oro en paño algunos originales de Fernán, tales como *Los pobres perros abandonados; Obrar bien, que Dios es Dios; La Campana del Rosario* y otras más. En lo poco que he compulsado he visto que realmente no se ha impreso como lo escribió su autora. Veré si puedo publicarlos en dos columnas para que se puedan apreciar las correcciones y mutilaciones que le hicieron y de que se queja con sobrada razón la sin par novelista.

(1) No tiene fecha completa, pero debió escribirla el año 1857,

amargamente; sé que es usted no sólo un modelo de juicio, sino un modelo de cristiano, y que así llevará no sólo con *resignación,* sino con *tranquilidad,* las disposiciones del Altísimo, y que no se dejará sobrepujar en estas virtudes por una débil mujer, que es su madre. Nunca he admirado más el encantador y suave temple de alma de Florencia que en esta ocasión. ¡Cuán lejos ha estado de ella ese dolor estrepitoso, esas alharacas, esa ostentación de dolor, con las que muchas creen hacerse interesantes! Cual el de la madre del Salvador, ha sido humilde, callado y concentrado su dolor. Hemos procurado recordarle lo que también a usted hago presente, y es, que en aquel país, tan admirablemente adelantado en todo, y más que en cosa alguna en Medicina, todo socorro humano le ha sido prodigado a la perfección, y como ha padecido tanto el pobrecito en su niñez, Dios, en compensación, le ha concedido una muerte dulce y sin padecimientos, sin darle tiempo para echar de menos la compañía y cuidado de los suyos.

Bien puede usted pensar que aun sin la advertencia que su cariño por Florencia le inspira, la he acompañado estos días cuanto he podido y procurado el distraerla de su perenne pensamiento, considerando esto no sólo como un natural impulso del corazón, sino como un sagrado deber de amistad y gratitud. ¡Ojalá pudiese hacer otro tanto en Sanlúcar, y estar al lado de usted, para sentir con usted, cual tía del que lloramos, y distraerlo, como hermana, de un pesar por el que por des-

---

que cayó en jueves el 26 de noviembre. Además, Alejandro, de quien habla en esta carta, era hijo de D. José Pastrana y murió en Marsella de vicecónsul el 19 de marzo de 1857. La carta va dirigida a dicho señor.

gracia, con poquísimas excepciones, pasan todos los padres! ¡Dichoso el que deja este valle de lágrimas por la eterna mansión de la paz, en que estará a estas horas nuestro ausente, que llevaba para presentar a Dios un bellísimo corazón, sin culpas secretas, sin hiel y con toda la inocencia de la juventud! Así, envidiémosle, que es más racional que llorarlo.

No sé ni cómo he escrito a usted esta carta; pues cien veces he sido interrumpida por los menestrales, porque la obra no ha concluído y estoy como loca.

Voy a vestirme para ir a casa de Florencia y Matilde, que están buenas, gracias a Dios, y la chiquilla parece que se lo pagan lo monísima que está, como para distraer a sus dos madres. También es preciso ver a la pobre Piedad, pues sabrá usted que Esteban Guillelmi murió de repente el mismo día que se supo la fatal noticia de Marsella. ¡Un padre de familia que tanta falta hace!

Dé usted un apretado abrazo a mi queridísima Mercedes, y mil millones de gracias a Juana por lo que me manda, y usted crea que no es sólo mi dolor el que uno al de ustedes, sino mis pobres oraciones, pues no tienen ustedes mejor, más interesada en cuanto les concierne, ni más sincera amiga que

CECILIA.

Jueves, 26.

1857

Mi más querido y apreciado amigo (1):

Aunque los días en que estamos son los más cortos del año, a mí se me hacían larguísimos viendo que nada

(1) Escrita a D. José Pastrana.

podía escribir a usted sobre nuestro consabido asunto. Por fin, ayer he tenido carta de Ochoa, en que me dice lo que copio a usted:

«Otra nueva. El Consejo tiene despachada y debo recibir de un día a otro su consulta sobre el Instituto de Sanlúcar, proponiendo que se abra el curso desde ahora, y se obedecerá, Dios mediante, como siempre me *propuse.*»

Ahora lo que a mí se me ocurre es, si se abre en la administración de los exaltados, ¿no serán acaso ellos los que nombrarán los maestros? Esto me parece un caso muy peliagudo, y desearé tener sobre él, por usted y por Esquivel, los datos necesarios antes de contestar a Ochoa.

Por acá no hay novedad. La mujer de Fernando Halcón sigue algo aliviada, así como Fernando Rivas, que ha estado con un horroroso ataque.

Ayer me vi entrar impensadamente a mi sobrino Juan, que ha venido a traer a su hermana Paca y a sus niños, pues parece que el Sr. Rueda no tuvo por bien ir por ellos. Se van a la dehesa. Juan me dijo que por más que lo desee no se quiere ir a su destino, porque su madre no está buena, y aunque rara vez se queja, no se le extingue el dolorcito en el lado. De cierto sé que es el mismo mal de hígado que tuve yo, y como no se pone en cura sino superficialmente, subirá a mal agudo, lo que me tiene muy desazonada, así como no tener desde más de dos meses cartas de Antonio. Por lo cual, como usted ve, no ha querido Dios que goce yo de las cosas buenas que nos ha enviado, como son un príncipe, unos campos que dicen están asombrosos y un tiempo hermoso y a pedir de boca.

Antes de ayer vino Mr. De Lavigne. Es pequeño, delgado, no mal parecido, aún joven y en extremo cojo.

Mañana me hace De Gabriel el favor de ir con él a ver lo más notable de Sevilla, por supuesto, en coche.

Lo más raro es que aunque me trajo a *Lucas García* traducido, ni una, ni media palabra me habló de literatura, artes, ni política, ni aun de la familia Ochoa; sólo habla, piensa y se ocupa de... ¡Industria! ¡Minas que explotar, caminos de hierro que establecer! He aquí lo solo y único que le ocupa. Vamos, a ese vértigo nadie escapa.

Dícese que dan a Armero el Toisón; dícese que conforme pasen las fiestas serán nombrados ministros Narváez y Bravo, que se han unido, porque han conocido que sólo así se podrá hacer algo bueno, estable y consistente.

Juan, mi sobrino, me ha metido el corazón en un puño con la relación de los desastres que prevé con la guerra de la India para el comercio: 370 casas han quebrado en Viena, 170 en Hamburgo. Dice que hasta el comercio de vinos está paralizado y varias casas tienen cerradas sus bodegas, lo que considero ponderaciones inglesas que, como le dije, sobrepujan a las andaluzas, porque no es posible pensar que en las cuatro partes del mundo se deje de beber vino de Jerez porque en la India se hayan sublevado los indios contra sus feroces opresores. El dinero cambiará de manos, el crédito lo mismo, pero ni una cosa ni otra desaparecerá del mundo.

Mi carta es tan larga, que no dejará a usted sospechar lo muchísimo que tengo que escribir hoy. Diga usted a María Florencia, con mil y mil cariños, que voy a tener el gusto de ver a Fermín, que viene por acá a negocios, con lo que estoy tan contenta, y que le mando este preciosísimo soneto compuesto por Fernando para la comida de Santa Bárbara; que tenga esta carta por suya. A las niñas abrácelas usted cariñosísimamente

en nombre de la persona que más las aprecia y quiere en este mundo, y usted sabe que en el número de las personas que quiero y aprecio ocupa usted un lugar muy preferente, y que es su mejor y más agradecida amiga,

CECILIA.

11 de diciembre de 1857.

1857

Sevilla, 26 de diciembre de 1857.

Mi Elisa querida:

«Casamiento y mortaja, del cielo baja.» Así ha sido el cuidado de tu buena madre al llegar allí hacerlo efectivo, teniendo presente a la vez, como esposa y madre, la felicidad tuya y la de tu padre; pues ninguna mayor gradúo para él como el no separarse de su hija, así como ninguno gradúo mayor para ti como el no separarte de tu padre, por aquella regla de juzgar por su sentir el ajeno. ¿Conque estaba de Dios que la rondeñita prófuga había de volver a sus lares, y que allí la ataría con cadenas que le quitarían no sólo el poder, sino también la gana de volver a desatar? Mucho me alegro, y tanto más cuanto he oído hacer serios elogios de tu marido; por lo que si a una mujer delicada, para ser feliz compete un marido caballero, celebro que lo hayas hallado como merecías.

Te doy, pues, la enhorabuena; pero cuidado que mucho más se la doy al Sr. D. Gaspar (1), al que *una*

---

(1) Don Gaspar Valdivia y Horrillo, de muy calificada nobleza y maestrante de Ronda, fué el esposo de D.ª Elisa. Cumplido caballe-

buena estrella, como al rey su tocayo, guió a tus pies, pues aseguro fijamente que aunque hubiese andado tantas tierras como aquél, no hubiese encontrado una mujer como tú, que no tiene un *pero,* a no ser que los haya en alguna huerta de tu padre, como es probable. Casarse con un hombre que se quiere, que todo el mundo celebra, y quedarse en su casa al lado de su padre... ¿sabes, Elisa mía, que eso hubiera sido para mí el ideal de la felicidad? Dios te haga tan feliz como yo te lo deseo; no encuentro palabras que mejor expresen mi profundo anhelo por tu felicidad. Amalia te llevará una expresión tan pobre como ricos son mis deseos... (1). Si fuese hombre, envidiaría a tu futuro; como soy mujer, lo congratulo, y a ti te abraza con todo su corazón tu mejor amiga,

CECILIA.

Dice Amalia que te dará de palabra su sincera enhorabuena.

---

ro, de carácter dulce y trato agradable, hizo la felicidad de su consorte, como con razón auguraba la insigne novelista, que tanto conocía el corazón humano y las buenas prendas de su cariñosa amiga.

De no muy avanzada edad falleció en Ronda, su patria, el 4 de julio de 1883, con la muerte de los justos. Su esposa conserva de él un retrato al óleo que, si bien carece de mérito artístico, está dibujado correctamente, debiendo parecerse mucho al original.

(1) La dádiva fué, según confesión de la señora agraciada, un precioso collar y pendientes de ámbar mate, trabajados primorosamente y con un aroma exquisito y singular. Por cierto que se lamentó, y con razón, la egregia dama de que alhaja tan cara para ella hubiera desaparecido de su casa por arte de birlibirloque. ¡Cosas de la vida!

1857 (1)

No puedo decir a usted lo sorprendida y avergonzada que me quedé al recibir la comunicación con la que me ha honrado, sin ninguna clase de merecimientos por mi parte, el Ayuntamiento de esa bella ciudad, que usted se ha servido remitirme, y que viene a confirmar completamente el estar compuesto de caballeros, pues sólo éstos tratan a las señoras con tanta finura y galantería. Únicamente por esta última se explica un paso, en el que ha obrado sola y sin participación de la justicia. Todo es gracia en este comunicado en cuanto a mí toca, y por lo mismo mucho más de agradecer. Esto lo hago con el alma y el corazón, y suplico a usted que sea el intérprete de estos mis sentimientos con el señor alcalde y con sus demás compañeros en esa distinguida y celosa corporación, que con tanta firmeza e impavidez defiende los más sagrados intereses del pueblo y de la justicia, y decirles que conservaré este documento, si bien con la pena de no merecerlo, con la vanagloria de haberlo recibido y de haber sido el objeto del aprecio y de la benevolencia de las personas más apreciables, más distinguidas y más respetadas de Sanlúcar de Barrameda (2).

---

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.

(2) Picóme la curiosidad esta carta y quise ver a qué se refería D.ª Cecilia Böhl al dar las gracias al Ayuntamiento de Sanlúcar tan expresivamente. Al efecto, miré una por una las actas capitulares desde enero a marzo de 1857, y encontré una que se halla en el Libro 148 de Actas Capitulares de Sanlúcar de Barrameda, folio 41 vuelto y 42, donde se da cuenta de una Real orden fechada en Madrid en 1857, por la que se manda que los bienes de D. Francisco de

Su más avergonzada y más agradecida amiga y s. s. q. s. m. b.,

CECILIA BÖHL DE ARROM.

En este correo copio a Ochoa cuanto le concierne.

Sevilla, 5 de marzo de 1857.

1857? (1)

Mi querida Matilde:

Ya que has sido tan amable que te has ofrecido a hacerme encargos, te suplico que si pasase por ahí la

---

Paula Rodríguez se destinen para el piadoso fin a que los dejó su poseedor, que era la fundación de un Instituto o Colegio en Sanlúcar *para la educación de la juventud.*

Así lo manda en la cláusula 28 de su testamento, otorgado ante el escribano D. José González Barriga el 6 de junio de 1811, cuya copia posee el actual señor arcipreste, que puso en mis manos con suma amabilidad.

Contra toda justicia quisieron entonces, y varias veces después, arrebatar tirios y troyanos dichos bienes, que rendían pingües rentas; pero el Ayuntamiento los defendió a capa y espada, como suele decirse, valiéndose de las buenas relaciones de Fernán Caballero y de D. Eugenio Ochoa, y al ver el pleito resuelto a su favor, acordó el Cabildo dar las gracias a ella y a todas las personas que trabajaron y defendieron sus derechos. Ya vemos cómo contesta la egregia dama a esta prueba de gratitud.

Sobre los bienes y fundación del sevillano D. Francisco de Paula Rodríguez, tiene preparado un curioso trabajo el sanluqueño D. José Colom.

(1) Fernán Caballero se estableció por segunda vez en Sevilla en el mes de febrero de 1857. Esta carta, por tanto, aunque no tiene fecha, la escribió a fines del año 1856 o principios de 1857 en Sanlú-

babuchera, me comprases *(sic)* unas babuchas forradas de piel, por compasión a mis sedentarios pies, que no están en Sanlúcar, sino en el Polo. Han de tener una cuarta y dos dedos, pues tienen que ser más largas que el pie. Mientras más obscuras, mejor. También quisiera un paquete de sobres entrelargos, como los que tú gastas, y si me enviases esto con tu padre, te proclamaría la mejor y más complaciente de las amigas.

Para que todo salga completo y me dejes agradecida y satisfecha hasta el extremo, te suplico pidas a tu padre el importe de estos encargos, para dejar todo perfecto y sin picos pendientes.

Te escribo a las siete de la mañana y con un frío que me paraliza no sólo los dedos, sino hasta las ideas.

La campana de Santo Domingo me llama por manos del precioso sacristán (1).

Perdona la libertad que me tomo, y cree que te quiere con cariño de madre tu mejor amiga,

CECILIA.

Tantos cariños a la condesa, a las niñas y a los niños.

---

car, cuando hacía los preparativos para irse. El 27 de febrero escribió ya desde Sevilla a D. José Pastrana, como puede verse en las cartas que van impresas en esta colección.

(1) Que era más feo—me dijo D.ª Matilde con mucho donaire—que el sargento de Utrera, que reventó de feo. Por mal nombre decían al *precioso* sacristán Juan Tontina.

1857? (1)

Ya que he cumplido con el deseo de mis tórtolas, no puedo menos de contestar a ustedes sobre varios puntos de su carta.

Mi admiración no es una corona de laurel de oro que pueda sólo ceñir la perfección; es fácil de adquirir como lo que vale poco; pero compadezco a los que como usted la exigen y desean, porque están casi siempre bajo el peso de decepciones, y no es el no necesitar indulgencia un motivo para no gastarla; al contrario. Si Cisneros resucitase, diría que en esta casa de vecindad que se ha vuelto el mundo, todas las luces se dan la mano, el cirio y el fósforo, la antorcha y la mariposa, y que un Víctor (2) folletinista tiene toda la actualidad apetecida, así como un folletinista sabio, filósofo e historiador es enteramente *bon genre*. De vista no conozco a ese señor y lo abandono a su severidad académica, y que le sea pagada su oposición puritana en la misma moneda.

Mucho me he reído con la planta en separación de cuerpo. Yo presento a usted otra planta en sentido inverso.

El capítulo a que pertenecen aquellas frases para entremeter, ¿es el cuarto, según a usted le decía?

Crea usted que sus quehaceres me asustan, así como la tos de Mr. De Grignan, *faisoit* mal al pecho de

(1) Fragmento, sin firma, probablemente escrito al Sr. Escosura hacia el año 1857, cuando el marido de Fernán Caballero estaba en Australia.

(2) Alude a Víctor Hugo.

Mr. De Sivigná, y así concluyo de repente como las luces del gas, suplicándole sirva, si puede, a estos novios que separa la crueldad de un ministro poco sensible, y no se moleste en contestarme, que sé lo que vale el tiempo al que lo sabe emplear como usted.

1857? (1)

¡Qué inagotable mina de Golconda tiene usted en su cabeza! Estoy deslumbrada, como ante un brillante fuego de artificio, pero sin cerrar los ojos y sin perder de vista ni uno de sus cohetes ni uno de sus soles. Seduce usted de un modo tal a imitarle y quedarse atrás, que es preciso toda mi razón para contenerme. Usted me dirá que por qué me contengo, y le diré que por muchas razones. La primera, por amor propio, porque puedo admirar, sí; competir, no. Usted quiere poner vano al pobre Fernán. No lo consigue, no. Nadie lo ha conseguido, aun cuando la juventud podía ayudar con su poca madurez; conque ¡qué será ahora!

Fermín se baña en agua rosada con que tenga Fernán muchos amigos: se los busca, y, lejos de atribuirse a sí sólo bondades hacia él, le repite y pondera las de los demás.

Pero acaso se estará usted riendo de mí, que muy seria le contesto a lo que es sólo una broma, primero para burlarse un poco de nuestro excelente amigo, sin dejar por eso de quererlo y apreciarlo, porque *l'esprit* o agudeza es un contrabandista que pasa muchas cosas por alto del resguardo del corazón; y segundo, para

---

(1) Probablemente escrita a Escosura en 1857.

poder poner ese diálogo que yo el día menos pensado aprovecharé en algún proverbio que escriba, pues es inimitable de gracia y chiste. Y antes de dejar este asunto, diré a usted la contestación que me dió al párrafo cuya copia envié a usted para que supiese lo que le había escrito. Después de volverme a repetir su interés por la publicación, añade : «Pero de eso, nada me había dicho.» A lo que le contesté que eso no era extraño, como tampoco lo era que él no hubiese dicho a usted todos los motivos de gratitud que me había dado, y que usted los supiese igualmente por mí. Y ahora añado : ¡cuán injusta fuí en creer un momento el celo de ese excelente amigo *valente!* Pocos días después recibo la circular impresa. ¡Ay, Dios, qué apuro, qué apuro, qué angustia! Su celo por las ideas, nacido de su religiosidad; el interés por la amiga, nacido de su sin par corazón, se unen para *meter por los ojos* los escritos de Fernán. ¡Qué apuro, qué apuro, qué apuro!

Por lo que debí haber empezado es por darle a usted un millón de gracias por la simiente de las camelias. ¡Qué placer me causaron! Lo primero, por recibir de tal persona tan delicado obsequio; lo segundo, porque tengo una excelente tía de mi marido que es loca frenética por flores. Tiempo hacía que deseaba hacerle un obsequio bonito en ese género, pero vive en Ronda, y enviar allá macetas o vástagos raya en lo imposible, y como si usted tuviese un zahorí que le acertase los más íntimos deseos del corazón de su amiga, ¡me manda usted ese pequeño tesoro! Yo, que tengo una especie de pasión por dar gusto a las personas que quiero (y a las que no quiero también), di un sofocado grito de alegría al ver el envío. Yo pienso que usted celebrará más haberme proporcionado ese gran gozo, que no el mucho menor de haber criado las flores. *Hélas!* ¡No tengo jardín, no

tengo macetas! Todo esto tuve, y que hacían raya, porque tenía lo que se llama *buena mano,* y mis amigas, envidiosas, decían florecía en mi mano una vara seca, como en la de San José. Con mis riquezas se fueron los jardines, con mi juventud las flores; no ha quedado más sino un invernáculo en mi corazón para las de la amistad.

Ahora viene la parte lastimosa, la que contenía la última carta: esa arenilla más lujosa y rica que si fuese de oro, como no venía con la prudencia de la anterior en su blanco santuario, al recibir la carta cerca de la oración, queriendo aprovechar un resto de luz para *mariposear* su carta hasta que viniese la luz artificial y la saborease, no ya como mariposa, sino como abeja, no la noté y cayó sobre la estera. Poca, poca he podído salvar. Ahora, si usted me manda más, será que habrá mirado este rasgo de franqueza mía como una *pedigüeñería.* Vea usted, pues, si quiere humillarme y castigar mi franqueza.

Repito a usted que no tengo jardín ni más pasiones que la pereza, el amor o, mejor dicho, compasión a los animales y por las cartas de mis amigos. ¡Qué amalgama! ¡Qué de cosas tengo que decir a usted y qué ligera va subiendo la marea de la tinta y va cubriendo el papel!

¡Cuánto agradezco a usted que incline el ánimo de su hijo en mi favor! Sepa usted que entre la juventud es entre la que quiere Fernán hacer conquistas. ¡Ella es la que ha de regenerar nuestro país; ella es el hermoso suelo en que ha de germinar la reacción; ella la que pise la audaz cabeza de la serpiente filosófica materialista! Pueda el ocaso de la presente generación vislumbrar la aurora de la venidera, creyente, con la caridad, la verdad y la genuina patria en su noble corazón. Así será el hijo de usted criado a su lado, y así Dios le bendiga.

Me gusta estar contenta. No vaya usted a creer que me va dictando Pero Grullo (santo de que me han hecho muy devota las paradojas), no, señor; puesto que son pocas las personas que les gusta estar contentas. El descontento es la tendencia, la moda, el tono y también la consecuencia de este siglo inquieto y de mala conciencia, pero con la mejor voluntad no puedo estarlo.

Las señoras que vivían la bonita casita que yo había tomado se les antoja no irse, y me tiene usted sin hallar otra, ¡en la calle, como un pobre perro sin dueño! Yo que sólo deseo un rincón y paz de ánimo, no hallo ni uno ni otra. ¡Estoy por irme a Australia en un buque que sale pronto de Cádiz! Basta de pesadeces egoístas.

Ya presumía yo que no hallaría usted en el *gros lin* cosa que usted no supiese. ¡A pesar de eso no han venido los fastos! No me atrevo a pedirlos, aunque esta *semilla* de ilustración y saber la aprecio aún más que la de *flores*. Éstas, aunque sean lo más *espiritual* de lo *material*, son hijas de la tierra y se ajan.

Dice Pastor Díaz (que no conozco ni aun para servirle, pues no me simpatiza, ni ese Ferrer del Río, que, según usted me pinta, me parece que debe de ser catalán), Pastor Díaz dice: «El talento subyuga con más fuerza todavía al talento que a la ignorancia.» Como yo admiro y me fascinan tanto las cartas de usted, como a nadie pueden llenar y admirar tanto como a mí, me he hecho la fatua pregunta de ¿si será porque tengo talento? (1).

---

(1) Aquí termina esta carta, que dejó sin firmar, no sabemos si por olvido o queriendo.

1857?

Queridísimo amigo (1):

Con la mayor prisa pongo a usted estas dos letras, pues no quiero ni un momento detener la remisión del adjunto documento, copia del que se ha enviado a Navascués y que me remite Ochoa. No cerraré la esquela sin decirle que llegué con toda felicidad después de un viaje triste y aburrido, y lloviendo casi sin descontinuar. Es tarde y aún no he tenido el gusto de ver a nadie de su familia, aunque vendrán más tarde, porque así se lo dijo Florencia a Pancha. Acabaré por lo que debía haber empezado, y es darles las más expresivas gracias por todas sus bondades y atenciones. Sobre esto debería escribir despacio para hacerlo como se debe, y no me dejan los niños ni la bulla que meten; pero usted conoce mi modo de pensar y sobre todo de *sentir,* y no necesito hacerlo.

De usted su mejor y más agradecida amiga y s. s.,

CECILIA.

Un apretado abrazo a mi amada Mercedes. Hija mía, yo quisiera, y dejé dicho a Dolores, que se desbaratase el lío de esteras que tiene palos de cortina y se metiese dentro los ocho del mosquitero, unas sierras que pertenecen a los morillos de la chimenea, y un palo largo de pino sin pintar, que pertenece al ropero que compré a López, para que no se pierda. Perdona tantas incomodidades. Escribo volando.

(1) Escrita a D. José Pastrana antes de 1858.

1858

Señor y muy querido amigo (1):

No había pensado escribir a usted hasta aquí a un mes, con el objeto de que cuando escribiese usted, como lo hace en su favorecida recibida ayer (por fin tuvimos el gusto de ver su letra), lo hiciese con justicia. Pero no; prefiero mil veces sufrir la patente y palpable injusticia de ese *por fin,* por más que me duela, que no el merecerla. Usted me ha dicho otras veces que las señoras no le participan haber tenido carta mía cuando la reciben; así no extraño ignore usted las muchas y largas cartas que yo a Florencia y a las niñas he escrito, pero *sí* me quejo de que no sabiéndolo, diese usted por supuesto un largo silencio. Otros amigos *sí* se quejan con razón que no les contesto; y no es por falta de voluntad, sino porque absolutamente me alcanza el tiempo. Por falta de él nada escribo para la princesa, lo que acabará por proporcionarme un disgusto.

Hoy he tenido, *por fin* (que ahora sí que pega), carta de Ochoa, y copio a usted el párrafo que concierne a nuestro asunto, por el que verá usted que hacía mal en desconfiar:

«Ya está resuelto el complicado asunto del Instituto de Sanlúcar. Nombrada una nueva Junta inspectora bajo la presidencia de su amigo el Sr. De Esquivel, y compuesta de vocales que me ha indicado el apreciable Sr. De Manjón, siendo él uno de ellos, queda autorizada para nombrar un administrador de su confianza y

---

(1) Escrita al Sr. Pastrana.

disponer lo necesario para abrir el Instituto. Persuada usted a esos señores que las dilaciones que ha sufrido este negocio no han nacido de mi indolencia, ni menos aún de mala voluntad por mi parte. La intempestiva reclamación de la mitra de Sevilla (que yo, sin embargo, no podía desatender) ha tenido la principal parte en ello.»

Todo lo cual, como usted ve, me apresuro a transmitirle, aunque supongo a usted ya enterado de todo directamente.

Usted me quita el poco mérito de mi ofrenda a nuestro santo, pagándomela centuplicado su valor. ¿Se lo ha encargado a usted el sólo favorecido, esto es, nuestro santo bendito? Sea como sea, mi gratitud es grandísima, y crea usted que los acompañaré de corazón, ya que, como en otra ocasión, no puede ser con mi persona, con mi corazón, en esos tiernísimos cultos al más feliz y más modesto de los hombres y más consolador de los santos.

Fermín, Cabanilles y Ochoa fueron a hacer una visita de mi parte a Mr. De Latour, del que han quedado todos prendados, como no podía menos de suceder, y Mr. De Latour igualmente de ellos. Dígale usted a Florencia que me dice Cabanilles que había pensado escribir sobre la obra de Latour; pero que ha desistido porque le dijo Fermín que él iba a hacerlo.

Con Mr. De Lavigne están rabiando porque ha escrito, dicen, unos folletines que favorecen poco a España. Mr. De Latour me escribía que la Avellaneda había pedido a los infantes ir allá y leerles *ella misma* una serenata compuesta a la infanta; que la composición era muy buena, pero que la *escritora andaluza* (1) no tenía esos aires de pitonisa.

(1) Gertrudis Gómez de Avellaneda — *Gertrudis la Magna,* como la llamaba irónicamente Fernán Caballero —, aunque hija de padres

Por acá no hay novedad; un tiempo hermoso para el campo y para la salud.

Diga usted tantas cosas cariñosas a Florencia y a las niñas; estoy deseando que pase el tiempo y se acerque el de su venida; tengo aún varias cartas que escribir, que me parece se quedarán en el tintero por falta de tiempo: de tal suerte se me ha ido con la grata ocupación de escribir a usted.

Sabe usted que es su más sincera y agradecida amiga q. s. m. b.,

CECILIA BÖHL DE ARROM.

Sevilla, 9 de febrero de 1858.

Me escribe Trueba, de Madrid, que me ha escrito ha unos meses una carta de bastante interés, que dirigió a Sanlúcar. ¡Cuánto estimaría a usted que encargase al cartero de buscarla! El sobre es regular que dijese: *Fernán Caballero*.

1858

Mi muy querido amigo y señor (1):

Tomo la pluma con el amistoso objeto de dar a usted los días. ¿Qué deseara, ya que goza de una felicidad tan real? Pues, ¿a quién cupo en suerte tener una mujer y unas hijas como usted? A pocos o ninguno. Deseara,

---

españoles, nació en Cuba en 1816. Es autora de muy notables poesías y de varias obras dramáticas representadas con gran éxito, como *El Príncipe de Viana*, *Guatimozín*, etc. Murió en Sevilla en 1873.

(1) Don José Pastrana.

digo, tener un tinte rosa con que barnizar cuanto le rodea, para quitarle así ese otro tinte obscuro con que usted las colora.

Como para mí está el supremo bien en tener un tranquilo e independiente rincón, con la paz doméstica, la presencia de las personas que se aman y una buena conciencia, es la suerte de usted la más envidiable a mis ojos.

Es indecible el placer que he tenido en ver a nuestra Matilde mejor de parecer y de salud que nunca, más graciosa si cabe, buena y amable como siempre. Me queda el gran sentimiento que no se hubiese venido acá; pero conozco que mi oferta era demasiado humilde para ser aceptada.

Estoy contenta por haber tenido cartas muy agradables de Antonio con sus correspondientes letras, por más que le escribo que nada necesito y que lo eche todo en la alcancía. Vendrá este verano.

SS. AA. me han regalado un hermoso cuadro con el retrato de la reina Amalia. No tengo más nube en mi pequeño horizonte sino un imperceptible pique con mi querido Fermín, y el no alcanzarme absolutamente el tiempo para lo que tengo que escribir: tantas son las cartas que recibo y tengo que contestar.

Estoy deseando que venga mi querida M. Florencia, a la que tengo preparadas muchas cosas que lea.

Dios quiera que no llueva para la feria, pues aunque personalmente me importa poco, lo sentiría por todo el mundo, que están todos animadísimos.

Tengo medias esperanzas que venga Aurora. Juan, que está aquí, me dice que yo la anime, pues parece que María Manuela viene también.

Suplico a usted de decir tantas y tantas cosas cariñosas a Florencia y a Mercedes, y anímense ustedes a

venirse cuanto antes, que es el mayor deseo de su más constante, sincera y agradecida amiga,

CECILIA.

17 de marzo de 1858.

1858 (1)

No teniendo el gusto de ver a usted, varias veces tomé la pluma como compensación; pero considerando sus varias, graves, útiles y lucidas ocupaciones, que tanto redundan en provecho del país, de la literatura, de la religión, de la historia y de la poesía, soltaba la pluma como una mala tentación. Quería en particular recordar a usted uno de nuestros refranes, que dice que lo prometido es deuda, y yo era en esta ocasión un inexorable acreedor; esto es, que ansiaba por tener el retrato que usted me había prometido. Gradúe usted, pues, mi sorpresa y mi enajenamiento al recibir ayer el magnífico retrato, con cuyo envío me honran SS. AA. de una manera tan especial, tan benévola, tan delicada, de manera que al lado del valor y mérito moral de la dádiva, desaparece el grandísimo material que tiene como la más bella luz ante el sol. ¡Qué retrato! ¡Cuál brilla la sangre real al través de la bondad de la mujer perfecta! ¡Cómo se muestra en una aureola de regia dignidad aquella cristiana modestia que del trono en que nació trajo al trono en que reinó, y que conserva en el más alto de todos, que es el que hoy ocupa, levantado por la unánime opinión del mundo entero! ¡Es la personificación del ideal de la aristocracia de sangre y de alma! ¡En fin, cosa rara! Para parecer sincera al expre-

(1) Dirigida al Sr. Latour.

sar lo que este inestimable don me inspira, tengo que dejar de serlo. Usted sabe, señor y amigo, que soy entusiasta; soy lo justo cuando me dirige este entusiasmo a la virtud y a la religiosidad, y lo soy con exceso en nuestra dichosa época revolucionaria, cuando se trata de las personas reales; así es, que usted conocerá cuánto callo por no ser cansada. Usted, que ha sido el instigador amable de esta exquisita gracia, sea usted también el intérprete de mi profunda gratitud con SS. AA. Dígales en mi nombre lo que yo no sé expresar, pues sólo sé decir que ese bellísimo don será no sólo el adorno y la honra de mi casa, sino la joya más preciada y querida de mi corazón, y en su triple significado, la prenda de más valor que de continuo me ponga ante los ojos el recuerdo de tres personas reales que si en la historia de los países tienen una brillante página, en mi corazón tienen un altar.

Soy del todo inocente a lo que usted con su fina y amable gracia francesa llama un *joli tour. Le joli tour* lo han hecho los graves académicos por unanimidad. El discurso es *peu de chose,* y para usted *rien du tout;* y nuestro Fernando, que es una especialidad como lector, se lo leerá a usted, si usted no quiere hacerlo.

Gracia Lasso, sobrina del conde de Cantillana, tiene uno de los ejemplares de la vida de D. Miguel, y el señor jesuíta francés tiene el otro. Este digno eclesiástico no ha ido aún a ver a usted por no incomodarle.

¡Cuánto, cuánto celebro le haya gustado a usted *Elía!* Admito con todo aplauso el que hace usted diciendo *c'est vrai.*

Recibo de todas partes miles cosas y cartas, y con sólo contestar no me queda tiempo para nada.

De Barcelona me han enviado un cuaderno, que remito a usted para que lo pase por la vista: es una imitación

del *prix Monthion*. ¡Qué magnífica intuición! ¡Ojalá se extendiese por todas partes! Pero bien sabe usted que en Andalucía la *nonchalance* se arrellana al pie de sus naranjos.

Es preciso concluir por no cansar a usted, pero no sin repetir, como en las arias de Rossini, el primer y bello tema que le es propio, las gracias, las más profundas y alegres gracias a usted, que me ha proporcionado un placer y una honra que me tienen tan feliz como agradecida.

Con mil cariñosas expresiones a Mme. De Latour y deseando tener el placer de verlo, quedo su más amiga y s. s. q. s. m. b.,

CECILIA BÖHL DE ARROM.

17 de marzo de 1858.

1858

Muy señor y muy amigo mío (1):

He agradecido infinito su atención y prueba de amistad en darme la enhorabuena por la llegada de Antonio después de tan largo viaje.

Es sólo media alegría, en vista que viene para volver a irse; pero cosa cumplida... sólo en la otra vida.

Me tiene fastidiada el estar escribiendo con una obscuridad como en diciembre, precursora de una tormenta como tuvimos ayer y anteayer; por suerte, aunque con buenos chubascos, han sido muy altas y no han causado daño ni han asustado mucho.

Veremos si se cumple el refrán que a la tercera va la vencida; han traído la ventaja de refrescar mucho la

---

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.

atmósfera. Estoy deseando saber si por allá han tenido ustedes tormentas también; aquí dicen que esta agua hace mucho provecho a la uva y a los olivos (1).

Recibí los riquísimos damascos, que no tuvieron que anunciar su procedencia: lo uno, por ser ellos inequívocables; lo otro, por serlo las amables personas cuya amistad, tan legítima como fina, recuerda y obsequia.

Eran los damascos, como de tal procedencia, exquisitos, y me desespero con que ni hoy ni mañana puede ir el canasto de vuelta por no salir el ordinario, y el día antes no lo envié porque quería acabar unas medias de Matilde para que fuesen con él.

Mucho me ha sorprendido, y mucho he sentido, un nuevo entorpecimiento en el negocio del Instituto, que tiene desgracia, y no es la menos tener entre sus contrarios *Ríos* de pésimas corrientes y *Rosas* de muy punzantes espinas. ¿No pudiera Esquivel interesar en él a SS. AA., tan protectoras de Sanlúcar y de obras de beneficencia? Sólo una protección de muy alto me parece que podría poner diques a los Ríos y embotar las espinas de las Rosas.

Reitero a usted las dobles gracias por su atención y por su obsequio. No deseo que usted descanse, porque deseo ver los cargos municipales de un pueblo que quiero como a Sanlúcar en buenas manos.

Lo que sí deseo es que lo pase usted bien, y que me conserve una amistad de que tantas pruebas me ha dado y que tan infinitamente aprecia su más sincera y más agradecida amiga,

CECILIA.

29 de junio de 1858.

---

(1) Puede que fuera así; pero hay un refrán que dice: «Agua por San Juan, quita vino y no da pan.»

1858

Mi muy querido amigo (1):

Recibo su grata y me apresuro a contestarla, primero, para decirle que el pliego, que está ya en Madrid, no iba en el correo quemado, para que no estén ustedes con la natural inquietud de la incertidumbre; segundo, para tener el gusto de que una vez más triunfen mis tendencias e ideas optimistas, de las tristes y pesimistas de ustedes.

Nada, ni aun alarma ha habido en ésta. Se supo la aparición de una partida de forajidos republicanos que sacaron de Utrera 6.500 duros y 11 caballos; del Arahal, en que quemaron los archivos, 50.000 reales y cuanta caballería pudieron hallar, y que no encontrando eco a su grito de República, han marchado hacia la sierra, en donde, según nos dijo uno que acababa de llegar de allí, no sólo no encontrarán eco, sino que al saber la conducta que observan, serán recibidos a escopetazos. Ello todo ha sido un plan que debió tener su desenlace cuando las quintas, pero viene tarde y ha abortado.

El Sr. Sixto Cámara ha estado oculto aquí tres días, sin más fruto que el de seducir con media onza de enganche y la promesa de 10 reales diarios a unos cuantos ilusos, que son los que pagarán el pato.

No tema usted a revoluciones mientras en ellas no entre la tropa.

Se ha sabido que en el infernal plan, una de las primeras medidas era asesinar a todos los oficiales de la

(1) Escrita al Sr. Pastrana.

guarnición, con lo que puede usted pensar las ganas que les tendrán a sus asesinos.

Manolita escribió largo de Madrid; el más asustado en el lance fué, como lo predije, Cascajares, que escribe que lo que él pasó no lo puede comprender sino el que con una hermosa mujer que adorase se viese en un caso igual.

Hoy tengo carta de Salvador participándome su casamiento con Carolina Carrillo Albornoz, de la que hace Manolita mil elogios.

Veremos si estos sucesos despiertan un poco al señor D. Ramón de su letargo parisiense y cortesano, y recupera su energía española y militar.

Dígale usted a mi querida Florencia que recibí ayer su muy grata, que envié tan luego a Concha, pero que nos hallamos con que el pobre Manuel, de resultas de los malos ratos en casa de Manuela, estaba ayer con una fuerte calentura, y como vive con ella no querrá ni le será posible dejarlo hasta que no se levante.

Haré presente a las niñas Meléndez sus bondadosas y amistosas expresiones de pésame. Tienen el mayor de los consuelos, y es que murió su madre sin pensar y hablar, despierta, dormida o delirando más que en Dios y hallando fuerzas realmente sobrenaturales cuando el sacerdote la auxiliaba, para persignarse, y hablar para nombrar a su Dios y a su divina Madre.

Conservó hasta lo último su conocimiento, su política y aun sus gracejos, pues queriendo darle una naranjada que se resistía a tomar, le dijo Carmen : «Tómala, que te la da Fernán Caballero.» Contestó en interrumpidas palabras : «Aprecio mucho su talento..., más los cuidados que me prodiga; pero no aprecio nada el *bebistrajo* que me trae.» ¡Pobrecita o, por mejor decir, dichosa! ¡Qué hermosa gloria, después de una vida inocente y

una tan cristiana muerte! Estaba bastante desfigurada cadáver, porque se había teñido toda de un subido amarillo.

Espero que los fresquísimos ponientes que tenemos aquí desde cuatro o cinco días, habrán remediado el mal de la plaga de este país, los levantes.

Celebro que la viña de usted se vea libre del *oidium,* que, como el cólera, creo que va de vencida en Europa. Lo que no celebro, por más que lo agradezca con todo mi corazón, son los damascos que con su nunca desmentida finura y bondad se propone enviarme.

Siempre el mismo en su generosa obsequiosidad; como yo siempre la misma en mi gratitud y en mi amistad.

CECILIA.

Tantas y tantas cosas a toda su querida familia.

3 de julio (1).

1858 (2)

6 de septiembre de 1858.

¡Siempre los mismos, invariables, en su obsequiosa amistad, en su bondadísimo recuerdo! Apenas vi con apuro entrar aquella cantidad de magníficas uvas, cuando acusé a usted y le achaqué el pecado, sin darle la absolución, pues es verdaderamente demasiado y privar a su bodega de *una bota* y no menos de hermoso mosto.

Cuantos lo han visto y participado de ese obsequio

---

(1) Opino que fué escrita en 1858.
(2) Dirigida al Sr. Pastrana.

magno, han dicho que ni han visto más bellas ni comido más exquisitas uvas. Reciba usted las más expresivas gracias, y si oye usted decir que Fernán Caballero feneció de una atraquina de exquisitas moscateles, puede usted decirse a sí mismo: *Yo lo maté.* Todas, casi, las moscateles están primorosamente colgadas en un paraje que reune lo fresco y lo seco, y espero durarán mucho tiempo.

Devuelvo a usted, con las gracias, los canastos, que no fueron al siguiente día porque quise que expresamente me hiciesen las tortitas que contienen, que creo gustan a ustedes. Por mí, después de muy calientes las abro y unto manteca de Flandes, y otras veces les meto dulce de almíbar.

Me dice usted que no escribo, sin tener presente que he sido la última que he escrito a todos ustedes, y que haciéndome cargo que el verano es ocupado y divertido, he sentido, sin extrañarlo, que me tuviesen ustedes tan olvidada.

Por aquí no hay más novedad sino que ayer se dijo que el cura que los casó y un testigo habían ido a notificarle a la condesa y al Sr. de T. (1) el efectuado casamiento de sus hijos, lo que se ha extrañado, pues parecía más natural, más cariñoso y menos llamativo que lo hubiesen hecho los mismos hijos a su familia. Tiempo era, porque F. (2) está adelantada en su embarazo, y como va a todas partes, era esto muy público y se hablaba mucho.

Antonio está en Madrid, donde tendrá que detenerse mes y medio o dos en un verdadero mare mágnum de negocios propios y ajenos.

---

(1) En el original está escrito el apellido entero, muy conocido en Sevilla.

(2) Un nombre propio, que omito, dejando solamente la inicial.

Ha tomado una habitación para él y para Juan, que se irá allá en pasando los días de su madre, en la calle de Alcalá, núm. 25, principal.

Sus cartas son larguísimas y muy divertidas, pero aún no ha tenido tiempo de ocuparse de política. Ésta está bastante parada con los viajes y alborotos de la reina, y reducida a los diarios, que se dan batallas campales, y hasta nuestra moderada *España* ha perdido toda moderación.

Aquí se habla mucho de un coronel cuya hija ha sido engañada por este dichoso gobernadorcito, que ha venido persiguiéndolo, y parece que el otro día en el Gobierno civil anduvieron a cachetes. ¡Vaya una moralidad edificante!

Me ha suplicado Cantillo que reparta esos programas, y quisiera merecer de su bondad que al pasar por el Casino los depositase allí, con lo que haría usted una obra de caridad y a mí un favor que agradecería infinito.

Mi familia muy empeñada que me fuese allá por el día de Aurora, y mi sobrino García muy empeñado en llevarme, pero estoy por el padre Quieto.

Suplico a usted de repetir miles cariños de mi corazón a Florencia, a las niñas y los niños chicos, y reiterando mis más expresivas gracias, quedo su invariable y mejor amiga,

CECILIA.

1858 (1)

Usted extrañará, querido y apreciado amigo, de que tan pronto le vuelva a escribir; pero usted hace, a mi

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.

ver (y al modo de cuantos he hablado), dos imputaciones injustas a Zappatero. La primera es denominarlo de la Unión Liberal, cuando ésta, no pudiéndole echar, porque es un hombre necesario al país y al orden, lo ha hecho descender de categoría en pago de su heroico y admirable comportamiento en Cataluña. ¡Zappatero! Pues si en cada provincia hubiese un Zappatero, ¿qué más podría desear el país? Este general, que es el militar y la autoridad modelo, no está afiliado a ningún partido; es el bello ideal del militar : cumplir y hacer cumplir a cada cual con su deber, sin meterse a querer gobernar al Gobierno.

La segunda es sobre el lance a que usted alude, que es peor de lo que usted cree; no se trata de una seducción, sino del más abominable estupro, como los de los niños del año pasado.

El infeliz padre coronel vino a Zappatero, a quien desesperado contó su lance, preguntándole qué había de hacer, y su oyente le respondió con toda la noble sangre de un caballero y hombre honrado y la viveza del más bizarro de los militares españoles : «Las razones que usted ha de tener es una pistola», como quien dice: Ese hombre merece la muerte. Puede que efectivamente esto no sea religioso, y que no habría sido respuesta que hubiese dado el obispo; pero es preciso tener presente que la conversación era entre dos militares, que era confidencial, que era el brote de la indignación de un noble y enérgico corazón, y creo que habría sido la que hubiesen dado Gonzalo de Córdoba y todos nuestros militares de la edad en que estaban las leyes del honor en todo su apogeo.

Bueno que lo critiquen los liberales que llaman a aquella época bárbara y supersticiosa, y a unos pillos como él en cuestión, *dignas autoridades;* pero no nos pega

ni a usted ni a mí, que de otro modo pensamos, y con sólo que se ponga usted (que tan amante padre es) en la situación del coronel, comprenderá que hay casos en que se comprende que un hombre mate a otro y le aplauda la sociedad, y si no lo apruebe, al menos le perdone Dios (1). ¿Cómo es que absuelve la ley al marido que mata al que halla en brazos de su mujer? Pues si caso hay en que la ley absuelva un homicidio, encuentro éste más absolvible que el del marido, en que la mujer es cómplice y no víctima.

Pero así se juzgan y repiten las cosas, y así habrá llegado ésta a sus oídos de usted torcida y estropeada.

Si hablase usted con Cañete, me alegraría que le dijese usted lo que le escribo, no sea que hagan esos enemigos de lo poco bueno que nos queda llegar este lance en mala luz a la Prensa *liberal de insultos y calumnias,* y pueda defenderlo en su periódico con toda justicia.

No quiero contestar a lo que usted me dice sobre las miserables tortas de panadero, porque reñiría, y no quiero sino concluir esta cartita tan sincera y simpática amiga de usted como siempre,

CECILIA.

Creo que usted me agradecerá esta explicación.

9 de septiembre de 1858.

No decía, mi querido amigo y señor, aunque soy andaluza, que las uvas contenían cien botas de mosto, sino *una*. Sírvase usted, si por casualidad conserva mi carta, de cerciorarse.

---

(1) En esto no estamos conformes. De aquí no se deduce que no sea responsable delante de Dios. Ahí están los Tribunales de Justicia.

(Juntamente con esta carta hay otra de D. Manuel Cañete, que dice así):

«Sr. D. José María Pastrana.

Mi excelente y muy apreciado amigo: Adjunto devuelvo a usted la carta de nuestra buena Cecilia, propia ciertamente de su claridad de entendimiento y rectitud de juicio.

Hasta la noche. Entretanto póngame usted a los pies de la señora y de Mercedes, y dicte órdenes a su afectísimo amigo q. s. m. b.,

MANUEL CAÑETE.

Hoy 21 de septiembre.»

1858 (1)

20 de noviembre de 1858.

En este momento recibo su muy grata, mi buen, mi querido, mi atento y consecuente amigo, y me pongo en seguida a contestarla, tanto porque a ello me impulsa mi corazón, como porque temo que mañana y pasado no tenga tiempo.

Gracias miles por ella, por los buenos y tan sinceramente amistosos deseos para mi día y felicitaciones por la venida de Antonio que contiene, que me son tan gratas que no puedo expresarlo, porque si la amistad es el más dulce y estable sentimiento, tiene aún doble valor para una persona tan aislada como yo, porque dentro de

(1) Escrita al Sr. Pastrana.

pocos meses Antonio regresará a su destino, que es lo que le conviene, si bien, afortunadamente, con la perspectiva de que su viaje no habrá sido perdido en cuanto a su carrera ni en cuanto a sus negocios; de todo esto enteraré a usted en nuestra primera conferencia con toda la entera franqueza que hace años existe entre nosotros, para mi consuelo en época de aflicción y angustias, así como ahora, en la que, cual sucede hoy, va saliendo el sol de entre nubes y nieblas.

No hemos tenido arriada, porque cuando más llovió fué sin temporal y pudo desaguar el río; desde que hay temporal, por suerte ha dado treguas, y aunque trae mucha agua, no alarma. Es de esperar que habiendo variado el tiempo, gracias a la misericordia de Dios, que aprieta pero no ahoga, estará pronto en disposición que naveguen los vapores y tengamos el inexplicable gusto de ver a ustedes todos por acá, por lo que ansío de una manera que no puedo explicar.

Tengo la esperanza que, satisfecho el campo de agua, tengamos un año hermoso, y los pobres animales las bodas de Camacho.

Antes de ayer tuvimos una audiencia particular de SS. AA., que estuvieron tan buenos y tan amables como siempre. Ayer hubo besamano de siete a ocho de la noche. Antonio fué y dice que estuvo brillantísimo, en los salones de recepción bajos; la infanta está muy buena.

Madrazo marchó hace tres días. ¡Dios mío, qué viaje llevaría! Deseando estoy saber la llegada de la condesa y de Valentina.

Madrazo llevó el bosquejo de las infantitas para hacer el cuadro y la composición en Madrid, y por abril volverá para concluir aquí las caras; también se llevó el mío para concluirlo allí y que lo viera su familia y sacar la copia para los infantes.

Tocante a política, vamos gaspalleando (1). La reina dicen que se conduce en todos sentidos admirablemente; si tiene dado el poder a O'Donnell es por dos causas: la una, porque no tiene otro a quien darlo; la otra, porque le tiene miedo, que lo cree muy dispuesto a otro Vicálvaro o a ponerse a la cabeza de los demócratas y ser su *regente*. Lo cierto es que la España, aunque viniese Salomón a regirla, ni podría hacerlo bien con los elementos que existen, ni podría contentar a todos.

Dígale usted a nuestra Florencia que recibí su preciosa carta y que no le contesto temiendo que mi respuesta no le alcance allí, porque presumo que mañana andarán los vapores.

He dejado la riña para lo último, con intención que me falte papel y que no sea todo lo larga que usted merece que fuese. ¿Es posible que me mande usted de su delicioso néctar, cuando aún tengo intactas cuatro botellas de las que usted me dió el año pasado, pues no es sino para casos extraordinarios? Estoy no sé qué más, si avergonzada o agradecida, y cada día más su más apegada, sincera y reconocida amiga,

CECILIA.

1859

6 de julio de 1859.

Niña mía: Yo también, queridísima Matilde, habría querido escribir a ustedes; pero lo uno me hacía cargo que en esta temporada de corte, fiestas, visitas y bullas

---

(1) Esta palabra no la trae el Diccionario de la Academia. En Andalucía se usa bastante, en particular en Sanlúcar de Barrameda. Desde luego se comprende que quiso decir: *Vamos saliendo, vamos trampeando*, o cosa así.

no estaban ustedes para ocuparse de otras cosas, y lo otro que está mi espíritu de una manera caído que no tengo ideas, y que cuando voy a escribir, la pluma se queda parada entre mis dedos por faltarles ideas, que es el vapor que los ha de poner en movimiento. Y no obstante, van a cumplirse los tres más atroces meses de mi vida, y me precisa ir contestando, aunque sea corto, a las benévolas y finas personas que me han escrito el pésame; así es que te envío una carta para Pepe, cuyas señas de habitación ignoro, para que tengáis la bondad de incluírsela, y otra para Perico Carrere (no el padre Carrera), que me escribe de ésa, pero sin ponerme señas de casa. Mi buen Mateo espero que hallará un ratito para llevársela.

Nada me dices de aquellas fiestas. Haces mal; no disuenan en mi triste rincón los ecos de las lejanas fiestas; al contrario, consuelan, porque consuelo es la alegría ajena. Esto me trae a sentir contigo que tu madre esté tan triste como me dices sin un motivo, y me temo causen estas tristezas las complicaciones de tu venida aquí, pues tiene que quedarse allí sin ti y sin sus nietos, ó tiene que estar aquí dejando allá a la pobre Mercedes y a tu padre; por lo cual, ojalá se decidiese éste a vender su viña, a arrendar su casa, quedándose con la que vives para apeadero de verano (caso de querer ir a Sanlúcar), y con el alquiler que diese tomase aquí otra, aunque no fuese tan grande, como hace Villafranca con su palacio de aquí; en fin, yo aconsejo en mi interés, pero en esta ocasión creo que es también el vuestro.

Te suplico que des a tu madre ese tomo que escribí con tan buen humor, y que tan intempestivamente sale a luz.

Va la media que me traje de muestra.

Mi comisión para Cádiz era una cosa muy insignifican-

te, que se puede encargar a Carolina, y hablando de ella, te diré que Salvador viene destinado a la fábrica de cápsulas aquí, lo que como puedes pensar nos es a todos muy agradable. No sé si habrán ustedes visto el magnífiquísimo (1) collar que la infanta ha regalado a Matilde; mucho me alegro, así como de la banda.

Anoche estuvo aquí Nicolás y me dijo que todos menos Natividad habían estado malísimos con vómitos, de resultas de haber comido un queso helado que mandó la Peñaflor.

Pancha tan contenta, porque Paco salió brillantemente de sus terceros exámenes.

Mr. De Latour me escribe que se va el 10. Ayer mandé el tomo destinado a SS. AA. Ha enviado este señor una composición lindísima en verso y en francés para la *Corona* (2) que se está colectando entre los poetas para Murillo. Me envió *Le Correspondant,* donde viene la familia de Albareda; pero cómo viene, ¡Santo Dios! Por decana ponen (3); por casas consistoriales, *maison de chanoines,* y todo así.

---

(1) Así, *magnifiquísimo* dice el original; no se crea error de imprenta.

(2) La *Corona poética* en honor de Murillo se imprimió en Sevilla el año de 1863. Es un culto homenaje al pintor de la Inmaculada, que le ofrecieron los mejores vates de aquella época. La composición del Sr. Latour está en francés: «*Una Vierge de Murillo.* Tradition.» Versa acerca del célebre cuadro *La servilleta,* que pintó para los capuchinos de Sevilla. A continuación está inserta la traducción en verso de D. José Fernández Espino, que empieza:

> En el ruinoso convento,
> Gala en piedad de Sevilla,
> Cuando allí los capuchinos
> En humilde paz vivían.
> ....

(3) Sigue una palabra, que por tener un borrón encima, no se puede leer.

Pacheco habló espontáneamente al ministro para que se me diese la viudedad consular; lo halló muy dispuesto, celebrándome mucho, etc. Asensi me ha escrito que será probablemente de 6.000 reales; así, siendo menor la militar, he optado por ésta, y ayer envié a Asensi mi solicitud. Dios quiera que se despache bien y pronto.

He empezado mis baños, que me sientan bien; el verano ha sido tardío, por lo que me temo sea largo, aunque predice un periódico que para septiembre ha de llover.

Cuando llegué aquí me encontré mi casa surtida de todo : azúcar, jamones, manteca, chocolate, garbanzos, café, te, etc. Ya puedes pensar quién fué el hada. El maquinista fué Candelaria; mis sobrinas no quisieron quedarse atrás. Cecilia puso por encanto una gran tinaja de aceite en el sótano. María Manuela llenó la carbonera de carbón. ¡Caro compro tantas bondades! Lo que no quita que las agradezca.

Adiós, Matilde de mi corazón. Da (con un abrazo) esta carta a tu madre para que la lea; otro abrazo a mi Mercedes. Mil cosas a tu padre y a ti mi corazón todo.

CECILIA.

1859

12 de julio de 1859.

Mi querido Juan (1) :

Nunca dudé de la parte que por tu buena amistad y por tu excelente corazón tomarías en mi singular dolor, que he soportado y soporto en completa salud, porque

---

(1) Escalante,

soy un roble que no hay temporal, por recio que sea, que lo desarraigue ni aun le doble. Considero esto, sobre todo al principio, como una desgracia, porque los males físicos hacen decaer el espíritu, y con él la vehemencia del sentir; ¡pero yo no he tenido este alivio!; ¡no me ha concedido Dios este cloroformo a mi padecer!; ¡he bebido la amarga copa hasta las heces, sin derramarse gota! No te he contestado antes, mi buen y querido amigo, porque no he estado capaz de escribir con acierto y concierto; pero he estado deseando hacerlo, porque mientras más sufre el corazón, más necesita y desea las comunicaciones con las personas que ama, y sobre todo con aquellas que por su amistad con la persona cuya pérdida se lamenta, simpatizan más con la pena que a uno le abruma (1).

Anteanoche vi aquí a Carlos y a su Carlitos (2), tan buenos. ¡Qué suerte tiene con sus hijos, que son todos alhajas, pero en particular el mayor! Sus tías son para ellos unas madres (3). ¡Cuánto bueno hay en el mundo, aunque a mí no me han tocado en mis negocios, así como a Antonio, sino las gentes peores! Adiós, mi querido y buen amigo; a ti te quedaron muchos consuelos; pero a mí, ninguno.

Tu mejor amiga,

CECILIA.

---

(1) La triste soledad y amarga pena que sentía en su alma la elegante escritora, como lo revela el anterior párrafo, se la produjo la muerte del Sr. Arrom, su último esposo.

(2) Don Carlos Bentabó y su hijo.

(3) Estas señoras fueron las hermanas D.ª Carmen, D.ª Juana y D.ª Manuela Fabro. La última falleció en Ronda el 20 de agosto de 1890, habiendo alcanzado una longevidad muy notable.

1859 (1)

Queridísima Elisa :

¡Gracias, gracias por tu cariñosa carta! ¿Qué quieres que te diga? Hay una copla que acaba diciendo «que las penas de este mundo no son todas para mí» (2); yo creo, al contrario, que todas las penas de este mundo son para mí, y algunas veces me pregunto si soy insensible o si soy roca, que pasan sin matarme ni enfermarme. Dios todo lo dispone, y como a otros les da salud para criar a sus hijos, a mí me la da para sobrellevar tanta pena. Estuve en el Cerrillo, hacienda de recreo de mi hermana Aurora (3), a la que por fuerza me llevaron ella y mis sobrinos. Estuve un mes, pero me volví, ansiando por mi soledad y mi rincón. Dice el padre Kempis que «la felicidad se encuentra en un rincón con un libro en la mano»; yo no puedo hallar felicidad ya, ni en un rincón ni en parte ninguna; pero en éste hallo

---

(1) La carta presente está escrita a continuación de la anterior, formando un solo pliego de cuatro carillas, con letra menudita.

(2) La copla entera, muy cantada por el vulgo de la provincia de Sevilla, es así:

Tengo de morir cantando,
Ya que llorando nací;
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

(3) Esta señora estuvo casada con D. Tomás Osborne, y fué la madre de las distinguidas damas sevillanas marquesa de Castilleja y marquesa del Saltillo, que *pasaron su vida haciendo bien*, legando a la posteridad hermosos rasgos de abnegación y caridad cristiana, que les valieron la más alta estima y consideración de todas las clases sociales, sin distinción de matices políticos.

la paz, el silencio y el desahogo. ¡Ojalá te pudiese ver en él algunos ratos! ¡Qué dulce distracción sería a mis penas! Adiós, Elisa mía. ¡Cuánto te envidio! ¡Qué felicidad la de pasar su vida, a un tiempo, al lado de un buen padre y de un buen marido! ¡No conozco ninguna que se le pueda comparar! ¡Dios te la conserve por años sin fin!

Mil cosas a Valdivia, y tú sabes que de corazón te quiere tu mejor amiga,

CECILIA.

1859

24 de noviembre de 1859.

Mi muy querido amigo (1):

He recibido su grata con mucho dolor y lástima, al ver la impresión que le ha causado la muerte de su nieto, que por mucho que se sienta no deja de ser la muerte de un *niño,* es decir, de un ángel que Dios llama a sí para darle la palma sin el martirio, esto es, la bienaventuranza sin las penas y pruebas de esta vida.

Crea usted que ese niño, que era robusto como su hermana, al que tan altamente mortificaba el estudio, hubiera sido una fuente inagotable para su extremosa madre, de cuidados materiales y morales, que habrían amargado toda su vida, inducida por los unos a que el niño no estudiase e hiciese lo que quisiera, amargamente criticada por otros (la mayor parte) si seguía ese sistema perjudicial de mimos. Matilde, ¡pobrecita!, vivía, quizás sin ella misma notarlo, cruelmente morti-

(1) Dirigida a D. José Pastrana.

ficada, en un tira y afloja en el que sabe Dios cómo se habría criado el niño. Considero a qué punto deseará usted tener allá a su familia; pero usted considerará con razón, que no saliendo hasta hoy Matilde de estas palabras : *Ustedes dispongan, a todo estoy pronta, en todo conforme,* nadie, ni menos su amante y prudentísima madre, quieren tomar la iniciativa de tomar determinación alguna.

Se conoce que a ella le horroriza la idea de entrar en Sanlúcar y ver todos aquellos sitios en que ha pasado su niño toda su infancia. Dice que si la llevan a Sanlúcar no vuelve a salir de allí, que se despida la casa de aquí y se haga almoneda de todo; pero usted conocerá que tal determinación es hija del acaloramiento de su dolor, y que siendo la muerte de un niño ciertamente pena cruelísima, pero de la que, como es natural, más pronto se consuela el corazón, sobre todo el creyente que sabe al objeto de su cariño tan feliz en el cielo, es muy probable que dentro de breve plazo se arrepienta Matilde de su impremeditada resolución, cuando usted sabe que detesta a Sanlúcar y que no le sienta bien a su salud; esto es preciso tenerlo en cuenta, y que habiendo (por su desgracia) mejorado por su parte de situación en punto a intereses y pudiendo, por consiguiente, fijarse para siempre en un punto que le agrada y que le sienta bien, deseará hacerlo, y considere usted los gastos dobles e inútiles que se iban a originar, cayendo hasta cierto ridículo sobre la pobrecita mía con tanto quitar y poner casa.

Así, perdone usted la franqueza de una amiga, más que amiga de una hermana, cuando le diga que me parece hay un cariño egoísta en persuadirla a volver a un pueblo que odia y cuya vida le es antipática y hasta nociva a su salud. Es una gran desgracia; pero

ello es así, y pasado el primer acceso de dolor volverá al amor por una vida algo menos monótona y sola, porque su carácter social y animado le hacen antipática aquella vida descolorida y monótona. Ella sólo ansía porque venga usted, y esto debería usted hacer cuanto antes, y crea usted (mire usted que la conozco) que el mayor consuelo que podría recibir sería que su misma familia, visto su estado de abatimiento, la indujese a permanecer aquí distraída con el gran círculo de amigas que la acompañan, con estar en su preciosa casita, que acaba de poner tan confortable y primorosa, en aquel cierro tan divertido, en aquel tropel de gente que distrae a la fuerza, quedándose su madre con ella una temporada. Considere que si se vuelve en esta estación a aquella soledad, es harto fácil que caiga en pasión de ánimo, que pueda tener malas consecuencias para su salud. Ahora es necesario, sobre todas cosas, *distraerla,* y usted conocerá que es un imposible que esto suceda en Sanlúcar. Todo esto, mi muy querido amigo, es necesario tenerlo presente y considerar no sólo lo que pueda suceder agradable y consolador para ustedes, sino lo que lo pueda ser para ella, que es la más interesada y la que más sufre.

Facilísimo sería convencerla ahora a que se fuese a Sanlúcar; pero creo muy delicado el influir en estos momentos, en que su dolor la deja sin voluntad y sin previsión, en tan grave determinación, y más habiendo ella declarado decididamente que si va a Sanlúcar y pasa ese tormento no será por días ni para volver, sino que seguidamente le despidan la casa y se haga almoneda. Así, su madre, ese modelo de prudencia y de talento, al conocer por esta misma decisión terminante su repugnancia en volver a Sanlúcar, no hace más que decirle que se serene y que determine ella misma, y no

los demás, lo que la conviene hacer, porque no quiere tomar sobre sí la responsabilidad de influir en una determinación que mañana u otro día pueda pesarle, y haciendo esto su propia madre, nadie, como usted comprenderá, se atreve ni aun a emitir una opinión.

Los padres siempre prefieren la dicha de sus hijos a la propia dicha. Desgraciadamente, Matilde vive en extremo a disgusto en un pueblo tan solo y aburrido, en el que ni aun las familias parientas se ven, viviendo cada cual en su rincón, y a esto contribuirá el que aquello le siente mal. Esto, por el contrario, le sienta bien, engruesa, come bien, se esparce en esta población tan vasta y animada, en este gran círculo de gentes conocidas y amigos; esto está a la vista, y aun este año que no ha ido a parte alguna donde haya diversiones, ha estado animada y distraída. Conozco que esto es una desgracia para ustedes, pero usted debe considerar que a toda joven y no joven le sucederá lo mismo, y que no hay una sola persona en Sanlúcar, incluso Mercedes, nuestra santa y admirable monjita, que pudiendo vivir en Sevilla no lo prefiriese a vivir allí. Pasando ustedes aquí una gran temporada de invierno y ella allí la de verano, se puede decir que sólo vivían ustedes separados medio año.

Perdóneme usted, mi muy querido amigo, estas reflexiones, quizás atrevidas, que le he hecho al ver lo presente y considerar el porvenir, que se le podría acibarar a Matilde si se valiese uno de su estado para hacerla dar un paso que dentro de breve, de cierto, le va a pesar si al ir a ésa despide su casa y hace almoneda, y de otra manera no quiere ir. Denos usted el gusto de venir cuanto antes y de cerciorarse por sus ojos de la situación.

Mi día, que ya de por sí era cruel, me lo fué aún mu-

cho más siendo la víspera el día fatal de la desgracia. Mucho le agradezco a usted su recuerdo y le pido que este mismo le sirva para disminuir las proporciones que da a su desgracia, lo que no quita que yo la sienta a par de ustedes, siendo, como soy, la mejor de sus amigas.

CECILIA.

1859 (1)

¡Cuánto he sentido, mi muy querido amigo, haber dado a entender (2) en mi carta (sin saber cómo) a que usted infiriese que le tachaba de egoísmo! Aunque el egoísmo en el cariño es un natural y santo egoísmo (3), no ha sido de manera alguna mi idea el atribuírselo a usted en mi carta. Lo que le decía, me parece, es que entre dos cosas que discurren en alivio del afligido, era preciso ponerse en el lugar de aquél, y preferir lo que a él y no a nosotros nos parece preferible, y mostrando Matilde, a la par de la mayor docilidad a lo que opinasen sus padres, una repugnancia dolorosa a volver a Sanlúcar, no me parecía se la debía persuadir a ello.

Así lo ha comprendido Florencia con su gran talento, que ya no le insta a ello, como lo hizo al principio, y esa Mercedes, ejemplo de prudencia y buen sentido, que opina que por ahora no se debe tomar determinación ninguna, sino cuando vaya a ésa por primavera y verano y, ya en calma, pueda meditar con reflexión lo que le conviene.

Siento ver, mi querido amigo, las inmensas propor-

---

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.
(2) *A entender* falta en el original.
(3) Esto hay que entenderlo *cum mica salis.*

ciones que da usted a la desgracia de la muerte de un niño, y en este caso sí que le diré que es mostrar un cariño *egoísta,* y más en una persona tan cristiana como usted, que tan persuadida está de la gracia que hace Dios a una criatura trayéndola a sí antes de padecer, y pasarla al coro de sus ángeles, que no dejándola en esta vida, donde a todos espera sufrir y llorar.

Dejo a usted para vestirme e ir allá, pues siempre me parece poco el tiempo que paso al lado de personas tan queridas.

Es de usted su mejor amiga,

CECILIA.

28 de noviembre de 1859.

1859? (1)

Señor :

Estoy sumamente complacida del honor que usted ha tenido a bien dispensar a mis pobres ensayos literarios. El Sr. Ochoa, nuestro primer crítico, ha sido mi Mecenas en Madrid y va a serlo en París, habiendo adquirido para su protegida vuestra amable benevolencia. Así responderé a vuestro bello proverbio francés con el proverbio español : «Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.»

Yo había escrito a nuestro común amigo, cuando tuvo la bondad de darme la buena noticia que vuestra carta confirmó, que yo había recibido un mes antes una carta del Sr. De Brinkman, literato distinguido, en la cual me

---

(1) Borrador de una carta escrita en francés. Le falta la firma y la dirección.

pedía autorización para traducir algunas de mis obritas, sin precisarme cuál, y preguntábame dónde podría adquirir dichas obras. Yo contesté llena de reconocimiento a su cariñosa carta, y le di la dirección del editor. El Sr. De Brinkman tuvo la delicadeza de no acusar recibo de mi carta. He aquí lo que yo me creo en el deber de decir a usted, porque esto es lo que me impide dar a usted, con tanto gusto como reconocimiento, mi autorización *exclusiva* para traducir lo que yo he escrito, que no tiene otro mérito que el de pintar realmente nuestro país, lo que en nuestros días no ha sido hecho por los extraños, ni por los indígenas, porque los que podrían hacerlo no tienen tiempo, y los que tienen tiempo no saben o no quieren, ocupados como están en *extranjerizarnos*. Además, ¿para qué habrán de escribir hombres de saber y de buen gusto en un país moral y materialmente descompuesto, donde los trabajos literarios no dan honra ni provecho?

Mis novelas, señor, como novelas valen bien poca cosa. No tengo imaginación *creadora*. Así, carecen de intriga, de interés, y su lectura no despierta la curiosidad, ni fija la atención. Son pinturas de caracteres, de los vicios ridículos de la época y de las hermosas cualidades que desaparecen. Pequeños bajeles de papel con remos de plumas demasiado atrevidas para bogar contra el horrible torrente que toma su origen en la incredulidad, hinchada por el orgullo, que lleva al abismo.

Lo que yo creo haber escrito mejor son los cuadros populares, pequeños dibujos de daguerrotipo que pocas personas contemplan a la luz que les es ventajosa, y que permanecerán aun cuando el *río* haya arrebatado el bello original. Todo es allí verdadero: el asunto y los detalles. He aquí su mérito. Y estoy orgullosa de ello,

como el pintor de la hermosura del modelo que ha escogido.

Yo haré lo posible por enviarle seis de estos cuadros populares, que han aparecido en los diarios. Si usted tiene la paciencia de leerlos, podrá escoger. El que yo prefiero es *Simón Verde,* excelente hombre que yo conocí, así como todos los tipos de mis novelas. La idea, que es la de hacer ver todas las desgracias que nos puede acarrear un buen corazón, me es simpática; quizá por esto, la novela que desarrolla esta idea es la que yo prefiero.

Las dos novelas que se encuentran en S. B. son una especie de *tour de force*. En la primera no hay más que hombres de acción. En la segunda no hay más que mujeres.

Más honor que honores está llena de actualidad. Muestra la manera de pensar del pueblo sobre los hijos ilegítimos.

Con mal o con bien es principalmente un ataque a las corridas de toros.

Y la última, *La estrella de Vandalia,* es una descripción de Carmona, que se pidió a la autora cuando permaneció allí durante algunos meses.

Mr. De B. me hablaba de *Un verano en Bornos,* que es mi última novela en forma de cartas. Es muy poca cosa, un vaso de agua. Si nuestro excelente amigo el Sr. Ochoa quiere enviaros *La Gaviota,* yo lo autorizo, aunque es la única copia y original que de ella poseo.

Hablo demasiado. Este es el defecto de los pobres peregrinos solos, cuando tienen la dicha de encontrar en su triste camino un oasis donde los acoge un sacerdote de su religión. Seré, pues, breve, precisamente sobre lo que debo extenderme y mostrarme excedida, si no de la elocuencia de lenguaje, que no está a mi alcance, sobre

todo escribiendo en una lengua extraña, a lo menos, de la del corazón, para manifestar a usted mi reconocimiento, y cuán complacida estoy de la distinción que un hombre de letras de vuestro mérito, de vuestro saber y de vuestra reputación ha concedido a mis humildes escritos.

1858 ó 1859 (1)

Mucha ha sido mi satisfacción al recibir la favorecida de usted, por saber se halla usted bueno. No ha sido menos mi sorpresa al ver ha conservado un recuerdo de una cosa tan insignificante como relación del hecho cierto de *Los dos amigos*. Usted ha hecho muy bien en darlo a luz, sobre todo, si ha conservado el alto y sublime sentido que en ella se halla, a saber : que el arrepentimiento borra culpas y devuelve la paz al alma, y que la religión es un refugio harto mejor que el suicidio.

No sé si es enteramente seria y sinceramente que me pide usted otras. Puesto que así fuese, no sabría el medio de hacérselas llegar a sus manos. Si usted me convence de lo primero y me indica modo para lo segundo, podré enviar a usted alguna que otra, pues me será grato se escriba algo *genuino* sobre España (lo que hasta ahora no se ha hecho), siempre que usted me guarde el secreto, porque es para todos insignificante conocer las diversas fuentes donde ha adquirido las nociones sobre España, que ha reunido desde seis años que habita usted el país.

Antonio regresó de su viaje, viaje más feliz que el

(1) Borrador escrito, probablemente, al Sr. De Latour.

de Colón, porque en él alcanzó la salud, preferible a la América con todas sus minas. La guerra, que alejaba los barcos, le impidió volver por la India, como deseaba: vino a Río Janeiro y de allí a Cádiz. Mucho celebro que el mismo móvil lo traiga a usted por nuestros climas, donde tantos amigos tiene, y entre ellos la primera esta s. s.,

CECILIA.

1859?

Mi querida Pancha (1):

Escribí a Cagigas el resumen de tu carta; te envío la tarjeta mía, debajo de la cual será necesario poner el nombre de ella, y que se presente en San Telmo (la hija, se entiende). ¡Qué bien dices que las más de las veces cuesta la caridad sinsabores! Por eso repito yo a menudo lo que dice un autor francés: «Que siempre se venga el diablo de una buena acción.»

Te mando, para que la leas y veas lo que dice de ti, una carta del P. Medina; pero estoy pensando que será mejor llevártela yo para que la lea Paca, que esta noche se va al Puerto; las niñas se las lleva Tomás a un colegio a Inglaterra: ¡figúrate cuál estará ella!

La mejor hora para ir a San Telmo se me figura mañana a las nueve o, si puede ser, esta tarde.

---

(1) Esta carta no tiene firma. Va dirigida a D.ª Francisca Castro. La conserva su hija.

1859 [1]

Por la adjunta de Mr. De Latour verá usted que nadie recuerda el don de su señor tío y que pide más explicaciones. No he contestado a Mr. De Latour ayer, aunque fuí en persona a hablar con usted y encargué a Rita suplicase a usted se llegase acá para hablar sobre ese asunto. No pudiendo diferir más mi contestación, por tener que hablarle de otras cosas, suplico a usted que anote a continuación lo que usted desea que le conteste.

Su más amiga,

C.

(A continuación pone en la misma carta estos preciosos cantos populares) :

De claveles y rosas
Y de rubíes,
Se te llena la boca
Cuando te ríes.
De rosas y claveles
Y de esmeraldas,
Se te llena la boca
Cuando me hablas.

ELLA

¿Sabes a quién te pareces?
No lo quisiera decir :
A aquellos que van vendiendo
Tinta fina de escribir.

---

(1) Está escrita en el mismo pliego y al dorso de la del Sr. De Latour. Dicho señor, que usó el idioma francés, la firmó en Sevilla el 10 de junio de 1859.

ÉL

¿Sabes a quién te das aire?
¿Sabes a quién te pareces?
A la Luna cuando nace,
Al Sol cuando resplandece.

—

Yo le eché el lazo a una zorra
Que venía por gallinas,
Y en el lazo cayó un mozo
Que andaba por mi vecina.

—

Toda mi vida he andado
Por una tuerta;
¡Ojos de ciquitraque,
Lo que me cuestan!

1859 ó 1860

No puedes pensar, querida Matilde, cuánto ansiaba por tu carta y con cuánto placer la he recibido. Veo el malísimo viaje que llevaste, lo que no hubiese sucedido si no hubieses tenido tanta prisa por irte y hubieses aguardado a un buen día. Horroroso lo hubimos aquí antier, en que no cesó de llover en todo el día hasta que a la caída de la tarde dos truenos de las nubes y un trisagio mío pusieron fin al desconsuelo del cielo. Dicen los unos que están muy contentos, que ha sido esta lluvia oro para las semillas, para los maizales y melonares; otros, que están descontentos, que ha sido muy perjudicial para las eras y para los pajares, que aún no estaban techados. ¡Esto es el mundo! Lo que a unos hace llorar, a otros hace reír.

Ayer tarde estuvo aquí Florentina, que hoy se va al Puerto, donde le ha tomado Perico casa cerca de María Manuela. Allí van esos tres niños más a engrosar el ejército de los que hay en el Cerrillo; y lo que es mejor, Catalina Desfontaines, que vive con su tía la de Lonergan, que se va a Inglaterra a la boda de su nieta, escribió a Aurora que si por Dios la quería admitir entretanto en su casa. ¿Y cómo había de decir la buenísima Aurora que no (aunque bastante excusa tenía), siendo de advertir que la tal Catalina, además de caerse de tonta, se cae de perlesía y no puede andar sola? Aurora le ha dado su alcoba y ella dormirá en el suelo tendida en un colchón, y se vestirá no sé dónde. En fin, nació para que se abusase de su bondad; ése es su sino. Ahora está Catalina en casa de María Manuela, de quien es la gran amiga y donde debía quedarse, pues tienen un caserón tan grande y no tiene huéspedes; pero ésta se excusa con que ella fastidia a su marido. ¡Pobre Aurora!

Pero vengamos a tu querida carta. Mucho celebro encontrases a todos buenos. El que coma poco tu madre no te debe apurar, pues esto no le sienta mal y está gruesa en sus carnes, y buena; y en cuanto a esa diferencia que dices, ¿no conoces que no hay cosa más envidiable?

Lo que era menester es que se extendiese a no dejarse contaminar por angustias y temores, pasando inútilmente tantos malos ratos como con el miedo del cólera, de que pereciesen todos en África, y tantos otros tormentos que forja la imaginación, anticipando males que la mayor parte de las veces no se realizan.

¡Cuántas gracias tengo que darte, Matilde mía, por tu tan bondadosa invitación de irme unos días con ustedes, que tanto me sonríe! ¿Cómo olvidar que en el

cúmulo de males y angustias, tan hondas y verdaderas, en que me hundió mi destino, y cuando a nadie tenía a quien volver la cabeza, me acogieron ustedes todos en su seno como a una de la familia y me dieron cuantos consuelos y pruebas de amistad y aprecio se pueden dar, con esa delicadeza de corazón y finura de educación que ustedes como nadie poseen? ¡Esto está grabado en mi corazón, y bien que en éste, que creo bueno, no se arraiga el rencor, no así la gratitud, que queda en él lozana y siempre viva! Pero tú conocerás que ahora por muchos estilos no puedo ir, acabado de rechazar a María Manuela el decidido empeño que tenía en llevarme; además, es la época, o se acerca, en que tu familia pasará por allí para ir a Puerto Real; así dejarèmos pasar esta temporada de bulla, y después me obsequiaré a mí misma admitiendo por unos días tu convite amistoso.

Ya sabrás la apoplejía y perlesía que le dió al excelente Ignacio Olaeta. De la primera salió y está bien; pero no tanto de la segunda, pues aunque ya se levanta y le sientan en un sillón, no tiene fuerzas y se cae, según me dijo anoche Fernando; pero está muy reciente y puede que se mejore. Peor está Vargas, que tuvo un ataque el mismo día.

Mucho celebro que haya tenido buena acogida mi *Cuadrito,* que se debe conservar como recuerdo de esta hermosa guerra, y del hermoso efecto causado por ella en la nación.

Nada me ha dicho ni mandado decir Valentina de los ejemplares de *Rosario* (1), pero como no tiene prisa, no tiene nada de extraño.

---

(1) *La Campana del Rosario* quiso decir indudablemente, que es una preciosa composición de la autora que corre impresa entre sus obras.

Toda la familia, buena y echándote de menos. La Chinchilla se queda hasta pasar San Juan, y después será hasta pasar Santana (1); pero Riquelme, que está malo, no creo que siga las instigaciones recibidas en Castilleja de Guzmán.

Escribí cuatro renglones a los directores de *La España* dándoles gracias por el anuncio tan lisonjero que de mi *Cuadro* pusieron, y dándoles el parabién por haberse unido al Gobierno, y han insertado mi carta en su periódico, con lo que he rabiado todo lo que ustedes pueden pensar. Dicen que es porque mi opinión vale mucho entre los *neos*. Yo no me sabía personaje tan importante, pero no me pesa aparecer en la palestra como amiga de la *Unión* neo-católica a O'Donnell, el solo *gran* hombre de Gobierno que hemos tenido y que nos puede salvar.

Mil y mil cariños a todos, y sabes es tu más agradecida amiga,

CECILIA.

22 de junio (2).

¡Si vieras mi jardincito, que llama Tito (3) *la longaniza*, qué verdecillo está! Y un poco de verde en una casa es como una poca de esperanza en la vida. ¿Cómo está tu patio?

---

(1) *Santana* dice el original. Es claro que quiere decir *Santa Ana*.

(2) Aunque no lleva año, la escribió en Sevilla el 1859 ó 1860, según me dijo D.ª Matilde.

(3) Así llamaba cariñosamente al marqués de Arco-Hermoso.

1860 (1)

He recibido tu preciosa carta, mi más querida Matilde, y aun antes de darte las gracias, te reñiré por darte prisa en cosas que no tienen ninguna.

Ahora entrará el capítulo de gracias, que debería ser largo si mi ánimo estuviese capaz de ocuparse de cosas agradables; pero no lo está. La impresión que he recibido ha sido terrible, y entre el horror, la lástima, la pena, la angustia, la vergüenza y el desconsuelo, tienen perturbado a mi espíritu y desgarrado mi corazón. Un evento en el más alto grado trágico, cuyo nombre ni se siente con fuerzas a estampar mi pluma, es siempre espantoso; pero su impresión no llega a comprenderla en toda su magnitud sino aquel que lo experimenta en su familia; aquella que ve deshonrado el nombre que tan noble y dignamente llevó el amado y sin igual compañero de su vida, que considera con amargo dolor la desesperación que llevaría a ese extremo una persona que quiso, y con la que por tantos años vivió con cariño e intimidad de hermanos; la que se angustia al considerar el tenebroso misterio en que se envuelve ese atentado; la que se estremece con la idea de tan funesta publicidad y tiembla al postrarse implorando la clemencia del Juez divino.

Que consideren todas las personas a las que Dios ha enviado tan sólo esas desgracias comunes, que todas traen consuelos, esperanzas o compensaciones, y a ésta, que para los allegados del hombre desesperado no tiene

(1) Hay un sello en seco, formado con el papel, que dice: «Fernán Caballero.»

ninguno de estos lenitivos, para que jamás se quejen de su suerte.

¡Ay, Matilde mía! Me asusta a mí misma la segunda vista de mi corazón desde que supe que trataba mi desgraciado ... (1) (o sus acreedores) de vender la casa en que vivía: cayó un peso sobre mi corazón, vi una negra nube preñada, mas nunca pensé llegase a descargar tal rayo.

Hija de mi alma, todo me se *(sic)* ha trastornado en la alegría tan franca, tan sincera, tan cumplida, que me causaba el irme a ésa. De toda Sevilla, no veo sino la Puerta de San Juan. Si recuerdo las agradables conversaciones, me las figuro ahora todas girando sobre un solo y espantoso tema. A toda la familia, que vi tan alegre de mi vuelta, la veo consternada y hundida en un luto más negro que los usuales lutos: en un luto salpicado de sangre. ¡Matilde de mi alma, la impresión es terrible! ¡Dios quiera hacerla subordinada a la mitigadora influencia que dió Dios al tiempo por compasión a la padecida Humanidad! (2).

Dejemos este tema, con el que no he hecho, por cierto, agradable una carta que debía serlo para ser adecuada respuesta a la tuya.

Perfectamente dijiste al tapicero de no ponerme forro, ni verde ni colorado. ¡Dios me libre! ¡Y sin saber el color del papel que pondrá Pedro en la sala! ¡Dios nos libre!

Guarda mi rosario y mis peinecillos hasta mi ida a ésa.

---

(1) Callo un nombre por prudencia.

(2) Este sentido párrafo lo escribe aludiendo a la muerte desastrosa de su pobre marido, D. Antonio Arrom, acaecida en Londres en mayo de 1859.

Veremos con el cuadro lo que haces; no me meto en eso.

Tu padre fué ayer al campo con un hermoso día; vino diciendo que hacía falta el agua, y hoy está lloviendo.

Alejandro marchó. La detención sería cosa de ese mal Cueto, que querría poner aún su hechura. Lo sabría la Veragua, hablaría a Pidal y éste hablaría gordo a su subsecretario; cree que no ha sido otra cosa la que tan malos ratos ha dado al pobre Alejandro y a nosotros todos.

Ya el comandante está en cántaro: conque si aún estáis hechas tu madre y tú unas Santas Tomasas (1) para lo bueno y favorable, sois incorregibles, y lo que es peor, unas ingratas a la suerte.

La obra marcha, marcha. Por supuesto, en lo bajo, en que ha habido una invasión de ladrillos y otras cosas.

María Manuela parió otro niño, que se llama Francisco, como su padre, y madre e hijo siguen bien.

El pobre Cabanilles está con un pie malo.

Fermín me escribe de parte de su niño que le escriba una historia alegre que le haga reír. La súplica me hizo mucha gracia; pero la *gaucherie* hasta *casual* había de salir, pues ya ves a qué buen tiempo viene. ¡Pobre Candelaria!

Pancha me escribe que está traspasada. ¡Qué día de su santo tiene! Unido a esto, que tanto ella como mi pobre Salvador quedarían poco menos que arruinados.

Adiós, Matilde mía. Dile a la gran perezosa de la autora de tus días, que ni las brujas en el tiempo de la Inquisición tenían más miedo a las plumas que ella; que así, que se contente con unas memorias, porque no merece más. Dáselas igualmente a tu tía y primas.

---

(1) Incrédulas como Santo Tomás, apóstol.

Mil besos a tus ángeles, y tú recibe repetidas veces las gracias y el cariño de tu apasionada amiga,

CECILIA.

31 de enero de 1860.

1860

Querida Matilde:

Aunque salgo poquísimo, ayer tarde, con la alegría de que habían hecho a Carlos presidente de Sala, fuí a darle la enhorabuena a Pancha, y por ella supe con gran disgusto que tu madre había estado bastante mala, por lo que te escribo sin dilación, para suplicarte que me escribas y me hagas saber que sigue bien en su convalecencia.

¡Qué fatiga es eso de la salud en este país, pues incesantemente se está con cuidado, ya por una, ya por otra persona querida! Me hago el cargo de cómo habrán ustedes estado, y hago su parte a vuestros temores, que habrán dado más valor al mal que lo que espero haya sido, por lo cual la hago ahora completamente restablecida; pero deseo que me lo confirmes (1). No he contestado antes a la graciosísima carta que me escribiste, porque he estado muy afanada con escribir un *Cuadro* que Ochoa me pidió, y aún me queda que copiarlo por última vez y ponerlo en limpio; pero lo gracioso es que a la carta que escribí a Ochoa diciendo que haría el *Cuadro* no me ha contestado; de manera que temo que no haya recibido mi contestación. En fin, no corre prisa, y

(1) He copiado el párrafo anterior al pie de la letra.

Fernando (1), que estuvo aquí anoche, se lo llevó para hacerle algunas correcciones de lenguaje.

Ha venido éste para pedir real licencia y estarse en Jerez con motivo de la testamentaría y de las particiones.

La condesa y Elisa irán a ésa para tomar baños, y él irá y vendrá hasta octubre. Entonces piensan ir por unos veinte días a Madrid, donde tiene que hacer. Dice que todos los papeles están en el mayor orden y el testamento perfectamente claro y bien hecho. Hoy se volverá a Jerez.

Dios te premie, Matilde mía, tu no grande, sino excesiva caridad, con ese desgraciado Cantillo. Aún no se lo he dado, pues será poco a poco como pienso darlo pagando casa y asistencia, que aunque humilde y en la Puerta de Carmona, la dan por 25 reales al mes, que es baratísimo; porque no sólo no viene por acá, sino que le mandé un recado por Carolina que viniese y no ha venido; escribiéndome que estaba malo, que vendría cuando se mejorase; pero no ha venido.

Si yo supiese cuál era su casa o el nombre del dueño, que es cajista de una librería, se lo mandaría; pero el asunto es que no lo sé. ¿Pero cómo quieres que no adivine que eres tú? Eso es imposible.

Hace pocos días se fué Juana Chinche con María Rivero. Tengo entendido que antes de irse hubo una buena trifulca con ella y las Meléndez; pero no he sabido sobre lo que fué. Pancha no lo sabe.

Del 10 al 12 aguardo a Ángela, que se estará aquí unos días, y luego va al Puerto y a Chiclana. Velarde pasó por aquí hace dos días para ir a su puesto. Van a

---

(1) Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. No he podido averiguar qué *Cuadro* fué el corregido por él.

San Sebastián, y por septiembre regresan aquí. Matilde vino para irse en seguida; pero su niña ha caído con unas calenturas, lo que ha detenido su viaje.

Enriqueta, la mujer de Tomás, está embarazada y con mal embarazo, lo que no creo le impida divertirse en grande, más teniendo allá toda su familia, a la que esto de divertirse le gusta mucho.

Juan sigue en Nápoles; escribe que aquello está perdido; que el rey no puede contar con la tropa (que no se quiere batir) ni con nadie, que será echado; lo mismo el Papa; que después irá la revolución a Venecia y que entonces se armará una guerra tremenda, saliendo el Austria, secundada por otras Potencias, en favor de la religión y del orden.

Dile a tu madre que después de un siglo me escribe Cabanilles una carta preciosa y graciosa como suya. Dice que por encargo de la reina ha escrito una *Historia de España* en seis tomos; me pregunta mucho por tu madre.

Mr. De Latour me ha enviado su retrato, que está..., vamos, idéntico, en fotografía en una tarjeta. También me envió completa su preciosa *Historia de Toledo*.

Manuel y Concha, ambos han andado malos del estómago. El primero va en comisión de servicio al extranjero.

Hija de mi alma, tendré el gusto de admitir tu fino y bondadoso convite de ir allá a hacerte una visita; pero no quisiera que fuese por Regla ni nada que parezca romería (1), y más cuando puede que para entonces estén

---

(1) La Virgen de Regla, a quien alude la autora, es una imagen antiquísima, de color endrino como la de Monserrat, y probablemente de la misma época, que se venera en el santuario de un antiguo convento de agustinos, hoy a cargo de religiosos franciscanos. Está le-

los infantes y haya gente larga. Sabes que todo lo que es gente y movimiento me aterra por varios estilos, y que en sacándome de mis queridos padre Quieto y madre Pata la Llana, es ponerme en agitación y en suplicio.

Tenemos un verano fresquísimo desde el eclipse, en el que ni siquiera paré la atención, pues ni le puedo hallar ningún género de poesía, ni motivo particular para admirar las obras de Dios, al que harto más admiro en su grande obra el Sol cuando está en todo su brillo. Entonces sí es *obra de Dios*. El eclipse tonto y pesado es obra de la sosa de la Luna.

¡Qué poca sinceridad y verdad hay en los entusiasmos ficticios que se tienen por el deseo de lucirse!

Dicen que Villacreces ha dejado un caudal inmenso. Fernando nada dijo, ni yo le pregunté, pues no soy curiosa y menos por cosas de dineros que no me interesan; pero Carmen Jáudenes me dijo que dos millones de duros.

Adiós, Matilde mía. Tantos cariños a tus padres y hermana y expresiones a todos, y lo que te suplico es que escribas pronto a tu mejor amiga,

CECILIA.

Antonio y Javier fueron a Chiclana. Luz, a Puerto Real.

1.º de agosto de 1860.

---

vantado en la hermosa playa de Chipiona, a un kilómetro de esta población y seis de Sanlúcar. Su fiesta se celebra con extraordinaria concurrencia de fieles y romeros, el 8 de septiembre.

1860

Mi muy querida Matilde:

Con el gusto que siempre, recibí tu carta y el dinero, siendo fielmente entregada a Pancha la parte que para ella venía.

Mucho me gustó la novia. A las niñas que se casan les sucede hoy día lo que a los soldados que van a África: vuelven con tan buen aire, tan sueltos y elegantes de maneras, que parece que van diciendo con la lechera de la fábula: «¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!» El novio me gustó; pero mucho más su hermana, que es preciosísima.

El Infante, con una carta como suya, me ha enviado un precioso álbum de cuero de Rusia, con cerradura y una F. C. en la cubierta, de plata, y dentro los retratos en fotografía de toda la familia, empezando por el de la reina Amalia, que lo mandó con ese objeto, y acabando por el del conde de Eu.

Los niños que han podido escribir, es decir, los tres mayores, han firmado sus retratos. En la primera hoja viene una preciosa dedicatoria firmada por ambos infantes (1). Ya puedes pensar a qué punto habré agradecido

(1) Tengo a la vista una hoja de papel con señales de haber sido arrancada de algún libro, con una dedicatoria, que creo es a la que alude Fernán. Toda ella está escrita por una misma mano; dice de este modo:

«A Fernán Caballero. — Al eminente novelista que une al corazón y a la caridad de la mujer noble el patriotismo del verdadero español amante de su religión y de las glorias de su país.

Sus admiradores,

Antonio de Orleáns. *María Luisa Fernanda.*

Palacio, 22 de julio de 1860.»

tan delicada fineza. Al mismo tiempo me escribía que Juan estaba nombrado para ir a la Embajada de Rusia. ¡Mira qué suerte! Esa familia no tiene sino que desear las cosas para que se les logren.

Mucho me he alegrado (por Aurora, que no vivía) con saberlo *(sic)* en estas circunstancias en Nápoles.

Pepita Santa Cruz, como sabrán ustedes por Villafranca, a los que se avisó, llegando la marquesa a tiempo para hallarse en el nacimiento de un hermoso niño (1); mucho me he alegrado.

Aguardo a Ángela del 14 al 15; estará pocos días, pues se va a Chiclana.

El martes empieza la hermosísima novena de Nuestra Señora de los Reyes, mi amada y reverenciada vecina.

Cuéntale a tu madre un lance gracioso que me ha sucedido. Recibo ayer una de las muchas cartas del extranjero que con gran rabia mía me sacan una peseta del bolsillo. Era muy atenta y de un oficial del Ministerio de Bruselas, que me preguntaba si uno que pretendía qué sé yo qué allí, que se llamaba Jacobo Caballero y pretendía ser primo hermano mío, lo era efectivamente, para caso que lo fuera, atenderlo y servirlo en todo. Yo contesté dando las más expresivas gracias y diciendo que el tal sujeto no me conocería, puesto que se daba por pariente de un seudónimo. Luego lo he sentido, pues si es un infeliz, le voy a hacer un mal tercio; pero más bien es de suponer que sea un tunante.

Por aquí no hay novedad. Aunque hace calor al sol, estos continuos ponientes hacen sumamente agradable este verano.

---

(1) El original está cual queda impreso. Ya dice la ilustre escritora en esta misma carta que escribe de prisa y corriendo. No es extraño algún lapsus. Seguramente no volvió a leer la carta.

He encargado a Bedmar, que es un hombre sumamente agradable en sociedad, que os haga una visita en mi nombre, a ver si os acompaña y divierte de noche.

El pobre brigadier Angulo, primo y cuñado de Grandallana, ha perdido en Granada, en treinta horas, a su mujer y dos hijas; lo aguardaban en Jerez.

Cañete me mandó dos novelas de un amigo suyo americano, un tal Piñas, bien escritas, pero... un poco pesadas. Con leer al divino *Toledo,* de Mr. De Latour, los papeles y escribir, no he tenido tiempo de concluirlas; cuando esto suceda, os las enviaré.

Te escribo muy de prisa. Dios quiera que puedas leer mi carta; pero el correo se va; muchas más cosas tengo que deciros, pero será otro día.

Adiós, Matilde mía. Tantos cariños a tus padres y a tu hermana, pues todos saben ustedes que es su mejor, mejor, mejor amiga,

CECILIA.

11 de agosto de 1860.

1860

¡Válgame Dios, mi querida Matilde, y qué olvidada me tienes desde que está Sanlúcar hecho un Versalles! No me has contestado a mi última, y tu madre, que en punto a tomarse la pequeña molestia de escribir, no hay que contar con ella, tampoco me escribe y no he sabido si recibió un libro que por conducto de las Meléndez le envié. Pero como mendigo porfiado saca mendrugo, te vuelvo a escribir pidiéndote me contestes, y rogándote entregues la adjunta a De Gabriel, que no me dice dónde vive.

¿Ves cómo hallaron casa cuando determinaron ir?

Por acá no hay novedad; después de un fresco extraordinario, ha venido el calor propio de la canícula, que se ha recibido con poca resignación, después de tan fresco verano.

Ángela pasó por aquí y se estuvo cinco o seis días a su paso para Chiclana. Viene muy aliviada. Pasó por el Cerrillo y me escribió que aquello era un *mundo:* diez niños, tres lavanderas y tres planchadoras diarias. Me estremezco sólo de pensar lo que los niños le destrozan a Aurora todas sus queridas flores, plantas y adornos del Cerrillo; como que hacen lo que quieren, demasiado buenos son.

Ya pronto tendrán ustedes allí a los infantes. No sé si os escribí que me mandaron un precioso álbum de esos que llaman *Coulisses,* con los retratos de todos: es una cosa preciosa, que estoy deseando que veáis.

Velarde también me ha enviado su retrato; pero no le hace favor. Manuel, que estaría muy bien en fotografía, no hay quien le haga sacarse su retrato.

Ayer fueron todos los Halcones y Juan María y Mariana a pasar sus días con Luis. Hoy parece que volvían.

He tenido el gusto de ver en casa de Pepita Santa Cruz a su fina, bella y simpática hermana la marquesa, que ayer estuvo aquí y no tuve el gusto de ver, por haber ido en casa de Cecilia Arco, que hace unos días volvió de Constantina. El niño de Pepita es preciosísimo y está muy gordito. Mucho hablamos de ustedes y del gusto que tiene en ir allá algunas noches y lo que quiere a Mercedes.

Es domingo y te estoy escribiendo muy temprano, pues tengo mucho que hacer hoy con ser día de escuelas y de iglesias, y tengo que alistar un pollo para ponerlo a asar, porque la buena de María nada aprende, nada.

Estoy imprimiendo por mi cuenta un cuadro o nove-

lita, y quien me anda esos pasos con mucho celo es el pobre Cantillo. Veremos cómo me sale la cosa y si logro dos ventajas: la primera, que salga bien impreso; la segunda, que me produzca algo.

Adiós, queridísima Matilde. Tantas cosas a esa perezosísima de tu madre, a tu padre y a Mercedes, de parte de la mejor amiga que desea pase el tiempo ligero y veros cuanto antes,

CECILIA.

26 de agosto de 1860.

1860

5 de septiembre de 1860.

Mi querida Matilde:

Me da sentimiento el ver lo abatida y caída que estás, llevándote esto al extremo de pensar que no has de vivir mucho, y otras negras imaginaciones, sin más fundamento ni causa que lo descontenta que vives en ésa, lo que no es racional, hija mía, puesto que tienes tu casa aquí y que allá sólo se puede decir que pasas la temporada de verano; bien puedes creer que muchas, muchas darían un dedo de la mano por poder gozár de esa ventaja, que tiene hasta la de ser de *buen tono,* y salir de aquí por el verano. Te has quedado algo delicada del estómago después del cólera; ¿pero es ésa una razón para creer que ha de ser causa de una temprana muerte? ¡Por Dios, Matilde mía!, te suplico que no te dejes ir a esas ideas infundadas, que si fueran conocidas de tus padres les causarían el mayor pesar, y me parece que si aquí te encuentras mejor de salud y

de espíritu debes venirte, pues creo que menos pesar causará a tu familia la ausencia, que el verte sufrir de alma y de cuerpo. Las delicadas viven más que las robustas: tienen más resistencia a los males, como los juncos a los temporales, que se doblan, y no las encinas, que las tronchan.

Se nos pronostica, y el cielo con sus nubes lo confirma, una temprana otoñada; me alegro, porque así se vendrán ustedes antes; pero por otro lado esto me va a privar de tener el placer, que tanto deseaba, de pasar unos días con ustedes, en vista de que esta impresión, que creía cosa de pocos días, va a paso de buey cansado. Esto me tiene fastidiada. Me trae esto a la memoria que es Cantillo el que me ha dado y da todos los pasos, y que me parece no te llena para maestro de Rosarito, por lo cual desde ahora le diré que piensas ponerla en una Academia o cualquiera cosa por el estilo. Para tranquilizar tu buenísimo corazón, te diré que no le haces mal tercio, pues, gracias a Dios, lo van a poner al frente de un pequeño periódico, que traerá todas las noticias, ventas, compras, salida de trenes, santo del día y jubileo, teatros, en fin, todo lo que los otros, sin artículo de fondo de política, y sólo costará seis reales al mes. Para eso necesita estar casi toda la mañana en la imprenta. Además, tiene bastantes otras lecciones. ¡Qué buenísimo es! Cada vez lo admiro y envidio más.

Muy triste es la muerte de la pobre de la Miraflores. Dicen los médicos que se muere de pena y que la Medicina no cura esos males. El marido está admirable, sin separarse un momento ni de día ni de noche de la cabecera de su cama. ¡Pobrecilla, cuando tan feliz podía ser, y cuanto deseaba se le había logrado! ¡Ay, qué mal tienen esos casamientos hechos contra la voluntad

de los padres! Nicolás Maestre ha estado bien, bien malo. Está mejor; quiera Dios que sea radicalmente; pero no ponen buena cara los médicos. Los de Cádiz han dicho que Manuela Cabañas tiene una enfermedad muy rara en el corazón; que la cura es muy expuesta, y si no se la hace, está expuesta a morir consunta; que su hijo tiene atacado el pulmón y su hija está muy delicada. ¡Ya ves la pobre cómo quedaría después de la consulta! Cecilia Arco aún no ha parido.

Las niñas G. (1) permanecen en el Puerto divirtiéndose con furor, pues no tiene otra calificación su manera de divertirse. Lo peor es que en el mismo sentido están M. y G. (2), haciendo a las pobres mujeres que hagan otro tanto, con lo que está Aurora apurada, porque dice que con los continuos ajetreos y trasnochos están ambas en la espina y acansinadas. Bien rabiará M.ª M.ª, pero buen cuidado tendrá de disimularlo y de decir que va por su gusto. ¿Qué hará Enriqueta este invierno, en que no habrá ninguna clase de diversión?

Por fin no fué Comisión científica al extranjero, y Manuel está aquí, debiendo salir de un día a otro a comandante, pero sin que aún se sepa su destino.

Iribarren, cuñado de Ángeles, que estaba destinado aquí, lo han destinado a mandar un regimiento en Madrid, lo que he sentido mucho, porque no puede darse un hombre más esencialmente bueno y caballero; así, todo el mundo lo quiere.

Dile a tu madre que recibí su carta, que su reflexión

---

(1) Omito el apellido, aunque está escrito en el original. Tengo en cuenta que son cartas confidenciales basadas en la discreción y amistad.

(2) En el original están escritos los apellidos, pero por la razón anterior no pongo nada más que las iniciales.

sobre el título del libro es como suya, con toda la sagacidad del talento y buen sentido de la razón. Un bribón puede ser afortunado, no dichoso.

La otra novela hermana, *Jerónimo el honrado,* que estoy leyendo, es como un plomo.

¡Pobrecilla Juana Ñudi! Dale memorias y dile cuánto deseo que se alivie.

Aquí se está preparando el Alcázar para el rey de Nápoles. ¡No te digo que todo lo hermoso y lo que hay que ver me viene a buscar a mi barrio!

Ya pienso subirme, porque mi sala alta es tan fresca y abrigada a un tiempo, que no incomoda el calor. María Rivero está aquí; iré a verla cuando pueda.

Adiós, Matilde mía. Abraza a tu madre y a tu hermana. Mil cariños a tu padre y recibe todo el de tu mejor y vieja amiga,

CECILIA.

1860

23 de septiembre de 1860.

Queridísima Matilde:

Recibí tu deseada carta. Empezaré por decirte que he oído decir que no vienen ustedes por los males que hay aquí, con lo que todos nos echamos a reír, no sólo porque en Sanlúcar sí que algo hay, como lo prueba la muerte de esa pobre señora de que me hablas, y el irse, según se dice, huyendo de ellos al campo la condesa y sus hijos, sino porque nunca, nunca se ha gozado aquí de una salud pública tan admirable como este verano todo, habiendo infinitos días de cuatro muertos en total,

lo que es una especie de fenómeno. Así, no puedo creer de que sea esa la causa, sino que no querrás aún dejar a tus padres, que es la más natural.

Me han dicho las de Faraudo (ínter nos) que tu tía y primas quieren que se retire el marido de Felisa, lo que a ellas les parece un solemne disparate y a mí también; pues, ¿qué porvenir tiene ese muchacho, que se está cargando de hijos? En fin, ellas son buenísimas, pero tienen que ser niñas toda su vida. Ya sé que al padre lo han ascendido, y aunque no lo conozco me he alegrado mucho.

Nada, nada sé de Fernando, pues no me ha dicho que se fuese al campo, ni devuelto el folletín que mandaba Van Halen, ni su carta, como le suplicaba que lo hiciese, y estoy asustada no se hayan perdido, si es que me los ha devuelto.

No creas que Cantillo no tenga lecciones; a pesar de las vacaciones y estar tanta gente fuera, las tiene y no sé cómo el infeliz puede atender a tanto, pues es solo para el periódico. Si éste sigue, lo que no se podrá saber hasta fines de octubre, en que se verá el número de abonados que tiene, le precisará, para no matarse, dejar las lecciones que tiene. Está el pobre cada vez más flaco y feíto, y lo peor, como no está aquí la sobrina, más descuidado su traje.

La otra noche trajo aquí Dolores Castillo a Cisneros, lo que no me hizo gracia ninguna. Entró el pobre Cantillo y lo trató Cisneros con el más alto desprecio. Nunca lo hubiese hecho, pues apenas se fué cuando dije bastante exaltada: «Estas son las personas que recibo con gusto en mi intimidad: las que traen como introductores la bondad y la desgracia. En cuanto a las gentes del mundo, por más que vistan bien, no tengo gusto en recibirlas, pues vivo retirada y atenida al círculo de

mi familia y amigos íntimos.» Creo que no volverá, de lo que me alegraré, y Dolores no se pica de esas cosas, al contrario, ahora está muy apretada conmigo. Quiere que García le busque casa en el Alcázar para estar cerca de mí, pues mi trato es el único que le gusta (mucho dure y bien parezca). El miércoles da García una reunión antes de subirse arriba, pues arriba no quiere.

Manuel escribe de Madrid estará seis meses fuera; veremos después dónde lo envían.

Carmen Jáudenes está embarazada. Alonso, tan ancho, lo ha andado publicando; apenas llegó, dijo: «Las agüitas minerales.» Yo no sabía que las hubiese en Puerto Real.

La mujer de Capitolino parió.

Cecilia Arco se va a establecer a Osuna, habiendo salido de la casa el famoso mayordomo que tenían allí, y habiendo dado la Administración a su hijo, con casa (palacio), dos mil duros y algunas fincas que le ha cedido con escritura para que se vaya enterando y sabiendo manejar su caudal. Ellos están contentísimos con esta medida, pues tienen ya cuatro hijos y los que puedan venir, y Cecilia tiene talento y razón. En casa de los suegros les van a poner muy buenas habitaciones para que vengan siempre que quieran, con lo que les darán mucho gusto.

Su día tuvo Quesada comida, a la que concurrieron Rosario y Rivas y otras personas. A la noche hubo más convidados, entre ellos Pancha, pues es muy amiga de Carlos desde niños.

Cuánto deseo que vengáis; pero no me atrevo a decirlo por miedo de disgustar a tus padres y a Mercedes. Así, quiero hacerme violencia y callar.

El ministro me envió, muy fino, la credencial de Juan, de agregado efectivo y con sueldo de la Legación

de Rusia. Él escribe que en Gaeta no hay más que soldados y cañones.

Dale a tu madre ese hermoso trozo que traía *La España* y que hice a Cantillo pusiese en su periódico.

Mr. De Latour me ha enviado un precioso tomo de poesías suyas, uno para Fernando, pero como absolutamente sé donde está, no se lo puedo enviar ni escribirle. Mr. De Latour ha traducido *Deudas pagadas;* me lo enviará.

No sé si te dije que me escribe el Infante, que por fin tiene mi retrato (1); ¡tiempo era, después de dos años!

Adiós, queridísima Matilde. Tantos cariños a tus padres y a Mercedes, a la que darás los días de toda mi alma y corazón, y que no se los escribo a ella misma por evitarle en su finura el que me conteste, pero ella sabe a qué punto la quiero, aprecio y envidio por su sin par virtud. A ambas os abraza de todo corazón vuestra mejor amiga,

CECILIA.

1860

Señor y querido amigo (2):

Doy a usted las más expresivas gracias por su gratísima, que me demuestra un recuerdo que me es tan caro y dulce, y que es ahora, como en otras ocasiones, uno de esos consuelos del corazón que reconcilian con la vida.

La mía es siempre la misma, o por mejor decir, tengo cada vez más que hacer. En parte me alegro; las ocu-

---

(1) Cuyo boceto hizo en el palacio de San Telmo, a hurtadillas, el Sr. Madrazo, por orden del duque de Montpensier.

(2) Don José Pastrana,

paciones, aunque a veces fatigan, otras distraen la mente de la triste realidad, ahuyentan el ocio, que engendra tristeza, y dan la satisfacción de haber hecho algo, aunque no sea cosa de gran provecho.

¿Conque de veras y muy serio me dice usted que Matilde se va huyendo del contagio? ¿Contagio de qué? Solamente puede ser contagio de salud, pues jamás, al decir de los médicos, ha habido más salud, y al decir de las estadísticas, menos defunciones.

Sería una calamidad si durase siempre el presente estado, pues al cabo de algunos años no caberíamos (1) en el mundo.

Escribí, no el pésame, sino felicitaciones a la marquesa de Pimodán, sobre la heroica y santa muerte de su marido. Me contestó en su nombre un primo suyo, el conde de Levís Minapoix, y me decía que el marqués había sido víctima de la más horrible traición; y eso que los liberales afrancesados (segunda edición, corregida y aumentada, de los del año 12) decían que no era cierto.

Este Bonaparte es siete veces peor que el primero, que es cuanto se puede ponderar.

¿Está usted contento con el tiempo? Me parece que viene a pedir de boca, y que es la ocasión de aplicar la bonita frase popular que «Dios se ha metido a labrador». Mucho lo celebro por todos estilos.

Mientras peores andan las cosas de Italia, más contenta estoy, porque más pronto es preciso que tengan fin.

Aurora dice que es preciso que dé Dios un *golpe de*

---

(1) Así, tal como está impreso, lo escribió Fernán Caballero, y así también lo pronuncian muchas personas del vulgo en Andalucía. Como se ve, es una andaluzada de marca mayor.

Estado, y estoy persuadida que lo dará cuando y como menos se piense.

Me parece que le he cansado a usted ya bastante la vista y la paciencia con mis garabatos.

Quédame que reiterar a usted las gracias por su grata y fina carta, y suplicarle que se anime a venir cuanto antes por acá, aunque no sea más que por Matilde, que, según está a la vista y todos conocen, se desmejora y entristece de una manera aflictiva en ésa.

De usted su más amiga y s. s.,

CECILIA.

26 de noviembre de 1860.

1860 (1)

Mi querida Matilde :

Ciertos altos personajes desean tener tu retrato y el de tu niña en tarjetas para álbum, ofreciendo en cambio los suyos. Te suplico, pues, que me los mandes al instante para que no crean que se desatiende tan lisonjero deseo.

De prisa, pero siempre tu mejor amiga,

CECILIA.

El de Fernando está que no cabe más.

---

(1) Escrita hacia el año 1860. Doña Matilde tenía puesta la colección de cartas por orden cronológico, y ésta y otras que van sin fecha las coloco en la que me parece más aproximada a cuando las escribió. Después de todo, el orden de factores no altera el producto.

1860 (1)

¡Jesús, Matilde mía! No sé en conciencia si debo admitir, y si en conciencia puedo rehusar tu grandísima caridad. ¡Dios te lo premie! Te escribo tan inmutada, que me tiembla la mano. ¡Qué corazones hay en el mundo! Y los vuestros todos son de los selectos, que detienen la venganza de Dios, que tanto merece el mundo (2).

1860 (3)

Muy señor mío:

Empezaré por pedirle a usted perdones por mi atrevimiento dirigiéndole ésta; pero espero que las varias causas que me obligan a hacerlo me servirán de excusa.

La primera es un apuro en que me hallo y quiero explicarle en las menos palabras posibles. S. A. R. el Sermo. Sr. Infante, consecuente siempre a esa gran bondad que tanto realza la suma delicadeza con que la ejerce, se dignó enviarme gran cantidad de mi pobre *Cuadro,* que tan magníficamente mandó S. A. R. imprimir. S. A. R. quería que yo obsequiase con ellos a mi numerosa familia; esto mismo hice, pero como todos son ricos, les dije al dárselos: «Venga la limosna para los

---

(1) Escrita, probablemente, en noviembre de 1860.

(2) Hasta la firma se le olvidó. Manifiesta su agradecimiento por un espléndido regalo de frutas y comestibles que le hicieron para dulcificar un poco la amarga y dura prueba a que estaba sometida por aquella época de luto y desconsuelo la buenísima Fernán.

(3) Borrador muy confuso, escrito en 1860.

pobres heridos, que S. A. R. con ese benéfico y patriótico fin ha costeado tan hermosa impresión.» Reuní, pues, su valor y me encuentro con que mis amigos de Madrid se escandalizan, y me dicen he hecho una cosa que podría no parecer bien a S. A. R.

De esto me he reído. Muy torpe tendría que ser la persona que como yo amase, venerase, admirase a SS. AA.; que como yo no tuviese más pensamiento que el de agradarles y servirles, para hacer una cosa que tuviese opuestas consecuencias.

Es el caso, pues, que me escriben que los libreros no quieren recibir el dinero como producto de la gran obra de caridad que han hecho SS. AA., pues sólo pueden entregar el importe de los tomos recibidos, y que no saben qué hacer con el dinero que yo he recogido, no habiendo más medio que entregarlo a la Junta de recaudación en mi nombre. Esto no puede ser, ni yo quiero; además, todo mi deseo y mi afán es que se aumente en lo posible el fondo de la venta, esto es, la nueva limosna que dan SS. AA. RR. No sé si me habré explicado, pero confío en aquello de «al buen entendedor, etc.». Por no ser más cansada y resumiendo el asunto como en los memoriales :

Por lo cual a V. I. reverentemente suplico que me saque de este atolladero, indicándome adónde deberá Apecechea, que es su depositario, entregar los fondos recaudados por mí a beneficio de los heridos.

Segundo punto. He tenido una carta preciosa, y dicho se está que es preciosa estando firmada por Mr. De Latour, en que me dice que ha remitido a usted la última parte de ese admirable T. para que usted me lo remita; mucho deseamos recibirlo para hablar de esta obra al público, sintiendo que Trueba nos haya ganado en esto la delantera en *La Correspondencia,* según he sabido.

Nunca he sido carlina, porque acataba la voluntad de Fernando VII, por más que los principios de D. Carlos me simpatizasen más que los de la reina Cristina; pero, a fuer de amante a la familia real y española, no he podido menos de sentir hondamente que el carlismo, que moría tranquila y dignamente la muerte natural, se haya levantado de su lecho de muerte para alejar de su tumba todo el respeto de las gentes honradas. Si el digno D. Carlos abriese los ojos y viese a sus hijos, los unos perjuros e instrumentos del sobrino del tío contra España, y el otro democratizado por esos perversos ingleses con igual fin, me temo que los maldiciese *(sic)* (1).

Dice O'Donnell que sus enemigos le han hecho su suerte, y dice bien. El carlismo se ha suicidado mientras su gobierno.

Espero que S. A. R. el Sermo. Sr. Infante habrá recibido mis calurosas y respetuosas felicitaciones por el nacimiento de una hija, que ha sido bautizada con una advocación de la Virgen aplicable a su dulce madre y a su generoso y benéfico padre (2).

---

(1) Como se ve, Fernán Caballero dice que no es carlista. Se ha dicho que sí, que lo era, y se ha querido formar una leyenda enteramente falsa alrededor de sus ideas; pero no puede desmentirlo más claramente la suave escritora.

(2) Aquí acaba esta luminosa carta, sin fecha ni firma. Afortunadamente está escrita en otra fechada, como verá el lector, en 1860, y voy a copiarla porque es corta y no deja de tener algún interés y gracia. Va corregida la ortografía.

«Sanlúcar de Barrameda y julio 10 de 1860.

Sra. D.ª Cecilia.

Muy señora mía: Celebraré siga usted buena; yo disfruto de completa salud y a su disposición.

Remito a usted dos melones y cuatro libras de peras de regalo

1860? (1)

¡Qué ideas tiene usted! ¿Usted cree que Fermín se ocupa de los años? Y ya que hablamos de eso le diré que los años son el verdadero progreso del hombre. Ajan el físico y ennoblecen el alma, dejando evaporarse con ellos la pueril vanidad de la juventud. Creo que son un tesoro. Dicen los franceses : «Si jeunesse savoit! Si viellesse pouvoit!» Así es que cuando la edad madura conserva el nervio y la actividad de la juventud, perdiendo las pasiones, las futilezas, la vanidad y petulancia de aquélla, llega el hombre a su estado de perfección.

Por moi si le destin, veut m'offrir à mon choix
Le sceptre du génie ou trône des rois,
La gloire, la beauté, les tresors, la sagesse,
El joignit assez dans l'éternelle jeunesse,
Non, je ne voudrais pas dans un monde pareil
Non, je ne voudrais pas rajeunir d'un soleil!
Je ne veux pas d'un monde ou tout change ou tout passe
Ou jusqu'au souvenir fuit sans laisser de trâces
Ou tout est périssable fugitif, incertain,
Ou le jour du bonheur, n'a pas de lendemain!

No sé si mi memoria es del todo fiel; pero así poco más o menos se expresa el rey de los poetas franceses,

---

para usted por los muchos favores que usted tiene hechos por mí. Desearé que mis amos no se enteren de esta friolera, y lo que siento es no poder mandar cosa mejor.

Consérvese usted buena y mande a este s. s. s. q. s. m. b.,

Mateo Estévez y Perico.»

(1) Escrita, probablemente, al Sr. Escosura por el año 1860.

Lamartine, que se lució como hombre público aún mucho más que Châteaubriand buscando el *amalgama*. ¡Utopía! ¡Utopía!

En cuanto a Lamennais, ése renegó. Dios le perdone a aquella infame, que no respetó *nada* para perder a un hombre, e hizo el horrendo contraste de lo que es la misión de la mujer.

George Sand. Sand, en alemán quiere decir arena; apropiado nombre a aquel suelo en que sólo crecen altos pinos con punzantes borbojas y áspera corteza; pero ni una flor, ni una violeta que humilde perfume el ambiente terrestre, sin remontarse al de las nubes mustias y tormentosas.

Cuando volví de Alemania, donde me eduqué, o me educaron, en un colegio francés, y volví a ver a un caballero amigo íntimo de la casa, del que conservaba gran ilusión por ser muy ligero saltador y juguetón, lo hallé un señor grueso, que ya no saltaba, y exclamé con mi boca fresca de colegiala: «Ah!, comme il est changé!» Usted, si me viese con la ilusión que se habrá formado con su parcial imaginación, dirá (aunque no de recio como la *nigaude* colegiala): «Ce n'est pas cela.»

La elegante condesa de Velle tenía, como usted, una bondosa (1) ilusión por Fernán. Encargó a Cañete que me viniese a ver hay dos años. Vino, lo recibí, volvió a Madrid.

«¿Qué tal?», preguntó la condesa. «Muy bien, respondió Cañete (sin burla, ¡cuidado con eso!). Un tren de beata; su cabello recogido con unos alfileres o ganchos sobre la sien; su pañolito prendido en el pescuezo con un alfiler; ¡corsé Dios lo dé! Fernán no per-

(1) Por *bondadosa*.

dió el aprecio de las gentes, eso no; pero se desprestigió de un todo.»

Después, Cañete ha sido muy amigo mío, y nunca le he hablado de esta pintura que sé hizo de mí, y que supe por una sobrina mía que se puso furiosa, y a la que yo decía: «¡Pero, mujer, si ha dicho la pura verdad! ¿Qué mal hay en eso?» Ponderó un poquito, pero ¡ojalá hubiese dicho la verdad, y tuviese yo empaque de beata, que es señal que lo sería! (1).

Así, pues, figúrese usted una especie de granero, sola parte que hallo en que meterme.

Allí una pobre señora teñida de amarillo por una ictericia (única enfermedad de consideración que he tenido en mi vida), vestida de beata, hablando muy mal,

---

(1) Aunque la gentil señora se saca muy donosamente la espina, todavía queda algo por decir en loa de las bellas prendas naturales con que Dios la dotó.

Conservo tres retratos de la gran novelista, y ninguno de ellos delata la menor déformidad en sus facciones. El que hizo el Sr. Madrazo por orden del infante Montpensier desmiente por completo al que hace el Sr. Cañete, un poquitín burlesco. Volvamos por los fueros de la verdad, y recobre Fernán el prestigio de que se queja verse despojada. Su gran amigo y biógrafo D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, en el prólogo que escribió para su obra póstuma, *Magdalena,* un año después de morir la ilustre escritora, o sea en 1878, dice en la página 15: «Cecilia entretanto había crecido en entendimiento y en belleza. Ésta, en quien se unían la dulzura alemana y la expresión y viveza andaluzas, era tan grande, que las gentes se paraban en las calles al verla pasar para contemplarla; aquél estaba realzado por la más candorosa sencillez. Un retrato en miniatura hecho en aquella época, y del cual poseo, por el más feliz de los azares, copia fidelísima al óleo, debida al pincel del distinguido artista Sr. Morgado, demuestra cuán justa era la admiración de los que conocieron a Cecilia en su juventud.»

Esto no está muy en armonía con lo que dice Morel-Fatio en su obra citada, pág. 285.

porque el poco talento que tengo no lo tengo yo, sino mi pluma, y porque desde muy joven me apropié aquella máxima: *Qu'il ya beaucoup d'esprit a cacher qu'on en à;* y si pisa aquel palomar se dirá: ¿Qué he venido a buscar aquí? ¿Qué hallo? ¡Algo bueno; al menos hallará usted... una amiga! No crea usted que pondero, ni me echo por el suelo; tengo demasiada dignidad para semejante mezquindad, que es tan ridícula como la de remontarse. La verdad, que es mi ídolo, la noble verdad. Verá usted una mujer a la que los años han quitado la juventud y la hermosura, que no echa de menos, porque en compensación, esos años, que son tan buenos, le han dado el gusto y deseo de paz y soledad. Que ha perdido rango y fortuna que no apetece (1).

1861 (2)

Nuestros héroes de la guerra de África deben creer con la Europa entera, que no existe valor alguno que pueda sobrepujar al que ha brillado con esplendor eterno en aquellas agrestes costas. Pues existe aún un valor más grande, y es el que tiene una persona tímida, insignificante y retraída, en escribir a una persona que no conoce, es decir, personalmente.

Muchas veces me ha impulsado mi corazón a tomar la pluma, y otras tantas, cual el pájaro que toma su vuelo, y cual él, lo para el cristal de la ventana por que iba a penetrar en un palacio, me han parado el respeto y la delicadeza. Pero después me gritan a un tiempo el corazón y la conciencia: ¿Cómo te envuelves en tu egoísmo

---

(1) Falta la firma.

(2) Dirigida al general Ros de Olano.

y tu inercia cuando existe, si no la probabilidad, la posibilidad, que puedas hacer un bien haciendo llegar una súplica al señor general inspector de Infantería? Ésta es la siguiente:

Una desgraciada y bien nacida huérfana fué recogida desde su infancia y educada cual nosotros por mis padres (1). Hace muchos años que con constancia española tiene amores con un militar que es ahora capitán del regimiento de África, que está en Cataluña. Se llama Bruno Fariña y Placencia, sobrino del difunto general de este nombre y cuñado del marqués de la Motilla. Su carácter modesto, ensimismado y obscuro, unido a su mala suerte (pues los regimientos en que ha servido no han tenido ocasión jamás ni modo que los pusiese en primer término), han hecho que ya entrado en años se halle, a pesar de su pura y buena hoja de servicios, tan atrasado en su carrera. Ella, por su parte, ve irse su juventud en continuo mal de la ausencia y en estériles esperanzas. Esta pobre muchacha de continuo acude a mí (pues ya mis padres no existen) como el que se ahoga a una débil paja. Su deseo (y no digo los deseos de ambos, pues los militares si algo desean lo deben callar), el deseo de ella, pues, sería que pasase a Estado Mayor, es decir, que se le diese algún mando de castillo o Comandancia de armas de algún pueblo de poca importancia, como el Puerto de Santa María, Puerto Real, Sanlúcar, Rota, etc.; y si esto, su ideal, no pudiese ser, que fuese trasladado Fariña a uno de los regimientos de Provinciales de Sevilla, Córdoba o Utrera, para que viniese por acá y pudiese casarse y, aunque tarde, gozar de una felicidad tanto tiempo ha esperada, tanto tiempo ha pedida a Dios, tanto tiempo ha ansiada.

(1) Se llamó Javiera. ¿Quiénes fueron sus padres?

Ellos nada pueden hacer para procurarla y acuden a mí, que estoy en el mismo caso. Pero más hace el que quiere que el que puede. Yo elevaré esta súplica en que estriba la felicidad de dos personas (de las que una fué hija adoptiva de mis padres), muy alto, porque aquel a quien va dirigida no es ningún duro y tosco Tamerlán, sino al general Ros de Olano, al militar más humano, al caballero más culto, al hombre más delicado y entendido, al mejor de los padres de familia. ¿Qué me arredra, pues, que me crea atrevida? Lo soy, y debo conformarme con que por ello me tengan. ¿Un desaire? Al que no tiene orgullo no le impone un desaire. ¿Que no consigo lo que pido? Eso sería lo más triste; pero el temor del mal éxito no debe impedir hacer el bien. Allá va, pues, mi carta; en ella todo mi corazón, todas mis esperanzas; en ella la felicidad de dos personas excelentes y queridas; en ella el triunfo de la buena intención sobre la mala vergüenza; en ella todos mis respetos a la noble persona a la que va dirigida, y mi súplicas para que perdone mi osadía en escribirle sin ser conocida de ella, confiada en que tendrá usted presente nuestra magnífica máxima : «Haz bien, y no mires a quien.»

B. l. m. de V. s. s. y a. i.,

FERNÁN CABALLERO.

Sevilla-Alcázar, 27 de febrero de 1861.

1861

Querida Elisa :

Cuando me escribiste fué por un triste motivo, por desgracia; otro igual pone la pluma en mis manos. Puedes pensar el que me ha causado Carlitos, porque si

Bayardo (1) era el valiente de los valientes, Carlos era el bueno de los buenos hijos de tu hermana, el mayor, el más adelantado en su carrera, en fin; murió el árbol cubiertas ya sus ramas de frutos bellos en plena sazón. Este verano ha sido cruel y se ha llevado muchas queridas existencias, lo que, unido a otros disgustos, hará que no lo pueda olvidar jamás. Valle de lagrimas, nos dice la fe, nos confirma la experiencia, y cuando de esta verdad nos distraemos algo por intereses mundanales, un golpe cruel nos vuelve a grabar dolorosamente esta verdad en el corazón.

Ya sabrás murió de repente el suegro de Cecilia mi sobrina Arco, Marqués Marchelina. Toda mi gente está fuera : mis dos sobrinas, niños y maridos, con Aurora, en el Cerrillo (2); Pancha (3), en Puerto Real, con su familia; las Pastranas todas, en Sanlúcar; Salvador (4), en Cádiz; Manuel (5), en París; Luz (6), en Puerto Real; sólo quedan Concha (7), las Meléndez y la inolvidable Candelaria. Casi estoy por no contar tus hermanos, pues la distancia que nos separa equivale en estos calores a una ausencia.

Como sé te agrada tener retratos, te mando el de

---

(1) Este Bayardo era D. Pedro de Terrail, héroe francés apellidado *el caballero sin miedo y sin tacha,* militar valiente y privado de Francisco I. Murió en la batalla de Sesia en 1524.

(2) Hermosa finca de recreo a un kilómetro de distancia del Puerto de Santa María, en la carretera de Sanlúcar.

(3) Doña Francisca Castro, madre del pundonoroso militar y cristiano caballero D. Francisco Pareja, coronel de Artillería.

(4) Don Salvador Castro. Falleció en Sevilla siendo general.

(5) Hermano del antedicho Sr. Castro.

(6) Doña María Luz de la Puente y Apecechea, dama distinguida, modelo de madres y de esposas. Estuvo casada con D. Alejandro Linares y Ayala.

(7) Otra hermana de los Sres. Castro arriba mencionados.

Velarde (1), ayudante del infante, que no dejarás de conocer y que no me se *(sic)* quita de la cabeza llegará a ser nuestro pariente o aliado, pues creo que tanto él como Teresita Holgado (2) tienen, aunque muy oculto y disimulado, interés uno por otro.

Adiós, mi querida Elisa. Di mil cosas a tu padre y marido. Daría un dedo de la mano por que viviesen ustedes aquí; pero luego me pregunto: ¿Acaso disfrutarían aquí de la dulce tranquilidad que allí gozan, que es el suave algodón en que mejor se guarda la tan inapreciable joya de la felicidad?

Tu mejor y apasionada amiga,

FERNÁN.

18 de agosto de 1861.

Te mandaré más retratos cuando los vaya adquiriendo (3).

1861? (4)

Es usted el hombre de más talento *(esprit)* que conozco (es poco decir, que hay en España); añada usted a esto que ha estudiado Leyes, y se comprenderá que el día que se le antoje probará que lo negro es blanco. En esta ocasión, en su carta del 30 prueba con la misma

---

(1) Excmo. Sr. D. Miguel Velarde, conocidísimo en la buena sociedad sevillana.

(2) Falleció no ha mucho en Ronda, habiendo vivido célibe toda su vida. Llevó el título de marquesa de Moctezuma.

(3) Al dorso está la dirección, escrita así: «S.ª D.ª Elisa Escalante de Valdivia.—P. m. q. a.» Aunque no indica el lugar en que la escribió, muy claramente se colige del contenido de la carta que la firmó en Sevilla, donde a la sazón vivía.

(4) Dirigida a D. Eugenio Ochoa.

facilidad que lo blanco es negro, es decir, que mi carta anterior le parecerá a usted (y al que lea la carta de usted) tal, que se conoce que estaba mal contenta con Mellado o con Fermín y otro, y cree que todos eran lo mismo (1); a todos, pues, convencerá usted con estos y otros cargos que mi carta era... ¡qué sé yo!; pero tal, que si yo misma la volviese a leer la rompería. ¡Sí, sí!; a todos convencería la convicción que parece usted tener... menos a mí, que la escribí, y por consiguiente sé que cuanto usted dice es injusto y parte de suposiciones mal fundadas.

Aquí concluyo, puede que por no saber defenderme, puede que por no querer, que el silencio es la mejor espada de Alejandro para los nudos gordianos de ciertas disputas que no se pueden nunca dilucidar; puede que por no poder, porque mi abatimiento y mi desbarajuste moral por la reciente catástrofe (2) me quita ideas, ánimo y voluntad.

Dice usted que el mucho incienso marea. Según sea él y los sentidos que lo aspiran. Crea usted, amigo mío, que cuando el de usted y el de otras personas que se le acercan en valer no me han mareado, no lo harán los prefacios, sobre todo si, como el de H. (que agradezco mucho), se compone, para salir del paso, de cargos liliputienses, refutados con descargos pigmeos. Cuando el prefacio de una obra en que aparecen figuras (al natural) de una tía Juana, de una Luz y Paz, Manuel Díaz y Marcos Ruiz, no para su atención en ellos, para ocu-

---

(1) Algo confuso encuentro el párrafo anterior, que transcribo fielmente. Sólo he dejado de copiar una preposición por estar repetida.

(2) La catástrofe de que tanto se duele es la muerte trágica del Sr. Arrom.

parse del feísimo castillo ambulante que en mala hora llamé la diligencia de que me burlo de unos mandaderos gallegos, sin recordar que uno de los más bellos tipos, el capataz Juan Mena, es gallego, es imaginarse que en muy poco tengo yo a las creaciones de mi mente para que pueda este incienso marearme. No, señor. Valen otro mejor.

Lejos de marearme, creo que son pocos, muy pocos los que leen con bastante atención lo que escribo para darle su justo valor, ni profundizar su intención; así como creo que se me ha dado un valor ficticio que no tengo, y cuando sobre esta falsa base se quema incienso, lejos de marearme, me es altamente penoso y avergonzador *(sic)*. Así, creo que si en el prefacio decía usted que el mucho incienso marea, me habría hecho dos perjuicios notables : el uno, el graduar de incienso los prefacios del duque y de Hartzenbusch; el segundo, de achicar a Fernán hasta creerlo susceptible de marearse por inciensos. ¡Cosa rara! Tengo una carta de Barrantes que me decía eso mismo en otras palabras: que mis aduladores me iban a perder. Se equivocó, y usted, con serle tan superior, se engaña en esto también. Compare usted los triunfos del pobre Fernán con los de G. Avellaneda y Carolina Coronado, discernidos por la proverbial galantería castellana, y conocerá que no son para marear a nadie. Recuerde usted que si un periódico la sacó con un elogio sentido y bello, fué la señal de una casi unánime y disfrazada hostilidad de parte de los demás, y ocasión de que casi se retractase el primero, tomando por disculpa a su parcialidad la triste situación en la que (con razón, pero entremetidamente) me consideraba.

No creo que los prólogos susciten envidias, pues así se imprime todo en el día. Cada obra que contiene la

reciente impresión del duque de Rivas (que no necesita ciertamente protección ni andaderas) trae el suyo de diferente pluma. Y si las suscitasen, que las susciten. No será culpa mía.

He escrito a Fermín que había suplicado a usted de no hacer el prólogo, porque no quería de modo alguno tener dos del mismo autor, y que usted había compuesto uno precioso para *Lágrimas,* y para no ofenderlo, pues sé que tiene escrito uno para una novelita mía que se titula *El servilón y el liberalito,* le digo que sólo él, como editor, será una excepción. Conocí que usted no estaba inclinado a escribirlo, y con razón, porque es uno de los tomos que menos valen; sentía que fuese por disposición ajena y no mía, y rehusé, guiada, como siempre, aunque se desconozca, por lo que a mí me parece delicadeza, y puede que en mi tosco sentir equivoque, o ya la cosa, o ya el modo de hacerla.

Oiga usted un trozo de mi reciente confesión; no crea pueda llegar a más la franqueza y la confianza en usted. Usted sabe dije que «en lo más mínimo despiertan los elogios en mi vanidad. Sé que nada de cuanto escribo es mío, y que no he tenido más que el buen tino y el buen gusto de recolectarlo. Pero creo de peor condición al amor propio, que tan susceptible me hace, que me agria e inquieta, por la más mínima señal de hostilidad, de crítica o de menosprecio».

Si algo me pudiese engreír, no son los elogios de la Prensa, que unos se dirigen a las ideas, no porque son mías, sino porque son religiosas; otros al novelista, lo que no es extraño, pues aunque tuerto, estoy (en esa nomenclatura) en país de ciegos, y otros con galanterías de periódicos que quieren originales, y otros de amigos que quieren al autor.

Si algo pudiese engreírme como autor, es lo siguien-

te que me pasó el otro día. No recibí el número de *La España* en que empezaba el *Cuadro* que remití a usted. Me hice indicar al Casino de Artesanos en que se recibe, y fuí allá. «¿Se ha recibido aquí *La España* de ayer?» dije a un mozo. «Sí, señora.» «Yo la quisiera.» «¡Ya! Eso será, repuso, porque trae un folletín de F. Caballero.» Confieso a usted que el corazón me dió un brinco. «No, señor — contesté friamente —; es para ver otra cosa.» «Pues vuelva usted mañana o mande por ella, porque esa *España* todos la quieren leer, y en todo el día estará disponible.»

Esto no es incienso, amigo mío; es fragancia de flores silvestres echadas al tuntún al aire. Ninguno de aquéllos lee en su vida una novela.

Creo que hay genios sensitivos y delicados que es preciso, como a las flores, regar para que crezcan y florezcan. Sin la crítica razonada de Ochoa cuando salió *La Gaviota,* es bien cierto que no hubiese existido Fernán; es decir, que hubiese existido (ese era su destino); pero nada habría sido publicado. No obstante, hace tiempo que me horripilo y estremezco de ver mi nombre en los papeles; pero es porque, además de no tratarse nunca de lo que escribo, sino de mi persona, a ésta han arrancado cruel y atrevidamente la máscara que la cubría.

Ayer fué un buen día para mí, porque lloré mucho y lo necesitaba. Fué en la función de la Virgen de Candelaria. Mis ojos estaban muy secos, y pocas y acerbas lágrimas había aún podido verter por la catástrofe que parecía haberme circunscrito a un horrible estado de desasosiego y horror.

Pero cuando al son de la Marcha Real subieron de la iglesia al altar mayor el humilde patriarca con unas palomas blancas y la hermosísima señora con una vela en la mano, prorrumpí en sollozos y en un mar de lágri-

mas, lo que fué poco notado, pues cuantas mujeres me rodeaban lloraban cual yo. Desde entonces estaba más sosegada. Su carta de usted ha vuelto a llenar mi ánimo de obscuras nubes. Me voy persuadiendo cada día más que debo dejar de escribir y de publicar nada. Entrada en la completa calma de la soledad y silencio, podré recuperar un sosiego que es más necesario a mi existencia que el aire que se respira.

Yo creí que con la edad del amor desaparecían las inquietudes en las relaciones afectuosas de la vida; pero veo que los amigos atormentan, son sospechadores, injustos e ingratos como los amantes, que temen, cual ellos, al olvido, que tienen de la mujer igual desconfianza, que buscan pretextos para tener el placer de presentarse como agraviados y el lauro de mostrarse en seguida generosos...

¿De qué puede inducir en las palabras de mi carta que deje de presentarse en la escena política por miedo? Sé que no lo es; es por menosprecio a lo presente, pero eso no disculpa ni lo es el temor de que se le crea ligado a algún partido. Mientras no se chupa del presupuesto, se es respetado por las sospechas.

Siento que mi carta a Pidal haya disgustado a usted, y siento no haber pedido a un amigo que me la escribiese en verso. Mi política (esto es urbanidad) con altos personajes y gentes muy ocupadas es de retraimiento, que es la que ellas aprecian; decir lo que se debe decir, con las menos palabras posibles, es, a mi ver, lo más fino, lo más modesto y lo más digno (1).

---

(1) No la firmó su autora.

1862

19 de enero de 1862.

Mi muy querido Tomás (1):

He recibido tu preciosa carta, y aunque una de Juan Sala, que ya he contestado, me indicaba algo de lo que me dices, no por eso ha dejado tu carta de hacerme la más viva y dulce impresión, llenando mis ojos de lágrimas y mi corazón de gratitud. Pero, ¡hijo de mi alma!, tú, mi generoso *banquero,* menos que nadie debías estar equivocado sobre mi situación actual, que raya en *rica,* y si no aquí tienes mis entradas del año pasado, que este año serán mayores, por cobrar (si Dios nos da vida) el por ciento de los 2.000 duros todo el año, ítem más aumentado con el de los 5.000 reales :

Doce meses de pensión o viudedad...............	4.800
Réditos de las casas del Puerto....................	3.458
Premio de los 2.000 duros desde mayo............	1.634
Dos cupones de 12 duros..........................	480
Por un artículo en *El Museo*.......................	200
Libros míos que envié a Manila y otros...........	748
	11.320
La casa en que vivo representa, por lo menos.....	5.000
SUMA.........	16.320

Ahora, hijo mío, dime si una mujer sola en este mun-

(1) Hijo de D. Tomás Osborne y D.ª Aurora Böhl de Faber, hermana de Fernán Caballero, y sobrino, por tanto, de la eminente escritora. A su celo debemos una buena parte de los autógrafos que publicamos. Nadie como él y su bondadosa madre se interesaron en todo momento por Fernán. Bien lo revela esta interesante carta.

do necesita más de 16.000 reales para vivir, sobre todo a mi edad, en mi situación y con mis gustos y genio económico. ¿No ves que sería, no ya contra mi delicadeza, sino contra mi conciencia, recibir más, por rica y generosa que sea mi familia?

He pasado miserias crueles, no lo niego, sobre todo en Chiclana y Sanlúcar. No tenía más que una onza al mes, que debí a la caridad de tu buena madre, pues aunque tu tío estipuló como condición para ceder a sus cuñados e irse, el que como no podía dejar perecer a su mujer, que se me diese una onza entretanto que empezase a cobrar sueldo y me pudiese enviar parte, sabes como... (1), tal ultraje a una mujer como yo, hermana de una mujer como Aurora, madre de sus mujeres, viuda del dueño de todo..., es cosa que en un drama parecería exageración dramática.

No lo tomé porque *tomar* es muy denigrante; esto no lo comprenden las almas nobles que, como vosotros, me quieren dar por generosidad; pero lo comprende y siente la que *toma*.

Tu generosa madre, tu concienzuda madre, siguió dándome (hasta que Antonio me pudo enviar) la onza. Con ella viví año y medio con pobreza, pero con decoro, costándome la casa 6 duros y medio en Chiclana, pues (2) no me ofreció vivir en la suya, y quedándome 9 y medio para vivir con Javiera.

Entonces escribí en *La Moda* por 10 duros al mes; pero éstos, desde Cádiz, iban a mi suegra; y esta es la sola ocasión en que he escrito por *necesidad*, hijo mío, ¡la sola! Ustedes eran chicos y nada sabían de mis miserias; tanto más cuanto que me guardaba muy bien de

---

(1) Omito un párrafo.
(2) Omito un nombre propio.

quejarme. Cerca de un año pasó sin saber del infeliz viajero. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué año de angustias, miserias, desvíos y olvido pasé! ¡Cuánto amargaban mis lágrimas de angustia, de dolor y de terror lo poco que comía! Y escriba usted en aquella situación novelitas para *La Moda,* cuyo dueño, ese atroz De Carlos, me trataba con la más grosera impertinencia. Dios con un soplo desvanece las nubes y las desgracias. De repente la reina me da casa en Sevilla; Fermín Puente hace un trato con Mellado, que le da 2.000 reales por la impresión de cada tomo, y eran trece; puedo venir a Sevilla y puedo poner mi casa, pues todo, todo lo había vendido por pagar a D. Calixto García, al que le había dejado la renta de la casa una deuda. Antonio me envía y puedo pagar con eso a tu madre 10.000 reales, parte de una deuda; todo iba bien, todo sonreía; lo malo, lo triste estaba olvidado, cuando Dios quiso mandarme el cruel golpe que debía rematar el drama; mas como su misericordia es tan grande, si este golpe lo hubiese llevado en el año más terrible de mi vida, el que pasé en Chiclana, me mata; pero para recibirlo me había rodeado de consuelos, tenía dos ángeles a mi lado: tú y tu madre. Recibí de la misma mano del ministro una viudedad, a la que no podía aspirar; tu noble y honrada mano se apresuró, no sólo a levantar una cruz sobre la sepultura de aquel ente tan bueno como infeliz, sino a cubrir su memoria de cualquier desfalco que hubiese podido mancharla. ¿Qué más puedes ni debes hacer? Nada, sino recibir mis bendiciones en la tierra y las suyas desde el otro mundo. Perdona, hijo de mi alma y de mi corazón, que la pluma, incitada por mis recuerdos, haya penetrado en lo pasado; mas resumiré. Sería escandaloso, sería bajo, sería contra conciencia, que una mujer sola que tiene 16.000 reales de renta tomase

nada de nadie, ni aun de los sobrinos de su alma, sus *mejores amigos,* como tú dices muy bien. Así, el dinero recibido será el trimestre, que cumple a fin de marzo, y para que no digas que soy orgullosa, como lo piensa Juan, tomo los 5 duros de regalo tuyo en metálico, y te prometo mañana lunes salir a gastarlos, como me encargas, en unas hermosas botas nuevas y en dos batas de dormir. Daré mis botas viejas (no muy viejas) a una pobre que está descalza; así los pobres participarán de tu obsequio, y yo te doy las gracias del fondo de mi alma: primero, por vuestra generosa intención, y después por tu regalo, que no gasto en cosas de comer porque Cecilia y García me regalaron para Pascua un hermoso pavo, tortas y... una hermosa orza de manteca. Para mi día, chocolate. María Manuela me ha regalado cuatro libras de te y azúcar. Paca y Rueda, unos hermosos garbanzos; mi suegra, ¡pobrecilla!, jamón y fruta; de manera que estoy bien cierta que fuera parte del ramo de vinos, de que no gusto, está mi despensa harto mejor prevenida que la tuya. ¿Qué te parece? Veo que te avergüenzas de mi superioridad *despensera.* Creo, hijo de mi corazón, haberte convencido, pues hay más. Tengo metidos en mi edición de *Vulgaridad y nobleza* nada menos que 6.000 reales, que son 100 duros que me dieron por *Cuentos y poesías populares,* 100 duros de 200 ejemplares que tomó el infante y 100 duros que me mandó Carlos por ciento que se vendieron en Manila, pues en el trato con el librero entró que me daría 300 ejemplares. Cuando realice mi edición, ese dinero irá a tus manos para ir consiguiendo mi sueño dorado de completar los 3.000 duros para mis pobres sobrinos de Alemania. No tengo hecho testamento, pero conque sepas mi intención, sobra.

¿Conque tres dientes tiene tu hijo? Ya lo sabía; me

lo dijeron sus tíos el otro día que fuí allá, y no encontré más que a ellos. ¡Pues cuidado, que ya puede morder su señoría, hijo mío! ¡Tan sanito y buen niño como fué (y es) su padre! ¡Pues que no herede sólo su sanidad de cuerpo, sino la de su alma y corazón! Mucho celebraré que vengas por acá, pues sólo con un apretado abrazo podrá demostrarte toda su gratitud tu amante tía,

CECILIA.

Un beso a Enriqueta; dos al niño.

Te advierto que como las ocasiones de traer dinero son tan difíciles, pedí a Morgán me diese los 10 duros de pico, pues los necesitaba y me los dió. García me ha mandado los 1.000 reales; así todo está corriente y pagados los intereses hasta fin de mayo.

1862

Hijo mío (1): ¡Qué sensata y qué hermosa carta me has escrito tú, Néstor de rubios cabellos! Ya lo creo que estoy pronta a someterme a todos los consejos de mi *banquero*, y así no te enviaré el papel, haciéndome fuerza el que devenga premios y está en alza; así, pues, quieta, y hasta el año que viene; pero entonces sin falta, pues así se lo he escrito a Belza (2), y no he de consentir en que crea vana una palabra de la hermana de su marido.

No sé, hijo mío, por qué te coge de nuevo el que yo haya consentido en ser un *censo vitalicio* para mis dos *sobrinos hijos*. ¿Pues acaso no fuiste tú quien, pidién-

---

(1) Don Tomás Osborne.

(2) Cuñada de Fernán.

dolo por lo que más amabas en este mundo, tu madre, mujer e hijo, me arrancaste el sí? ¿No te dije que sí, no en cuanto a vuestra loca generosa oferta, sino por 10 duros al mes, que te dije representaban el capital de 2.000 duros, cuyos réditos me cedían ustedes? Así, no comprendo cómo ahora te extrañe. Te dije, sí, en mi carta que reconocía el dedo de la Providencia, pues si bien perdía con el papel 24 duros al año, me había dado poco antes cinco veces más, esto es, 10 duros al mes, en lugar de 2.

Todos mis amigos no sólo querían que yo escribiese para el premio, sino que me han dicho cosas hasta un poco duras sobre negarme a ello, porque pensaba lo mismo que tú, que me había de atraer disgustos en cambio de dos cosas que yo no deseaba: ni lauro ni dinero; pero la carrera de uno de los sobrinos de mi alma (pues no teniendo ni hijos ni nadie, tengo puesto todo mi cariño, amor propio e interés en los hijos de mis hermanos), la carrera de mi sobrino me hará pasar gustosa por todo vejamen, crítica o disgusto. Pero, Tomás, hay que en esos certámenes no tiene uno para nada que dar su nombre, ni antes ni después. En contra de esto hay que mi estilo es tan distinto de los demás, y tan *sui generis,* que al instante me conocerán.

Lo que me temo es no ganar el premio si Dios no me ayuda, porque esa misma idea de escribir por un premio me quita toda inspiración y la *laisser aller,* que es el poco mérito que tienen mis escritos.

¡Ay, hijo mío!, nada espero de ese anuncio, ¡nada! Ahí están los M., que se echarán sobre todo. Nada me ha escrito Fermín, así no será nada; pero ¡qué hermosura sería que entre tu bendita madre y yo sacásemos para costearle a ese querido niño la carrera!

Ya sabrás que se van Cecilia y García a principios del

mes que viene. García vuelve a levantar la casa y venderla o arrendarla. Solamente ver tu letra, hijo de mi alma, me da alegría, como el ver tu cara. Gracias, gracias y bendiciones por todo.

Un abrazo a Enriqueta, mil besos al niño, de tu amante tía,

CECILIA.

6 de febrero de 1862.

Hubo un parte de Bayona en casa de García; llegaron bien.

1862

Mi querido Tomás:

¡Qué ansia tengo por morirme, en vista de que ni mi carácter, ni mi orden, ni mis pocas pretensiones a la vida, me pueden libertar de crueles desasosiegos y sinsabores! Digo esto por lo que acaba de hacer Fermín Puente, lo que me tiene más que desesperada y me cuesta muchas lágrimas. Le escribí hace días que la edición de Mellado iba muy despacio (pues el obispo de Gibraltar, el conde de Torre Díaz, de parte del señor Wiseman (1), un amigo de mi padre, que me escribía de Hamburgo, todos quejándose de no encontrar ni poder hacerse de mis escritos, por todas partes me asaltaban con preguntas); Fermín, sin pedirme mi venia, desbarata el trato con Mellado, y me dice que es porque entrará en él un librero con iguales condiciones,

---

(1) El insigne cardenal Wiseman nació en Sevilla el 2 de agosto de 1802. Lo ha inmortalizado más que ninguna de sus obras, con ser todas excelentes, su novela *Fabiola*. Tal es hoy el nombre de la calle en donde nació el sabio purpurado que deseaba tener las obras de nuestra escritora.

un librero amigo suyo, Tejada; pero entretanto habla a Juan y a Aurora para que compren ellos la propiedad: ¡¡me desesperé!! ¡Ay, Jesús! Para componer la cosa le escribí que yo devolvería los 2.000 duros, y que propondría a Juan que me diese por vida el premio de esos 2.000 duros por la propiedad. Ahora viene, y sin hablar conmigo ni ponerse de acuerdo, te propone el mayor, el más atroz de los disparates: el que costeen ustedes la edición, cosa que no sólo no deseo, sino que de ninguna manera permito, y a la que me opongo tan abiertamente, que escribiré al librero con quien se haga el trato, caso que no se respete mi voluntad. Ya le he escrito a Fermín que respeto su contrato y que inmediatamente escribiría para pedirte el que libres mis pobres 2.000 duros, que creía tan de fijo poseer, que pensaba legar a mis sobrinos, que me habían proporcionado una renta que tanto endulzaba mi vida, y que consentí en que se devolviesen a Mellado, en la inteligencia que los pagaría Tejada. Fermín, con muy buena voluntad, pero por querer más a Fernán que a Cecilia, me ha hecho muy desgraciada; a Fermín todo el mundo lo engaña; los libreros son todos unos ladrones (1), que tomarían de ustedes muchísimo dinero y se quedarían con las ganancias. Ustedes ni entienden ni se pueden ocupar de ese negocio, que se haría en Madrid, y de que serían ustedes víctimas. ¡Ojalá y se pudiese volver a componer el negocio con Mellado, echándome a mí toda la

---

(1) Duro es el calificativo. Tentado estuve por no ponerlo, y hasta lo borré, haciendo la oportuna advertencia. Luego vi que podía pasar como está en el original, pues aunque la palabra es genérica, hoy nadie puede darse por aludido, porque desde que se escribió la carta hasta el presente, las cosas han variado mucho en cuestión de imprenta. Hay también que tener en cuenta el estado de excitación en que Fernán escribió esta carta, como fácilmente se ve en el texto.

culpa! No puedes figurarte a qué punto estoy triste y abatida al ver que por más que trabajo en hacerme la vida tranquila e independiente, me persigue la desgracia y desasosiego. En fin, mi carta tiene dos fines: el uno, pedirte devuelvas a Mellado mis pobres y queridos 2.000 duros; el otro, decirte que si Fermín te habla de costear ustedes una edición, le digas que me he opuesto de la manera más enérgica y declarado perentoriamente que no lo consentiría. ¡No tienes una idea de lo apurada, afligida y desasosegada que estoy! No hables con nadie de esto (1).

Adiós. Convence a María Manuela que se venga sin él. Memorias a todos de tu amante y desgraciada tía,

CECILIA.

3 de mayo de 1862.

Espero que vendrás pronto, y que sobre esto hablaremos y te haré conocer el disparate que ha imaginado

---

(1) Fernán padecía en el asunto de la impresión de sus obras una lamentable equivocación. Todo el plan estaba tramado cariñosamente por su sobrino el conde de Osborne, para favorecerla. Una carta que por fortuna llega a mis manos, lo confirma. Extracto lo menos posible: «Mi plan es rescatar por nuestra cuenta aquella propiedad, y una vez rescatada, hacer una nueva y mejor edición.»

«... Por de pronto, creo conveniente, si a ti te parece bien, dar instrucciones a Fermín Puente para que concluya la negociación que durante mi estancia en Madrid fué iniciada ya, mostrándose Mellado completamente dispuesto a cumplir sus antiguos compromisos. En cuanto al importe de la compra, es mi deseo cargar yo con la mitad, 20.000 reales, y queriendo mamá contribuir con 10.000, sólo deberás tú desembolsar 10.000 más. No sé si será mejor advertir a tía Cecilia que se está en estos tratos. Por un lado, tal vez ponga obstáculos en nuestro camino su delicadeza; pero es posible, por otro, que se ofenda si hasta verificado se le oculta nuestro plan.» (Carta de don Juan Osborne a su hermano D. Tomás, fechada en París a 12 de febrero de 1862.)

Fermín, seducido por Tejada. No quiero que se diviertan con el dinero de mis sobrinos; no. De aquí en adelante queda lo que tú me darás a los 5.000 reales que tienes míos, 30 al mes, y con mi pensión de viuda y los que me den las casas, me sobra. Adiós.

1862

16 y 17 de junio de 1862.

Vergüenza me da, mi querida Matilde, de empezar mis cartas todas con la misma fórmula, que es la siguiente: *aunque con poco tiempo;* esto parece mentira, sobre todo en quien se levanta tan temprano como yo, pero no por eso es menos cierto. Ahí tienes la prueba: ayer empecé esta carta temprano y en todo el día pude volver a tomar la pluma en la mano. Por la tarde tuve que ir en casa de la pobre Pancha y hablamos de ti y de lo que me escribías; te está tan agradecida por tu interés. La abuela de Zaragoza escribe que se le mande uno de los niños; pero ¡fácil era arrancarle ninguno de los dos a Pancha! El chiquillo, cuando lo oye decir, echa sus bracitos al cuello de Pancha y dice que quiere mucho a su abuelita Catalina, pero que no se quiere separar de su abuelita Pancha. En fin, el tiempo ejerce su benéfica misión y su pena es, aunque no menos profunda, más mansa.

Ya me hacía el cargo que Puerto Real no te gustaría, y menos ahora que no está Matilde, que es quien lo anima. Ésta se va a un pueblo de la costa cerca de Tarifa, donde tiene un sobrino de su marido una hacienda, y más tarde irá a Puerto Real.

Aquí se presenta el Corpus suntuoso. El programa de

las funciones aturde y no parece sino que a Vinuesa se le ha ido la cabeza. Las gentes timoratas menean la cabeza a tanta mezcla de temporal y eterno. Me han dicho que tu prima Valentina se ha ido con la Medinaceli a la Exposición de Londres. ¡Qué espíritu! Tu amiga Pepa Gómez se muda a la calle de la Laguna; no sé si será a la casa que vivía Pepa Lamillar. Ésta está quejosísima con las personas que tomaron su casa, porque le metieron muebles en lo bajo; se metió en una casa muy mala en la calle de Zaragoza. Mi familia, gracias a Dios, buena. Tomás y su familia se fueron por mar a Marsella, de ahí a Tours, de ahí a Londres.

El domingo estuve convidada a una misa nueva que hubo en San Telmo, y todo estuvo tan solemne y magnífico como se hace allí todo. Mme. De Latour sigue algo aliviada y ha salido ya a paseo en carretela abierta.

Estoy trabajando mucho, reuniendo y copiando los materiales para el segundo tomo de *Cuentos y poesías populares,* pues Justo o Cueto me los está pidiendo para escribir sobre ello. Ahora sí que es el caso que por un soberano esfuerzo de amistad y complacencia me reunas allí lo que puedas en este género, sobre todo de cosas infantiles, que es lo principal de que se compondrá este segundo tomo (1).

Manuel, entre sus aprensiones y el modo extraordinario con que sus tíos han sentido a Manolita, que tanto la sentirá su padre, pero más no, está de lo más caído y triste que te puedes imaginar. No obstante, anoche tuvo Velázquez y Sánchez el arte de hacerlo reír mu-

---

(1) Creo que no se imprimió. Por dicha llegaron a mis manos algunas de esas *cosas infantiles* que la gran novelista buscaba con tanto ahinco. También las di al Sr. Rodríguez Marín. Véase la nota 1 de la página 54.

cho, bien que como ese hombre no hay otro, y es la gracia burlesca personificada.

Tu casa está cada día más hecha un caos. Antes de ayer me paré y me asusté de ver aquel mare mágnum.

Me ha sucedido un lance chistoso con Godínez. No me conoció, me retrató de arriba abajo, sacó una caricatura, tuve paciencia, pagué y nada dije. Después ha sabido quién soy y que los retratos eran destinados a personas reales y cortes extranjeras. Está desesperado y dice me quiere volver a sacar; pero no se verá en ese espejo; ya me ha sacado Ortiz bastante bien.

Adiós, hija mía. Dios quiera que esta carta te halle aún en Puerto Real y no se pierda. Aunque más vale que te la dirija a Sanlúcar. Un abrazo a tu madre y Mercedes, cariños a tu padre, y tú recibe todo el de tu mejor amiga,

Cecilia.

1862

¡Cuánto te agradecí, queridísima Elisa, tu preciosa carta, que es lo que eres tú, un modelo de bondad, de finura y de talento! No la he contestado antes, pues, aunque te rías, te diré que he estado abrumada de quehaceres. He escrito algunas cosas, pues se está imprimiendo en Cádiz un tomo de artículos míos religiosos y morales, y he tenido con urgencia que copiar y corregir muchos de ellos.

El otro día, aunque sin tener las botas de aquel cuento que tenía la propiedad de andar en cada zancada siete leguas, fuí a ver a tus hermanos y ¡figúrate mi desesperación cuando una criada, cruel como Nerón, me dijo

que no estaban en casa! (1). Así es que no sé de tu vagabundo padre (2), y si las grandezas de la Exposición le han hecho olvidar las hermosuras de Sevilla y las bellezas de Ronda y las substanciosas *roostbeefs*, nuestros frescos gazpachos. Estoy deseando que vuelva para que me cuente, pues lo hará mejor que nadie con su don de observación recta y culta.

Nada de nuevo hay por acá. Para mí nada más grato que este quietismo pacífico; así dure mucho. Pancha con su familia se fué a los baños de mar a Cádiz. Lolita está pedida por Ana Benjumea para su hijo Diego. Es una excelente boda. Este es el mundo : un penar y un consuelo.

Los infantes en Londres; Mr. y Mme. De Latour en París; toda mi familia en Francia; yo, en la iglesia, en mi tina de baños, en mi cama y mi silla baja me paso la vida triste, pero pacífica y cómoda.

Leo, como puedes pensar, por lo cual nunca me encuentro sola. Me acuerdo mucho de ti, y desearía que vivieses aquí y en la casa de junto; así me darías el buen rato de verte a menudo y de charlar tan simpáticamente como pensamos.

Adiós, queridísima Elisa. Di mil cosas a tu marido, y vele imbuyendo a que venga contigo este invierno a pasar una temporada a la anciana Sevilla, que parece una vieja compuesta con tantas cosas modernas de mal gusto que le está poniendo nuestro *no* ilustre Ayuntamiento. Da un abrazo a tu tía Dolores, y recibe

---

(1) Por esta época vivía Fernán Caballero en el patio de Banderas, y los hermanos de D.ª Elisa en la calle de Teodosio, respetable distancia que infructuosamente anduvo la buena de D.ª Cecilia.

(2) Alude al Sr. D. Juan Guerrero de Escalante, que acababa de regresar de Londres, París y Suiza con su hijo Jacobo.

los mil de esta tu mejor amiga, como lo fué de tu madre,

CECILIA.

14 de julio de 1862 (1).

Elisa: por Dios te pido que busques coplas y me las vayas apuntando para el segundo tomo de poesías populares que estoy ya reuniendo; si son relacioncitas de niños tienen aún más mérito para mí; pero todas lo tienen.

1862

16 de agosto de 1862.

No debería escribirte, mi querida Matilde, porque tengo una de esas tristezas que como un apagador se ponen sobre el intelecto; pero hay días que no escribo a ustedes y no quiero demorarlo más. Veo que no te acomodan las casas que te han propuesto, siendo, sobre todo la de la plazuela de Murviedro, muy buena. Das tus razones y éstas nunca faltan para hacer o dejar de hacer una cosa, y lo que me alegraré es de que no te arrepientas. Don Pedro Castellón, que tuvo la atención de venir a verme, parece que piensa para ti en la de Gandul, que ya has vivido. Buen provecho te haga; pero por mí, antes vivía en una casa, y no garita, en el barrio de San Bernardo.

Nada de particular ocurre. Azopardo fué traído por

(1) Como el patio de Banderas y la calle de Teodosio están en Sevilla, uno formando parte del arabesco Alcázar y la otra en la collación de San Lorenzo, ni que decir tiene que no pudo firmar la carta en ninguna parte más que en Sevilla.

sus hijos a ver a Aurora, y no le halló nada de particular y le mandó baños de mar; pero no por eso estoy de manera alguna tranquila. Aurora empieza a sufrir del hígado; ya a ella, como a mí, le empiezan a salir a la cara, aunque más tarde, los sufrimientos. En fin, he vuelto a escribir a Juan sobre eso, y que Aurora debería ir a Carratraca. No puedo hacer más por muchas causas, y lo pongo en manos de Dios.

Ayer, cuando salió la Virgen por la puerta de los Palos, con muchas lágrimas le pedí la salud de mi hermana. Mi suegra me escribe, después de haberme dicho que no, que su sobrina y sus hijas las de Atienza se vienen y quieren que venga ella, y que así, por ceder a sus ruegos, vendrá. De manera que ni por los míos ni por el gusto de verme, sino por ellas. Esta es, hija mía, mi suerte en todo. Buen invierno me espera con los males y natural tristeza de esa señora que no hacía más que quejarse cuando no tenía motivo para ello; conque ¡qué será ahora!; pero lo hago con gusto, pues creo hacer un bien y que su pobre hijo me lo agradecerá allá arriba.

Estoy juntando unas cuantas cosas que leer para enviar a tu madre.

He tenido una carta muy larga de la infanta; la pobrecita no me habla más que de su niña y su pena y de lo agradecida que está a las personas que tan admirablemente la han asistido.

Mira los asuntos que traigo entre manos: el escrito sobre D.ª Regla, para el que me faltan datos.

El interminable casamiento de Javiera.

El no menos interminable del indulto de Tamariz, del que me dice Velarde, con referencia al conde su tío, que no está en el Consejo; vuelta a escribir a D. Frutos (el amigote de Manuel).

La venta de mi edición de este último *Cuadro* al retejudío Mellado (1).

Leer la *Historia de España* de Cabanilles para escribirle sobre ella.

Un ciento de cartas, pues mi correspondencia es como la hidra: se le corta una cabeza y vuelve a nacer. Añade a esto el calor que la pone a una desmadejada, y hazte cargo qué moza estaré.

Adiós, hija mía. Estoy haciendo la novena de Nuestra Señora de los Reyes; va poca gente, porque es temprano por la tarde; pero por lo mismo, ¡qué hermosa está! Elisa sigue sin novedad. Adiós, hija de mi alma, que dan las tres. Memorias a todos (2).

1862 (3)

8 de septiembre de 1862.

Querida Elisa:

Si dijese verdad material y no figurada aquella que dice que la cara se cae de vergüenza, te escribiría sin cara, porque no cabe vergüenza mayor que la que tengo

---

(1) ¡Ya escampa, y caían chuzos! Por esta y otras durísimas expresiones que vemos en otras cartas quejándose de los libreros, se echa de ver los desaguisados que hacían a la paciente escritora, y cuán mal le iba con ellos. Claro es que los hubo siempre, y los hay hay ahora también, concienzudos y honrados a carta cabal; pero a la buena de Fernán debieron tocarle algunos huesos, por lo visto.

(2) Falta la firma.

(3) No hay más que fijarse en lo que dice esta carta para comprender que la firmó muy cerquita de la famosa Giralda, es decir, en su casa del patio de Banderas, que bien poco dista de la catedral, acaso ni 100 metros,

por no haberte, a acto continuo de recibir tu preciosa y querida carta, dádote gracias por ella y por las graciosísimas coplas que me envías, que me sacaron de tino con el placer tan grande que me causaron. Como éste existe, así como mi gratitud, sin la más mínima disminución desde que recibí tan grato paquete (bendito sea el correo que me lo trajo), te doy hoy las gracias con el mismo calor que entonces lo hubiese hecho, y paso a enumerarte las causas que, si bien no legitimen, al menos atenúen un silencio que a la grosería reune la ingratitud, cosas ambas que me son odiosas.

Recibí mis tesoros (1) en días de estar mi cuñada Luisa en la mayor gravedad y mandada sacramentar, por lo cual, y hallándose Esperanza sola, iba todos los días a la calle de Santa Ana, donde vive, habiendo algunos en que volví a las diez y media a mi casa. Como puedes pensar, ni tiempo ni cabeza tenía para nada. En seguida se habla de la venida de la reina, y se trata de alojar toda la real servidumbre en el Alcázar, menos únicamente en casa de F. E. (tu apasionado servidor y enamorado, ¡pésele a quien le pesare!), según encargó verbalmente S. M. ¡Mira que es mucha bondad de la angelical señora! Me pareció que estaba en mi delicaza escribir a Tenorio (2), no solamente para que diese las gracias de mi parte, sino para ofrecerle mi humilde albergue, en el que sólo hallaría aseo y sosiego. Sabía que muchas personas ricas y de fuste le habían suplicado que fuese allá, y así no fué poca mi sorpresa cuando me escribió que admitía mi oferta. Por pocos preparati-

(1) Los tesoros de que habla fueron un montón de coplas populares y unos acertijos.

(2) Se refiere al Excmo. Sr. D. Miguel Tenorio de Castilla, caballero maestrante de Ronda y secretario particular de la reina Isabel II.

vos que tenga que hacer siempre son muchos, pues se han unido, con la subida de la casa arriba, y te aseguro que he estado como loca, pues la casa es grande y vieja, dos cosas que hacer: el blanqueo y limpiado, obras de romanos. A esto se une la ida de Rueda (1) a París, donde están su mujer e hijos; hace almoneda de casi todo; pero muchas cosas, entre ellas ropa, libros, papeles, plata, etc., han venido a casa, y he tenido que recibirlos, colocarlos y hacer inventario; de manera, hija mía, que llevo una temporada que hasta mucho más delgada me he puesto, como no cesa de repetírmelo mi buena portera Valle, que está conmigo desde cerca de seis años que vine, y que sin ser criada me sirve más que las que lo son. Te escribo de prisa, pues tengo que salir e ir en casa de García (2), para traerme prestado un sofá que necesito para el cuarto de Tenorio. ¡No puedes figurarte la angustia que tengo con tener de precisión que ir a besar agradecida la mano a la reina! Estoy muerta y deseando de corazón que haya pasado esta cruel temporada.

Mi familia, gracias a Dios, toda buena. Tomás acaba de volver con su mujer y niño de su excursión a París y Londres. Te suplico que envíes esta carta a mi buena y querida suegra, para que sepa la causa de no haberle escrito, y dile a la pobrecita mía que le escribiré un tomo cuando se vaya la reina y le contaré todo, y mandaré relación de los festejos, aunque por de contado, ni uno solo veré.

Mil cariños a tu padre y expresiones a tu marido, y

---

(1) Don Antonio Rueda, marqués del Saltillo, que contrajo matrimonio con D.ª Francisca Osborne, sobrina de Fernán Caballero.

(2) García Porres, marqués de Castilleja, casado con otra sobrina de la célebre escritora.

recibe mi corazón con todo su agradecimiento, que es más de lo que puede expresar tu

FERNÁN.

1862

1.° de noviembre de 1862.

Mi querida Matilde:

Cuando no he ido a ver a tu madre y hermana, ya te habrás hecho cargo que me ha sido imposible, pues sólo un imposible me habría detenido. Desde el lunes estoy mala con calenturas catarrales, y una clase de malestar que parece que he pasado o que voy a pasar una grave enfermedad. Mándame a decir cómo han llegado.

Esta mañana ha estado aquí Carbonero y Sol y me ha traído una porción de papeletas de la lotería en favor del Sumo Pontífice, para que vea de repartirlas y colocarlas, cosa bien desagradable, pero a la que no se puede decir que no. Te mando veinte: diez para que (1) entre tu tía y ustedes me las coloquen, y diez para que se las dé a Mariana para que las coloque en su tertulia, lo que, como conocerán ustedes, es obra muy meritoria, aunque cueste el hacerla.

Perdóname, pero no tengo ni cabeza ni pulso para escribir.

Memorias a las recién venidas, hasta que pueda ir a abrazarlas tu mejor amiga,

CECILIA.

---

(1) *Para que*. El *que* no está en el original.

1862

Mi querido amigo (1):

Muchas veces me he quejado de la enorme imprudencia de los pobres, a los que no se les puede hacer un favor sin que esto les dé pie para pedir otros; pues en ese mismo caso me voy a poner respecto a usted. Seré breve, y antes de cansar su atención con una historia lastimosa de una niña de catorce años que desde que tenía cinco está en el Beaterio, cuya honra peligra y que ansía por volver a dicho establecimiento, pero que no tiene medios para pagar su pensión; antes de ocupar su atención con estos pormenores, deseo saber si usted sigue aún en la Presidencia de estos asilos benéficos, y, caso que no, le suplicaría que me indicase cuál es la persona que es necesario interesar en la obra benéfica de salvar a esta pobre niña de su perdición.

Mi segunda súplica es, aunque si esperanzas de que exista aún, alguno de esos zagalejos cuyo dulce y hermoso destino ha sido tan monárquico y religioso que, después de honrar a la reina, han venido a abrigar y consolar al pobre (2).

Hubiera ido en persona a ver a Justa y a hacer a usted las preguntas que le escribo, si, después de convalecer de unas calenturas biliosas que me han tenido diez días en el blanco calabozo de la cama, no tuviese que ir a velar a la pobre Luisa, mi cuñada, que está muy grave, y no quiero que me quede el profundo dolor que

---

(1) El señor conde de Cazal.

(2) Se refiere a las muchas prendas de vestir que por orden de Isabel II se repartieron en 1862 entre los pobres en Sevilla.

tengo de no haber asistido, por estar en cama, a la excelente y querida Pancha Porras. Así, pues, mi carta es mi embajadora, sabe mis íntimos pensamientos y tiene encargo de comunicárselos a usted, y con más eficacia que otro alguno, el sentimiento tan cariñoso como invariable con el que soy su más antigua y mejor amiga,

CECILIA.

13 de noviembre de 1862.

1862 (1)

Mi más querido y apreciado amigo (2):

No quiero cerrar la carta de Florencia sin decirle que acabo de recibir su favorecida, y no añado grata, pues ciertamente me ha entristecido su contenido, en particular en cuanto concierne al excelente padre Garzón (3). ¡Qué guerra es este mundo! ¿Dónde se halla paz? ¡Sólo en el camposanto!

Es de esperar que el Sr. Tarancón ponga orden en estos abusos; sobre todo, si fuesen a punto que respetables personas de Sanlúcar se uniesen para hacer una exposición en favor de su clero.

---

(1) El señor cardenal Tarancón, arzobispo de Sevilla, murió el 25 de agosto de 1862; por tanto, antes de esa fecha escribió la carta Fernán Caballero.

(2) Don José Pastrana.

(3) Sacerdote ejemplarísimo, natural de Sanlúcar. Hombre de celo y limosnero como un Santo Tomás de Villanueva. La calumnia se cebó en él y al cabo de sus días, acibarada su alma de amargas hieles, se trasladó a Sevilla, donde murió, como había vivido, santamente. Cuéntanse infinidad de anécdotas y curiosidades del buen padre, que omito por no ser pertinentes a estas notas.

Puede usted pensar a qué punto tengo contristado mi ánimo por haber estado toda la noche viendo agonizar a una persona que quiero mucho, y ser testigo del dolor de sus hijas. Así es que concluyo por ver si me baño y en seguida duermo un poco, pues no creo que esta noche salgamos nadie de la casa mortuoria.

Sabe usted que no tiene mejor y más agradecida amiga que

CECILIA.

Devuelva usted mis finas expresiones a Pepe.

1862 (1)

Señores redactores de *La España.*

Muy señores míos: El ver en su digno periódico el artículo en que con tanta finura como benevolencia y decoro me defienden de los ataques de *La Discusión,* coincidió con el recibo de las gacetillas que los traen, que me remitió un amigo. No contestaré a los vejámenes que contienen, pero sí estoy en el triste deber de contradecir sus falsedades.

No tengo la honra de ser pariente del señor barón Wolf, ni aun la de conocerlo.

En *La Gaviota* no he nombrado siquiera a este distinguido literato.

Mr. De Latour tenía ya publicados los artículos y traducciones que de mis escritos ha hecho, cuando le dediqué (por haberme animado a escribirlo) el cuadro de *Deudas pagadas.* Lo tradujo, no a causa de tan insig-

(1) Interesante borrador escrito después de 1861.

nificante obsequio, sino por el interés que tiene por la España que ama, el que tenía por la gloriosa guerra de África, que admiraba, que quiso dar a conocer en Francia por medio de los episodios que en aquel cuadro recopilé.

Mi posición social, lejos de proporcionarme la inmensa falange de comensales y aduladores que son los únicos que me celebran y forman una fama en que todo es *postizo,* es en la actualidad, a causa de desgracias, abatida, pobre y aislada, y en mi casa no hay más grandezas que libros y macetas, ni más tesoros que una buena conciencia. Entra también en la antedicha categoría el Sr. D. Luis María Samper, que en noviembre de 1859 publicó en *La Discusión* un artículo de crítica sobre F. C., en el que, a vueltas de razonadas críticas, muchas acertadas y justísimas, otras que no lo eran, puso elogios que tampoco merezco, siendo de los menos laudatorios el siguiente trozo: «A pesar de algunas exageraciones filosóficas contra los amigos del progreso, que deben ser disimuladas a un escritor de ciertas convicciones, sobre todo si es mujer, no vacilo en decir que si F. C. se hubiese limitado al terreno de los cuadros sociales, debería ser considerado como el primer escritor de costumbres en la España actual.»

No se me tachará de inmodestia al sacar este trozo de un artículo, aunque los hay mucho más laudatorios, señaladamente el que concluye con estas palabras: «y se comprenderá que no es infundada la popularidad de F. C.»

Dice el escritor de *La Discusión* que le consta que muchas de las traducciones de mis escritos, si no todas, han sido hechas por amigos o parientes míos. Ni uno sólo de los que me han traducido fuera de España es pariente, amigo ni aun conocido mío.

Afirma con la misma certeza, que en el año 53 se quiso hacer una edición completa de mis escritos y que se aguó por sobra de subscriptores. No fué ni por sobra ni por falta de subscriptores, sino por causas muy ajenas a esta publicación, que se suspendieran por entonces los trabajos de aquel establecimiento; pero caso que fuese cierto, ¿qué probaría esto? Que el autor era menos conocido entonces que en 1857, en que D. Francisco Mellado las publicó, que en 1861, en que las reimprime, y que en 1859, en que se hizo una impresión española en Leipzig, lo que he sabido por un sobrino mío que vió algunos tomos de ella en Nápoles.

Dice el articulista que tratará el asunto (esto es denigrarme) con más despacio si a ello se le obliga.

Creo que nadie le obligará a aglomerar aún más asertos, falsos vilipendios y sarcasmos que lo que sin la menor provocación de parte de un autor que jamás ha hablado mal de nadie, ha hecho ya, así en artículos de fondo como en gacetillas; pero como tampoco nada ni nadie le puede impedir el que lo haga, si en eso se complace en una época en que se ha perdido todo respeto, hasta el de la verdad, yo suplico, no sólo a las personas que me favorecen con su aprecio, sino a las que por amor a la verdad y justicia quisieran defenderme de estos ataques, que no lo hagan, porque me parece que con lo que llevo dicho se patentiza la índole poco benévola de ataques que, traslimitando los anchísimos límites de la esfera literaria, en que tantas buenas y fundadas críticas podrían hacerse de mis escritos, pasan al sarcasmo y ofensas personales (1).

---

(1) Falta la firma.

1863 (1)

Reciba usted, mi joven amigo, mis más sentidos y sinceros plácemes por el discurso con el que ha coronado tan brillantemente su carrera de estudios. Él ha merecido la aprobación de sus maestros, el aplauso general, las simpatías de los sanos y nobles corazones y, lo que es más que todo, las hermosas lágrimas de placer que arrancó a su hermosa madre. Esto fué debido a los sentimientos de gratitud y de respeto hacia sus padres y maestros que en él expresó. Ese respeto a los mayores, ese amor a la familia son la más bella corona con que puede un joven adornar sus sienes, pues está tejida por manos de la religión y de la más alta cultura.

FERNÁN CABALLERO.

Sevilla, junio de 1863.

1863 (2)

Sevilla, 4 de diciembre de 1863.

Querida Elisa:

Después que tu amigo te importunó por una carta, que ciertamente no necesitaba para venir a mi casa, se largó con viento fresco, o sin él, a Madrid (3). No lo

---

(1) Dirigida, probablemente, al Sr. D. Gonzalo Segovia, actual conde de Casa-Segovia.

(2) Esta carta tiene de raro el sobre, que es triangular. Va dirigida a D.ª Elisa Escalante.

(3) Por razones fáciles de comprender no doy pelos ni rastro del amigo de marras.

siento, pues fué su petición a ti la causa de que me escribieras una carta tan bonita como todas las tuyas y tanto como las manos que las escriben. Es regular que hallase lo que más le convenía: una recomendación para el país de los *ríos* y de las *rosas,* que le convendría más que las que pudiese yo darle para el estéril monte Parnaso. Me alegro, así como celebraré que encuentre los *ríos* mansos y transparentes y las *rosas* sin espinas (1).

Mucho celebro cada vez que tengo buenas noticias de vosotros. Si alguna vez tropiezas en tu preciosa sala cuadrada, ten presente que es con mi pensamiento, que muchísimas veces está allí mirando los retratos sin que tú lo veas.

Quisiera darte algunas noticias de chismografía que te divirtiesen; pero a mi rinconcito no llegan muchas. La familia infantil toda de los infantes... (2), está hermosísima a cual más de sus seis individuos. Dicen que se casa la infantita Isabel con su primo el conde de París, que está aquí. Nada hay de eso por ahora; pero es lo cierto que forman una preciosa pareja. Lolita Pareja tuvo una niña preciosa (3), que no ha podido seguir criando porque tuvo postemas. Tus hermanos hay muchos días que no los veo. Estas distancias nos incomunican a los que gozaríamos en vernos diariamente.

Adiós, queridísima Elisa. Dile a tu papaíto que quien tan largos viajes hace, puede y debe hacer uno peque-

---

(1) Desde luego se comprende que alude al político rondeño Ríos Rosas, orador parlamentario de altos vuelos, que ocupó elevados puestos y era hombre de influencia entre sus amigos y hasta entre sus enemigos.

(2) Sigue una palabra que no puede leerse.

(3) La niña es hoy D.ª Ana Benjumea Pareja, marquesa de Villavelviestre.

ño de Ronda aquí, y que debe traerse a sus hijos y dar a vuestras amigas el placer de veros, pero mucho tiempo. Sí, Elisa mía; anímense ustedes a venir para Pascua, que es el mayor placer que podrá sentir vuestra mejor amiga,

FERNÁN.

1864

Señor y querido amigo (1):

¿Valía, por cierto, la pena el poco de tabaco para mezclar con el del estanco, que se tomase usted la molestia de darme unas gracias que ciertamente me avergüenzan?

Pero, en fin, ya que ha tenido usted esa bondad, lo celebro por haber tenido noticias tan sumamente satisfactorias de usted y de toda su querida familia.

Florencia está buena: come y duerme bien, ¡es claro!, y mientras menos se cuide mejor estará.

El ánimo es una viga maestra que a todos los edificios los mantiene firmes contra toda clase de embites.

¿Sabe usted lo que tiene muy malo, malísimo?; es el dedito, que le impide escribir. El mal que tiene es enclenque, es crónico, incurable, y se llama..., ya se me olvidó cómo es su nombre, pero se asemeja a *Ceresa* o *Teresa* (2).

Mucho celebro que tenga usted reunida a su familia y que disfrute de tan dulce goce en su casa, que se complace en embellecer, y hace usted bien; mientras más grosero, malévolo, mezclado y escandaloso se hace

(1) Don José Pastrana.

(2) *Pereza* es lo que quiere decir festivamente.

el mundo exterior, más se reconcentran las gentes que valen en su hogar, en su interior, y más placer hallan en embellecerlo.

Por acá no hay novedad. Con la completa curación y rápida convalecencia de nuestro sin igual infante, los ánimos acongojados se han calmado.

Mr. De Latour me escribe que cada carta que recibe de aquí, como van tan llenas de interés y cariño, le conmueven muchísimo. Después de tantos años de indiferencia y prevención ridícula contra él, por ser francés, había de llegar el día en que fuesen premiados con el respeto y cariño universal diez y seis años de virtudes, atenciones, bondades y beneficios (1).

Fanny Mora se marchó a Madrid; bien que todo el mundo se va o se ha ido.

Estoy pasando por una crisis financiera. Las pensiones se suprimen y se clasifican las viudedades. Para eso es preciso tener el despacho o nombramiento del marido. El mío no lo trajo de Sidney; quedó con las cosas del Consulado; allá no conozco a nadie; de manera que si esto no se compone con un medio que he indicado, estoy amenazada a quedarme sin pensión ni viudedad.

Nada sabía Fermín, que se ha comportado como un verdadero amigo; me avisó, y está dando los pasos. Veremos en lo que queda esto. No quiere Dios que yo tenga el solo bien que apetezco, que es sosiego. El sosiego es la salud del alma.

¡Cuánto, cuánto agradezco a usted su amistosa, bondadosa y seductora oferta de ir a pasar allá unos días! Pero al fin del mes salen los niños de Paca del colegio, y ella se vendrá aquí a aguardarlos, pues llegarán con

---

(1) Dejo de insertar dos renglones que en nada alteran el sentido de la carta.

su abuela, que los trae a principio del mes que viene; de manera que por ahora no puedo pensar en moverme de este rincón.

He tenido carta de Fernando, que está buenísimo, así como su mujer e hijo, en Gigonza; el mes de agosto lo pasará en Sanlúcar.

Ese Sanlúcar debería llamarse el mayor, y no el Sanluquilla del Condado. Dígale usted a Florencia que a su paso por aquí vaya a ver al duque de Rivas, que está malo, y tan malo, que no creo pueda volver a Madrid Entretanto, todos, incluso su mujer, se han ido a París, donde se casa Auñón con la hija de Alfonso, un rico habanero. Es una crueldad haber dejado al marido, al padre solo.

Mil bienvenidas a Pepe. Mil cariños a sus tres ángeles y medio. ¡Que no estuviese Sanlúcar donde está San Juan! (1). Mis recuerdos a las Ñudi, y usted sabe que la verdadera y apasionada y agradecida amiga de su patriarcal casa es

FERNÁN CABALLERO.

12 de julio de 1864.

1864

Querida Matilde:

Ayer tenía escrita a tu madre la carta que acompaña ésta y que retuve hasta hoy para contestarte. Tristísima está tu carta con la relación de males que trae, so-

---

(1) *San Juan de Aznalfarache*, pueblecito pintoresco a la derecha del Guadalquivir, a unos 3 kilómetros de Sevilla. La poética descripción que de él hace Fernán Caballero puede verse en su hermosísimo cuadro *Simón Verde*.

bre todo el de Manjón, que es horroroso, y no puedes pensar la lástima tan grande que me ha inspirado, tanto hacia él como hacia su mujer e hijos. Gracias a Dios, al menos, que los de vuestra para mí tan querida familia son pasajeros y de poca consideración, aunque siento que Florencia, que estaba tan bien, haya vuelto a tener un cólico, lo que me temo le haga volver al pícaro sistema de la dieta. En cuanto a tu hija, que está hermosa, que crece y se robustece por días, lo que digas de sus males lo contradicen de tal suerte los hechos y su lozano y hermoso aspecto, que considero están sus males, más que en la realidad, en la amante y temerosa imaginación de su madre.

No puedes pensar qué tristeza me da cuanto me cuentas de aquel pueblo y de la manera que lo ha pervertido este siglo, no de las luces, sino de las tinieblas. ¿Dónde caminamos? Esto aterra y me hace conformarme con las ordinarieces atroces de Valle y las torpezas y necedades de María. Ésta me dijo el otro día, al presentarme una hermosa flor: «Señora: de parte del señor de Tubino, que aquí tiene usted esta *manola*.» Me han venido a interrumpir (por supuesto una pobre, que es una cocinera que no es mala y muy buena mujer, pero está enferma); su hija es una muy buena costurera.

Paca y Rueda se irán el sábado al Puerto a aguardar a sus niños, que vienen por mar. Es mucho; Aurora, después de haberlos consentido en que vendrían, no venir por las influencias de Juan y de Ángela, que desean que se quede allí.

Por acá, como puedes pensar, no hay novedad ninguna. Como murciélagos, sólo de noche salen las gentes a la Plaza Nueva, donde se forma un *curserío* espantoso; pero ni a eso faltan las Guezalas. ¡Dichosas ellas, que tan buen ánimo tienen!

Leo el libro de Fernando Espino, *Estudios literarios,* cosa muy buena y que me interesa mucho, pero tengo poquísimo tiempo con la estada aquí de los Ruedas.

Adiós, hija mía. Si sé algo de nuevo e interesante, os lo escribiré. Rueda nos obsequia de noche enviándonos helados; pero no son tan buenos como eran antes. Cuidado que cualquier encargo que tengan ustedes, sabes con cuánto placer lo desempeñaré.

El invierno es bueno para estarse quieta, y el verano lo es para no menearse; deseo que se vengan ustedes cuanto antes con estos propósitos. No te arredre la obra de la duquesa, que se va a Carratraca y después a Madrid, a reunirse con su marido, al que le va tan admirablemente bien de salud allí, que no creo que piensen en volver por acá. Ella está contentísima con esa novedad.

Llegó Manuel Castro, y Salvador se va mañana para tomar baños en Chiclana o Gigonza.

Di mil cariños a tu hermana, que espero en Dios no me tendrá olvidada a mí, que con el pensamiento tan a menudo estoy allá con ustedes. No dejes de escribirme, pues sabes el sin igual placer que tiene en saber de ti y de toda tu familia vuestra mejor amiga,

CECILIA.

4 de agosto de 1864.

1864

Mi querido Tomás:

Mil y mil gracias por la fe de casamiento, que he recibido, y muchas más y de corazón por el tan generoso rasgo de querer los dos hermanos abonar a mi sue-

gra la pensión o la parte de pensión de su hijo, que tomaba. He meditado toda la noche sobre ello, y el fruto de mis meditaciones ha sido: 1.º Que yo no tengo derecho ni puedo en conciencia privarla de ese socorro, que si lo pierde por un lado, se lo proporciona Dios por otro, por medio de vuestra generosidad. — 2.º Que ella no debe saberlo, pues si lo supiese no lo tomaría, en vista de que no lo quiso tomar de mí, y sólo la pude convencer haciéndole presente que siendo pensión debida a su hijo, ella tenía parte, así como yo. Pero yo también quiero poner lo que pueda, y esto será el cupón del papel del Gobierno que poseo. En el año 65 serán dos veces en el año 270 reales; en el año 66 serán 300 reales en cada pago. Como me gusta estar al corriente en mis cosas, tengo pagado adelantado hasta fin de año. De manera que si a fin de año me mandas una onza por tu cuenta y otra por la de Juan, y mi cupón, tendremos pagados seis meses adelantados, siguiendo mi costumbre; pero es necesario que ni ella, ni tampoco Aurora, que la pobre se apura por todo (aun por las cosas de dinero, que son para ella las de menos monta, comparadas a las cosas de salud o de corazón). Dios quiera que me haya explicado bien y tú me hayas comprendido, y ahora quédame, en mi nombre y en el de tu pobre tío, darte infinitas gracias y bendiciones por tan noble, generosa y caritativa acción, y que se las des a Juan (1).

No sé, hijo mío, por qué no me has enviado por Rue-

---

(1) Don Juan Osborne y Böhl, conde de Osborne, excelente hijo de D.ª Aurora y sobrino de Fernán Caballero. Siguió la carrera diplomática y murió célibe, entrado ya en años. He visto y leído varias cartas interesantes de carácter íntimo y familiar, que revelan la alta estima y consideración que tenía de su tía.

da, siendo tan raras las ocasiones, los 9 duros del trimestre del dinero para limosnas que da Juan. Sabes que el 22 de mayo me diste anticipado el de junio, así como me diste los 1.000 reales míos; pero este de junio cumplió al fin de septiembre. Por supuesto, se te pasaría. Quisiera que te quedases con mis 1.000 reales, y no habrá confusión, pues se sabrá que a fin de año tendrás 2.000. Los 9 duros de Juan veré si me los puede dar Rueda, y tú se los darás allí, si te parece. Así como te digo que será preciso, para que los admita, que ignore mi suegra que no somos nosotros, sino el Gobierno, de quien toma; así, te diré que no habiendo iguales motivos con nuestros buenos parientes de Alemania, que son nuestra propia sangre, yo no puedo callar que tú me has generosamente ayudado a llenar el cupo que, por la desgracia que me ha sobrevenido, no he podido llenar yo. ¿Qué daño puede hacerte el que lo sepan y te lo agradezcan?

Jamás esa excelente familia nos ha pedido a ninguno un cuarto, y ya, gracias a Dios, han salido de los apuros de la educación de sus hijos chicos, que dejó mi pobre hermano. Quien escribió a tu madre por los estudios mayores de este niño no fué Betzi, sino su hermano.

Adiós, mi muy querido Tomás; te vuelvo a dar gracias por todo. Mil cariños a Enriqueta y los niños, de tú más afecta y agradecida tía,

CECILIA.

6 de septiembre de 1864.

1864

Querida Matilde:

Me prohibiste de volver allá para dar los días a la Sra. D.ª Rosario Romero, pues preciso es no tratarla de señorita, y el tiempo ha venido a unirse a ti para impedírmelo. Mañana, como domingo, no podré ir allá, aunque aclarase el tiempo; así, envío mi tarjeta a la querida santita del día, con unas pastillitas para que la endulcen, aunque endulzada está con los cariñosos y tiernos votos que formo por su felicidad y la dicha tarjeta significa.

Si el día está bueno irán allá Javiera y Amparito; si no lo está, irán otro día, pues la distancia que nos separa no se puede emprender sin mirar antes, como los marinos para salir a la mar, el barómetro.

Tú más cariñosa amiga,

CECILIA.

1.º de octubre de 1864.

1864

21 de diciembre de 1864.

Señor y muy querido amigo (1):

Hace días que quería escribir a usted para darle gracias por sus cariñosos renglones en mi día; pero no es creíble el que para nada me alcanza el corto tiempo de estos días, los más cortos del año; casi todos ellos tengo

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.

que ir a acompañar a la pobre Paca y su marido, ambos sentados en el duro banco de la paciencia, puesto que por no querer éste estarse quieto y permitirle Rubio que se levantase, retarda mucho su curación.

El otro día pasó un lance gracioso: estaban allí Ecala y Manuel Porres, y ambos se pusieron a criticar fuertemente el método moderno de curar quebraduras de huesos que sigue Rubio con él, y les dice Rueda muy sereno: «Pues, señores, si con el antiguo que han seguido ustedes se han quedado cojos, celebro que Rubio (1) use del moderno conmigo.»

Anoche estuvo aquí la de Avellaneda, que me leyó hermosísimos versos suyos sobre asuntos religiosos. Su trato es sumamente agradable y entretenido. Como todo el que se me acerca, por insignificante que sea mi persona, tiene algo que pedirme, lo que esta señora me pidió fueron informes (por supuesto, secretos) sobre la persona, circunstancias, caudal y formalidad de un sujeto de Sanlúcar, Sr. Barbadillo, con el que su hermano está abocado a hacer un negocio, que no quiere formalizar antes de tener seguros antecedentes y noticias de este señor. Le respondí que no conocía a ese sujeto, pero que escribiría a uno de mis mejores amigos, persona de gran talento y mayor prudencia, avezado en

---

(1) Don Federico Rubio, eminente cirujano, natural del Puerto de Santa María. Ejerció su profesión varios años en Sevilla, donde fundó la Escuela libre de Medicina. Madrid le debe el Hospital o Instituto Rubio, que tan ópimos resultados viene dando desde su fundación. Puede decirse que el Sr. Rubio fué el iniciador de la alta cirugía moderna. Era hombre de gran valer y tenía arranques de genio. Alardeaba de tener ideas avanzadas, pero sus actos religiosos las desmentían. A tres de sus hijas les puso los nombres de Rosa, Rocío y Aurora, que él unía haciendo esta frase: «La Rosa recoge el Rocío de la Aurora.»

negocios, que, como esperaba, me daría sigilosamente los informes que deseaba, y yo espero, señor y amigo, que no dejará usted mi esperanza vana.

Nada digo a usted de novedades, porque de las pocas que hay los considero sabedores por nuestra querida Matilde. Rosarito crece de una manera prodigiosa, sin por eso enflaquecer.

Hágame usted el favor de decir mil cosas cariñosas a esas dos compañeras que Dios por un especial favor ha concedido a usted, y créame la mejor, así como la más agradecida de sus amigas,

CECILIA.

1864 (1)

Querida Elisa :

Recibe al Sr. D. José María Cuadrado no solamente como a un hombre sabio, como a un hombre de mérito superior, finura y bondad poco común, sino como a buen amigo de tu

CECILIA.

Lo mismo a tu padre y marido.

1865? (2)

Queridísima Elisa :

Aunque tengo sobre mi mesa una infinidad de cartas que tienen la triste misión de darme el pésame, y que

---

(1) Pongo esta carta en 1864, aunque a punto fijo no sé cuándo la escribió, pues D.ª Elisa no se acordaba de la fecha en que la visitó el Sr. Cuadrado.

(2) Escrita después del 1864 y antes del 1869.

exigen respuesta, no serán estas respuestas dadas por turno de antigüedad, sino de preferencia.

Así es que en el momento de recibir tu preciosa carta la contesto. ¡Sólo quien ha conocido a *fondo* las virtudes de aquella que Mme. y Mr. De Latour llamaban *el ángel de la familia,* puede hacerse cargo de lo profundo e inconsolable del dolor de todos nosotros! Sus hijos todos, que hasta después de haber entregado su purísima alma a Dios, rodearon su lecho, han estado en una clase de desconsuelo que, en particular su hijo menor, Juan, ha llegado a la desesperación; dolor egoísta, sin duda, porque bien persuadidos estamos todos que la santa está en la gloria, que su muchísima y perfecta virtud y religiosidad le han ganado; con eso Dios ha querido libertarle de ver las cosas que vemos, muy en particular en Sevilla y los Puertos, en que se ha levantado decididamente una Cruzada anticristiana, de tal suerte que sólo viendo lo que pasa se puede creer, así como sólo leyéndolo se puede creer que el Sr. Rubio las pueda negar en el Congreso.

Muy pronto se te quitará el disgusto que puede haberte proporcionado el disparatón que ha dicho doña Pilar, cuando te dijo que no tiene hijos de su querido y buen marido Marco, y que es bien cierto que ella, y con razón, no se tiene por inútil. ¡Pobre de la mujer si toda su *utilidad* consistiese en parir hijos, como la de las gallinas en poner huevos! Y más en esta Europa, demasiado poblada ya, que no puede mantener a sus habitantes pobres ni ricos, principal germen del malestar universal que en ella reina, y causa de las enormes emigraciones de todas partes a las comarcas despobladas de otros hemisferios (1). Las verdaderas mujeres *(sic)*

---

(1) Ciertamente que aquí se puede repetir la conocida frase de

útiles son las que, aunque no aumenten esta aglomeración funesta de población, cumplen con los infinitos deberes y ejercen las grandes virtudes de nuestro sexo y son siempre en las casas la utilidad, el consuelo y la alegría.

Mucho, mucho me duele lo que se dice de SS. AA., y tanto más cuanto que por algunas imprudencias se han expuesto a ello. ¡Qué bella arma es la calumnia! No sé qué más hago, si odiar o despreciar a los que de ella se valen.

Adiós, queridísima Elisa. Tu carta es preciosa; es digna del claro y culto ingenio de tu madre. Recibe las más sinceras gracias por ella; expresa mis afectos a tu marido y créeme tu mayor amiga,

FERNÁN.

(A continuación escribe en el mismo pliego a D. Juan Escalante esta sentida carta):

Mi querido Juan:

Los que hemos sufrido mucho por los golpes crueles de la muerte, nos comprendemos y compadecemos en nuestros dolores, y más cuando nos unen los lazos de una viva y acendrada amistad. Si tú perdiste una esposa sin igual, ¡yo he perdido una hermana como no hay otra! Pero tú, querido Juan, te quedaste rodeado de hijos, y yo rodeada de soledad.

Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus.* No creo que esté en lo cierto la ilustre escritora al afirmar que la demasiada población de Europa sea el principal germen del malestar universal y la causa de las emigraciones de todas partes a otros hemisferios. De ser esto así, el país europeo menos poblado debiera estar en más auge, y del más poblado saldría el mayor número de emigrantes, lo cual sucede muy al revés.

¡Cuánto deseo el veros por acá! El solo verdadero goce de la vida, así en las alegrías como en las tristezas, es la amistad.

FERNÁN

1865

Mi muy querido amigo y señor (1):

Por la adjunta apuntación verá usted el cómo el hermano de Gertrudis Avellaneda me ha tomado por su cuenta para procurarle buenos informes, y el cómo yo me tomo la libertad de molestar a usted para procurárselos. Su hermana está amabilísima y obsequiosa conmigo, y no me determino a rehusarle el favor que me pide.

Cuánto siento que no estén ustedes aquí esta temporada, pues creo que tanto usted como M. Florencia pasarían muy buenos ratos oyendo a esta señora hablar y, sobre todo, leer sus hermosos versos.

El pobre Rueda no adelanta en su curación, sea porque ha pasado la época, o sea porque tiene poca de esa substancia del hueso que los une cuando se quiebran; ello es que van más de cincuenta días y los huesos no se han unido. Dice Rubio que con cáusticos y otros remedios procurará crear una grande irritación, que producirá la formación de ese humor que falta.

Otro disgusto tenemos con el niño de García, que éste ha tenido que traer del colegio de Segovia a Madrid por una extraña excitación nerviosa que le atacaba el cerebro. Su estado ha parecido delicado a los médicos, que han prescrito un método, tanto alimenticio como

(1) Don José Pastrana.

moral, exento de todo estimulante, sosiego, distracción y dulzura. García, que es extremoso con sus hijos, ha estado apuradísimo; pero en vista del dictamen de los médicos y mejoría del niño, está más tranquilo. Su madre no lo sabe.

También tengo el disgusto de que está Candelaria con un sobrecállo en cama, y tan en extremo impertinente e impaciente, que no hay quien la sufra, y me temo que su criada se le quiera ir.

María Florencia se hará cargo de cuántos sacrificios hago dejando mi sillón, mi vejuela (1) y mis libros para ir con estos fríos y calles enlodadas, ya a San Martín, ya a la Magdalena.

Los alarmistas están en el apogeo de sus proféticas jeremiadas; tendrán razón; pero como hace tantos años que se nos cae el techo encima y no ha sucedido, espero que este viejo y carcomido techo seguirá cobijándonos.

El otro día fuí con los niños que tengo en casa a la de Matilde para yo ver a ella y ellos el hermoso nacimiento que tiene Rosarito; por desgracia, no las hallamos.

Bastante he abusado de su paciencia de usted por todos estilos; usted me lo perdonará, porque así se lo pido.

Mil cariños a nuestras amadas Florencia y Mercedes. ¡Cuánto deseo que vengan ustedes por acá!

Sabe usted que es su mejor, mejor, y sobre todo su siempre y más agradecida amiga,

CECILIA.

5 de enero de 1865.

---

(1) Esta palabra no la trae el Diccionario de la Academia. Según me ha dicho D.ª Matilde, Fernán Caballero llamaba *vejuela* a un calentadorcito de hierro y madera que tenía para poner los pies.

1865 (1)

¡Cuánto más deseara dar a usted verbalmente sus días que no por escrito! Pero ya que no pueda tener ese gran placer, supla la pluma, y sea intérprete del cariño y gratitud con los que le deseo siempre, pero en su día con más particularidad, felicidades a usted y a toda su familia, pues la felicidad de ellos es la de usted, como la felicidad de usted es la de ellos.

Triste escribo a usted, pues este casi perenne temporal inspira tristeza, incomunica a las gentes y aflige por los daños que causa en mar como en tierra. A esto se agregan las impresiones que han dejado en mi ánimo los padeceres, agonía y la muerte..., no, el tránsito, pues lo fué, de la pobre Lolita Pareja. Purgó con sus padecimientos y larga agonía sus culpas veniales, caso que las tuviese, que lo dudo, y su muerte fué tan dulce que la lágrima que nos la anunció parecía una lágrima de gozo. Después he tenido unos días aquí a Paca, que ha ido a llevar sus niños al Puerto, los que se llevó Tomás a un colegio a Londres, y el desconsuelo de la pobre madre hubiera partido mi corazón aunque hubiese sido de piedra.

No es posible, para quien no sube en coche (2), salir, hace días, sino a las iglesias cercanas; de manera que ni he visto hace días a Pancha ni a nuestra Matilde. Si no fuese por el septenario aquí en las monjas, mis vecinas, y por el viento, que es tal que por mucho que se

(1) A D. José Pastrana.

(2) Nuestra tierna y compasiva autora tenía verdadero horror a viajar en vehículos arrastrados por sangre. Su amor a los animales en este punto fué sumamente exagerado, pues hasta Nuestro Señor Jesucristo cabalgó en un jumento.

cierren puertas y ventanas siempre se siente, creo que habría criado ya polilla.

Fernando pasó hace días a Cádiz para ir a Ceuta, donde está destinado interinamente de jefe, pero se ha vuelto al ver aquel puerto indefinidamente cerrado.

A D. Sebastián y familia se los llevó el viento a San Roque. Si antes no, volverá Aurora con su hijo Tomás, que lleva ánimos de traérselo; pero es preciso estar allí un par de meses.

El P. Medina nos ha enviado, es decir, ha enviado a Pepita Vallejo para que nos lo comunique, un hermoso libro traducido del francés, que se llama el *Apostolado de la Oración,* con el objeto de que todos los fieles se reunan para rogar por la Iglesia. Cuando me entere mejor escribiré sobre ello a Florencia o a Mercedes.

Con este temporal no hay que tener la esperanza de ver a ustedes por Semana Santa, aunque de aquí a allá es de esperar que esto haya pasado, que al Betis se le hayan deshinchado las narices y que sea recorrido por vapores; de manera, que no se vuelvan vapores nuestros deseos y esperanzas.

Diga usted mil cariñosas expresiones a los dos entes admirables y queridos de mí, que son su mujer y su hija, y crea usted que es su mejor amiga,

FERNÁN.

19 de marzo 1865.

1865

Con qué placer recibí tu carta, queridísima Matilde, pues aquí habían corrido voces alarmantes sobre haber habido unos casos de cólera en aquel hospital; y aunque esto poco significa, lo que a mí me apuraba era el susto

que ustedes tendrían; en fin, ha sido como tantas otras cosas: una de esas bolas negras que la maldad o la ignorancia echan a rodar por el mundo; por desgracia, parece que no es así en Jerez y que se confirma que hay alguna cosa. ¡Qué atento es el señor cólera! Parece que no quiere abandonar la provincia sin despedirse en todas partes. En los pueblecitos de aquí alrededor ha habido casos que, gracias a Dios, no han seguido. Nada sabía de la muerte de Ágreda ni me dices si fué del cólera. No extraño tanto como tú el que mejorase a Diego, pues no sólo es *hijo,* que se quiere más que a los nietos; no sólo es un hombre modelo de hijos, maridos y padres; no sólo ha sido su inseparable compañero, sino que el caudal que se ha quintuplicado en Jerez le debe su aumento quizás más al juicioso y trabajador Diego que al mismo Ágreda, por lo cual, lo hecho, como lo ha reconocido el honradísimo difunto, era un acto de alta justicia. Hay además que si él ha disfrutado de la casa de su padre, ha sido como parte de un sueldo muy bien ganado en la casa, y que Julia, mientras, sin hacer nada, ha disfrutado del producto del dote que Ágreda dió a su hija cuando casó; y hay la consideración que los establecimientos de extracción necesitan enormes fondos para no decaer.

Mucho celebro lo que me dices de lo buena (robusta siempre lo ha estado) de Rosarito; pero muchísimo sentimiento me ha causado tu proyecto de pasar el invierno en Puerto Real: lo primero, por supuesto, por no verte y perder las esperanzas de ver a tus padres y hermana. A estas últimas, ¡qué les agradaba una temporada en esta hermosa ciudad! Ninguna economía hallarás, pues en los Puertos es el vivir, esto es sabido, más caro que aquí; pero dado el caso que lo fuese, el tener allí que pagar casa sobrepujaría mucho en gasto las insignificantes economías que pudieses hacer en el gasto de la

plaza. A Rosarito le ha gustado aquello en verano y cuando estaba lleno de gente; ¿pero tú has reflexionado en la espantosa soledad en que queda aquello en invierno? ¡Lo que la niña se va aburrir, y lo que si tú o ella cayesen malas, cuánto vas a echar de menos a los tuyos! (1). Me angustia la idea de que esto pueda suceder, pues aun la de Pico creo que pasa grandes temporadas fuera de allí, en Madrid o Cádiz. Si tu niña quiere perfeccionarse en el francés, ¿no sabes acaso el famoso *Sacre Cœur* que en breve se va a establecer aquí? Ése sí será un colegio de primer orden, no el que hay en Puerto Real, que he oído decir que es muy poca cosa. Siento considerar que te vas a arrepentir, y habrás hecho en balde los crecidos gastos que de precisión te ha de originar tu instalación para tan larga temporada allí; y luego, ¿qué van a decir, después de tener y haber puesto con tanto dispendio y trabajo tu casa aquí, tan preciosa y tan cómoda, tan alegre y bien situada? En fin, perdona, hija de mi alma, que te haga con toda franqueza estas reflexiones, hijas que son tanto de mi cariño e interés por ti como de mi profundo pesar al considerar que no vienen ustedes, y el vacío de aquella preciosa casa, que lo causa igual en mi corazón.

Mucho te agradezco que te hayas acordado del *no repicado* santo de mi nombre. Triste pasaré ese día, no sólo por la ausencia de casi todas las personas queridas, sino por saber (2) a mis hermanas y a Juan en París, donde hay cólera. Juan no ha querido pedir licencia en estas circunstancias, y Aurora no ha querido venirse por no dejarlo a él. Paca y Rueda, en el Puerto; Enriqueta,

---

(1) El parrafillo anterior, que está muy claro en el original, va copiado con todas sus asperezas.

(2) *Saber* por *tener* usa aquí Fernán.

por cuarta vez embarazada. ¡Qué fecundidad! Aun no han vuelto los desertores, gracias en parte a *La Andalucía,* cuyo director creo que sueña con el cólera y no cesa de alarmar a la opinión pública, a las autoridades y a los ausentes. Lolita va convaleciendo despacio de su larga y penosa enfermedad. Le han cortado casi todo el cabello, pues era un imposible desenredarlo, y con una redecilla queda muy bien, pues el que le resta la llena toda.

Murió hace días el hermano tontiloco de las de Teresa. También la pobre María Lastra, que dicen ha dejado por partes iguales el caudal al hermano y al sobrino. Quien ha muerto, no suavemente del cólera, sino espantosamente de su mal de piedra y toda acangrenada (1), es la pobre María Juana Barreda, en medio del campo en una hacienda, en la que todos estaban horrorizados por sus gritos y lamentos. ¡Pobrecilla! Tito también está fatal de sus males, que empiezan a darme mucho cuidado. He tenido y tengo a Valle, la portera, bien mala de resultas de una rodilla en que tenía un dolor que quiso curarse con cuantas barbaridades le dijeron, hasta que le entró una inflamación terrible. María con un resfriado con calenturas, varios días de cama y medicinas; de manera que he estado divertida. Con tantas personas ausentes tengo que escribir cartas a cientos. A pesar de eso, como no salgo, estoy arreglando mi segundo tomo de cosas populares, en que entran las infantiles y tanto papel hace el cuento del galleguito.

¡Ojalá tuviese otros que se le pareciesen! Las relaciones y coplas de Noche Buena, etc., etc. ¡Cuánto agradezco todo lo que me proporcionan para aumentar la co-

(1) El vulgo en Andalucía dice *cangrena, acangrenado, cangrenado,* por *gangrena, gangrenado.*

lección! Bastante has contribuído tú a ella; Dios te lo pague y no te quite lo voluntad.

Ya veo que la pereza de tu madre y mía te va ganando; si bien tiene ésta los más dulces e inocentes goces en su trono, que es una butaca, también tiene sus contras, sobre todo para una joven, tanto por su salud como por lo que amarga todas aquellas cosas de actividad que son indispensables; así, goza de ella, sin dejar que te domine.

Mr. De Latour me escribía hace tres días que venían los infantes; pero no me especifica si aquí o a Sanlúcar. Hoy dice *La España* que ya estarán embarcados.

Adiós, queridísima Matilde. Miles de cariños a tus padres, hermana e hija. No me dices cuándo se casa Julia. Dales mil expresiones a toda esa excelente familia.

¿Dónde juegan ustedes la lotería? Todo lo de ustedes me interesa, pero sobre todo que se conserven buenos y quieran a su mejor amiga,

CECILIA.

20 de noviembre de 1865.

1865

Mucho he agradecido, señor y amigo (1), su amistoso recuerdo en mi día, al que quiero mucho en vista que me proporciona los dulces ratos que me causan estas tan agradables cartas. En mi día vinieron como enviadas por la misericordia, como gratos esparcimientos en ánima bien contristada por el estado de gravedad en que se hallaba y del que aun no ha salido la criada más antigua y útil que tengo: la portera. Tengo además la contra-

(1) Don José Pastrana.

riedad que no han llamado a mi médico Marsella, sino al que tienen abajo Bruno y su familia, cuyo método podrá ser muy bueno, pero no me simpatiza nada. Ayer porque la impertinentísima enferma, que nada de lo que se le manda quiere tomar, no quiso caldo, le mandó rebanaditas fritas en manteca. Y tanto él como Bruno (el marido de Javiera) sostenían que era cosa muy ligera; de resultas supongo que será que le han vuelto los vómitos. ¡Ya ve usted qué mortificación para mí! ¡Dios venga en todo! Mi poquito de tranquilidad y sosiego, del que saboreándolo tanto gozaba, se acabó por ahora.

Por varios conductos sé lo mismo que llega a mi noticia por el de nuestra amada Florencia, y es que el cólera en Jerez no ha sido cosa.

Bermúdez, según me escribe Aurora, estuvo allá y ésta le dijo que esperaba, cuando acabasen de calmarse las voces del cólera, que permitiría a Juan venirse con ella, y él le contestó : «Sí, señora, con tal que no me lo detenga usted mucho por allá.» Decididamente está con Juan como un amante, pues lo necesita, por lo que podemos inferir, el que nuestros jóvenes diplomáticos no sirven para nada, pues cuando hay uno útil y de *fiar,* no se quieren desprender de él.

Si estuviese hoy en Sanlúcar tendría gusto en liarme en un buen abrigo e irme a la playa a mirar cara a cara a ese terrible y amenazador mar que tiene que venir a quebrar su saña y retroceder al límite que le señaló Dios. ¡Ojalá que igualmente se lo hubiese puesto a los excesos y saña de los hombres! Pero al ser que dió *libre albedrío* lo deja obrar, y así, habiendo perdido todo freno... ¡Dios tenga piedad de nosotros y del porvenir!

Mucho me acuerdo de ustedes, y ¡cuánto tendríamos que hablar si en toda confianza estuviésemos sentados alrededor de la íntima mesa del brasero! Pero formar

deseos que no se pueden cumplir, es forjarse una el suplicio de Tántalo.

Páselo usted bien, mi querido amigo, y pídale a nuestro muy amado patriarca San José que saque pronto de su aflictiva situación a su mejor amiga y s. s.,

FERNÁN.

Dígale usted a mi querida Mercedes que de aquí a algunos días le escribiré para comunicarle el estado de la enferma. Dígale usted que he tenido carta de Elisa, que me pregunta tanto por ustedes y encarga memorias. Me dice que su niño, al oír en las letanías *Mater Christi*, le preguntó : «Mamá, ¿van a matar a Cristo?» Espero que Rosarito estará completamente restablecida de su resfriado. Déle usted con mil cariños las gracias por su recuerdo en mi día. A Matilde un apretado abrazo.

25 de noviembre de 1865.

1865? (1)

Señor director de *Las Novedades*.

Si el lema que lleva el progreso es, según proclama, la cultura, nos parece que lo desatiende mucho en cier-

---

(1) Borrador escrito en un parte de casamiento muy curioso, que transcribo al pie de la letra :

«Don José Joaquín de Mora y D.ª Fanny Delauneux participan a usted el efectuado enlace de su hija D.ª Enriqueta con el Sr. D. José M.ª Pastor y Landero, segundo secretario de la Legación de México, — Sr. D. Antonio Arrom de Ayala y señora.»

tas cosas, retrocediendo patentemente en esta senda. El Gobierno de que fué presidente el Sr. B. M. prohibió a los Ayuntamientos de los pueblos que tolerasen en las diversiones o festejos públicos toda clase de barbaridades y crueldades de que fuesen víctimas infelices animales vivos, por ser esta repugnante diversión no sólo anticulta, sino antihumana y antimoral. Hoy en día está esta orden completamente en desuso, y es un escándalo el ver constituir en fiesta y regocijo la crueldad, poniendo de esta suerte al suplicio a la parte culta de la sociedad para que se goce la grosera.

Parte el alma el ver a los niños entusiasmarse y saltar de alegría cuando a un infeliz gallo vivo colgado de un palo le arranca un jinete las plumas, un alón o una pata, y estremece materialmente ver, entre risas y algazaras, los lastimeros quejidos de las pobres víctimas.

¡Señor, por Dios! Si hay igualdad, que no gocen los menos a costa de los sufrimientos y escándalo de los más; que no sean las fiestas y ferias una escandalosa escuela de barbaridad. ¡Ay, la crueldad se arraiga tan fácilmente en el corazón del hombre! ¿Por qué, por qué estimularla? ¿Débelo permitir un Gobierno responsable ante Dios y los hombres del mal que tolera? Bien sabemos que a estas sentidas quejas no se atenderá, por más que hallen eco en toda persona de buenos y humanos sentimientos (pues cuanto escribo a usted se lo he oído decir a todo el mundo), que no se considerarán las horribles consecuencias de la crueldad elevada a diversión y placer; pero no por eso deje usted, señor director, de poner en su periódico este grito de compasión, esta evocación a la cultura y humanidad, que no desdora sus páginas.

Los alcaldes, para hacerse populares consienten en estas atrocidades, entre las que es la más general la de

alarmar las poblaciones llevando un toro por las calles, lo que es una cosa contra el derecho de gentes; pero debían entender los que mandan, que la verdadera, la estable y dignamente adquirida popularidad no se consigue adhiriéndose o condescendiendo con brutales y bárbaras exigencias, sino en resistirlas y dominarlas por la superioridad moral del hombre instruído sobre el inculto, y en guiar hacia todo lo bueno, lo humano, lo culto y lo noble los pueblos que dirigen (1).

1866

Mi muy querida Matilde:

Días hace que quería escribirte para darte gracias por tu carta y las adivinas (2) que me envías, entre las cuales sobresale la del sombrero, que es excelente e ingeniosa (3).

Pero parece mentira que no tenga tiempo para todo lo que deseo hacer; los días no son un manso río, son una cascada que se precipita. Como todo lo tengo que hacer yo misma, por sencillos que sean y bien ordenados los quehaceres de mi casa, no sólo interrumpen mi sosiego de espíritu, sino que se tragan gran parte de mi tiempo. Así es que mi segundo tomo no adelanta.

---

(1) Aquí termina esta carta o artículo, que no he podido averiguar si al fin fué impreso. No es ésta la única vez que Fernán Caballero se queja de ver sufrir a los animales. Su bello artículo «Los pobres perros abandonados», inserto en sus obras, es una prueba bien clara del tierno y compasivo amor que les tenía.

(2) *Adivinas* por *adivinanzas*.

(3) Varias de las adivinanzas que iba recogiendo Fernán Caballero, copiadas y numeradas de su puño y letra, las tengo aquí presentes. Entre ellas no está la del sombrero.

Siento ver por la carta de Mercedes que estabas resfriada, lo que te ha impedido (y mucho lo siento) ir con tus padres a ver a los infantes. ¡Sea por Dios! Aun no los he visto, porque estoy algo resfriada, pero he recibido amables recados suyos y turrones exquisitos en una caja, toda blanca, preciosa.

Paca ha pasado por aquí con marido y niños para ir a la Trinidad, lo que me ha dado también mucho que hacer.

Ayer fuí en casa de la infeliz de Gertrudis, que no sé qué calamidad le resta que pasar en este mundo. Abril, su yerno, el único que ahí ganaba algo, ha muerto, pero de la manera más horrible, de mal de orina. Sólo dos pequeños ataques había tenido anteriormente, de que no había hecho mayormente caso, cuando le dió éste, en que estuvo cuarenta y ocho horas sin desahogar la orina en un estado espantoso: cuatro médicos con sus instrumentos nada pudieron lograr, hasta que discurrieron introducirle una cuerda de guitarra, que algo desobstruyó el conducto, y echó escupidera y media de sangre corrompida, con una fetidez atroz.

Dijeron los médicos que si salía del ataque tendrían que desobstruir el conducto, quemándolo todo; ¡figúrate qué suplicio! Por suerte para él, no ha llegado el caso, pues en la noche de antes de ayer murió de una muerte terrible y dolorosa, pero conforme con ella y bien preparado. El día antes, a las doce de la noche, habiendo los médicos mandado al enfermo una medicina y no teniendo quien fuese por ella, fué la misma Gertrudis, y en el aturrullo llevó 10 duros que tenía en oro en un pico del pañuelo, los mismos que perdió. Con tantas desgracias, se volvió a resentir de su perlesía y está la infeliz sangrada. ¡Qué va a ser de esa pobre Felisa y cinco niños, que creo no tendrá más que la viudedad de retirado, que son 7 duros! Carmen Jáudenes, que tiene un cora-

zón de reina generosa, me dió 5 duros para ella, y yo añadí lo que pude, lo que le llevé, aunque es de esperar que su pariente el rico provisor (1) corra con el entierro y precisos gastos.

El otro yerno en Ceuta, donde lo han recibido con mucho miramiento y está bien, pero tendrá que comer del rancho, pues Gertrudis no puede enviarle, y su propia familia nada hace por él, nada.

En fin, dejemos ese tristísimo cuadro, para venir a otro que no es más alegre y me ocupa mucho, y es el pésimo estado de salud en que se encuentra Tito. Cecilia, que ha venido del Puerto, donde fué a ver su hijo Alejandro, que está en los jesuítas, se ha alarmado de ver a su hermano, aunque yo la tenía prevenida, y ha podido lograr que hoy haya junta, cosa, como dice Tito, completamente inútil, y tiene razón; pero que es un consuelo para sus allegados. No sé si tirará mucho; lo que si sé es que no sana.

Para mí son crueles las pasadas cosas, que tan al vivo se me representan, pues son idénticas; sólo que éste, con los precedentes de sus tíos, conoce mejor su estado que aquéllos lo hacían.

La pobre Lola tan poco arriba. ¡Mira todo esto qué intranquilidad trae para mí!

---

(1) Fué este señor D. Manuel Amigo y Mier, que desempeñó varios años el espinoso e importante cargo de provisor. Dejó fama de hombre adusto y severo. Por falta de flexibilidad con las autoridades civiles de aquella época turbulenta, tuvo que hacer la dimisión. Cuéntase que los clérigos sevillanos, con el buen humor y agudeza que caracteriza a los hijos de esta tierra, variaron algunas letras de los apellidos del provisor, y en vez de llamarle D. Manuel Amigo y Mier, le decían D. Manuel *Enemigo* y *Hiel*. Ni que decir tiene que mientras los clérigos celebraban la ocurrencia con francas y alegres carcajadas, al bueno del Sr. Amigo se lo llevaba Pateta de coraje.

Llegaron Fernando y Elisa; él estuvo anoche aquí, a ella no la he visto. Parece que se ha señalado; con ese motivo no se moverá y tengo yo que ir allá.

¡Con cuánto placer he sabido que por fin piensas venir antes de lo que me habías anunciado! Lo que siento es no poder decir *vienen ustedes* y que viniesen todos.

Voy a ver si puedo hoy ver a Rosario Rivas, que hace mucho tiempo que llegó, y cuya cuñada, la condesa, como sabrás, ha muerto.

También Amalia ha llegado, pero no la he visto.

Adiós, queridísima hija mía. Tantas cosas a tus queridos padre e hija, y con la esperanza de darte pronto un abrazo, quedo tu más apasionada amiga,

FERNÁN.

He hecho tu encargo; veremos qué resulta.

3 de enero de 1866.

1866 (1)

¡No puedo expresarte, queridísima Matilde, la gratitud que te tengo por tu carta! Antes de ayer supe de nuestra amada enferma por Mr. De Latour, y no me tranquilizó lo que me dijo; ayer no supe nada, y esta tarde pensaba ir a ver a Valentina por si sabía algo. ¡Dios mío, cuántas y cuántas veces estuvo tu tía a punto de expirar y se mejoró! ¿No hemos de tener nosotras esa suerte en la primera gravedad de tu madre? Estoy

---

(1) Como fácilmente se colige del contenido de esta carta, que es un grito de dolor, fué escrita estando gravísima D.ª Florencia, cuya muerte acaeció el 22 de marzo de 1866.

tan pasada de dolor, que no acierto a calmarme. Además, lo que me rodea no es para ello.

Después de la muerte de Javier, tenemos la de la anciana marquesa de Marchelina, y el alemán que me visitaba se ha vuelto loco, loco de atar, en la fonda, y su pobre mujer, sin tener más amigo ni consuelo que yo, me manda a decir que ¡por Dios!, ¡por Dios!, vaya allá, que soy la única que a él lo calma algo y a ella la consuela. ¡Ya ves con la amarga pena que llevo a todas partes en mi corazón, los cuadros que se me presentan!

Tengo puesta mi esperanza en el día del Patriarca, pues es como imposible desatienda en su septenario tan fervientes ruegos como le hacemos sus devotos.

Siempre, siempre estoy a vuestro lado; no vivo en Sevilla, sino en Sanlúcar. ¡Pobrecita de mi corazón, que dice no necesita ya más que los médicos del alma! ¿Qué médicos ha de necesitar su alma, tan pura, tan santa? ¡Jesús, qué temporada! Si no puedes escribirme, dile, por Dios, a Ñudi que me ponga tan sólo dos renglones, o a Rosarito.

Tu amante y angustiada

CECILIA.

No me atrevo a dar los días a tu padre, pero me uno a él con alma y vida en sus plegarias a su santo.

1866

31 de mayo de 1866.

Querida Matilde:

Nada sé de vosotros, lo que ya me va apurando; pues aun cuando de allá escriban a tus criados, éstos no vienen por acá. Te envío esos versos que me mandó An-

tonio Martínez para que los mandase insertar en un periódico, y aunque no son ciertamente buenos versos, expresan grandes verdades, por lo que, así como para complacer al autor, me decidí a mandarlos a imprimir.

Me hago el cargo de cuán presente tendréis a la que se fué a su patria, puesto que yo no la puedo olvidar ni un momento; pero, hijas mías, eso no quita el que me pongáis cuatro letras, que serán recuerdos comunicados de la madre y de la amiga más querida y más digna de serlo. Si no queréis afligirla en el cielo, tomad modelo de lo santa y tranquila con que ella sobrellevó las penas de esta vida, evitando dejarse ir a extremos que son contra la dignidad de la cristiana conformidad.

Parece que *todo el mundo,* menos yo, va a salir del Alcázar, o quedarse *pagando,* pues dicen que las casas todas se van a arrendar. ¡Figúrate cuál estará la pobre Gertrudis! ¡Bien podía el señor provisor, que es tan rico, pagarle la casa!

Adiós, hija mía. Tantas cosas a tu padre, a mi Mercedes y a Rosarito; en cuanto a cariño reemplazo a la madre que habéis perdido, puesto que el que os tengo es maternal.

CECILIA.

1866 (1)

Madrid, 11 de junio de 1866.

Muchos días hace, mi querida amiga, que deseo escribir a usted en contestación a su afectuosa carta de 21 de abril. Pero es tal el cúmulo de ocupaciones que sobre mí pesan, que rara vez me dejan espacio para sa-

(1) Carta de D. Manuel Cañete a Fernán.

tisfacer el anhelo de mi corazón. Sírvame esto de disculpa, aunque sé que con usted no la necesito, porque me tiene acostumbrado a contar siempre con su natural indulgencia. En esta ocasión, además, ha habido otra causa que me ha obligado a dilatar el dirigirle estas letras. El autor de los *Cantares* (1) deseaba ofrecer a usted por mi conducto un ejemplar de su precioso librito, y no me lo ha traído hasta ayer, por hallarse muy atareado con los preparativos de sus exámenes de fin de curso. Y como su carta de usted se refería principalmente al prólogo que le escribí, y la alarma de usted tocante a mis opiniones sobre la poesía popular es, sin duda alguna, debida a no conocerlo entero, no quería decir a usted nada sobre este punto sin que le fuese dado fallar mi causa con cabal conocimiento de lo que he dicho. Adjunto va el librito de Paláu: léalo usted con su natural benevolencia; y después de conocer mi pensamiento en la materia, dígame si estamos tan distantes y si critico y *menosprecio* la poesía popular.

Como usted verá, en mi prólogo yo no contradigo ni refuto a los que celebren la poesía popular; yo no tengo en menos esta casta flor de puro y delicado aroma; lo que digo y sostengo es que esa flor jamás nace entre el estiércol.

Yo no niego la posibilidad de abrigar facultades eminentemente poéticas ni al más rudo campesino; antes bien, sostengo que puede haber alguno tan felizmente dotado, que hasta emplee los más bellos modos de expresar un pensamiento en versos armoniosos, adivinando lo que natural y lógicamente sólo puede ser obra de

(1) El catalán D. Melchor Paláu, que en 1866 publicó en Madrid, imprenta de M. Galiano, un tomo de cantos populares con prólogo del Sr. Cañete.

la cultura y del buen gusto. Pero de aquí no se deduce ni puede deducirse que toda inspiración delicada y sencilla, sellada con el sello de la ingenuidad popular, haya de estimarse engendrada por un patán sin educación ninguna o por un artesano *cursi* de los que se la echan de señoritos y leídos. Los coleccionistas de tradiciones santas, históricas y poéticas, Moisés, Homero y nuestros romanceros, inspirados, no por el Arte, sino por Dios, dice usted que siguen siendo los modelos de los poetas. Estamos de acuerdo, por más que el Arte, inspirado por Dios, y que deja de ser verdadero Arte cuando de Él se aparta, resplandezca con luz más viva que en parte ninguna en Moisés, Homero y los romanceros. El vulgo, esto es, la gente inculta y grosera, es incapaz, en mi concepto, de producir bella poesía popular ni de ninguna otra especie. Para crear sin ningún cultivo flores tan modestas y olorosas como el resedá, que usted pinta con su natural primor y delicadeza, se necesita nada menos que el poder de Dios, para quien todo es fácil y hacedero. Lo que hace el pueblo que siente, digámoslo así, la verdadera poesía y que tiene un gran poder de asimilación, es apropiarse aquellas inspiraciones de los poetas que están, por su verdad, naturalidad y sencillez, al alcance de su comprensión y en armonía con sus sentimientos. Esto me parece que es lo que usted cree y lo mismo que yo sostengo. ¿Me equivoco? (1).

---

(1) Creo que sí. Precisamente Fernán Caballero, refiriéndose al asunto de esta carta, escribió otra, que trae Morel-Fatio en el libro que he citado (pág. 17), de la que copio lo siguiente, puesto que viene aquí como anillo al dedo:

«Nada toma el pueblo de poesías cultas que ni oye ni sabe, y el libro que nos recomienda (los *Cantares,* de Paláu) toma del pueblo sus ideas, su género, sus expresiones, sus santos y cosas...; toma su *sans façons* en el decir, sus modismos, sus palabras, eso sí, y no obs-

De todos modos, y sintiendo mucho no poder dilatar más mis explicaciones por falta de tiempo, sepa usted que si algo pudiera hacerme dudar hasta de lo que pienso con entera convicción, sería que usted pensase lo contrario: tanta fe tengo en la rectitud de su manera de ver y de sentir.

Vulgaridad y nobleza me ha conmovido profundamente: es un cuadro admirable de verdad y de poesía esencialmente cristiana, con lo cual creo decir cuanto más puede decirse para encarecerlo. De *Las dos gracias* y *La Farisea,* sus dignos rivales, he adquirido a esta fecha cuatro ejemplares, que he ido regalando sucesivamente a otras tantas señoras de las más cultas y dignas de nuestra aristocracia.

Agradezco a usted y acepto con toda la efusión de mi gratitud la generosa oferta que me hace de los apuntes de su respetabilísimo padre, relativos a nuestro antiguo teatro. Agradeceré a usted igualmente que me los remita a la mayor brevedad posible, no sólo porque habrán de darme gran luz en materia de suyo obscura

---

tante, yo, tan identificada con el pueblo, conozco al instante lo que es genuino y lo que es imitado. La espontaneidad, la fe, la sencillez, los *defectos* le faltan; es cosa *mejor,* pero no es aquélla; son niños bien educados y no niños sin educación, y éstos me gustan más. Por eso decía yo a usted que Cañete se contradice de una hoja a otra en su prólogo y afirma lo que no es ni será, y es que el pueblo cantará las coplas de Paláu. ¡Nunca! Así como no pronunciará a la madrileña. Cada uno sabe lo que sabe, y yo, en el humilde y *ordinario* estudio del pueblo, sé más que Cañete. Bastaría la *chocantísima* innovación de Paláu de hablar de *besos,* para reconocer que no es de la casta musa popular que canta sus amores a las puertas de los padres y madres de las novias. *Jamás* he oído al pueblo asociar esa palabra sino en sus cariños a los *niños.* La *retenue* y decente severidad de este pueblo la expresa bien este refrán: «Entre santa y santo, pared »de cal y canto.» *(Études sur l'Espagne.* Troisième série, p. 347.)

y difícil, y en la que yo he logrado reunir muchas cosas completamente desconocidas, sino porque de este modo podré hacer una y otra vez conmemoración de las altas prendas, sólido saber y sana doctrina de aquel eminente literato.

¿Está en Sevilla nuestro excelentísimo amigo el señor De Latour? Si no está, ¿sabe usted dónde para? Quisiera enviarle el librito de Paláu y reclamar su perdón por estar con él en grave falta.

A Fernando de Gabriel escribí acerca de sus poesías por conducto del célebre pintor francés Gérome, que estuvo en esa ciudad hace algún tiempo. ¿Sabe usted si ha recibido mi carta?

Tanto a él como a Pepito Fernández, Bécquer y todos los buenos amigos de ésa, a quienes escribo muy de tarde, pero cuyo recuerdo está sin cesar presente en mi memoria, mil y mil afectos, que expresados por usted les serán doblemente gratos.

Adiós, amiga mía; crea usted que la quiere muy de veras y recuerda siempre con ternura sus finezas y bondades, su apasionado amigo y admirador,

MANUEL CAÑETE.

1866

Señor y querido amigo (1):

Recibí su favorecida. Si antes me la hubiese escrito, habría podido contestar a su pregunta; pero la de Avellaneda ha marchado hace días a veranear a Cádiz. Si usted lo desea le escribiré para hacerle la pregunta que

(1) Escrita a D. José Pastrana.

me encarga, y si no aguardaremos a su vuelta. Esto será según usted me lo prescriba.

Como puede usted pensar, estamos entristecidos con las funestas noticias de Madrid. ¡Qué malvados los instigadores de esta barbarie, que sin dar la cara han empujado a los soldados a cometer los crímenes que se han cometido! Escriben que cuando el valiente regimiento de Santiago entró por las ventanas en el cuartel de San Gil, hallaron a todos los soldados de artillería borrachos perdidos. Estando O'Donnell dando órdenes a su ayudante el marquesito de las Amarillas, vino una bala de cañón, que destrozó el caballo de este último. ¡Pobre España, verdaderamente presa de gentes tan malas en todos conceptos! Mire usted lo del Banco de Cádiz. Vea usted treinta y cinco loteros que se han fugado (en Sevilla tres), llevándose qué sé yo cuántos millones.

Por aquí no hay novedad, ni idea de poderse turbar el orden, pues cuando fracasa alguna de estas revoluciones, se acobardan los alborotadores y tenemos paz por algún tiempo.

¡Cuánto celebro el buen aspecto que me dice usted tiene su viña! La tierra es agradecida y premia el cultivo que se le da.

Dicen que para la guerra del Norte, esa atrocidad inmotivada discurrida por Bismarck, que llaman el Cavour del Norte, se están haciendo acopios de vinos, por lo cual es de pensar se pronuncien los precios en alza.

No sé cómo ha podido usted desconocer lo mejoradísima que venía Matilde a como fué a la Sierra. Vino, créalo usted, otra de parecer y de humor. ¡Pobrecilla, bien podían venir a mí todos sus males, y ella, tan joven, bella, alegre y buenísima, gozar de una salud fuerte e inalterable!

Muy bien, me escribe Mr. De Latour que les va a SS. AA. y familia en ésa; pero ahí como en todas partes llegarán a ellos estas tristes noticias de las maldades de los hombres.

¿Qué me dice usted de este tiempo? Es un fenómeno, y si sigue así, me parece que la canícula, si es que llega, será allá por Navidad. En fin, estamos en manos de Dios nuestro Padre, por lo cual, aunque ciertamente estamos atravesando una época calamitosa, no debemos apurarnos, sino vivir tranquilos en nuestro rincón.

Ya sabrán ustedes que se murió la sobrinita del provisor: ¡un dolor de niña!

Suplico a usted de repetir miles de cariños a su mujer e hijas, sin cuidarse que sean muchos, pues por muchos que sean no llegará usted a agotar los que hacia ellas encierra mi corazón; hacia ellas y su marido y su padre, puesto que mi corazón es el de su mejor y más agradecida amiga,

FERNÁN.

25 de junio de 1866.

1866

Querida Matilde:

No puedes pensar lo que me apuré cuando me escribió Fernando que tenía tu niña escarlata, porque aunque me decía que era benigna, como sé cómo te pones tú cuando a la niña le duele aunque sea una uña, me figuré que estarías apuradísima, y además muy sola, porque de parte alguna donde hubiese niños te irían a acompañar, y sentí doblemente no poder hacerlo yo. Luego queda en ese leve, pero pícaro mal, la cuaren-

tena que guardar; de manera que son dos enfermedades que tendrás que cuidar. Es mucha casualidad fatal que esto haya ocurrido en esta temporada y fuera del lado de tu familia. ¡Pues no digo nada de lo que se habrían apurado allá!

Dile a Fernando (caso que lo veas ya) que si ha recibido una carta mía con un impreso que me envió para él L. Vidart. Éste no ha llegado y me temo que se le haya muerto el niño, que estaba muy malo.

Ya sabrás la muerte de la de Lasso; se dice que los hijos se van a vivir a Madrid y que la casa se venderá. ¡Buenos dineros querrán por ella!

El tiempo va refrescando, y esta mañana hacía un fresco desagradable en lo bajo. A ver si se vienen ustedes pronto; lo estoy deseando y no contribuyen poco a ello mis deseos de ver el cuento que me ha prometido Rosarito, que espero en Dios no se le habrá olvidado con la escarlatina. Mucho tendremos que charlar, pues hasta aquí llega el runrún de los chismes y piques que hay en ésa. ¡Ay, qué bien se vive y se descansa en un rinconcito del Alcázar, con sólo un hueco a la calle y ése muy alto!

Dile a Fernando que me conteste, y tú, hija mía, escríbeme, pues estoy deseando saber de ti *por ti*. Dime qué tal les va a Julia y a su marido.

Deseando abrazarte con los brazos lo hace de corazón con la voluntad tu mejor amiga,

Fernán.

Mil cosas a tu suegra y cuñadas.

26 de agosto de 1866.

1866

Mi muy querido amigo y señor (1):

Ya digo a nuestra Florencia las causas que me han impedido contestar antes a sus benévolos y cariñosos renglones, que tanto he agradecido.

Quisiera tener dos días de santo al año, por que se repitiesen estas muestras de amistad y afecto que tanto alegran y tanto agradece mi corazón. Para alegrar el de usted le voy a dar una noticia que es de buen origen, es decir, de Rueda, que tiene muchas relaciones en Madrid en altos círculos políticos. Parece que L. N. llamó a Prim y le dijo que le aconsejaba que se fuese a Méjico, en donde tendría campo ancho su genio emprendedor, porque en cuanto a España, le aseguraba que mientras él viviese nadie tocaría a un cabello de la reina Isabel. Ahora se aclara el que L. N. ha exigido, en cambio de esta verdadera y ostensible protección, que la reina niegue la suya a los Orleáns, siendo la primera muestra que ha exigido el que les niegue a los condes de París su venida a España, pues parece que los orleanistas se mueven mucho, y no querrá tener a su jefe en las puertas de Francia.

Esto explica el viaje de la infanta, sobre el que tantos y disparatados comentarios se han hecho.

La reina habrá sentido la condición; pero ¿cómo negarla, cuando su persona, su trono, la paz del país dependen de ella? Claro está que ese hombre intrigante y revolucionario, que tantos millones ha gastado en preparar cinco sediciones militares, que todas han abortado, se

---

(1) Don José Pastrana.

ha convencido que España no quiere revolución, y ha echado por otro camino. Los demócratas están muy caídos, pues confiesan ellos mismos que ven su causa perdida. Usted que todo lo ve triste, ¿qué me dice usted a esto? Y añadiré que el Papa no sale de Roma. Lo envuelve como en una brillante e impenetrable nube el inmenso y santo prestigio de la religión católica.

¡Qué deseos tengo de hablar con ustedes muy largamente! Es preciso que se vengan ustedes a pasar aquí las Pascuas, y que vea lucir a su nieta a la par de sus hijas.

Páselo usted bien, y crea lo que siempre le repito, por el gusto que tengo en repetirlo, que es su mejor y muy agradecida amiga,

FERNÁN.

7 de diciembre de 1866.

1867

Queridísima Matilde:

¡Cuánto placer tuve en ver a Gertrudis y cuánto de saber de ti! Parece que han pasado años desde que andamos desparramados cada uno por su lado. ¡Qué largo se hace el tiempo cuando es triste, y qué eterno cuando se une a la ausencia! Otro consuelo tuve al recibir tu carta, pues si todas ellas son interesantes y escritas con la gracia que te es propia y usas en todo lo que haces y dices, más aún lo son las que escribes en aquellas tierras que el camino de hierro ha acercado a Sevilla. A medida que leía te iba envidiando más, sobre todo en tu excursión al convento de Santo Domingo, en que todo te envidié, empezando por tus compañeros de excursión,

las vistas, el campo, la estada en el convento, y más que nada ese silencio adorable, que vale más que todas las músicas de Rossini y aun que la del ruiseñor.

Supe por Gertrudis que en el correo habían dirigido una carta para mí a Sanlúcar, otras dirigieron durante mi ausencia al Puerto, y otras a Jerez; ésta volvió a Sevilla trayendo escrito en el revés del sobre «F. C. vive en ésa, Alcázar, patio de las Banderas, núm. 1.» Mira si tengo razón de desesperarme con este maldito F. C., que parece el clarín del tío Clarín.

Se acabó la sequía; ahora apuesto que se quejan los labradores y hacendados de demasiado riego, porque estos hijos de Ceres y Jeremías (¡qué consorcio!) nunca están sin lamentos.

¿Qué no daría yo por admitir tu amistoso convite de ir a pasar unos días allá? Daría cuanto hay, pero, hija mía, una mujer enteramente sola y de mi carácter no se sabe mover de su sitio. Si amablemente le ofrecen de ir a recibirla o a enviarle la pacífica nieta de la montura de Balaam, como me ofreciste el año pasado, le detiene la angustiosa idea de incomodar, y unida al necio miedo, todo la entraba, entorpece y desanima.

No quiero hablarte de mis tristezas. Después de las pasadas en el Puerto, al llegar aquí me hallé que Tito, al que dejé aún lleno de vida, y sobre todo de energía, Tito, al que había prometido no desviarme de su lado si se agravaba, había muerto el día antes con poquísimas horas de gravedad. Cayó de repente, como la vela a la que falta el viento. Esto ha sido para mi corazón un golpe harto más que doloroso que la muerte de mi cuñado, al que apenas había tratado.

Para hablar de cosas más alegres, ya sabrás que se casa la de Lora (no la tía, sino la sobrina) con un brigadier viudo y con dos hijos, pero muy rico, ex buen mozo,

fino y buen sujeto. También están dando parte de su casamiento Tirado y Ramona Gibaja, ambos algo granaditos, pero ambos excelentes personas, que pasarán su honrada vida con buena mesa en el Limbo de los casados.

¡Cuánto he celebrado lo que me cuentas de la sociedad infantil! No apetezco oír a la Civili ni a Tamberlick; pero mucho daría por oír a estos pequeños artistas. La copla que me escribes es preciosa y compuesta por un excelente poeta. ¿Será Gonzalito Segovia? ¿Qué ha parecido a éste el *Viaje de la condesa de Robertsart?* No le habrá leído, pues tiene su corazón embargado por... la hija de un padre muy amable; sus simpatías literarias todas por la reina del Parnaso español, su tiempo por sus negocios y en acompañar a su bella y amada vecina.

Da un abrazo al Rosario (1) de la Aurora, y dile que hace muy bien en poner sus redes a los pajaritos del campo, en lugar de a los pajarracos de la ciudad. Mil cariños a Gertrudis, Antonia y Elisa, y tú recibe todo el de tu mejor amiga,

FERNÁN.

Tantas cosas a todos los de Sanlúcar.

14 de mayo de 1867.

1867

Mi querida Matilde :

Ayer tarde salí a hablar a los Linares sobre los negocios, y a ver a tu tía, que me ha parecido, sobre toda ponderación, fatal.

---

(1) La hija de D.ª Matilde.

En la calle de las Sierpes vi un pobre perro envenenado, lo que me hizo tal impresión, que me propuse no salir más mientras echen pelotillas; pero como me temo que te vayas, te envío con tiempo esos libros para tu madre.

Espero, hija de mi alma, que no te irás sin verme, pues tanto tiempo he estado y tanto tiempo voy a estar sin tener ese gusto, para mí uno de los mayores que puedo disfrutar.

FERNÁN.

Mucho tenemos que hablar.

18 de junio de 1867.

1868

Mi querida Matilde :

Ayer tuve que hacer *por amor* el sacrificio de ir a despedir a los condes de París. Vi allí a Esquivel; por fortuna no fué a la entrada, sino a la salida; porque fué tal la impresión que me causó la inesperada noticia de hallarse tu madre enferma de alguna gravedad, que me trastornó toda y me apresuré a regresar a casa. Aunque me mandaste a decir que no te satisfacían las noticias que te daban de tu madre, como sé que siempre vuestro cariño os ha exagerado sus males, y que tú viajas sin que ello te moleste ni asuste demasiado, no entré de manera alguna en cuidado, por lo que comprenderás mi sorpresa atroz y mi susto cuando Esquivel me dijo que su mal era bastante grave para haber necesitado cáusticos y otros remedios fuertes. Me han simpatizado los cáusticos, en los que tengo grande fe; así es que espero con la mayor confianza los buenos

efectos que siempre producen, y te ruego, por Dios, que me pongas dos letras únicamente para ponerme al corriente del estado de la mejor y más querida de las amigas. Desde ayer tarde me oprime un peso cruel, y tengo como remordimientos de no haberlo sabido antes para acompañaros, ya que por desgracia no puede ser personalmente, con mis pensamientos y oraciones.

Espero y te deseo, amadísima Matilde, que tengas la mayor de tus satisfacciones en tu día, y es la de ver a esa madre amada, y tan digna de serlo, en plena convalecencia, aunque después le quede, como me quedó a mí después de mi enfermedad, algún achaque, como fueron mis dolores.

Adiós, hija de mi alma, aunque sin ella estoy, pues está toda en Sanlúcar a vuestro lado.

Millones de cosas a la pobrecita mía, ¡qué estará sufriendo con sus cáusticos!; pero que lo lleve con esa paz hermosa de mujer superior y santa de que siempre ha sido modelo, porque ellos son los que nos la van a poner buena.

Mil cosas a tu padre, hermana e hija, y oye el ruego de tu mejor amiga : escribe, escribe.

CECILIA.

12 de marzo de 1868.

1868

Querida Matilde :

Perdona que te moleste con mis cartas; si hubiese vapores como en verano, ya estaría yo a vuestro lado y al de mi amada enferma, sin desviarme un solo instante. Tu carta me desconsoló mucho; pero Mr. De Latour me ha escrito que La Rabia no ha hallado el caso

tan malo como los médicos de allá. ¡Ay, Matilde mía, no vivo! De noche, de día, sobre todo en el septenario del santo que es tanto de vuestra devoción y de la mía, os tengo a todos presentes y en mi corazón. ¡Ay, Dios mío, santo mío, San José!, devolved cuanto antes la salud a la mujer modelo, a la mejor y más entrañablemente querida de las amigas.

CECILIA.

16 de marzo de 1868.

1868 (1)

Os haréis cargo, amadas hijas mías, queridas amigas, que no escribo para dar consuelos que no hallo para mí. Vosotras, hijas de mi alma e hijas de la amiga más querida y admirada, pasáis por un dolor que la Naturaleza impone a todos los hijos, con cortas excepciones, que es el de llorar la pérdida de sus padres; pero no está en la misma regla ver desaparecer amigas o hermanas, y, por lo tanto, se siente con una especie de sorpresa, y hace que uno exclame con amargura: ¿Por qué no he sido yo, en lugar de ella, la escogida por esa muerte cruel que en tan poco tiene la falta que hacen las personas que se lleva? Dichosa ella, en verdad, pues después de tal vida perfecta, de tal muerte santa, ¿qué otra cosa le espera en la eternidad sino la gloria?

Camino del camposanto
Nos solemos encontrar
Los que lloramos aún
Y los que no *lloran ya*.

---

(1) Dirigida a la condesa de Monteagudo, a su hermana D.ª Mercedes y a Rosario Pastrana, hija de la primera.

Este es el consuelo, y no hay otro; pero es inmenso.

Agradecida estoy a Aurora por lo muchísimo que ha sentido nuestra pena; porque Aurora era muy capaz de comprender todo lo que valía la que tan generalmente es sentida, como lo verás en ese retazo del periódico de hoy, que te envío (1). ¡Ah, si nos pudiese hablar desde el otro mundo, cómo nos diría con su dulce sonrisa: No lloréis, que soy feliz como sólo se es feliz en el cielo!

Escribo a las tres unidas por no cansar a cada cual con una lectura que remueva su pena; pero no podía dejar de deciros parte de lo que siento; de acompañaros, siquiera por escrito, en estos días de duelo. Voy ahora a la catedral, a la capilla de las Doncellas; voy allí, como en todas partes, a pensar en ella, a pensar en ustedes.

CECILIA.

25 de marzo de 1868.

---

(1) El retazo del periódico a que alude dice así:

«Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores el fallecimiento de la Sra. D.ª María Florencia Romero de Pastrana, ocurrido en la madrugada del 22 en Sanlúcar de Barrameda.

»Las bellas prendas de carácter de esta ilustre señora, que pertenecía a una de las familias más aristocráticas de dicha ciudad; sus virtudes, muy recomendables; su amenísimo trato y su caridad, sobre todo, han hecho muy sensible esta pérdida irreparable. Reciban nuestro sentido pésame sus estimables hijos, entre los cuales se cuenta la joven y distinguida condesa viuda de Monteagudo, que apenas tuvo conocimiento de la gravedad de su queridísima madre, salió de esta ciudad para Sanlúcar, donde ha tenido el triste consuelo de permanecer a la cabecera de la enferma hasta que exhaló su postrer suspiro.»

1868

Hace mucho tiempo, señor y amigo (1), que deseaba escribirle y que siempre se me ha caído la pluma de las manos.

Sabía que la honda tristeza que sin poderlo remediar destilaría de mi pluma iría a aumentar aquella en que me decían estaba usted sumido. Si algo al comunicarnos puede en algún tanto llenar el inmenso vacío que ha dejado aquella inolvidable y superior mujer de usted y amiga mía, es el hacer el bien, por lo que en el momento de recibir su carta de usted he escrito a F. Espino iucluyéndole la notita, con el fin de que esté prevenido para cuando ese caballero le lleve la carta de introducción que a usted remito. No dejo de extrañar que pidiéndola el interesado de De Gabriel que tienen ustedes en Sanlúcar, se haya usted dirigido a mí; pero ésta no es cuenta mía, sino que lo es hacer lo que usted me encarga; y como el asunto se recomienda tanto por sí solo, es indiferente quién sea el introductor, aunque siempre, por ser tan íntimos amigos Fernández y De Gabriel y ser éste diputado, habría sido de mucho más peso su recomendación que la mía.

Hace una porción de días que estoy queriendo escribir a mis queridas niñas; pero siempre me falta el tiempo, y últimamente, con la octava de la Virgen de los Reyes, con más razón.

Crea usted, además, que estamos contristados todos por el sobre toda ponderación horrible atentado de la muerte del niño (2), con la gran desgracia de la desunión

---

(1) Don José Pastrana.

(2) Los periódicos sevillanos de la época a que se refiere Fernán

de nuestra amada familia real y extrañamiento de esos tan amados infantes. ¡Mucho habría que hablar sobre esto! Además, la pena nuestra al ver que Aurora, si bien no se ha puesto peor, nada ha adelantado con ir a París y ver allí a siete de los primeros médicos, empezando por el gran señor Nélaton, que acaban de hacer ahora senador. De manera que bien se puede decir que este verano, que tan agradable ha sido por su serena y fresca temperatura, por su buena recolección y excelente estado sanitario, ha tenido causas morales que lo han hecho en extremo triste y angustioso.

Veo con gusto acercarse el otoño, que nos traerá los desertores veraniegos. Yo confío en que Matilde tendrá bastante persuasiva para decidir a usted a venir con mi amada Mercedes a pasar aquí gran parte del invierno, que tan solos pasaran en ésa: ¡grande satisfacción sería esa para mí!

Adiós, mi querido amigo y señor. Dé usted las más afectuosas expresiones a esas dos hijas queridas, a la pollita, y crea usted que mil veces estoy en pensamiento en aquella hermosa casa, donde si bien hay un

---

cuentan detalles espeluznantes de la cruel muerte que dieron al niño. Tenía cinco años, se llamaba Antonio Rodríguez y era hijo de D. Antonio, dueño del Hotel de Madrid. Jugaba el angelito en la Plaza Nueva la tarde del 1.º de agosto de 1868, cuando fué secuestrado por dos sujetos, llamado uno de ellos Francisco Morilla Vargas, apodado *Trepaburra*. Pidieron por el rescate 3.000 duros, que el padre no entregó por orden gubernativa. Al niño lo escondieron, envuelto en una estera, en una inmunda cloaca del prado de San Sebastián, llamada el Arroyo del Tagarete. Allí lo tuvieron varios días sin alimentarlo, dándole al fin muerte violenta y abandonando el cadáver a la voracidad de las alimañas. Presos los dos malhechores, fué uno de ellos ahorcado en la plaza de San Francisco, a unos cien metros del sitio en que se verificó el secuestro. La impresión que ese hecho repugnante causó en el público se deja fácilmente concebir.

grande vacío, están personas que yo tanto aprecio y quiero.

De usted su más sincera amiga,

CECILIA.

22 de agosto de 1868.

1868

Como siempre, mi querido amigo y señor (1), me ha dado usted una nueva prueba de su buena amistad, y como siempre se la he agradecido a usted de todo corazón.

En esta época en que todos los buenos sentimientos están tan pospuestos, la amistad, la consecuencia, la finura, la benevolencia, se le ensancha a una el corazón al hallarlos, y como todos se reunen en sus finos y amistosos deseos, en mi día me han sido más gratos que nunca. Por cierto que necesito esos consuelos en la profunda tristeza y ardientes cuidados en que me tiene, así como a los demás de su familia, el grave estado de salud en que se encuentra mi amadísima hermana Aurora. Pero no quiero hablar de esto porque no le quiero entristecer a usted, que bastante lo estará con el estado de este desgraciadísimo país, al que los generalitos han venido a dar el golpe de gracia.

Muy arrepentidos dicen que están Serrano y Topete. ¡A buen tiempo! Este último se ha llevado un buen chasco con la actitud que ha tomado Méndez Núñez. Puede que éste sea el llamado a sacarnos de este caos.

Páselo usted bien, mi más querido amigo; arrincónese más que nunca, como quiero hacer yo yéndome a lo más

(1) El tantas veces nombrado Sr. Pastrana.

recóndito del Alcázar, y créame su invariable y agradecida amiga,

Fernán.

7 de diciembre de 1868.

1869

17 de febrero de 1869.

Queridísimo Tomás (1):

Al leer, profundamente conmovida, las tiernas y sentidísimas expresiones que te inspiran el amor a tu madre, me decía: ¡Qué dolor que no hubiese correo para el cielo, para poder enviar esta carta a aquella que la ha inspirado! Pero en seguida pensé: ¿Y a qué, si la vió escribir y la verá leer? Y eso será un quilate más a la gloria que goza. Pero, hijo mío, tú, al que Dios ha dotado de un carácter que, lejos de ser tétrico y misántropo, es alegre y bien avenido con su suerte, ¿a qué esas tristes e infundadas ideas de que faltando ese dulce punto céntrico de atracción, no os volveréis a reunir los hermanos?

Paca y Cecilia están llamadas a residir en Sevilla; María Manuela creo que acabará por establecerse en el Puerto, y Juan, como es natural y aun preciso, dará sus vueltas al Puerto, por lo que, ya día de santo, ya por nacimientos o bodas, os volveréis, mediante Dios, a reunir. No puedes pensar la sensación que recibí al leer la magnífica manera con lo que esa santa y prudente madre, con dos palabras, evita la completa ruina de uno de sus hijos. Dice Calderón: «El honor da entendimien-

(1) Su sobrino D. Tomás Osborne.

to.» En este caso ha sido el amor de madre; es admirable, y a ti, hijo mío, te evita los profundos disgustos que a no haber existido esa cláusula... (1).

Mucho he celebrado que haya dejado esa *mujer perfecta* tan lucida memoria a su ahijada y sobrina que no olvidó : ¡bendita sea! Pero, ¿cómo después de esas cosas, tan dulces y tiernas, había yo de pensar que vendría una que me causaría no sólo asombro, sino sentimiento? ¿Cómo conociéndome la hermana de mi alma, ha podido pensar, ciega de generosidad, que yo admitiría el legado que tú llamas pequeñas mandas y que es crecidísimo? ¡Jesús!, ¿exponerme a la cosa, para mí desagradable, de no rehusarlo en vista de que ustedes lo sentiréis? Cada cual, Tomás mío, tiene su conciencia, es decir, no conciencia moral ni religiosa, sino conciencia de delicadeza, y ésta no me permite, puesto que no lo necesito, el tomar nada de una herencia que tiene sus legítimos dueños; puede que me digas que es una exageración; convenido; pero ¿quién no tiene, ya en esto, ya en lo otro, sus exageraciones? Prefiero esta mía a otras. No hubiera extrañado mucho, y aun hubiera celebrado, que hubiese puesto que me dejaba una onza para mis pobres, pues sabía que socorrerlos era mi mayor placer, y sabía igualmente que sería esa manda bien distribuída, y por su alma. Así, Tomás mío, si quieres librar mi corazón del penoso desasosiego que ahora se mezcla a la pena de mi hermana, no me vuelvas a hablar una palabra sobre eso, y que por nada se menoscabe el capital que por ley de Dios y de los hombres pertenece a sus hijos, y acaso a los necesitados, y yo no lo soy, gracias a Dios y a ti (2).

---

(1) Dejo de insertar unas cuantas líneas.

(2) También dejo de poner tres o cuatro renglones.

A lo que dice tu santa madre debo añadir yo que estando en la cama entraste tú y que incorporándose dijo con voz solemne: «Digo y encargo a mi hijo Tomás (que nombro por albacea), y sean ustedes todos testigos, que no teniendo yo exacta idea del valor del dinero, puedo muy bien haber hecho mal la designación de las mandas que dejo en mi testamento, y que le autorizo plenamente a que en este particular haga y deshaga según a él le pareciese y fuese razonable» (no lo es la manda mía).

Adiós, querido Tomás. Si me quieres, si tienes en algo mi sosiego, no me vuelvas a hablar de esta mi inquebrantable resolución (1). Tu amante tía,

CECILIA.

Creo lo más conveniente y fácil mandar el dinero a Berkemeger, que es su hermano, que le enviaba el que sirvió para la educación del niño.

---

(1) Ya he dicho en la nota de las páginas 59 y 60 la repugnancia que Fernán Caballero sentía a tomar nada de nadie. De ello es una prueba bien clara la presente carta, entre otras. Debo consignar, valgan verdades, que la natural repugnancia de Fernán se le acentuó más, debido a la actitud de cierto personaje, según he visto en alguna que otra carta, que dejo de publicar por razones fáciles de comprender. Algo se clarea en el texto la ilustre escritora. *Qui potest capere, capiat.* Por varias cartas, que ha poco llegaron a mis manos, de su hermana Ángela y de sus dos hijos, vemos los esfuerzos titánicos que hicieron por mejorar la crítica situación de Fernán, si bien no pudieron doblegar la firme voluntad de la noble y recatada Cecilia Böhl. Como prueba voy a copiar dos parrafillos nada más, en obsequio a la brevedad. Corrijo las asperezas del original:

«Sí, por cierto; ¡estoy satisfecha de mis hijos! Se han portado como debían, y si su tía está agradecida, yo también lo estoy. Hermosa, conmovedora y tierna estuvo la carta de Juan. Sin embargo, no mereció más que una negativa. Fuiste tú a verla, y tanto la argüiste y tan cariñoso estuviste pidiéndoselo por las personas que más amabas

1869

Mi querido Tomás :

Va el documento corregido. Efectivamente, entendí eran 10.000 reales, pues no me paré mucho, y como no marcaba duros ni reales y las demás sumas eran de reales, no me paré a ver que no podían ser 1.000 reales, y que para 10.000 le faltaba un cero; pero quedamos en que tú y Juan me cederán cada cual 2.000 reales para que yo los saque del paquete antes que se lleven lo demás, pues hoy voy a mandar preguntar si va D. Fernando por el niño. Y a propósito, mucho me gustó el método que, según me dijo el señor obispo de Gibraltar, gastaba con él.

---

en la vida, tu mujer, tu hijo y tu madre, que conseguiste... Esta noticia me la ha dado Fernán. El principio de su carta nos hizo creer, a mí que la leía y a Juan que la oía, que aceptaba. ¡Tan contentos, tan conmovidos nos pusimos! Luego un jarro de agua fría cayó sobre nuestros sentimientos cuando vimos que no quería más que diez duros al mes..., y por esto sacrifica la santa vanagloria que tenía al decir que no debía a nadie y a nadie le era gravosa. Hace ese sacrificio y no nos da el gusto y el descanso que tendríamos si recibiese lo que se le ha pedido; paciencia.» (Carta de D.ª Aurora a su hijo D. Tomás. Madrid, 28 de enero de 1862.)

Sigo copiando :

«Veo que nuestro querido pobre Fernán no ha logrado (o no han logrado sus amigos de Madrid) el que siga la viudedad de Arrom que antes cobraba. Es un trabajo para mí cuando suceden esos descalabros en su pobre peculio, y no lo sería, por cierto, si tuviese ella otro carácter, y que al menos, con su hermana, dejase aparte sus demasiado delicados sentimientos. ¡Qué consuelo y qué descanso tuviera yo si quisiera recibir algo de mí!... Antier, siendo día de Difuntos, me encontré como inspirada por el pobre Arrom. Le escribí

No gastaré todo el dinero de tu santa madre en limosnas; lo gastaré en la mudada que me veré en breve forzada de hacer, y pagaré un trimestre de arrendamiento adelantado. Todavía este mes no han pagado las viudedades, y dicen que quizás no se pague este mes. ¡En eso había de venir a parar! En eso y en las cosas de Jerez.

No sabía que estuvieses labrando una bodega nueva. Me alegro, pues eso es buena señal. Mucho me alegraré de ver a Tomasito, hijo mío; ¡tantísimo como lo quería su abuela!

Yo me pensé si Aurora (q. e. p. d.) pondría esos 1.000 reales quizás para Paula, y le tengo que preguntar si sabe algo de eso. Creo que tu madre hacía muchas obras de caridad sin que nadie lo supiese. Al número 2 he ido, que allí para Mariana Beck, y dicen que no, no es suya (1); así, no hay más que hacer sino quemar ese papel.

(a Fernán) en ese temple, y de rodillas decía y suplicaba me dejase hacer lo que deseaba; que sabía le costaba a su carácter, y que lo que *costaba* era lo meritorio; que venciese su repugnancia y la ofreciese a Dios como sufragio por el alma de su pobre desgraciado marido, lo que sería más meritorio que muchas preces y oraciones. Veremos si admite. Lo que le proponía es esto: que no pensase de ningún modo mandar este año la pensión del Colegio a Alemania; que dejase de mi cuenta la mesada a su suegra, y que admitiese pensioncita mía. Ésta será la misma que le han quitado de su viudedad, que no sé de fijo lo que es, ni tampoco lo que manda a su suegra. Ésta tengo empeño en pagarla yo, y *pour cause* que ella sabe, pues no es la primera vez que le he rogado la daría yo.

»Te escribo todo esto para que sepas lo que quiero hacer, y que desde que recibas ésta puedas mandarle su mesada y lo que le da a su suegra, que puedes averiguar, y empezarás desde este mismo mes.» (Carta de la misma señora a su hijo Tomás. París, 4 de noviembre de 1864.)

(2) *La cantidad*, se entiende. Doña Aurora dejó escrito en un pe-

Adiós; cariños a Enriqueta y niños, de tu amante tía,

CECILIA.

19 de marzo de 1869.

1869

Mi querido Tomás (1):

No he dejado de contestar a ninguna carta tuya; la penúltima fué contestación a una mía; la última, que sólo trataba de tu viaje aquí y de la casa, lo fué igualmente; por consiguiente, errado tu parecer de *quien calla otorga,* hijo mío. No me gusta recalcar los cosas, sobre todo cuando no son agradables, y a mí no me lo es rehusar, sobre todo cuando sé que no se me interpretará benévolamente.

Así es que estando en el mismo parecer que estuve al principio (fortificada con lo que me dijo... (2), que se nos daría si alcanzaba la parte de que podía disponer Aurora a cubrir las mandas), así es, repito, que en la primera ocasión segura te devolveré el paquete, que no he abierto, y contiene, según me dices, 10.000 reales. No puede esto, por cierto, darte que hacer, como me dices, pues en poniendo entre los documentos de la testamentaría el que te envío, todo queda perfectamente arreglado.

No obstante, si acaso tú y Juan tuvieseis, por cariño a vuestra madre, un sentimiento interior de no cumplir

---

queño papel que legaba una limosna, pero no decía a quién; y como su hijo deseaba cumplimentar fielmente la voluntad de su madre, buscaba con ahinco la persona a quien debía entregarla.

(1) Su sobrino, a quien también dirige la carta anterior.

(2) Tacho un apellido.

en nuestro particular sus deseos (aunque habiéndote a ti dejado amplias facultades, yo testigo, para hacer y deshacer), no deberíais tenerlo; tomaré (pero sin que los otros ni nadie lo sepa) vuestra parte; es decir, los 2.000 reales que a cada uno por esa cantidad correspondan.

Lo hago con terrible repugnancia, pero lo hago por vencimiento de mi carácter y por demostraros mi apego y para que no confundáis mi delicadeza con orgullo; y aun si fuese orgullo, no teniéndolo yo en nada, sería perdonable el que lo tuviese en no tomar, pues a nadie puede esto ni ofender ni humillar, y así lo han comprendido la reina y los infantes, que, después de rehusar sus beneficios pecuniarios, me demostraron más aprecio y cariño.

Nada necesito para recordar a la hermana que me tomó la delantera.

Recibí, siempre con adelanto, los premios que debo recibir al fin del mes (adelantado no se me olvida) y los 9 duros de Juan. ¡Dios se lo pague! ¡Qué de verdaderas miserias remedian! ¡Dios quiera que me los siga siempre dando!

Tengo la desgracia de que Guezala y Enriqueta vienen siempre a casa los domingos por la tarde, que siempre estoy en el sermón, pues aunque no soy beata ni voy demasiado a la iglesia (porque tengo mucho que hacer y aborrezco salir), en Cuaresma es preciso oír los sermones propios de ella que se dicen por la tarde. Así, sólo dejó Guezala dicho a María que venía de Dos Hermanas, donde habían ustedes ido a sorprender a la pobre Paca, de lo que me he alegrado en el alma, así como de lo que dejó dicho de estar ustedes todos buenos (menos la nariz de Rueda), según me escribe Paca en una esquelita. En ella me pide le envíe su armario,

y tengo que ir a meter en baúles lo que hay dentro, y que se desarme y se líe. También, ¡pobrecilla!, me manda unos huevos de sus gallinas, un pedazo de hermoso salchichón y una pierna de pavo. ¿Qué te parece? Hoy tengo festín, ¡pobrecilla! Le voy a mandar en el canastillo tortas de aceite, que le gustan mucho y son para ayunos, y dulces. Supongo recibirías una que te escribí antes de ayer.

Entre las muchas personas que me persiguen vino un señor inglés, Mr. Mac-Carty, que me trajo un precioso libro, parte escrito por él, sobre la literatura española, y parte es la traducción de un auto sacramental de Calderón. Como no leo inglés, dile a Juan si me los quiere comprar o, por mejor decir, cambiar por dos ejemplares de artículos religiosos míos, que se venden en Cádiz en casa de Gautier (1). Tuve que regalar el mío a Ochoa, que no lo conocía. Dile que si se va, me mande antes el último libro de Mr. De Latour y las *Cartas de la comtesse Robertsart* (2) que tiene míos, ambos sin encuadernar. Recibí su carta, que era contestación a una mía.

Adiós, mi querido Tomás. Memorias a Enriqueta y mil besos a los niños, de tu afectísima tía,

CECILIA.

15 de mayo de 1869.

---

(1) La obrilla es muy pequeña. Se titula *Colección de artículos religiosos y morales*, por Fernán Caballero. Cádiz, Eduardo Gautier, 1862.

(2) El título de la obra que cita Fernán es como sigue: *Lettres d'Espagne par J. de Robertsart.*

1869

No sé cómo dar a usted gracias, señor y amigo (1), por todas sus bondades y finuras, ni cómo pedirle mil perdones por las muchísimas molestias que les he causado a todos : unas queriendo y otras sin querer. Repito que no sé cómo darlas a ustedes, a cada uno de por sí, a usted, a mi Mercedes y a Pepe, y quisiera tener un poco de la elocuencia de los señores diputados, no para emplearla en emitir tantas atrocidades como ellos, sino para expresar lo profundo de mi gratitud. He pasado allá días deliciosos, y como me gusta tanto Sanlúcar, sentía al venirme un pesar grande, pensando que ya no volvería a ver aquellos sitios, como no he vuelto a ver en ellos a aquella que los ocupaba. ¡Qué triste es la vida y cómo va perdiendo su interés para las personas en las que se van aglomerando recuerdos y extinguiendo esperanzas!

He estado tan estropeada y he tenido tanto que hacer, que aún no he podido ver a Matilde, aunque le mandé a decir que estaban ustedes buenos. Dios los conserve siempre con esa salud envidiable y esa tranquilidad de espíritu, más envidiable aún.

Mi viaje de vuelta fué todo lo corto que largo fué el de ida. En menos de cuatro horas estábamos en Sevilla. Venía bastante gente, como se lo diría a usted Pepe.

Por la noche fuí a ver a Mr. De Latour y a Joaquina. Ambos vienen muy buenos. Los infantitos dormían ya.

Recuerde usted mi súplica al despedirme: ¡Por Dios, vengan ustedes por acá este invierno!

---

(1) Don José Pastrana.

Diga usted a Mercedes que otro día le escribiré y daré directamente las gracias. Entretanto déselas usted de mi parte, así como a Pepe, y usted recíbalas del fondo del corazón de su mejor amiga,

FERNÁN.

Sevilla, 25 de junio de 1869.

1869

Señor y querido amigo (1):

A su debido tiempo recibí su favorecida, dándome los días, que agradecí como agradezco tantas otras pruebas de su nunca interrumpida buena amistad. Ya digo a Mercedes cómo me ha sido imposible darle antes las gracias por ellas, a causa de la agitación en que he estado y aún estoy buscando casa, puesto que todas las casas del patio de Banderas han sido vendidas, y lo grande es que a precios exorbitantes, siendo tan viejas y tan eventual su posesión. La mía la ha comprado en más de 8.000 duros un corredor para volver a venderla; pero por lo visto no encuentra comprador, porque nadie ha venido a verla. Mucho siento dejarla después de vivirla quince años, pensando morir en ella. Vamos teniendo paciencia.

A mi vez deseo a usted felicísimas Pascuas, como espero que las tendrá con salud, con la gran tranquilidad que disfruta en su hermosa casa con sus dos hijos, y hecho un muchacho como usted lo está. Le ruego que no se emperece y venga a dar sus vueltas por Sevilla a ver a personas que tanto le quieren, y nos traiga a esa Mercedes, cumplido modelo de todas las virtudes.

(1) Dirigida al Sr. Pastrana.

Páselo usted bien, queridísimo amigo; salude en mi nombre a las apreciabilísimas familias de Nueros y Ñudi, y créame su más agradecida y mejor amiga,

FERNÁN.

17 de diciembre de 1869.

Diga usted a Pepe que no le he devuelto sus libros de *La comtesse de Charny,* porque estoy aguardando la licencia de leer obras prohibidas para leerla, y todas las de Dumas lo están (1).

1870?

No debe usted extrañar que no le haya escrito, mi más apreciado y querido amigo (2), porque es tal la Babilonia en que estoy metida, que no tengo cabeza ni tiempo para nada. Vivo en el más espantoso desorden, con toda la casa ocupada por albañiles, pintores y carpinteros, que dan muchas vueltas y no concluyen nada. Así, refugiada en una sala baja sin esteras y sin casi muebles, hago una novena a santa Paciencia, y concluída que es, la vuelvo a empezar. No obstante, ¿cómo sería posible que acercándose el día de usted, que tan sumamente agradable pasé el año pasado en su compañía, no me apresurase en deseárselos felicísimos? Verdad es que faltan de su lado de usted dos hijos; mas como esta ausencia es para el bien de ambos, en particular de Alejandro, que en tan buena como agradable posición se halla, esto, lejos de ser un pesar, es una sa-

(1) Aunque algo tarde, llegó a enterarse Fernán de que las obras de Dumas estaban prohibidas. Véase la nota 1 de la página 82.

(2) El mismo a quien va dirigida la carta anterior.

tisfacción que el santo bendito protector de su casa de usted le envía en su día. Lo es igualmente la buena salud que disfruta toda su familia, el buen año que se presenta; pero todas estas felicidades son pocas para las que deseo a usted, que son ideales y cual en este mundo no se hallan.

Dejo a usted por su santo, cuya novena estoy haciendo, avergonzada de haberle escrito una carta tan corta y tan necia; pero ella demostrará a usted mi amistad y gratitud, que es toda su misión.

Mil cariños a Mercedes y a Matilde.

He recibido una epístola en verso de Mateo, y pienso contestarle en el mismo lenguaje.

Su más sincera amiga,

CECILIA.

1870

Mi apreciada amiga (1):

La condesa de Robertsart manda a sus primas Rosario y Trinidad Motilla y a mí, a cada una, un ejemplar de un libro que ha escrito sobre su viaje a España, pero no sabe cómo remitirlo. Le he dicho, mediante la amable oferta de su mamá (2), que lo envíe a Marsella a Mr. Hains, con dirección a Sevilla a su señor padre; lo que escribe ha hecho, y Trinidad me lo avisa, suplicándome que corra con todos los gastos y engorros que ocasione.

Espero que usted me perdonará lo que esta mi carta contiene.

---

(1) Esta carta esta dirigida a la señora condesa de Casa-Segovia.
(2) *De su mamá de usted,* se entiende.

No le molesto más, pero no concluyo sin recordarle mi sincera amistad y b. s. m.,

FERNÁN.

Sábado, 10 de noviembre de 1870.

1870 (1)

Muy señor mío:

La llegada de F., de mis sobrinos, que se hospedaron en mi casa, no me ha dejado un momento de tiempo, y menos de tranquilidad de espíritu, para decirle, como le anuncié, mi desautorizado juicio sobre su novela, que he leído con el mayor placer.

Empezaré por lo que en ella repruebo, y es que haga cortas, y cada vez las repruebe o condene, las excelentes reflexiones y juicios morales que tanto la avaloran, y son, a mi ver, y al de personas más competentes que yo, el medio de sacar al género de la novela del descrédito en que ha caído. Lo he consignado en el prólogo de mis *Relaciones* al contestar al frívolo cargo que se nos hacía por abundar en reflexiones. No las dejaremos de hacer, puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si ésta le faltase se podría sólo colocar en la categoría de un culto y fino *tutti li mondi*. Así, me duele cuando, después de estas sentidas, delicadas y religiosas palabras: «Dios dió a su Hijo único una madre como el solo consuelo

(1) Borrador incompleto y sin firma escrito al dorso de una carta de D. Manuel G. Zarzuela, que manda a Fernán Caballero 24 reales, importe de los ejemplares que vendió de su novela *Vulgaridad y nobleza*. Está fechado en noviembre de 1870.

capaz de calmar algún tanto los tormentos que debía sufrir por la salvación de los hombres», añade usted: «mas dejémonos de reflexiones, porque nuestro compromiso nos obliga a referir una historia».

Todo el que se arroja a dar a la Prensa lo que escribe, responde ante el Tribunal de Dios, de la sociedad y de su conciencia, del mal o del bien que con sus escritos pueda hacer. Así es, que tanto por las reflexiones morales y religiosas que encierra, como por la pureza y decoro que en los amores y todo el libro está escrito, doy a usted la enhorabuena, pues usted ha demostrado que para entretener y hacer interesantes los personajes y eventos que usted describe no ha sido preciso irlos a buscar en los corrompidos círculos de la sociedad.

Repito a usted lo desautorizada que es mi opinión; pero si el mérito del género de una novela está en que entretenga y en que suba por grados el interés que inspira, usted ha conseguido con sencillez y facilidad dárselo a su novela. Si el mérito literario consiste en un estilo fácil, fino, sin ser ampuloso; en llevar bien y naturalmente el asunto o trama, usted lo ha conseguido igualmente. Y si en su moral, el éxito ha sido completo, pues brillan en ella los más puros y genuinos principios morales. Ha sabido usted pintar, no la excepción, sino la generalidad del bueno y sencillo cura de aldea, poniéndolo en una casa desvalida como el santo amigo que ampara y lleva al bien. Ha pintado usted en María, la joven sencilla e inocente que interesa por esos bellísimos dotes (y no por coqueterías ni rasgos estrambóticos), sino por esa misma encantadora inocencia y sencillez tan bien expresada en frases como ésta, que responde cuando le preguntan si Arturo la ama: «Creo que sí; pero aunque no me amase, yo le

amaré siempre.» Estas jóvenes, señor, son las que forman después las buenas madres y excelentes mujeres propias.

1870 ?

Señor (1):

A pesar de que nadie, pero mucho menos yo, puede extrañar en V. A. R. muestras admirables de la tan delicada bondad que le distingue, la que acaba de demostrarme en la carta con que se ha dignado honrarme, si pudiesen ser superadas, superaría a todas las demás. La inquietud, tan exagerada por un extremo amor de madre, había llegado a su apogeo en mi excelente hermana. Había recibido una carta de ella que me hacía compadecerla como se compadece todo sufrimiento violento, cuando apareció esa carta, ese arco iris de consuelo, esa muestra tan dulce y generosa de la constante benevolencia de V. A. R., que no parece bajar de un P. B. de las gradas de un trono, sino del ángel de nuestra guarda que está a nuestro lado. Con eso digo todo lo que la carta inspira, alegrándome que en la A. no hubiese Telégrafos, que por la ventaja de la anticipación me hubiese privado de la enternecedora y significativa expresión que encierra la carta de A. R. ¡Cuán cierto es que más valor aún que el beneficio tiene la manera de hacerlo! No tengo aún contestación de mi hermana, pero no me es posible aguardarla, porque no me lo es detener un solo día el enviar a los pies de V. A. R. la tan viva y sentida expresión de mi gra-

(1) Borrador muy confuso, escrito al infante duque de Montpensier.

titud, que carece de límites como de palabras para pintarla; pero tengo el dulce convencimiento de que la alta penetración de V. A. R. conoce mis sentimientos en profundidad y fuerza, y sabe que son de los que no se pueden expresar y sólo se exhalan en una de esas bendiciones exaltadas que llegan a Dios.

La libertad de imprenta, señor, esa hija, madre y locomotora de la revolución y de todo lo perverso, hace que se proclame en todos los países a Garibaldi como un héroe. ¡Qué absurdo escándalo! Pero ello es que aquel que no ha hallado resistencia en ese pueblo muelle, enervado, y no ha hecho más hazañas que las de fusilar a pobres de la Policía, lo han hecho pasar por héroe esos envenenadores del espíritu público, esos falsificadores del sentido común. A consecuencia de esto, no tiene simpatías, lo digo con el corazón partido, ese joven e interesante rey, para quien la subida al trono ha sido la subida al Calvario, y considero justísima, aun antes que V. A. R. la expresase, su (1), que no es España en su actual estado, y menos la (2) de Sevilla, escogida por la bullanga para su centro, el lugar apropiado para el regio fugitivo. Ya ha dado la Andalucía (3) gacetillas falsas y burlescas sobre este asunto, que ha dejado pasar la autoridad con la mayor calma. Y lo que más apuraba a los que me refiero, vamos, algo, era que la estada aquí de S. M. sería incompatible con la de V. A. R. ¿Cómo podría ver sin alarma el gran usurpador reunidas a las ramas de los tronos que tiene usurpados, el uno para sí; el otro, *in petto,* para su primo

---

(1) Hay unas palabras confusas que parece dicen *convinción de*.

(2) Falta una palabra que apenas está iniciada. Creo que será *capital.*

(3) Periódico que se publicaba en Sevilla.

el duque de la Versa, como llamaba aquí el pueblo al D. de Berg? Habrá anarquía.

Después, la pamema del sufragio universal, en el que las masas, para escapar a aquella plaga, se acogerán, aunque sea a una ascua encendida que se le presente. Entonces Garibaldi será grande, príncipe, ministro y cuanto hay que ser, y la sangrienta farsa habrá concluído, dejando muy lucido y contento a Carlos Alberto y Cavour, si es que otro sufragio universal no elige a Clotilde por reina de Cerdeña para más admirarlos. ¡Y pensar que el noble ejército francés es la fuerza de ese malvado corso! ¡Qué fin le espera! ¡Dios tenga misericordia de ese instrumento de Lucifer!

El viaje de S. M. se ha considerado por las gentes sensatas como un poco de política. Como se ha hablado de anexiones, y entre éstas, de las vigorosas e inquietas provincias catalanas y vascongadas, se pensaría que la presencia de esa grande y simpática reina avivaría el amor a la dinastía en las masas, y con razón.

No pueden VV. AA. hacerse cargo de ese amor y de ese arrastre que inspiran, puesto que no pueden sentirlo; pero que sobre todo en España es un sentimiento innato, irresistible y, a no dudarlo, de origen divino, que puso en los tronos de la tierra algo parecido a la Majestad suprema del suyo en el cielo (1).

1870? (2)

Quizás sea una obsesión contestar tan pronto a su querida carta del 13, pero soy como una de mis heroí-

(1) Aquí termina, sin fecha y sin firma.

(2) Borrador.

nas, a la que ahogaba una respuesta. Además, mientras más sola me veo, más imperativa se hace en mí el ansia de comunicar con mis amigos, y mucho más si lo son doblemente, esto es, de corazón y de inteligencia.

Hay otra tercera causa que nos une, y es el lazo del dolor al ver desvoronarse (1) en nuestra querida patria y desaparecer sucesivamente sus hombres, su trono, sus altares, su carácter, su nobleza.

Ausente, callado, vuelto o perseguido todo y todos cuantos amábamos y respetábamos, presenciamos cubriendo nuestro rostro esta *curie* tras de la que se cazaba.

Bien sabe usted que nunca he podido conformarme con que estuviese usted fuera de Madrid; mas ahora me uno a su trío querido. Todo hombre que vale está allí completamente *déplacé*.

Aun los que a pesar de insultos y anónimos tienen valor para hacer una sabia y sentida oposición a tanto dislate, echan perlas al ganado. Y en cuanto al país, es *prêcher un converti*. La situación no tiene a nadie, nadie para sí, sino los que ceba.

Jamás hubo nada más antinacional que la tal llamada soberanía nacional. Ya ve usted, el Sr. ... (2) en digno Manzanillo de la digna gloriosa revolución de julio, al que se premian sus asesinatos, incluso el del marido de su querida, con una Comandancia de resguardo. Esto hace el moral, reparador, liberal y justo Gobierno progresista.

Pero dejemos este cruel e inagotable tema; sólo diré

---

(1) *Desvoronarse* y no *desmoronarse* escribió Fernán, que es como el vulgo lo pronuncia en Andalucía.

(2) Sigue un apellido con todas sus letras, que omito por delicadeza.

a usted que corre por Cádiz, con referencia a un íntimo del número 1 de la situación, que este personaje la consideraba tal, que sólo la acabaría uno de los dos Ramones. ¡Qué inercia en las masas cultas! ¡Qué admirable conformidad en el pueblo! Se le dijo que no pagaría contribuciones, que no habría quintas. Paga más que antes, se sacan las mismas quintas, y sobre esto se despoja a su clero, se les venden sus propios, saquean los hospitales, y calla y obedece. Esto es tanto más admirable, cuanto que no es por estupidez, pues todo lo comprende y alcanza, sino por sumisión, por amor al orden y a la paz.

La generación que suceda a ésta, que no habrá sido criada en los principios católicos, no será tan fácil de gobernar, pues habrá aprendido la rebeldía contra la autoridad (1). Sean ellos ateos e impíos; pero ¡qué refinada maldad en odio al clero, empeñarse en que lo sea el pueblo! Pero siempre los revolucionarios han afilado el puñal que andando el tiempo los ha matado a ellos mismos, pues no se embota en el seno de los reyes y el de los sacerdotes arma tan terrible : les llega su vez a ellos. ¿Y parece a usted bien, amigo mío, echarme en cara el que ridiculizo con Mr. Hall y Mr. Hill, no los ingleses por cierto, sino a los propagandistas del protestantismo, a los anticatólicos emisarios de las Sociedades bíblicas? ¿No es usted, pues, católico? ¿Daría usted a sus puras niñas, criadas en el delicado recato doméstico como perlas en el nácar, la Biblia protestante, o les daría (2), velada por el catolicismo en aquellas partes desnudas que pertenecen al alto y maduro saber?

---

(1) Bien visto y bien dicho. ¡A cuántas reflexiones se presta esta hermosa carta!

(2) Siguen unas palabras tachadas que no pueden leerse.

Hay cosas que se echan abajo sólo por odio a los que las establecieron. Esta no es obra ni de razón ni de justicia, sino de malas pasiones (1).

1871

Señor y querido amigo (2):

Pienso con gusto en que este año pasará usted su día tan agradable rodeado de su familia, que tan a su gusto se ha aumentado, ahuyentando la soledad en que vivía desde que faltó aquella que llenaba la casa y embellecía a Sanlúcar.

Quisiera que viviésemos en el mismo pueblo para poder dar a usted personalmente los días, pues no me satisface dárselos a usted por medio de la pesada pluma, negra tinta e insulso papel. Pero es bien cierto que mañana todo el día, en particular en la iglesia, lo tendré a usted muy presente.

¡Cuántas cosas han pasado desde que no nos vemos! ¡Qué de personas han muerto! ¡Qué de traicioues y barbaridades en la política! ¡Y lo que nos queda que ver! Pero yo no me apuro. Tengo confianza en la ineptitud de Serrano, que ha de concluir con la insostenible situación que nos ha creado.

Matilde usted la conoce, y no extrañará saberla apuradísima con los males de Rosarito, como si no fuesen la cosa más general y natural del mundo en su situación. Son muchos extremos con los que se quita la vida.

Me vuelvo a mudar porque he encontrado muy cerca

---

(1) Quedó sin firmar.

(2) Don José Pastrana.

una casa más bonita que ésta, con un gran jardín y mucho más barata; pero tengo que volver a andar con los trastos al hombro, lo que me va a proporcionar muy malos días.

Hágame usted el favor de dar a su hijo Pepe de mi parte muy cariñosamente los días, y mil expresiones a su mujer.

En cuanto a nuestra Mercedes, déle usted de mi parte un abrazo como yo se lo daría si tuviese la dicha de verla, esto es, de todo mi corazón.

Páselo usted mañana y siempre tan bien como lo desea su mejor y más agradecida amiga,

FERNÁN.

18 de marzo de 1871.

1871

1.° de agosto de 1871.

Querida Matilde:

Recibí tu carta con el mayor gusto, viendo por ella que todos estáis buenos; a ver si así descansa tu espíritu y vives tranquila y engordas, y vuelves a tu buen humor y trato tan chistoso y animado. Por aquí no hay novedad; tu casa siempre cerrada y tan triste, que cuando paso me parece que se queja de tu abandono y de su soledad; yo le digo al paso: Vamos teniendo paciencia y pidiendo al calor que se acabe de largar cuanto antes.

Pancha llegó perfectamente a Bordeaux, que le gustó muchísimo. Desde allí a Vichy tuvo un cólico, pero llegó buena y ha empezado a tomar las aguas y a bañarse (1).

---

(1) Siguen tres renglones que tacho.

Mariquita Burín se ha ido hoy con su hermano a Aguas Buenas. Allí están los infantes. Doña Cristina llegó un poco mala, pero ya sigue bien. Hoy tenemos en San Antonio unas solemnes vísperas y ejercicios con S. M. manifiesto y sermón que dirá el P. Tapia. Las Hidalgo se van mañana a Puerto Real. La Motilla se ha ido hoy con Matilde a los baños de Santa Águeda, pues ésta tiene flujos de sangre continuos. Don Bruno Fariña ha sido destinado a Valencia y se ha ido con toda la familia. Yo sigo cada vez más contenta en mi casita; pero el sol es tal que me ha secado casi todo lo que había en el jardín. A Carmen Jáudenes se le ha muerto el hermano que tenía en Manila: tenía poco más de treinta años; ha sido una gran desgracia. Se queda a vivir aquí, pues Prado no quiere volver a Madrid y han tomado casa en la calle de Piñones, esquina a la del Palenque. Toda la polvareda que se armó en el Alcázar ha caído, y todo ha quedado en el mismo estado que estaba. Tomás hace unos días que volvió de su viaje. Pepito Porras está en el manicomio de Barcelona, no contento, pero resignado. El director ha dicho que no está loco, sino maníaco y nervioso, y que de fijo curará. ¡Dios haga que acierte!

Aquí se habla mucho de la carta de Solís, que ojalá no hubiese escrito, y de la respuesta de ese infame calumniador pagado López, que te envío, por si acaso no la habéis leído. Es hasta donde puede llegar la desfachatez de la calumnia. Vaya un señor sargento López, que sería regularmente de la partida de la porra.

Bien puedes agradecer esta carta, pues la pereza, la apatía, la dejadez que tú sientes las tengo yo, con el agregado de muchos años.

Tantas expresiones a tu padre, los matrimonios, y un apretadísimo abrazo a mi Mercedes. Dile que tenga

ésta por suya, pues el cariño que te tengo se lo tengo a ella, pues sois dignas hijas de la que fué el bello ideal de la mujer cristiana y de imponderable talento y la más querida de las amigas de la que lo es vuestra,

FERNÁN.

La niña de Elisa Segovia está un poco mejor.

1871 (1)

Muy señor mío y amigo:

Recibí a su debido tiempo su favorecida, pero el libro que en ella me anuncia no llegó a mis manos hasta antes de ayer. Así no extrañe usted que haya faltado a un tiempo a la cortesía y a la satisfacción que me cabe, después de haberlo leído, el darle por él las gracias y la más sincera y sentida enhorabuena por ser el autor de esta obra, que una vez más viene a probar a a los incautos y a los malintencionados cuán profundamente se unen la más exquisita cultura y el ilustrado saber con las santas doctrinas cristianas, que son las fuentes de aquéllas. Valeroso contra las preocupaciones vulgares que la impiedad ha esparcido entre el vulgo, dice en sus escritos y prueba en su vida que el ideal del hombre es el que forma los divinos precep-

(1) Esta carta se halla escrita, sin firma ni fecha, al dorso de otra que dirigió a Fernán Caballero D. Teodoro Guerrero, autor de las *Lecciones familiares* y *Lecciones de mundo*. El Sr. Guerrero firmó su carta en Madrid el 22 de septiembre de 1871, y le decía que su nueva obra, *Lecciones de mundo*, se la mandaba por medio del Sr. Fernández Espino.

tos religiosos que hacen el buen hijo, el buen marido y el buen padre, es decir, la familia, base de la sociedad humana. Doy a usted, pues, la enhorabuena y no añado más porque cuanto yo pudiera decir lo han dicho ya mucho mejor de lo que yo pudiera decirlo, D. T. S. Suárez, en nombre de la Junta de Instrucción pública de la isla de Cuba, y el Sr. D. José María Lluch, en nombre de la de P. R., así como el prólogo de la señora D.ª Luisa Pérez de Zambrano.

Mi insignificante opinión, después de aquellas tan autorizadas, es como un débil reflejo respecto de la luz. Lo que sí haré de todo corazón es darle la enhorabuena, a su padre, a su mujer y a sus hijos, por serlos de quien tan noble y delicada y cristiana manera sabe ser hijo, marido y padre.

1872 (1)

Carta a XXXX.

¿Ha leído usted las composiciones en verso de Muñoz de Luna? Caso que no, apresúrese usted a adquirirlas si quiere ver unidas todas las dotes que avaloran las

---

(1) Escribió Fernán Caballero esta carta, que es el borrador más confuso de cuantos van publicados, en un gran pliego de papel que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras le mandó con los fines que expresa. Como puede tener algún interés, lo copio al pie de la letra. Está todo impreso.

Hay un membrete que dice: «Real Academia Sevillana de Buenas Letras.»

«Esta Real Academia celebra sesión pública y solemne hoy 26 de febrero, a las dos de la tarde, en la iglesia de la Universidad Literaria, que honrarán con su asistencia SS. MM. los Emperadores del

composiciones (1) de este género. Ya D. Tomás M. de L. en sus *Diálogos sobre la Ciencia* había dado pruebas no sólo de su gran saber, sino de sus profundos sentimientos religiosos, lo que demuestra, como dice un sabio autor, que si bien las pocas ciencias alejan de estas ideas, la mucha ciencia vuelve a ellas, como no puede menos de suceder, pues, como dice el profundo y buen sentido popular, no hay nada sin Dios.

Usted sabe que no soy juez competente en poesía, es decir, en el verso, que por artístico, clásico y lúcido que sea no sé apreciarlos debidamente, y sólo me fijo en las ideas que aquellos versos engalanan y ennoblecen; y desde este punto de vista nada puede hallarse más bello y más simpático para las almas cristianas que las poesías de M. de L.

Una fiesta de familia es un precioso cuadro copiado del natural, con tanto sentimiento como maestría. Es la relación sencilla y poética de la primera comunión de una joven.

La composición que dedica a su hijo muerto en la flor de sus años es un lamento elocuente del corazón de sus padres, templado por la resignación de un cristiano; como prueba de dolor tan sincero exclama :

Brasil, para dar posesión de plaza de académico numerario al señor D. Joaquín Guichot. Al discurso de éste, que tendrá por objeto el carácter y las empresas militares del rey D. Pedro de Castilla, contestará a nombre de la Corporación el Sr. D. José María Asensio y Toledo, académico de número.

»Sra. D.ª Cecilia Böhl.»

En efecto; así se verificó el 26 de febrero de 1872, y es creíble que en ese año escribiera esta carta. Tiene varias correcciones de ajena mano que borran por completo lo escrito por la autora. Llamo la atención sobre las más importantes.

(1) Tacharon esta palabra y encima escribieron *producciones*.

Tras tanto y tanto anhelar
Para tejer tu ventura,
Sólo consigo regar
Con llanto tu sepultura.

Y como resignación cristiana asevera :

Fijo en la celeste luz
Truéquese el llanto en contento;
Jesús muriendo en la cruz
Santificó el sufrimiento.

Luz y sombra es un poemita tan sencillo como enternecedor y cuya conclusión es divina. Es el contraste que forman en la misma casa, en cuyo principal hay espléndida fiesta de un banquero, y en el último la muerte de una joven. Llega el cura, trayendo los últimos sacramentos. Toda la sociedad reunida en casa del banquero le sigue con hachas encendidas, y la hija de aquél se postra, y cuando la joven pobre ha muerto, se despoja de la corona de flores que adorna su frente y la coloca sobre la de la muerta con este adiós :

Adiós, hermana querida,
Ruega a la Virgen por mí;
Yo soy la que muero aquí,
Tú la que nace a la vida.

Un rayo de luz es la interesante historia de una pobre ciega que pide limosna, a la que un hábil oculista cura de la ceguera. Después de describir este suceso de la manera más viva y sentida en unas cuartetas (1) preciosas, que ensalzan la luz, acaba con éstas, aún más sentidas y profundas :

---

(1) Está corregido poniendo *redondillas*. Fernán escribió como queda impreso.

Ciegos del alma que vais
A ciegas el mundo cruzando,
Con falsas luces soñando
Mientras la eterna olvidáis,
Venid, y puestos de hinojos,
Rogad a Dios soberano
Rasgue con clemente mano
Esa venda de los ojos.
Decidle: Señor, cegué,
Es verdad, mas te amo y sigo;
Sé bondadoso conmigo,
Dame la luz de la fe.

Un recuerdo a Sevilla es lo más sentido, propio y bonito que sobre ese tema se ha escrito. Vea usted como muestra estos versos a la Giralda:

Al verte mudo quedé,
Siempre absorto te contemplo,
Al pie del divino templo
Atalaya de la fe.

El soneto a Roma, *de alto vuelo* (1), es admirable *por su elevada entonación,* y mientras más veces se lee más agrada y admira.

En fin, sería interminable *el tratar de* referir todas las bellezas que se aglomeran en esta colección como las flores en un jardín de excelente suelo, esmerado cultivo y criadas, no a favor de las estufas, sino alumbradas por el *vivificante* sol de Dios.

Perfectamente conforme está eso... (2), D. F. y su

---

(1) *De alto vuelo* está tachado en el original. Las palabras subrayadas son correcciones de otra letra diferente de la escritora.

(2) Siguen unas palabras que no se entienden.

inspiración está en su corazón y la cabeza; por eso se nota en todos sus escritos esa consecuencia de ideas y de sentimientos tan escasa hoy día en toda clase de escritores, que, sin dejar de ser sinceros, están llenos de contradicciones porque lo están sus ideas. Pero en las obras de nuestro eminente escritor *amigo* no se halla un tenor que disuene en su bella, suave y elegante armonía general que producen.

La que examinamos no sólo hace estimar y admirar al autor, sino *también amarlo,* y más en esta triste época en que parecen todas las plumas duras y acres como el metal de que se *fabrican.*

Lea usted, amigo mío, estos... (1) escritos, y me lisonjeo de que, como en otras ocasiones, será usted de mi sentir, y que me dirá que si no mi saber, pues me falta, al *menos* mi instinto de lo bueno y lo bello me ha guiado bien.

Su más amigo,

F. C.

1872

Señor y amigo (2):

Aunque siempre tengo a ustedes presentes, lo es mucho más en los días de sus santos, y estando en vísperas del día del bendito santo patriarca José, me apresuro a felicitar a usted, así como a su hijo Pepe, que tan presentes tendré en aquel día, deseando con todo mi corazón sea duradera la felicidad y la salud que en la actualidad gozan con toda su familia, pues en casa

---

(1) Tampoco pueden leerse las tres palabras que siguen.
(2) Escrita, así como las dos siguientes, al Sr. Pastrana.

de Matilde todos están buenísimos, y el niño hermosísimo y muy despabilado. María está graciosísima contando las cosas que le han sucedido en el pueblo, en el que han pasado unos días entre aquellos lugareños, tan buenos como gansos, tan agasajadores como torpes. Allí todavía, gracias al Cielo, no han penetrado las *luces del siglo*. ¡Quién pudiera ponerle una pantalla para que siempre se viera libre de ellas!

Aquí no hay nada de nuevo, sino el casamiento de Salvador Linares con su prima Ramona Atienza, de Ronda, y el del hijo de Francisco Díaz y de Teresa Carreño con una señorita muy guapa y bien educada, Carmen Makena, sobrina del general del mismo apellido. Ambos padres me han dado ya cuenta.

Figúrese usted en mi genio y el retiro en que vivo que no he tenido más remedio que ir a ver al emperador del Brasil. El infante escribió que este señor tenía grandes deseos de conocerme (como a un bicho curioso). Yo dije que no podía ir, por estar mala. Entonces el emperador dijo que vendría al día siguiente a verme, y por evitarlo no tuve más remedio que ir, lo que no me pesó después, por ser un hombre lo más natural, digno, culto, instruído y amable que se puede dar. La emperatriz es angelical, pero nada bonita. Él es hermoso.

Tenemos muy buenos predicadores y muchos septenarios, quinarios y novenarios. El P. Bandera ha predicado el del Señor del Amor, en San Antonio Abad.

Elenita, la pobre, ha estado mucho tiempo bien mala, pero ya sigue bien, y su niña es muy bonita y está gordita. Gracias a Dios que Pancha, que aun estaba convaleciente de la atroz enfermedad del año pasado, no se ha resentido a pesar de la eficaz asistencia que le ha prestado.

Páselo usted bien, queridísimo amigo. Dé un abrazo en mi nombre a nuestra incomparable Mercedes, mil cariños a sus hijos, y usted reciba todo el de su más amiga,

CECILIA.

17 de marzo de 1872.

1873

Querido señor y amiguísimo mío:

Con sumo placer tomo la pluma para felicitarle en su día. Cuando considero cumplido este mi deseo que Dios le conceda felicidades, puesto que en la actualidad tan completas las disfruta, aumentada su descendencia con tres varoncitos a cual más bonito, saludable y mono, disfrutando toda su querida familia de completa salud y no teniendo en ella a ninguno de sus miembros que dependa, ni menos esté comprometido, en estos actuales Gobiernos que se suceden y cada vez son peores, sólo pido a Dios que prolongue por infinitos años su actual felicidad y que se colme dando a nuestra desgraciada patria el orden, la paz, la religiosidad y buen sentido que ha perdido y de que tanto necesita.

Matilde, aunque accidentalmente incomodada con un constipado, está buenísima, sobre todo del estómago, que era su parte flaca; así es que está gruesa y arrogante moza.

Rosita está repuesta de su larga enfermedad, que, unida a su parto, la puso en un estado que nos inspiró cuidado; pero ya está animada, alegre y buena como antes. Fernandito, que nació tan chico, está hecho todo un buen y robusto mozo, con un genio de ángel.

Pepito batalla con la dentadura; pero sólo se le conoce en que está impertinente, lo que antes no estaba.

Hoy amaneció el día claro y despejado; pero como la atmósfera aérea sigue las huellas de la política, se ha vuelto a nublar, y escribo a usted al son de los truenos y granizos de una tormentita, que aunque va de paso no ha querido dejar de dar cuenta de su poco agradable presencia.

Todos los días nos anuncian que se *arma la gorda;* por suerte yo no me asusto, y oigo estos pronósticos como quien oye llover; temo únicamente por las iglesias y sacerdotes, que son los objetos contra los que la propaganda impía, masónica e internacionalista ha dirigido sus iras. ¡Y estos sacerdotes qué valor tienen! Sabiéndose el blanco de los odios brutales de estos infames, salen por todas partes con sus hábitos, suben al púlpito denodados a combatir las perversas doctrinas y defender su víctima, el grande y santo Pío nono.

Para usted fué muy larga la temporada que pasó aquí nuestra Mercedes; pero para nosotros muy corta. La pobre la pasó muy triste, como no podía menos de suceder; no salió a parte alguna y se fué. ¡Dios sabe cuándo yo la volveré a ver! ¡Quizás nunca!

Pero no quiero acabar esta carta, que por su índole y su fin tiene que ser grata y alegre, con una idea tan triste para mí.

Dé usted a esa incomparable hija un tierno abrazo de mi parte. Dé mil afectos a Pepe y Trini, sin olvidarse de dar expresiones a las excelentes familias Ñudi y Nuevas, y usted crea que cada año que le repito mis felicitaciones es con más cariño, gratitud y apego.

De usted amiga y s. s.,

FERNÁN CABALLERO.

8 de mayo de 1873.

1873

Señor y muy querido amigo:

He recibido los dos hermosos canastos de uvas que ha tenido usted la bondad de enviarme, y no sé qué ha sido más, si mi pesar o mi gratitud, pues usted sabe cuánto me apura el que por satisfacer una golosina con su acostumbrada eficacia, se ocupe de todos los pormenores, de tal suerte que lleguen las uvas a mis manos como acabadas de coger de la mata o llovidas del cielo. Y esto yo sé lo que cuesta por todos estilos. Pero basta indicarlo, lo que hago más que por otra cosa para probar que mi gratitud todo lo abarca.

Es tal la aglomeración de cosas que embargan mi tiempo, y más ahora con la octava de la Virgen, que no tenía escrita mi carta, cuando (para ahorrarme a mí el trabajo de enviarlas al ordinario) vino el cochero de usted por los canastos; mucho lo sentí, pero el correo lleva a usted ésta y poco tiempo podrá extrañar mi omisión.

Ayer vi a Fernando; no lo esperaba, y la barba que lleva crecida lo cambia tanto, que al pronto no lo conocí, y fué, por tanto, más completa y agradable mi sorpresa. Por él supe de todos ustedes con mucha satisfacción al saberlos todos buenos.

En mi tranquila, sencilla y uniforme vida me han dado y me dan bastante que hacer mis huéspedes, que son Javiera, su marido y sus dos niños. El varoncito es una cosa monísima, con una mezcla de talento y sencillez encantadora.

Dígale usted a Rosarito que me han contado bastantes cuentos, entre otros el del lirio azul, que es muy bo-

nito; que si refiero esto es para que sirva de indirecta del padre Cobos.

Aquí están haciendo unos calores como hace muchos años que no se experimentan, pero creo que es esto general en toda Europa. Así es que estoy deseando que pasen por lo que incomodan, pero mucho más para que cada mochuelo se vuelva a su olivo.

Tuve ayer una larga y preciosa carta de S. A. R. el infante; me dice que había deseado pasar el fin del verano en su querida Andalucía, y hacer allí la novena de Nuestra Señora de Regla (1), pero que la enfermedad del rey lo había impedido, pues caso que se vaya a baños se quedará a acompañar a la reina.

Al niño de Salvador le han sentado perfectamente los baños de mar; también el de Carmen Jáudenes sigue aliviado; no así su madre, que está fatal en Cádiz.

No he mandado a nuestra Florencia la *Farisea* porque me la tienen en la *Revista de Sevilla,* en la que la han querido reproducir, pero se la mandaré cuando concluyan.

No sé si las señoras de usted recordarán a qué punto me he afanado para mejorar la suerte del marido de la nieta de mi buenísima amiga Amparo Navarro. ¡Todo inútilmente! Pero el Sr. D. Manuel Moreno López se ha portado... Apenas escribí allá a un amigo suyo y éste le enseñó mi carta, cuando lo ha ascendido con doble sueldo, escribiéndome la carta más fina. No puede usted figurarse mi júbilo al recibir la carta con la credencial. Una satisfacción así indemniza de muchas fatigas, pasos y trabajos dados por obtenerla.

Toda mi familia sigue bien. Morgán se cansó de Inglaterra y ha determinado venirse a Francia; me ale-

---

(1) Véase la nota de la página 205.

gro por ella, pero lo siento por mí, pues aleja aún más la vuelta de Aurora por acá.

Hoy ha almozado aquí Rueda; dentro de unos días se va a Francia. Las Quesadas, todas en el Puerto. Florentina volvió ya hace días. El pobre García Meléndez es el que está muy grave en Cádiz, y Joaquín León escribe a Misiña que le ha parecido muy mal.

A los treinta y tres días de casado ha muerto el marido de Dolores Pizarro en Málaga: era, dicen, un excelente sujeto. ¡Qué desgracia!

Páselo usted bien con toda su sin igual familia, señor y muy querido amigo, y vaya haciendo ánimo para pasar aquí parte del invierno, lo que es uno de los mayores deseos de su agradecida y mejor amiga,

CECILIA.

19 de agosto.

A mi querida Rosarito, que le envío anticipadas las gracias y una docena de besos.

1873

Queridísimo Tomás:

Un palmo de narices me deseas, que es lo único que me falta para ser una belleza arrogante. Más te valiera desearme *narices ningunas,* para no tener la molestia de traer más tabaco de Inglaterra. ¡Pero qué pena al leer que el barco se había perdido, y pensar que desde las sardinas hasta las ballenas estarían disfrutando de ese elixir y estornudando y yo me quedaba sin él! ¡Qué tristeza! ¡Y qué nube negra cubrió el plácido y alegre cielo de mi día! Cuando al siguiente entró Valle con un

paquete que traían de parte de la Srta. Enriqueta (1), me dió un salto el corazón, que ni tú cuando saltas por cima de los vallados con tu hijo. Era, era efectivamente el ansiado y hermosísimo tabaco, por el que te doy mil millones de gracias y otros tantos. Dios te lo pague. Mucho se me ocurre decirte todavía que me lo inspira mi gratitud, no sólo por las cosas en sí que tanto gusto me dan, sino por la delicadeza del recuerdo en esa Babilonia de Londres, que tanto cariño me inspira; pero tengo muchísimas cosas de que hablarte.

La pobre Paca se llevó un susto terrible por haber recibido una carta de su marido en que la decía se fuese a Carmona por Guajoz (2), sin haber recibido una que le escribió antes en que le anunciaba la terrible perlesía de su tía Carlota; de manera que Paca pensó que a su hijo le había cogido un toro o se había caído del caballo. Llegó en esto la primera carta. Se fué, y la tía estaba un poco mejor; pero ayer se agravó y dicen seguía sin esperanzas. ¡Válgame Dios, que aunque se sea vieja y achacosa como ella, lo que cuesta el morir!

Vamos a Cecilia, que está buena y ahora se van todos al campo, a Castilleja del Campo, y están divertidos porque Prado va con ellos y con la intención de matar a un cochino, y dice que mientras lo mate Elisa lo ha de tener agarrado por el rabo; de manera que como los veo pacíficos y distraídos, ¡me da una lástima echar esa horrible bomba antes de ir al campo! Verás como Juan dice que Cecilia debe decírselo. ¡Eso no! La primera explosión será terrible, y más vale la sufra yo que no

---

(1) Doña Enriqueta Guezala y Pover, esposa de D. Tomás Osborne.

(2) *Guadajoz:* estación en la línea general de Sevilla a Madrid, que empalma con un ramal de Carmona. Además de ésta, hay otra línea secundaria de Sevilla a Carmona.

ella. Será que pienso que nada se adelantará, sino agriar la cosa. En fin, cuando vuelvan del campo haré lo que a ustedes les parezca.

¡Vaya con Juan, que huyendo de los liberales piensa dar la vuelta al mundo! Naturalmente que no lo hará; ¿pues dónde no hallará liberales, tontos o pícaros?

¡Qué de cartas he recibido! Eso es muy agradable, pero el contestarlas, ¡Dios mío, qué trabajo! Y los sellitos, ¡qué inútil gasto!

No tienes que leer la Mitología que envío a tus niños como el libro que mandé a Tomasito (1), pues es escrito (2) por mí, y como son necesarias a una persona ciertas nociones sobre ese particular, me propuse dárselas sin que nada en ellas chocase a su inocencia, cosa bastante difícil en este escandaloso conjunto.

Adiós, Tomás mío de mi corazón. Pido a Dios sea éste el último día de mi santo que pase en este mundo, y si fuese así, pueden los sobrinos de mi alma todos decir que me lo hicieron pasar muy dulcemente.

Tu amante tía,

FERNÁN.

23 de noviembre de 1873.

Mándame de vuelta la carta de Juan. Ya sabes que los tíos de Rueda se heredan del todo unos a otros.

---

(1) Primogénito de D. Tomás Osborne y D.ª Enriqueta Guezala, actual conde de Osborne. A este ilustre prócer se debe la conservación de varios autógrafos de su tía Cecilia Böhl de Faber.

(2) Muchas *es* son éstas, y más para una andaluza. Digo andaluza porque ella tenía a mucha gala decir que lo era; y de que lo fué con alma, vida y corazón dió gallardas pruebas en sus producciones literarias. Por lo demás, no ignoraba que, aunque casualmente, había nacido a orilla de los risueños lagos de Suiza.

1873

A mi querído y joven amigo (1):

A su debido tiempo recibí su favorecida e interesante carta de Tempul, y como las felicitaciones son bien venidas en todos los días del año, me lo fueron las de usted, que tenían la *buena falta* de anticiparse a mi día. Como en esa carta me decía usted que al fin del mes o principios de éste vendría usted a ésta, no contesté; pero desde entonces he estado todas las noches aguardando que entrase por mis puertas con ese bonete de doctor. No sé ni usted me dice en qué consiste tan larga demora, ni Perico Linares, que estuvo aquí mi día e iba a doctorarse dos días después, la comprende tampoco. Gracias a Dios, veo por la de usted que no es causada por falta de salud por parte de usted ni de ninguno de sus allegados.

En los mismos días que el año pasado me dieron las mismas calenturas; pero gracias a que me cuidé mucho o que eran menos fuertes que el año pasado, degeneraron pronto en descomposición y se fueron como habían venido, sin causa ni razón. Sigo, como siempre, en mi inseparable amistad con el padre Quieto, departiendo unas veces con pesados, otras con simpáticas amigas, o bien leyendo, pues la lectura es la maga que puebla agradablemente la soledad de nuestra mente.

---

(1) El original de esta carta le poseía el Excmo. Sr. D. Luis de Tapia. Va dirigida al entonces adolescente y luego célebre P. Coloma, que tan distinguido puesto supo conquistar en la república de las letras con sus producciones literarias, especialmente con la novela *Pequeñeces*.

Veo con gusto en *El Porvenir* reproducido su *Juan Miserias,* pero no lo tengo completo.

No me dice usted si habrá empleado los muchos años que habrá tenido en Tempul en escribir alguna cosa, pues en aquella soledad no le habrán distraído los mugidos de esta espantosa época. Guerra en Joló, guerra en Cuba, guerra en Cartagena, guerra en las Provincias, guerras intestinas en Madrid; nada más falta sino la patada del burro, y ésta se apresta a dárnosla la *gran República,* sin tener consideración al entrañable cariño y admiración que le profesan nuestros sabios mandones. ¡Qué ingratitud!

He leído unas cuantas novelitas de Alejandro Dumas, hijo. Son en su género lo que los discursos de Castelar en el suyo: bellas y fáciles frases, lugares comunes recalentados diestramente, pero sin principios, ni moral, ni consecuencia, ni formalidad: globos de bellos colores, pero vacíos.

Recibí el folleto con los artículos de D. Francisco Gago, que ya había leído en *El Porvenir.* Don Modesto no tiene nada de su nombre con meterse a querer enseñar a quien sabe mucho más que él.

Doy a usted las gracias por su recuerdo, así como se las doy por su felicitación, que si bien tuvieron el mérito de ser anticipadas, éstas tienen el demérito de ser atrasadas; pero ya sabe usted la causa. Espero que pronto vendrá usted a hacerse aquí un completo doctor, y con su venida dar una completa satisfacción a su buena y anciana amiga,

FERNÁN CABALLERO.

28 de noviembre de 1873.

1874

Mi buen y querido amigo (1):

El pobre infeliz por el que pedí a usted compasión y amparo ha reunido alguna limosna para trasladarse a un pueblo cuyas aguas le ha dicho el médico que le fortalecerán la vista. El infeliz puede que se quede muerto por esos caminos; pero ¡no hay mortal que resista a las seducciones de la esperanza!

Lo que sí hay, y muchos, son mortales desagradecidos, y yo no quiero de manera alguna que usted me cuente en el número de esos seres sin corazón, pues para mí es tan dulce agradecer como amar. Así, crea usted que uno este nuevo favor a aquel otro inolvidable de las enaguas hermosísimas, y ambos forman una fuente de gratitud sin intermitencias.

Con mil cariños a Justa y mil besos a su preciosa niña, queda, más que nunca, su sincera amiga,

FERNÁN.

17 de diciembre de 1874.

1875 (2)

Ayer quise, por placer tanto como por obligación, felicitar a usted en sus días; pero como estoy convaleciente de una larga enfermedad y no quise dejar de asistir a la función del santo Patriarca, y ésta duró desde las diez hasta las cinco y media, volví tan mala,

---

(1) Al señor conde de Cazal.
(2) Dirigida a D. José Pastrana.

tan mala, que nada pude hacer sino calentarme en el brasero por ver si me mejoraba y se quitaba el temblor nervioso que me aquejaba (1). Hoy lo hago, pues, con todo mi corazón, como me lo dicta mi cariñosa amistad y mi constante gratitud por los favores que debí y debo a usted, que tengo siempre presentes y tendré. Es imperdonable que gozando usted de tan perfecta salud, robustez y agilidad, no venga de cuando en cuando a hacer una visitita a su hija, nietos y nietecitos, y a sus amigos, sobre todo por ahora, que es la temporada más lucida de Sevilla. ¡Ojalá se determinase usted; cuánto lo celebraría yo!

Las gentes siempre están dispuestas a divertirse, ¡sin acordarse de los infelices que en el Norte están pasando tanto! ¡Qué terquedad la de D. Carlos, que a pesar de ver que nada logra, sino que por su causa mueren tantos inocentes, no desiste de su propósito! ¡Qué desgraciada es nuestra pobre España!

Los nietecitos de usted están hermosos, y parece que están en vísperas de tener otro hermano, el que, a la verdad, no hacía falta.

Hágame usted el favor de decir millones de cosas cariñosas a esa sin par Mercedes, que es la luz de gas de su hermosa casa. Déle usted los días en mi nombre a Pepe, y mis expresiones a Trini.

Consérvese usted bueno como lo está y lo es, y crea usted que tiene su mejor amiga, que desea verle, en

FERNÁN CABALLERO.

20 de marzo de 1875.

---

(1) Con siete horas y media de función ¿no había de ponerse mala y nerviosa? Eso es capaz de acabar con la salud y paciencia de los mortales. Seguramente, Fernán exageró un poquitín como buena andaluza.

1875

Queridísima Matilde:

No te he visto porque he estado malísima de calenturas catarrales.

Quisiera que tuvieses la bondad de ponerme al pie de estos renglones el nombre y apellido de la de Enríquez (1).

Te abraza y da mil besos a Luisito tu más apasionada amiga,

CECILIA.

1875?

Mi querido amigo (2):

Por si habla usted hoy con el Sr. Rojas y quisiera informarme del resultado, para que no tenga yo el disgusto de que no me halle en casa, le advierto que teniendo que hacer visitas muy lejos y comer fuera, no regresaré a casa sino después de la oración.

Entre muchas cosas que quería decir a usted, es una (ya que he complacido a usted con buen éxito en una cosa que no hago por *nadie,* que es pedir favores *pecuniarios* a los infantes, cosa que me he propuesto no hacer, con sobrados motivos para ello, pues no quiero contribuir a un abuso contra el que siempre estoy murmurando), que podrían usted y Carlota servirme en

---

(1) Debajo de la firma hay escrito de muy buena letra: «Dolores Hudin.»

(2) El original de esta carta lo posee el Sr. D. Luis de Tapia, residente en Madrid, plaza de las Cortes, 4.

otro empeño acordando al señor doctoral la solicitud mía que desde tanto tiempo tiene en su poder.

Me he levantado a las seis de la mañana, por las muchas cartas que tengo que escribir antes de salir. Usted a estas horas estará durmiendo el sueño del justo, y si no tiene pesadillas, cuando despierte la hallará en esta esquela de su más amiga,

FERNÁN.

Mil cariños a Carlota.

2 de abril.

(Al dorso dice): Sr. D. Alejandro Benicio. B. s. m. s. a. y s. s.,

F. C.

1875

Mi querido Alejandro:

Esta petición y empeño puede que sea prematura, pero más vale eso que llegar tarde.

Por si acaso se determinase tomar maestro de Dibujo para los niños sordomudos, te recomiendo un excelente pintor y sujeto, Antonio Morgado (1), hermano del capellán de la iglesia de Jesús, calle de los Baños (2), que no solamente es buen maestro, sino que

---

(1) Las obras pictóricas que de este señor hay en el palacio arzobispal de Sevilla no le acreditan de excelente artista. El retrato del célebre canónigo D. Justino de Neve, procurador del Hospital Sevillano de Venerables Sacerdotes, que se conserva en la Biblioteca Colombina, es muy endeblito. Puede ser que en otras producciones que yo desconozco estuviese más afortunado.

(2) Llamóse D. José Alonso Morgado, hombre de vasta erudición, como lo prueban sus obras *Sevilla Mariana* (revista), 1881

ha enseñado a un joven sordo y mudo, que salió muy aventajado, como lo puede atestiguar el gran maestro Manuel Cano, el que, como hago yo, podrá dar los mejores informes sobre el saber, moralidad y buenas ideas del que me pide te lo recomiende, por si acaso, pues dice el refrán: «Más vale un por si acaso que un no pensé.»

Sigo sin poder dar un solo paso sin ahogarme; por consiguiente, sin poder aún salir a la calle.

Con mil afectos a Luis y María, queda tu más afecta prima y amiga,

FERNÁN.

11 de mayo de 1875.

1876?

Querida Matilde (1):

Fatal he estado cuando no he contestado a tu carta en que me decías que tu angelito, quitado de padeceres actuales, y como con razón lo temías, está... donde quisiéramos estar todos. ¡Mil veces dichoso él! Lo que no quita que aunque le envidie a él, compadezca a sus padres y tíos, que al pronto habréis tenido una amarga pena. Díceselo así y que tengan presente ellos, que son tan congregados, que en tales casos nuestra madre y maestra no dobla, sino repica.

---

a 1884, seis tomos; *Prelados sevillanos o Episcopologio*, Sevilla, 1904, y *Mes de mayo a la Divina Pastora de las almas*, Sevilla, 1905.

(1) Tan malísimamente están hechas las letras de esta carta, que párrafos enteros hay que sacarlos por conjetura. Se conoce que el pulso estaba poco firme. Casi todas las que faltan tienen el mismo defecto.

Aquí estuvieron ayer las tres infantitas de la reina. ¡Qué amables y modestas son! No hurañas, sino tímidas. La pobre reina sigue mal de resulta de las calenturas; padece de la boca, y ha venido un famoso dentista de Madrid para arreglársela.

Me han prometido, si su mamá se lo permite, mandarme unos retratos que se han sacado ahora. Madame de Sévigné decía, acabado de bailar con ella el rey: «Luis XIV es un gran rey.» Yo no he aguardado a que tengan tantas bondades conmigo para decir que toda la familia es angelical.

Por Antonia, que ha estado esta mañana a despedirse, te mando un almanaque de Blanca Gassó, que es bastante bonito y entretenido.

Ya supe cómo no quisiste arrendar la casa a Matilde Motilla sino por 45 reales y escritura por seis meses, por lo cual no la tomaron.

Han tomado la de Rosario Rivero, calle de la Laguna, esquina a la plaza de Murviedro, y su dueña les dijo que por un día, ocho o los que gustasen. Te vas a quedar como Campelo con su casa de la calle de las Armas, que la tiene más de dos años vacía por no querer bajar de dos duros. ¿Quién sabe si, una vez dentro, no se hubiesen quedado, o bien por no encontrar otra o por haberla puesto a su gusto? Y el tiempo que la hubiesen vivido ese dinero hubieses tomado, y la casa hubiera ganado; no que, vacía como está, está perdiendo por todos estilos.

Hoy, antes de meterme en la cama, en la que he estado cinco días con calenturas y una diarrea con fuertes dolores, voy a ponerte estos renglones, pues con harta razón extrañarás no haber recibido carta mía, aunque no dudo que estuvieses persuadida que cuando yo no te escribía era porque no podía. El médico me ha

mandado muchos refrescos, con los que estoy mejor, pero no buena. A la pobre Pepa Armero se le ha muerto de una pulmonía su preciosísima hija mayor, Carmencita, de tres años. Los padres estaban locos con ella; ha sido un dolor.

Luis Cuadra también se está muriendo consumpto *(sic)*.

Las infantitas de la reina estuvieron aquí a verme el día antes de caer en cama. Venían con Dolores Pizarro y la de Cuevas, mujer de Puerta, que es muy buena moza y amable. ¡Qué bien educadas! ¡Qué modestas, sin ser hurañas, son las infantitas!

No puedo más, pues me va entrando el frío de la calentura.

Te abraza con toda su alma y corazón tu mejor amiga,

FERNÁN.

A Diego y familia les va perfectamente en el campo.

24 de enero.

1876

29 de agosto de 1876.

Queridísima Matilde:

Miles de gracias por tu carta, aunque me ha apurado el considerar tus apuros, los males de María y el que no podáis tener la casa que queréis vivir sino de aquí a seis meses. Considero cuánto todo esto te mortificará, pero también tienes compensación.

Siempre me habían *hecho contradicción* (como decía mi buenísima suegra) los que decían: Recibí tal mala noticia y me puse mala. Pues en cuanto a mí, recibí los más crueles y terribles golpes, y por infinitamente que

llorase, nunca tuve ni un dolor de cabeza. Pero, ¡ay!, ya no existe esa robustez de bronce, y el otro día, al recibir casi simultáneamente la noticia de tu ida, pues aunque sabía que te ibas el *se va* es distinto al *se ha ido;* la de la muerte de Peñaranda, pues aunque lo conocía poco a él, conozco y quiero mucho desde niña a Constanza; la de la gravedad de Guadalupe Brieva, de la que escribía Clemencia (1) Adela tenía tisis galopante, y últimamente la noticia de que iban a administrar aquella noche al sabio y santo cura de Santa Catalina, que fué una vez mi confesor, y quería y respetaba mucho, me puse malísima y tuve que meterme en cama. Nada. No hay tranquilidad de espíritu y de corazón en esta vida, por más que una se retire y encastille en su rincón, pues era preciso igualmente encastillarse en egoísmo, y eso no le es dado hacerlo a la persona que tiene corazón.

El día 4 regresan Carlos, Pastora y Manuel. Mañana, Paca con Rueda y su hijo. Pancha ha ido de Vichy a Cauterets, mandada por los médicos, por el malecito de garganta de Carolina, que va ya dando cuidado. Raro es que Luisito Shelly, ya que estuvo en Sanlúcar, no fuera a verte. Estaría muy poco tiempo. Parece que el pleito con Cayetano va muy bien en favor de Matilde.

No ceso de recibir cartas para hablarme de la noticia de mi muerte, y no siento recibirlas, sino tener que contestarlas. La infanta me escribe una muy larga. Dice vendrá para octubre y que Alfonso quiere que se detenga unos días en Madrid. Anoche salió Pedro Armero para París, pues recibieron la noticia de que su cuñada estaba mandada administrar. ¡Pobre Guadalupe! Es imposible hallar persona a la que le sonriese más lo presente y el porvenir; y el pobre padre, cuyo

---

(1) Parece que falta la conjunción *que.*

ojito derecho era; y el pobre y excelente Antonio Armero, ¡qué bien hizo en no dejar la carrera!

Cecilia Arco viene encantada y muy impresionada con su hijo y su visita a Royane. Pepito ha crecido y embarnecido mucho, y está hecho un hermoso santito, pues cuando vió a su madre que le tendía los brazos se echó a sus pies y se los besó. Dice que en Madrid están muy entusiasmados con la peregrinación a Roma. La de La Granja va a la cabeza de las señoras y a la de los hombres Pidal y Mon, el duque de las Almenas, marqués de Monistrol, Nocedal y no recuerdo cuáles otros. La inició el nuncio del Papa. En Roma se unirán a ellos Eduardo y Dolores.

Mucho he sentido lo que me dices de tu padre; espero que esa endeblez en las piernas no le impedirá dar los largos paseos a que está acostumbrado y tan bien le sientan, y que siga con su vida metódica y bien entendida. No es triste, no, el irse acabando; pero sí lo es el ver irse acabando a las personas que se quiere.

Dile mil cariños y otros tantos a la sin par Mercedes, y miles afectos a tus hermanos e hijos. No tengo que decirte si te echo de menos, ni tampoco sabría explicarlo; así es que dijo María al saber que te ibas a establecer en Sanlúcar: *¡Pobre señora; es lo sólo que le faltaba y lo que más va a sentir en este mundo!;* y lleva razón. Para mí ha sido una verdadera desgracia, pues vivía contigo, en tu casa, sintiendo tus cuidados y celebrando tus satisfacciones como propias. ¡Qué vacío en mi vida, que nada puede llenar!

Adiós, hija mía de mi corazón. Dios te haga todo lo feliz que lo desea tu segunda madre,

FERNÁN.

Expresiones a las Nuevas, a las Ñudis y Colones.

1876

Querida Matilde:

Te escribo por el gusto que tengo en hacerlo y contestar a tu interesante carta, pues estoy bien apurada por el estado de mi hermana Ángela, que cada día es peor. Me quise ir allá; me dijeron era una completa locura, no pudiendo ir a la casa de enfrente; pero Paca se fué. Insistí en que hubiese junta y la hubo con su médico, Guarro y Fontán, que aprobaron de un todo lo que había hecho y dicho el de cabecera, añadiendo que, si bien no tenía calentura, estaba expuesta a un derrame seroso. Pero nada le mandaron para evitarlo, y así, lentamente, pero cada vez va a peor. Esto va a acabar funestamente y así lo da a entender ese ángel de Paca, que no se desvía de ella, que está siempre amodorrada. ¡Ay, Matilde mía, todas se van; y yo que soy la mayor de las hermanas me quedo por acá sola, sola de mis hermanas y contemporáneas! Lo que tiene que cada nueva muerte es también menor el tiempo de la ausencia, al menos que Dios no me castigue con una vida tan larga como a la Moscoso o pobres que piden limosna, que no se mueren nunca.

Pero dejemos esto; no quiero entristecerte con una carta triste.

Mercedes ha llegado antes de anoche, pero aún no la he visto. Me dice Pepa, su criada, que viene bien, que come bien, pero que aún le dura el flujo. También Joaquinito, que me hizo una visita en nombre de ustedes tres, me dijo que todos los niños estaban buenos y el matrimonio todavía en Cádiz, lo que es buena señal. Parece que Guadalupe no hizo testamento, pero que de

viva voz dijo a su padre que le dejaba a Antonio cuanto le podía dejar. Veremos cómo esto se compone. No he sabido esto por Pepa, que, como puedes pensar, no habla de eso. Pepa, la hija, sigue en Lebrija. ¿Te acuerdas de la Sra. Escobar, que tenía una hija casada con un Zuleta muy gordo? Ese pobre señor se ha muerto de repente. Rafaela Peñaranda ha regresado; está en casa del hijo, como antes. Pancha y Carolina están buenísimas las dos, gracias a Dios. La infanta me ha mandado los retratos de todos ellos. Las infantitas están preciosas y también D. Antoñito; ella perfectamente, un poco más gruesa; el infante lo han sacado muy mal y con diez años más.

Murió el sabio y excelente cura de Santa Catalina. ¡Qué pérdida para su parroquia! (1).

Manolita C. R. (2), según le dijo Eloísa a Pancha, llevó un magnífico, nuevo y flamante equipaje, el que regularmente habrá quedado a deber. ¡Pobre Matildita! Pero eso se estaba viendo venir desde que se casó.

El tiempo ha refrescado en términos que mañana se encala para irme arriba, que lo estoy deseando, pues lo bajo, con el fresco, las noches largas y días nublados, está muy triste. Cuánto siento que no se os proporcione la preciosa casa al lado de la de tu padre. Y la del

---

(1) El párroco de cuya muerte se duele Fernán Caballero era el licenciado D. Domingo Sánchez Valderrábano, natural de Galicia. Brilló en sus días, más que por su ciencia, por su acrisolada virtud y celo evangélico. Era un hombre sumamente trabajador. Se levantaba de madrugada, a las cinco de la mañana, en cuya hora hacía la novena de ánimas para que los trabajadores pudieran asistir. No fué orador de altos vuelos, pero su oratoria, sencilla y llena de unción, hacía mucho fruto en los fieles, que era lo que iba buscando. ¡Cuántas lágrimas enjugó y cuántas necesidades socorrió con pródiga mano el P. Valderrábano en el ejercicio de su ministerio sacerdotal!

(2) Omito un apellido, por razones fáciles de comprender.

otro lado, ¿no la pudiesen ustedes tomar? Ésa es muy bonita también. Me han dicho que Rivera os quiso tomar la casa y daba 40 reales y tú no quisiste. Me parece hiciste mal, pues era un inquilino estable y muy buena paga. Dios quiera se os presente otro con iguales condiciones. Siento lo que me dicen de lo disgustadas que están ustedes en Sanlúcar. Recuerdas a tu perfecta e inolvidable madre, que no había nacido allí ni estaba acostumbrada y tampoco le gustaba; que toda su vida vivió allí y a nadie se quejó ni demostró su disgusto. Me parece, Matilde mía, que partiste un poco de ligera para tomar esa resolución, pero, una vez tomada y mudada la casa, debes, con tu excelente carácter, tomar la cosa por su buen lado y considerar la gran satisfacción de vivir al lado de tu excelente padre y excelentísima hermana, y considerar que aquí la vida que llevabas con tus seis hijos no era la más agradable ni descansada. A mí, forastera y pobre, me gustó mucho Sanlúcar; verdad es que debería decir me gustó mucho la casa de los Pastrana, que fueron todo mi encanto en la temporada que allí pasé, que fué bien larga.

Adiós, hija mía de mi corazón. Gracias por el graciosísimo chascarrillo, que se *aprovechará* si es que vuelvo a escribir, y contado con la gracia que tienes para contar como para todo. Tantos cariños a tu padre y hermana e hija; expresiones a todos los demás, y no dejes de escribir a la persona que más te quiere y aprecia y alegran tus cartas, que es

FERNÁN.

18 de septiembre de 1876.

Las de Fabro se van a vivir a Madrid con Carlos, pues no se pueden sostener aquí. El noviazgo de Nicolás va viento en popa.

1876

Querida Matilde:

Recibí tu sentida y preciosa carta, que me hizo darte de corazón un abrazo y apretarte sobre mi corazón. ¡Qué de desgracias desde mi enfermedad hasta el día, y no, no, no es la menor tu ida de aquí a ésa! No te he escrito antes porque no he podido. Siempre hay (1) aquí gentes, empezando por mis sobrinas todas. El consuelo que queda es que la muerte de mi pobre hermana fué muy dulce, pues fué un ataque cerebral seroso, perdiendo del todo el conocimiento. Pocos días antes había confesado y comulgado como hacía diariamente, y su excelente confesor no se movió ni de día ni de noche de su cabecera.

A pesar de los malos días que llevo, me he repuesto; es decir, no de la respiración, que estoy como antes; pero desde que no hace tanto calor y estoy arriba, tengo menos inapetencia y bastantes más fuerzas; pero no por eso ha disminuído mi pereza, pues ya es hábito en mí y toda mi delicia es estarme quieta.

Aquí no hay más novedad sino la de haber estado Pedro Armero sumamente grave de una pulmonía biliosa; así calificó Gómez su enfermedad. Ha salido de ella gracias a Dios, pero permanece aún en cama con una dieta extremada, y muy débil.

¡Cuánto, cuánto se habla de la peregrinación! Se me figura que muchas señoras se arrepentirán de haber

---

(1) *Hay*. Esta palabra falta en el original. Algo impresionada debió escribir esta carta Fernán, pues hasta la letra es más borrosa que lo de costumbre.

ido, empezando por el viaje, que les va a costar un dineral; a las ricas no les importará mucho, ¡pero a las pobres como las Meléndez y otras! Cristina Saldo no ha ido, ni D. Manuel González, ni el obispo de Cádiz. José Ignacio está tan repuesto.

Las Teresas Carreños han pasado por aquí y creo, según me dijo la madre, que antes de ayer regresarían a Madrid, habiéndose gastado en el viaje la famosa herencia de Anita. Ángela tenía dado su caudal a vitalicio, y así nada ha dejado sino una casita que le dejaba a su fiel criada, y sus muebles a Paca, que era su ahijada.

Ayer estuvo aquí de nuevo la de Segovia, que también siente mucho tu ida, y hablamos mucho de ti, compadeciéndote por la vida de apuros que llevas con tus seis hijos, que siempre uno u otro está malo, como para quitarte toda tranquilidad y sosiego, a ti que tanto te apuras y pones siempre en lo peor. ¡Dios quiera que las aguas de Marmolejo le sienten bien a María y no sea también perdido ese gasto! Mucho me acordé de ella el domingo, que fué su día y hacía justos ocho de la muerte de mi pobre hermana, que murió el domingo anterior a las tres y media de la tarde, y fué para mí un día atroz, como puedes pensar. La pobre Paca pasó mucho, como puedes pensar, allí sola con su hijo.

La reina no vendrá hasta que el Alcázar esté corriente, y el tapicero es tan pesado que todavía no ha acabado. Los infantes van por unos días a Arcachón, en los Pirineos, donde estarán hasta que la reina haya pasado por Madrid. No se detendrá la reina (según le ha dicho a Guevala) sino horas.

Espero que con el fresco se mejorarán todos tus niños y que podrás distraerte con leer, que es la ocupación más grata, la más inocente e inofensiva, la más

entretenida y sosegada que se puede dar, y te mandaré cuando haya ocasión unas cositas para que leas. Me las ha dado el desgraciado y excelente D. Alfonso, que no sabe qué hacer por complacerme.

No puedes pensar lo que celebro tus cartas, pues, además de saber de ti, son tan discretas y entretenidas, que me hacen pasar un rato de los más agradables, pues son tan naturales que me parece que te estoy oyendo hablar.

Dale tantas gracias a Mercedes por su interesantísima respuesta a mi carta. ¡Qué de veces me tienen ustedes ahí en espíritu entre vosotras!

No he pasado, por supuesto, pues no salgo, ante tu casa cerrada, ni pasaré sino por la de Abad Gordillo, pues me daría una tristeza cruel. Dime si hiciste por fin negocio con el que la quería. ¡Qué lástima que Muñoz no se alargase más! ¡Qué pronto te fuiste! Si te hubieses quedado, otra cosa sería.

Las dos criadas que estaban en casa de Maestre ambas han salido, las que habían estado en tu casa; se habían puesto, parece, muy sobre sí.

Los amores de Nicolás y Dolorcitas siguen bien. Las Meléndez ya sabes se fueron en la peregrinación. ¡Dios quiera no le suceda nada a Salvadora!

Adiós, hija mía. Tantos cariños a tu padre, Mercedes, a tus hermanos e hijos, y deseo estés tan buena, así como todos los tuyos, como lo desea la que más te quiere en el mundo y es tu mejor amiga,

Fernán.

7 de octubre de 1876.

1876

18 de noviembre de 1876.

Queridísima Matilde:

María me dijo que antes de irse vendría para recoger unas cosas que quería enviarte; pero ni vino ni me avisó, y pasando días mandé a preguntar en casa de Mercedes, que me contestó que cuatro días había que se había ido. Así, no te pude enviar bastantes cosas entretenidas para leer, que te tenía preparadas, ni un dulce que me habían regalado. ¡Sea todo por Dios!; pues cuando salen los niños y te quedas sola, y asimismo parte de la noche, me parece te vendría muy bien un poco de lectura que te divirtiese.

Deshaciéndome estoy en ver que tu casa ni se arrienda ni se vende. ¡Ojalá la hubiesen ustedes arrendado cuando os la quisieron tomar! Ya tendrías en tu bolsillo buenos dineros más.

El niño Pepito Benjumea ha estado gravísimo: unos médicos dicen que con el tifus, otros calenturas gástricas, y otros que con un ataque cerebral. Hoy, que es día catorce o quince, está algo mejor y ha pasado la noche tranquila. Dios quiera aliviarlo de un todo. Dieguito también está malo, pero es poca cosa.

Hija, tuve que ir a ver a la reina e infanta. ¡Qué sacrificio! García no permitió que fuese en un cochecito de alquiler, sino que me envió su preciosa berlinita con un gran y mansísimo caballo y el cochero que tiene, que ha estado diez y siete años con los infantes y del que me hizo mil elogios la infanta. No salió del paso y llegué muy bien al Alcázar. Toda ponderación es corta para decirte lo buena, afectuosa y lisonjera que estuvo

conmigo esa excelente señora, que no tiene más defecto que ser *demasiado* buena. Me dijo que había sentido tanto que estuviese yo tan enferma, pues su intención era que fuese yo el aya encargada de la educación de sus niñas, a lo que le contesté: «¡Señora, entonces se hubiese dicho que se educaban las niñas *neocatólicas!*» «Pues eso es cabalmente—repuso—lo que yo deseo.» Ha entrado con ese cargo Dolores Pizarro.

Anoche llegaron los condes de París y sus hijos. Me dijo la infanta que el mayor, que es niña, estaba casi tan alta como ella y tiene once años. La infanta está buenísima, llenita y con la cara muy alegre y bien conservada, a pesar de que tiene muchas canas. Las niñas preciosas, y todavía me gusta más D.ª Cristina que doña Mercedes. Joaquina Vallejo está ahora de dama con ella interinamente, pero no se dice a quién tomará.

El rey ha mandado a la reina para su día un magnífico regalo en varios soberbios coches: un tiro de seis hermosísimos caballos; tres, uno para cada una de sus hermanas, y seis para la servidumbre.

El niño menor de Joaquín León está muriéndose del tifus, así como el nieto de Luisa Pareja, que tanto quería la pobre Mariana, y también está gravísima la de Velasco, casada con La Fitta. Hay muchos casos de tifus en Sevilla.

Por fin he conseguido por el infante que el infeliz D. Alfonso salga del Tardón y venga aquí al camino de Córdoba.

Lolita Armero está embarazada; ha estado fatal, pero ahora está mejor.

Antonio Armero, como no se había retirado y es tan simpático y querido de todos sus jefes y compañeros, le han dado un gran y honorífico destino: secretario general en la escuadra que se ha creado.

Todos los romeros han venido entusiasmados con la peregrinación. Tomás y Enriqueta me han traído un precioso rosario, y las Meléndez uno de Lourdes, de madera labrada, cada avemaría como una avellana, precioso y bendecido por Su Santidad.

Mañana hay recepción en el Alcázar y hoy en San Telmo. ¡Es increíble las gentes que van a las recepciones! Muchos que no debieran ir. El primero que fué a besar la mano a la reina fué Rafael Primo.

Yo sigo lo mismo, sin adelantar un paso; al contrario, con el frío no me meneo absolutamente de mi sillón.

¡Qué naturaleza la de tu padre, con tener bríos y ganas de montar a caballo! ¡Dichoso él!

Se me ha acabado el papel de luto y por eso te escribo en éste hasta que me lo traigan.

Miles de cariños a tu padre y Mercedes, mil afectos a tus hermanos, hijos y nietos, sin olvidar a las de Nuevas y Ñudi, y tú, Matilde mía, cree que cada día te echo más de menos y deseo tener el mayor placer que puede tener, que es el de verte, tu

FERNÁN.

1876

28 de noviembre de 1876.

Queridísima Matilde:

¡Tú siempre la misma! Tu generosidad y finura no mudan y es preciso contigo siempre vivir tan apurada como agradecida. Es una friolera la gran orza que me mandas de esos excelentes batatines que tan caros cuestan. Eso hubiera pegado para el grande y suntuoso baile que dan esta noche los infantes en obsequio de su

sobrina la hija del difunto rey Leopoldo de Bélgica y de su hermana Clementina. Está casada con un príncipe de Coburgo; dicen es muy hermosa. Como, además de fina y generosa, eres tan atinada en tus regalos, me mandas una gran cantidad de legítimas papas de ahí, que ya he probado y son riquísimas y lo serán más pasando algunos días por ellas; y todo eso, a pesar de su gran volumen, ha llegado como por encanto, sin ruido, sin dispendio, sin que yo me enterase hasta que lo tuve delante. Y eso me recuerda la gran cantidad de excelente algodón, que fué una de las cosas que me regalaste el año pasado, y me ha durado, en mi incesante trabajo, un año entero, pues cabalmente en estos días estoy acabando la última madeja con el último calcetín de media docena que he hecho a Manuel Castro, que está loco de contento con ellos. Por lo que te llevo dicho te harás cargo de cuál es mi gratitud, que bien se puede sentir, pero no se puede expresar; pues sólo hay una palabra seca y fría de que valerse, y es la de *gracias*.

¡Qué mal día hace para el famoso baile de esta noche! No ha cesado un minuto de llover, y está tan obscuro que parece no aclarará en ocho días. Gracias a Dios; así estarán contentos los labradores y cosecheros.

En casa de Mercedes siguen bien todos los enfermos, y Pepito con las impertinencias, que son atroces en esta enfermedad, en que padece mucho la cabeza, queriéndose levantar a media noche, comer disparates, etc. También el niño de Joaquín León y el nieto de Ángel Jácome siguen bien. Quien ha muerto es la pobre de la mujer de Serrano, el médico. Dolores Pizarro está en palacio de aya de las tres infantitas. Aquí estuvo Antonia, que está muy buena, y me contó tus apuros. ¡Dios quiera que con ese ama o aya inglesa que aguardas te

vaya bien! Es una fatiga no hallar ya criados como los había otras veces.

No me has contestado si quieres te envíe cosas para leer y distraerte, pues los libros son la mejor y más eficaz distracción. (29 noviembre de 1876) (1).

María Rivero no iría anoche al baile de San Telmo, pues se ha muerto su tía la de Nonato, de viruelas. ¡Qué lástima de mujer! Ni tampoco Gracia Lasso, pues se ha muerto la hermana de Fabián. Hoy se ha enterrado al general Muñoz, marido de la de Barreda.

Estarás cansada de leerme, pero yo no de escribirte, pues cuando te estoy escribiendo me hago la ilusión de estar hablando contigo. ¡Qué desgracia que haga la suerte tan amigas del corazón a personas que luego separa!

Adiós, queridísima Matilde. Expresiones a todos y te abraza de corazón tu mejor amiga,

FERNÁN.

1876

22 de diciembre de 1876.

¡No puedes figurarte, queridísima Matilde, lo que me ha angustiado tu carta, al considerar lo que estás pasando y la vida que llevas! No sé, no sé el cómo la resistes, y doy gracias a Dios que te ha dado seguramente una singular robustez. Es una verdadera desgracia que estén esos niños siempre malos; por lo que, cargando todo sobre ti, no quieres ni puedes venir aquí

(1) Se conoce que no pudo terminar la carta el 28, pues entre paréntesis puso otra fecha, el día 29, como va impreso, firmando al final.

una temporadita a descansar. Pero dices bien en tu carta: ¿Dónde se va? Todo está igualmente triste y angustioso.

No me dices si allí han sufrido ustedes de los estragos del temporal. Aquí han sido nunca vistos. La calle mía era un manso río. Tres días estuvimos del todo incomunicados, que no he pasado días más tranquilos. Sólo el mayordomo de García venía por la mañana, a caballo, a ver lo que necesitábamos, para traerlo. A los tres días el agua se fué como se había venido. Hizo mejor tiempo; pero hace dos días que el cielo se ha vuelto a poner el capote gris, y llueve; y aunque es llovizna y no hace temer arriada, quita la esperanza de que el tiempo siente de una vez y tengamos días alegres, como lo requieren estas divinas fiestas.

Mucho he sentido lo que me dices de quedar acabando Juan M. Colón. ¡Otro que se va! ¡Eso es terrible! Qué excelente sujeto era, y muy instruído. Estará gozando de la gloria que se ganó.

Diego ha estado bien malo y muy aprensivo; lo que le puso tan grave como ha estado es el susto que se llevó creyendo a su hijo Pepito, que es su ojito derecho, muerto. El padre y los hijos (pues Dieguito también ha estado malo) siguen mejor.

Pepa Ureta y Lolita, su hija, se las llevó Pepa a su casa, que está en San Nicolás.

La pobre Pancha es la que ha pasado mucho, pues su casa tuvo más de dos varas de agua, y un sumidero se le hundió. Tuvieron que subirlo todo arriba. En fin, ha sido esto una calamidad. ¡Qué de casas denunciadas! ¡Cuántas apuntaladas!

El pobre Ángel Jácome se queda sin poder andar. Tiene esperanza en los baños de orujo; pero Carlos dice está como su hermana Rafaela.

La de Sarriategui, Elia Guerola, se casó. Me envió una caja preciosa de raso blanco, con un ramo de azahar encima, llena de dulces.

Matilde Motilla quedó arriada; pasaron un susto terrible. La casa ha padecido y no se quieren volver a ella.

La nuera de Emilia Cueto parió con toda felicidad un robusto niño.

Tomás está en trato para comprar la casa en que vivió el año pasado, pues a ella (1) se le ha antojado, y con su mañita, todo lo que quiere lo logra.

El pobre D. Alfonso ha tenido a la nietecita que tiene consigo muy grave de unas calenturas; pero ya está mejor. Al perro flaco todas son pulgas.

Antonia no ha vuelto por acá. Deseo saber cuándo se va, para mandarte cosas que leer, tus cántaras u orzas verdes y tu canasto.

En mi alcoba no oigo nada, ni viento; pero ustedes, que tienen los temporales de primera mano, buen espectáculo habrán ustedes tenido.

Me acuerdo de la riada de ahora veinte años, que estaba yo en Sanlúcar, y a ti y Mercedes os cogió en Cádiz. ¡Qué noches tan angustiosas pasábamos tu madre, padre y yo! Estos son avisos del Cielo; pero conforme sale el Sol, ya los hombres los han olvidado.

Siempre estoy pensando en ti y pidiendo a Dios que te dé unas Pascuas felices y tranquilas. ¡Ojalá fuese aquí! ¡Pero cómo ha de ser, tengo este vacío que nada puede llenar!

Antonia Segovia se fué con todo este temporal al campo; los demás de su familia, buenos.

Adiós, hija mía; no dejes de escribirme cuando pue-

---

(1) A su mujer quiere decir.

das. Tantas cosas a tu padre, a mi Mercedes, a tus hermanos, hijos y nietos, particularmente a Fernandito, y tú, Matilde mía, recibe todo el cariño de tu mejor amiga,

FERNÁN.

1877

Queridísima Matilde:

Ya supongo que me habrás rezado varios Padrenuestros con su *Réquiem*. Estoy enterrada; es decir, mi espíritu, energía, salud y valor están ya enterrados en varias cajas de plomo y de cinc; sólo falta la de pino para meterlas con el cuerpo y mandar el todo al cementerio. Tuve días pasados tres calenturas, a las que nadie llamó, y que, terminada la tercera, se fueron sin despedirse. Pero como acaban de tal suerte las tales calenturas, me quedé como un papel de estraza, sin aliento ni fuerza para nada, nada; lo que en esta época tan triste es más triste que nunca.

He prohibido que me digan una sola palabra de la riada, pues sabes lo que son las gentes ordinarias y lo que ponderan y mienten. Así, esos alarmistas se han despachado a su gusto, empezando por el bucéfalo Santiago, que venía de la estación creyendo que el Guadalquivir, en forma de una atroz montaña, le venía mojando los talones. ¡Qué he rabiado! La única serena en la casa era yo.

En fin, por ahora ha pasado la calamidad. El viento duerme, el cielo está despejado, y el Sol sonríe como haciendo burla de aquellos que no creían volverlo a ver.

Todos los conocidos están buenos, menos Mariano Motilla, que sigue grave. Dicen los médicos que es una

enfermedad del corazón. ¡Pobrecillo! Trinidad y la condesa de Robertsart, su prima, se volvieron a Dos Hermanas.

Figúrate cuál estaré cuando no he concluído la graciosísima novela de Julio Verne que me enviaste y me está divirtiendo mucho; pero es un cúmulo de cosas que tengo que hacer, y los *chinches (sic)* que me vienen a quitar el tiempo con empeños, etc., que se me va el día sin que sepa el cómo.

Pancha está aguantando una gran obra en su casa, por tal de no mudarse, pues no es posible hallar por 19 reales casa más bonita, cómoda, donde quepan todos y el sitio que todos ellos desean. Carlos está contento, pues no quería mudarse.

Hace cuatro o cinco noches se reunió la tertulia de en casa de Cabañas en casa de García, que dicen estaba muy hermosa, y tuvieron su bailecito. La última avenida, que fué del Guadaira, entró el agua en San Diego y anegó gran parte del parque. La suerte es que pasó muy pronto.

En el Alcázar se están haciendo grandes y costosísimas obras; solamente la armazón de hierro para los cristales de las galerías que se van a cerrar, cuesta 7.000 duros.

Aquí estuvo Antonia; me dijo se iba en pasando Reyes, pero supongo no se habrá ido; pues no solamente el río no se puede navegar, sino que antes de llegar a la Enramadilla estaba interrumpido el ferrocarril.

Adiós, hija mía de mi corazón; no sé los días que no escribo y así va de mal escrita esta carta.

Memorias a todos y a ti, que cada día te echa más de menos tu mejor amiga,

FERNÁN.

9 de enero de 1877.

1877

Querida Matilde:

No puedo expresarte a qué punto he agradecido tu cariñosa carta. Dios te la pague, pues es una verdadera obra de caridad.

Las calenturas se me han cortado gracias a la quina, que ya veo por experiencia es un remedio infalible. El médico me ha dicho que en todo el mes que entra no salga, no digo yo a la calle, pero ni del cuarto, pues el frío me hace mucho daño para estas calenturas nerviosas.

Mucho he extrañado que la infanta quiera comprar ese gran y aislado caserón del Picacho (1), no necesitándolo para nada y situado a extremo del pueblo y de su palacio. ¿Para qué querrá esa triste y solitaria morada de verano? ¡Parece mentira hubiesen ustedes pensado en ella para vivirla todo el año! A mí me horripila la idea de vivir allí en invierno. ¡Y qué de luces, y qué de criados! Una de las casas pegadas a la de tu padre es la que os conviene por todos estilos.

Es temporada de morir niños. Ya sabrás que a Matildita Shelly se le ha muerto, de resultas de sarampión, la segunda niña. ¡Qué dolor de niña!

Ya concluyó la obra de la casa en la de Pancha. La de Gaite, marquesa de Morante, murió hace pocos días.

Hay mil historias y chismes con las casas del Alcázar.

---

(1) Finca de recreo muy extensa situada en las afueras de Sanlúcar de Barrameda. Es poco productiva, pero tiene rica y abundante agua y hermosas vistas. El jardín linda con las paredes de la población.

El deán está enfadadísimo con que le quiten la que vive. Qué atinada estuve yo cuando la reina me preguntó: «¿Y tu casa?» «Señora —contesté en seguida—, no existe; la han echado abajo y labrado partidas de casas de vecindad.» La reina, como tiene muchísimo talento, comprendió de sobra en mi respuesta que no sólo no pedía casa, sino que si me la daban la rehusaría. Y comprendió muy bien.

Fernando y Elisa llegaron y se han ido por unos días a Jerez.

El pobre Gonzalito viene fatal, padeciendo mucho, y tan aprensivo y entristecido, que siempre está diciendo que se va a morir.

Estoy muy débil. Bien lo conocerás en la letra. El médico vino todos los días mientras estuve en cama. Estoy tan abrigada que parece mentira pueda sentir frío. Tengo puesto un pañolón que me trajo Rueda de Madrid. Lo compró Jacoba, que no es bonito, pero que abriga de una manera extraordinaria, tejido con una lana particular. Sobre la cofia blanca, tupida, llevo el precioso pañuelo de lana gris y fleco negro que me regalaste. Tengo vejuela (1) y siempre estoy muerta de frío.

Da tantas expresiones a tu padre, a nuestra Mercedes, a tus hijos y hermanos, y recibe la gratitud y el cariño de tu mejor amiga,

FERNÁN.

30 de enero de 1877.

———

Muy señor mío:

He recibido su favorecida del 18, pero no las anteriores a que se refiere, a las que habría contestado, de

(1) *Vejuela.* De esta palabra me ocupo en la nota a la carta de 5 de enero de 1865 (pág. 275).

haber llegado a mis manos, pues no acostumbro faltar a nadie.

No sé cómo no han dicho a usted F. de los Ríos y mi amigo Hartzenbusch que, aunque tuviese títulos para ello, no consentiría jamás en poner mi persona en evidencia, y al público mi individualidad, cuanto más no teniéndolos.

Veo, por lo que usted me dice, lo que de lo que escribo piensan las personas a que se refiere. En el mundo, para que unos aplaudan es preciso que otros silben. Este es el decano de los axiomas.

Deseo sinceramente que usted me ocupe en otra cosa en que pueda servirle, para demostrarle con mi eficacia todo el placer que hallaría en hacerlo este su amigo y más s. s. q. s. m. b.,

F. CABALLERO.

Querida Adelita:

No he sabido que fué tu día hasta esta mañana. Recibe, pues, aunque atrasada, muy sincera felicitación de tu anciana tía, que te escribe en la cama sin saber si podrás leer estos garabatos.

Te envío esa fosforera para que la pongas junto a tu cama (por debajo se encienden los fósforos), y esa pulserita con tu cifra para diario.

Mándame a decir cómo sigue tu padre; yo no sigo bien, pero queriéndoos de corazón.

FERNÁN.

Mi querida Cecilia:

Hoy pensaba ir allá para daros gracias por vuestro hermosísimo aguinaldo, pero no me atrevo con el día que hace, no sea me caiga la lluvia tan lejos de mi casa, y como no quiero dejar de daros las más expresivas gracias, os las mando por escrito.

Les mando a los niños unas cajitas con bombones y otras cajitas con un pequeñito mazapán que me consta es legítimo de Toledo, y no de las que venden en Madrid por de Toledo y no lo son: pequeñísimas muestras de unas grandísimas buenas voluntades.

Tu tía,

FERNÁN (1).

---

(1) ¿Por qué ocultó su nombre D.ª Cecilia Böhl de Fáber, marquesa viuda de Arco-Hermoso, con el seudónimo de Fernán Caballero?

Allá va una breve respuesta. En las cartas que anteceden, especialmente en las primeras, se ve el empeño que tenía en que su nombre quedara completamente oculto cuando escribía alguna cosa. Era muy natural. Fernán Caballero casó por tercera vez con D. Antonio Arrom, joven de buenas prendas, pero de mucha menos edad que ella y de escasos recursos pecuniarios. Un enlace tan desigual causó a sus allegados contrariedad grandísima. Fernán, a no dudarlo, perdió con aquel matrimonio posición, y acaso simpatías también.

La fortuna fué adversa al Sr. Arrom en sus negocios, el capital vino abajo y el matrimonio quedó sumido en la mayor miseria. ¿A quién había de quejarse Fernán en tan crítica situación? Tuvo el buen tino de sufrir callando y devorar amargas hieles ocultamente. Entonces se dedicó a escribir para comer, como ella misma lo dice y lo recuerdo en el Prólogo.

Así las cosas, escribió un artículo que inmediatamente debía salir a luz; y mientras se devanaba los sesos para ocultar su nombre con un seudónimo, acertó a pasar por la puerta de su casa un vendedor de periódicos, gritando desaforadamente: «¡Detalles del crimen cometido en Fernán Caballero!» Parecióle el nombre de perlas, y con

Usted (1) ha puesto «desconcertados» en lugar de *feos,* pero yo he querido decir terminantemente *feos.*

Usted ha puesto «gentil talante» en lugar de *talante perfecto* que puso Mora. Está muy bien; pero yo hubiera preferido *gallardo* por más usual, y porque expresa mejor la idea.

Dice que *había* en la apostura de su cabeza una gracia, etc. Usted pone que «reinaba». ¿Es más propio?

Dice que en toda su persona se traslucía la *distinción* exquisita de casta y alma. Y usted pone «elevación», y me parece que la distinción se conoce exteriormente, pero la elevación, no.

Dice *placidez;* usted ha puesto «calma». Muda el sentido, a mi ver. Placidez es siempre una virtud. Calma, un defecto o falta alguna vez, y es un ridículo que suelen dar a los alemanes.

En breve (dice de los aires aristocráticos) *no se hallarán sino en las gentes del pueblo de España.* Usted ha puesto «no se hallarán en España sino en las gentes del pueblo». Mi idea era que no se hallarán en *ninguna parte,* sino, etc.

él estampó su firma al pie del artículo y de los demás escritos que sucesivamente fué publicando.

Véase qué coincidencia. Cervantes inmortalizó a un pueblo de la Mancha en su nunca bien ponderada novela *El Ingenioso Hidalgo,* y D.ª Cecilia Böhl ha hecho célebre a otro pueblo, manchego también, con sus admirables producciones literarias.

(1) Fragmento dirigido, seguramente, a D. Fermín de la Puente.

FACSÍMILE

Último autógrafo de Fernán Caballero, escrito poco antes de morir. Se conoce que el pulso estaba sumamente débil, pues algunas letras están poco terminadas y mal hechas.

El presente de que habla era una preciosa caja de plata dorada para tomar rapé.

Al dorso se lee: «Sra. D.ª Mercedes Pastrana.»

Bien pudo repetir la incomparable Fernán Caballero, al terminar su mortal carrera y dar descanso a su áurea pluma, lo que el inmortal Cervantes dijo por boca de Cide Hamete al concluir su famoso *Quijote:* «Aquí quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos años...»

Cumpliendo lo que prometí en la nota 1.ª de la página 32, doy a la estampa las dos cartas de que allí hago mérito. Son chispazos de la agria polémica que venían sosteniendo contra D. Juan Nicolás Böhl y su esposa. Bien se conoce que algunos de nuestros literatos de antaño se andaban a las greñas como cualquiera personilla. Otras cartas y autógrafos interesantes han llegado a última hora a mi poder. No puedo aprovecharlos en el presente trabajo, porque el tomo de cartas de Fernán está terminado. Veré de publicarlos separadamente.

1818

Al Sr. D. Juan Cavaleri, etc., etc., etc. — Cádiz.

Madrid, 6 de noviembre de 1818.

Sr. D. Juan Cavaleri.

Muy señor mío y mi temido corresponsal: Remito a Vmd. franco de porte un folleto trabajado por nuestro común amigo el señor de Mora, editor de *La Crónica,* y por un servidor de Vmd.

Siento que su contenido no sea para Vmd. muy agradable. En todo caso puede Vmd. juntarse con el señor de Böhl y su amabilísima consorte, y ver si se halla algo que dé margen a delatar a los autores, lo cual sería lo más conducente para taparles la boca y lo más acomodado a las máximas de Vmds. todos.

Quedo, con aquel afecto que Vmd. ha sabido inspirarme, de Vmd. el más atento y seguro servidor,

Antonio María Alcalá Galiano.

1818

Sr. D. Antonio María Alcalá Galiano,
Cor.. y Ped..., etc., etc., etc.

En Cádiz a 13 de noviembre de 1818.

Muy señor de su mala lengua y peor pluma, y mi baladí corresponsal: Aunque usted no ha tenido a bien acusarme el recibo de mi primera letra de desprecio, yo pongo en su noticia que ayer recibí por el correo el folletito común de los dos menguados que lo han compuesto, y franco de porte y de todo desagrado para mí. Si sus autores no me fueran tan conocidos por su pequeñez moral e intelectual, hubiera yo podido tener en la saltuaria lectura del cuadernete un ratillo de satisfacción vanidosa, considerando los infinitos grados que les estoy encima en punto de honradez, saber, buen gusto y buen decir. En los ruinzuelos Morralla y Gallinaza quede a salvo la demencia de contar al revés mis merecimientos.

Siento que ustedes se hayan desollado las manos dando tantos golpes en vago, y con particularidad respecto a mi persona, que no ha tenido en el pasatiempo más intervención que haber corregido muy de prisa, y con poca inteligencia de la letra del original, las pruebas de la imprenta desde el tercer pliego. En cuanto a lo publicado bajo el nombre de Serafina Rubio, confieso, dejando la mantilla por la casaca, que yo soy el *verdulero* autor que dió a Mora aquellos tres pimientos chiles que tanto le han hecho llorar y a toda la mocosa compañía. Esa equivocación de vuesarcedes me ha va-

lido un ejemplarcito de la ridiculísima y tacaña obrilla, tan falta de inteligencia en las varias acepciones de las voces y frases, tan alejada de todo orden y raciocinio, tan allegada a la estupidez palabrera y sobrada en chocarrerías, pesadeces, pedantería e insoportables digresiones. Si usted no lo dijera, ¿quién había de adivinar que usted ha leído la Lógica de Condillac? Por cierto, que es usted bien disimulado discípulo del célebre abate. Si es islista (1) en sus chistes, en sus argumentos es goudinista (2). No se me olvidará jamás aquello de que *la limpieza quita peso,* criticando un verso burlesco. Usted ha echado menos a Juvenal y a Boileau en la cita de los que han hecho invectivas contra las mujeres. ¿Y en qué obrilla? En una en que se trataba de que los más aficionados a ellas y de condición más tierna y apacible no las perdonaron algunas veces. Nada tiene de particular, señor erudito absoluto, que Juvenal y Boileau zahiriesen a un sexo al que no tenían más inclinación que la ordinaria de un sexo a otro. Pero dejémonos de individualizar boberías como aquellas que establece la propiedad del libro de que se copia algo, y usted consérvese en el derecho exclusivo de ser el solo y único erudito, porque el oír discurrir es cosa que le causa vaguidos en la mollera. No sé si podré contener mi espíritu de examen y análisis, aun escribiendo a uno que se anda siempre tras las hojas caídas de los árboles y las echa encima el hacha creyendo hacer leña. ¿Pues y Morralla, que con los adjetivos *histórico* y *natural* hizo un baturrillo de juego de vocablo que no se halla peor

(1) Es decir, discípulo del P. Isla (D. José Francisco Isla de la Torre y Rojo, 1703-1758) autor de *Fray Gerundio de Campazas,* ingeniosísima sátira contra los malos predicadores de su tiempo.

(2) Parece que alude al célebre compositor parisién Carlos Gounod.

en todo Gracián? ¡Oh natillas y clavellinas de la necedad!

He leído los sonetos, décima y cuartetas desatinadas que ustedes dos han malparido contra la supuesta trinca. Hablo de los versículos manuscritos que ha circulado el tontísimo muecoso Gutiérrez de la Huerta.

¿Quién sino Mora o Galiano hubiera puesto el nombre de *Rocinante,* rocín, flaco, débil y sin fuerzas, a un gallegote tan fornido y robusto cuanto se necesita para llevar encima *toda la humanidad* del alemán Böhl? Sujeto es éste a quien conozco de dos meses a esta parte, y de cuya mujer no sé las señas. Lo que sé es que si el *cordobán* denota lo prieto del cutis, no se disimula y encubre este defecto con *carmín,* sino con blanquillo. Éste es contra lo moreno, aquél contra lo pálido. Si *lo seco del cordobán* denota la vejez, la humedad de él no significa la juventud, a cuya edad está contrapuesto lo seco. El consonante *Meco* arrastró la sequedad por los cabellos. Tales disparates vierten los que no están duchos en versificar, y de más a más carecen de aquella mediana consecuencia lógica que es indispensable guardar aun en los epigramas. De la esterilidad de la vena y de la ofuscación de la cholla proceden las expresiones sin sentido, como aquella de que *la mitad de Cádiz será alemana,* y *gallega la otra mitad.* Pero todo absurdo ceda al de transformar en gitana salerosa, haciéndola jalear *puesta de jarras,* clamoreando: *¡Viva mi gente!,* a una dama de quien el mismo Homero cantó que *todo en ella es francés, hasta el color de su cara.*

Aganipe, ¡pobre fuente!,
Lamenta tu suerte triste;
Que de un caballo naciste
Y asnos beben tu corriente.

No mana Aganipe para Vmds. Para Martínez de la Rosa, ese buen lírico y mal dramático, manó al pie de las Alpujarras, muy lejos de la calle gaditana de la Amargura.

Los versos impresos son primos hermanos de la prosa impresa. ¿Qué?, no señor: hermanos de padre y madre.

Dios por su infinita misericordia y potencia ponga un grano de sal en la insípida y vacía mollera de ustedes, a quienes doy la buena nueva de que han ya persuadido al ex mochilero y librero actual Pajares y a toda su fardelaresca tertulia que mi dicción es *galicana*. El botarate más odioso que conozco, que es D. Pedro Daza, hace las partes de ustedes con toda la eficacia de su ruin malignidad. Cuantas otras noticias adquiera de los progresos que haga la crítica de par tan bello en séquito suyo, se las comunicará a vuesarced su invariable reidor, que le silba y vuelve las espaldas,

JUAN BAUTISTA CAVALERI.

ÍNDICE

Cartas y borradores sin dirección ni fecha.



